

Mayte Esteban

*Aunque
te cueste*

LA VIDA



AUNQUE TE CUESTE LA VIDA

Mayte Esteban

*Algunas veces la vida te obliga a aprender a volar con un ala rota
o con el corazón hecho pedazos*

No he venido a darte lecciones de nada, esto solo es una historia de ficción

Contenido

PRÓLOGO

OTOÑO

1

2

3

4

5

6

7

8

INVIERNO

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

PRIMAVERA

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

34

35

36

37

38

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[VERANO](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[70](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

PRÓLOGO

Dos años después...

La huella que marcan sus pasos se imprime en la arena mientras la atraviesa, dejando atrás la orilla del mar. Dentro de unos minutos, el viento tibio del otoño volverá a ser el único dueño de esta cala solitaria y de su presencia no quedará siquiera el recuerdo difuso de sus pisadas. Todo lo habrá barrido y quizá hasta parezca que nadie ha pasado por aquí. Alma se vuelve y se despide con la mirada de un lugar que no ha visitado desde hace algo más de dos años.

Hoy, quizá porque es verdad que el tiempo es un bálsamo que suaviza hasta las cicatrices más profundas, hoy, que ya está en paz con el pasado, ha elegido regresar.

Respira profundamente mientras se gira y se dirige hacia el aparcamiento. Camina sin prisa hasta su coche, el único aparcado a esa hora del día. Cuando se acomoda en el asiento del conductor, se apoya un momento en el reposacabezas, ordenando los recuerdos, y es entonces cuando nota algo que la devuelve a la realidad. Un cosquilleo en su abdomen, como el leve aleteo de una mariposa, interrumpe sus pensamientos y ese descanso que tanta falta le hace antes de volver a casa.

Espera.

Quizá se repita, quizá no lo haya imaginado. Está así un minuto, tal vez dos, casi conteniendo la respiración, pero no sucede nada. Se recoloca en el asiento, se abrocha el cinturón de seguridad y entonces sucede de nuevo. Ya no tiene ninguna duda de lo que está sintiendo. Son como cientos de palomitas de maíz explotando dentro de su cuerpo.

Pero no son palomitas.

Es su bebé diciéndole que está ahí.

Es curioso que hoy haya decidido empezar a moverse como un pececillo dentro de ella, dándole la certeza de que es real. Hay una vida nueva creciendo en su interior. Una ilusión extra, una luz más con la que iluminar esta nueva etapa en la que se ha hecho la firme promesa de que no dejará un resquicio para las sombras.

Mientras continúa quieta en el asiento, busca las emociones que han atormentado su mente hasta hace poco, pero no las encuentra. El odio, la rabia y el resentimiento se han esfumado. La traición, esa que le hizo tanto daño, ya no pesa nada; del estupor no quedan ni briznas y la nostalgia por los momentos felices de ese pasado se ha esfumado. No hay rastro. El movimiento de su bebé parece haberlas fulminado definitivamente sin dejar huella, igual que ha hecho el viento con sus pisadas en la arena.

Todo acaba, hasta lo malo.

Sonríe, mirando un instante por los espejos, arranca y, cuando apenas ha recorrido un par de metros, sabe cómo se va a llamar su bebé. Si es niña, claro; pero por alguna razón, aunque nadie se lo haya dicho, aunque no tenga certezas, Alma está segura de que está esperando una niña.

Mientras se incorpora a la carretera que la devolverá a su vida, con un nombre revoloteando por su mente, recuerda otro día de otoño. Quizá uno de los peores de su vida.

OTOÑO

Ocre, amarillo, rojo... Las hojas de los árboles se vuelven quebradizas, desprendiéndose de la vida y preparando esa muerte pasajera que es el invierno. Los días se acortan y dan paso a las sombras.

Hace una hora que el avión aterrizó en Barajas y Raúl aún sigue vagando por los pasillos de la terminal. Tiene la sensación de que el aeropuerto era bastante más pequeño cuando se marchó, pero tal vez es que no lo recuerda bien. Ha tardado media hora en localizar la cinta por la que llegaba su equipaje y el resto del tiempo lo ha perdido dando vueltas tratando de encontrar la puerta de salida. No ha sido fácil orientarse a pesar de los mil y un carteles que lucen por todas partes.

O quizá por culpa de ellos.

Raúl dejó España hace casi veinte años y en todo ese tiempo no ha sentido la necesidad de volver. Se fue por cuestiones laborales, tras un trabajo que prometía, y el puesto cumplió. Le ha permitido vivir muy bien en Sidney con un sueldo imposible para la mayoría de los mortales. Sin embargo, como todo en esta vida, tuvo un precio: dejar atrás su pasado.

Ahora, el trabajo, ese que se lo llevó lejos, lo ha traído de vuelta. Su empresa ha abierto una nueva sucursal en España y Raúl, desde luego, habla español. Por eso está de nuevo aquí, tan perdido como cuando se marchó.

Quizás un poco más.

De momento, hasta que se adapte de nuevo, ha decidido quedarse en casa de su padre. Al viejo parece que no le ha hecho mucha ilusión y, si es sincero, a él tampoco. Ya no tiene edad de vivir en casa de papá, pero seguro que es mejor que la aséptica habitación de un hotel y le dará tiempo para buscar un piso con calma. Algo sencillo para un hombre solo, no le hace falta nada más. Luis, su padre, cuando le contó que volvía, educado, diplomático, puso mucho empeño en que era necesario que cada uno conservase su parcela de intimidad.

Sonó como si le estuviera diciendo: «En cuanto encuentres algo, te largas».

También le dijo que iría a recogerle al aeropuerto.

Aunque Raúl lo busca, no localiza a Luis. A lo mejor se le ha olvidado que hoy es el día de su regreso. Comprueba la hora en su reloj de muñeca y no hay duda, el avión y su desorientación acumulan mucho retraso, así que debería estar esperándole. Quizá ha ido al baño justo en este momento.

—¡Raúl!

La voz le toma por sorpresa. Procede de un hombre que ha estado ahí desde el principio. La confusión es mayor cuando se da cuenta de que, a pesar de que ha sido testigo de cómo envejecía a través de las fotos y las videollamadas que han compartido, no ha sido capaz de reconocerlo. Por alguna razón, aunque supiera que es imposible, al retornar esperaba encontrarse de frente con

el hombre de sus recuerdos de juventud.

—¡Papá!

Se dan un abrazo cálido con el que Raúl constata que sigue sintiendo el mismo afecto de siempre, la misma proximidad que compartieron durante toda su infancia y adolescencia. Y otra cosa más. Esos brazos recios que recordaba, capaces de alzarlo por los aires, han dado paso a otros sin vigor. Su padre está viejo y parece cansado, y de esa sensación solo se libran los ojos, casi iguales a los de su hijo, que reflejan la alegría inmensa del reencuentro.

—¿Estás bien? —le pregunta Luis.

—Sí, papá. Perfectamente.

Su mirada contradice a la respuesta.

«Dejan recuerdos espantosos los octubres que comienzan tormentosos»

Un mensaje interrumpe la maratón que cada mediodía Alma emprende en su casa. Ya ha recogido la cocina y ha dejado medio planificada la cena. Ahora tiene las manos ocupadas con la ropa que acaba de planchar, y que se disponía a llevar al armario en el momento en el que el mensaje la ha frenado. Antes de decidirse a mirarlo, pone los ojos en blanco y echa un vistazo al reloj de la cocina y a su hijo Darío, que está sentado en el suelo; solo quedan unos minutos para que llegue Ana, la chica que cuida de los niños, para que ella tenga que volar hasta su trabajo de media jornada en una gestoría. Puede ignorar el mensaje, pero si lo hace, está segura de que lo olvidará.

A saber si es importante.

Sin soltar la ropa, echa un vistazo a su móvil, que está en la encimera, pero no ve ninguna notificación.

Antes de que le dé tiempo a reanudar su rutina, silba otro mensaje.

Se percata entonces de que el de Sergio también está en la encimera; algún día deberían cambiar la melodía para distinguirlos.

—¡Sergio! ¡Sergio! ¿Dónde está papá, Darío? —le pregunta a su hijo pequeño.

—En la ducha —contesta el niño, que mantiene una lucha a muerte con los enemigos que danzan en el espacio virtual de su tablet y ni levanta la cabeza para mirarla.

—¿Ahora? ¿Después de comer? ¡Pero si trabaja en una oficina y se ha duchado esta mañana! —murmura para nadie.

Bien lo sabe ella que tuvo que recoger todo lo que dejó tirado por el baño.

Resopla.

Quizá debería ignorar los mensajes, pero piensa que tal vez sea algo importante del trabajo, por lo que deposita la ropa sobre la mesa y agarra el móvil para llevárselo al baño. En ese movimiento rápido, un reflejo sobre la pantalla sucia le desvela el patrón de desbloqueo. Sin pensarlo, pulsa la tecla lateral que lo enciende y pasa los dedos siguiendo el dibujo. Necesita estar segura de que realmente ha sido el móvil de Sergio el que ha recibido los mensajes. No quiere subir las escaleras del adosado para nada, perdería tiempo y aún le quedan cosas que hacer hasta que llegue Ana.

A un gesto de su dedo, el teléfono de Sergio le abre el acceso a su contenido. Cuando Alma encuentra el icono de la aplicación, ve un pequeño número destacado en rojo.

No lo abre.

Se encamina, con él en la mano, a la escalera.

El teléfono sigue encendido por unos instantes, los justos para que llegue otro mensaje y vuelva a fijarse en la notificación. A lo mejor sí es importante. Pulsa y abre. Empieza a leer mientras avanza, escalón a escalón.

Bum, bum, bum.

Los latidos de su corazón se aceleran en su pecho.

Bum, bum, bum, bum, bum.

A las palabras que ha leído, se suma un teléfono conocido, con una foto delatora.

Bum, bum, bum, bum, bum, bum, bum.

La curiosidad mató al gato, dicen, y a ella acaba de herirla mortalmente.

Es un mensaje íntimo para Sergio. Se queda paralizada un segundo tras el cual suelta el móvil, como si quemara. En apariencia está serena, pero dentro tiembla tanto como si en su cuerpo latiera el epicentro de un terremoto. Transcurren treinta segundos de seísmo hasta que la voz de Darío desvía el caos.

—¿Qué te pasa, mamá? —pregunta el niño, que no está acostumbrado a verla quieta.

—Nada, cariño —logra responder Alma, controlando su voz.

Bum... bum... bum.

El corazón se ralentiza y ella logra esconder su rostro de la mirada del pequeño con un beso, a la vez que vuelve a coger el teléfono de Sergio y se lo guarda en el bolsillo. No sabe por qué lo ha mirado, por qué ha infringido esa norma de privacidad. Ella misma acaba de abrir un abismo bajo sus pies.

Minutos después, Sergio sale de la ducha y baja a la cocina. Ni intuye lo que acaba de pasar. No tiene por qué saberlo; Alma disimula muy bien.

—¿Sabes si hoy podrías salir un poco antes? —le pregunta ella—. Necesito tu ayuda.

—No, hoy no puedo —responde Sergio, mientras se pone la chaqueta y agarra las llaves del coche.

Después de lo que ha leído, a Alma no le extraña esa negativa. Es verdad que ha esperado que se ofreciera a volver temprano y que así le confirmara que lo que ha visto no es más que una confusión.

—Tenemos que buscar otra academia de inglés para Sofía —insiste ella.

Sigue empeñada en creer que ese mensaje no es en realidad para él y busca a la desesperada que su comportamiento lo desmienta sin tener que preguntarle. No puede preguntar. No ahora. La serenidad que necesitaría para enfrentar la conversación si no se trata de un error, no la tiene.

—La semana que viene, cuando vuelva de Málaga, te prometo que la buscamos, Alma. Hoy tengo mucho trabajo. Me marchó, ya llegó tarde. Ah, no te olvides de llevarme el traje a la tintorería. Tiene que estar listo para el lunes.

Sergio vuelve a comprobar que tiene las llaves del coche y sale de casa deprisa, sin darle un

beso de despedida. Hace mucho que los besos entre ellos perdieron intensidad, y algún tiempo ya que se evaporaron del todo. Parada en medio del pasillo de la casa, Alma se palpa el bolsillo y nota el teléfono. Suave y frío, casi como el hombre en el que se ha convertido su marido con ella. Sergio, apurado por irse cuanto antes, no es consciente de que se ha dejado el móvil.

Alma se fuerza a respirar con tranquilidad. Necesita hacer algo, lo que sea, para sacar de dentro la sensación que la invade. Necesita de nuevo un suelo consistente bajo sus pies. Con medias palabras no va a lograr saber qué es lo que está sucediendo de verdad.

Tal vez no lleve el traje a la tintorería, porque esa tarde tiene algo más importante que hacer.

Alma ha simulado normalidad hasta que ha llegado Ana a buscar a los niños. Se ha despedido de ellos como cada día, con una sonrisa, aunque la de esa tarde ha sido fingida. En cuanto se han marchado, se ha subido al coche, pero no ha acudido a su trabajo. La han vencido las ganas de saber y se ha presentado en una cita a la que no estaba invitada. A la indiscreción de mirar el teléfono de Sergio le ha sumado otra más, y la sospecha se ha vuelto una dolorosa certeza ante sus ojos.

Ahora, dos horas después, camina sin rumbo por las calles del centro.

Al pasar por delante de una franquicia de perfumes, las puertas de la tienda se deslizan a los lados y ella acepta la sutil invitación a entrar del mecanismo automático. Una vez allí, simula buscar algo entre las estanterías, aunque no se está fijando en nada. Su mente, enredada como una madeja que se ha guardado sin cuidado, divaga. Busca un hilo del que tirar, unas palabras que la ayuden a iniciar la conversación que tiene pendiente con Sergio.

La angustia que siente en estos momentos estrechándole la garganta la empuja a cerrar los ojos un instante y toma una bocanada de aire extra. Ni aun así consigue que la sensación merme. Nunca imaginó que unas pocas palabras de amor, dibujadas en el pequeño espacio virtual de una pantalla de siete pulgadas, pudieran convocar tanto dolor.

«En La Taberna, a las seis».

«Te quiero».

No hay abreviaturas ni códigos secretos. Los emoticonos cariñosos sobre ellas delatan una conversación previa y añaden capítulos a la historia entre Sergio y esa mujer. Destapan las mentiras que él le ha ido contando durante los meses anteriores.

Ya sabe el porqué de esos viajes de trabajo repentinos que no entendía.

Intuye la razón del que tiene pendiente ese mismo lunes.

La dependienta lleva un rato mirándola y disimula; su mano se mueve hacia una de las estanterías abarrotadas de perfumes. Toma el pulverizador de muestra de uno elegido al azar y rocía un trozo de cartón. Tras agitarlo, un aroma demasiado intenso invade el aire incluso antes de que se lo acerque a la nariz. Se deshace del cartón y repite la operación con otro perfume cualquiera, que resulta ser muy fresco, de los que se esfuman antes de salir por la puerta. Ojalá lo malo de la vida se desvaneciera tan rápido. Solo tendría que salir de allí y lo que ha sentido cuando Sergio ha besado a esa mujer en la cafetería desaparecería. Mirándolo, ha podido anticipar cada uno de sus gestos: el recorrido de las manos por la espalda, los dedos hundiéndose entre el pelo de la nuca y el remate perfecto posando los labios en la nariz, deteniéndose en ella unos segundos. Ha podido hacerlo porque creía que la coreografía de esos besos era suya y la

conoce de memoria.

Ilusa.

Un nuevo pinchazo de dolor la empuja a cerrar los ojos y se tapa los oídos intentando, de manera estúpida, huir de la realidad. Quizá por eso no escucha a la dependienta de la perfumería. Se dirige a un hombre de mediana edad, que se ha quedado parado en la puerta. El viento gélido que entra se está llevando el calor.

—¡Perdone! ¿Podría moverse para que se cierre la puerta? —le dice la chica.

Al hombre, que es ingeniero, le ha llamado la atención el dispositivo de apertura y se ha quedado observándolo. Funciona mal, no se desliza de manera uniforme; justo antes de finalizar el recorrido, da un pequeño salto.

—Sí, sí, lo siento —se disculpa él.

Y avanza hacia el interior de la tienda, echando un vistazo para localizar los productos para el cabello; lleva toda la tarde buscando una marca de champú, sin éxito. Estaba a punto de asumir que va a tener que comprarla por internet cuando ha localizado la perfumería. Al volver la vista hacia la zona en la que se almacenan los perfumes de mujer, ve a Alma. Muy despacio, como si tuviera miedo de asustarla, se le acerca.

—Hola —saluda.

Ella se gira y le mira, pero no dice nada.

—Eres Alma, ¿no? —le pregunta él.

Alma no contesta de inmediato. Quiere unos segundos para cerciorarse de que no se está equivocando. A pesar de la confusa niebla que aturde su mente esa tarde, el timbre de esa voz ha activado algo en su interior. Su propietario no tenía exactamente ese aspecto, quizá el pelo más claro y algunos kilos menos; pero en su mirada hay un azul es difícil de catalogar, uno que solo ha visto en sus ojos.

—¿Raúl?

—¿Tanto he cambiado que no me reconoces? Pensaba que me había confundido de chica —le dice él, con una sonrisa.

Chica... Está loco. Tiene casi cuarenta. Los amigos de sus hijos la llaman señora. Y el carnicero del súper, al que debe de sacar quince años. Y la seño de Darío. Y el muchacho de la taquilla del cine al que lleva a los niños a veces. Hasta esa alfombra roja que hay en la entrada parece que se lo ha llamado. Señora por edad, porque ahora no cree serlo. Es una palabra grande, que implica respeto, ese que se ha desvanecido de golpe cuando Sergio le ha regalado a otra algo que asumía como suyo. Aleja la imagen de su cabeza mientras le devuelve una sonrisa a Raúl.

—¡Cuánto hace que no nos vemos! —Alma no le está haciendo una pregunta, por eso se queda sorprendida cuando él la responde.

—Diecinueve años y seis meses. Más o menos.

—¿De verdad? —Ella se asombra por la precisión de la respuesta. No espera que nadie lleve cuentas de su vida.

—La última vez que nos vimos fue justo antes de que me marchase a Australia. Es muy fácil recordarlo —le dice.

Casi veinte años sin saber del otro. Alma se pierde en el recuerdo del día de su partida y en lo que lloró. Es curioso que aparezca de nuevo en otro día triste.

—Te has equivocado —le dice él.

—¿Qué? —pregunta Alma, que no sabe si, perdida en sus pensamientos, no ha escuchado algo de lo que le ha dicho Raúl.

—Ese perfume —le señala el que ella tiene entre las manos—, no creo que vaya contigo. Es demasiado serio, muy predecible. Tú eres de otro modo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo soy? —Seguro que hoy la palabra es triste, piensa.

—Loca, divertida, incoherente. Era imposible seguir tus pensamientos... Así te recuerdo, Alma.

—¿Yo? —pregunta la que ahora tiene cada minuto del día milimetrado. Él recuerda a otra, a la adolescente que se quedó en su retina hace media vida.

—Eras capaz de cualquier locura si se te cruzaban los cables.

Alma no está segura de que le quede algo de la persona que fue en alguna parte. Le sonrío, concediéndose un respiro en este día insoportable.

—¿Qué perfume crees que me va? ¡Elígeme tú uno! —le reta.

—De acuerdo, pero solo si luego tú me ayudas a mí —contesta él.

—¿Y tú que estás buscando?

—Un champú que no debe fabricarse en España.

Alma sonrío de nuevo. Muy propio de Raúl. Es capaz de haberse recorrido media ciudad buscando un champú. Él se queda mirando a la estantería, coge un perfume y se lo da. En cuanto se lo acerca a la nariz, Alma siente que él no se ha equivocado.

—Me encanta, ¿cómo has sabido que este era para mí?

—Porque te conozco, pequeña —le susurra él, y sonrío.

¡Cuánto tiempo hace que nadie la llama así! Casi se había olvidado de las sensaciones que convoca esa palabra.

La marca del champú que él busca, la otra parte del trato, es desconocida para ella, pero completa la excusa para seguir un rato juntos y preguntarse qué ha sido de sus vidas en estos años. Alma miente. Mentiras dulces que no hacen daño a nadie que no sea ella misma, porque nadie más en esa tienda sabe que lo son.

—Todo me va muy bien, soy muy feliz —le dice.

—¿Trabajas? —sigue preguntando Raúl, que parece no estar cansado del interrogatorio.

—Sí.

—¿Tienes hijos?

—Dos, Sofía, que tiene nueve años, y Darío, de cinco. ¿Y tú? —Alma decide enfrentarle al test a él.

—No, yo no. —Rápido, él dispara otra cuestión para no ampliar su respuesta—. Tú te casaste con Sergio, ¿no?

—Sí.

Raúl frena sus preguntas porque Alma es muy cortante en la última respuesta. Nota que ella quiere marcharse, pero no puede intuir que es porque le da miedo que sus defensas se vengán abajo y se confiese con la primera persona con la que ha tropezado.

Ahora mismo odia a Sergio.

Los adjetivos que acuden a su cabeza para calificarle no son nada agradables. Jerga barriobajera en el mejor de los casos.

Raúl no ha logrado convencer a Alma para tomar algo juntos. Ha insistido, diecinueve años largos de ausencia son demasiados y le apetece prolongar este encuentro fortuito, pero la cabeza de ella hoy es un volcán en erupción. Necesita volver a casa cuanto antes, una ducha fría que rebaje la temperatura de su interior y que ayude a que el nudo que está apretando su pecho como una garra se afloje. Necesita respirar sin tener que recordárselo a sus pulmones cada cinco segundos.

No quiere ir a tomar algo, pero acepta que la acompañe hasta el coche.

—¿Te acuerdas? —pregunta él, mientras atraviesan el parque—. Solíamos venir aquí con Ulises.

—¡Ulises, tu perro! ¿Qué fue de él?

Por ese cachorro de labrador se conocieron. Ulises, que tenía meses entonces, la agarró del pantalón cuando se cruzaron en el parque. Por más que Raúl trató de convencerlo de que la soltase, no lo logró hasta que un pedazo de la prenda de Alma se quedó entre sus dientes. Ella no ha olvidado la cara de su madre cuando la vio entrar en casa con el pantalón destrozado.

—Ulises... —dice Raúl, con nostalgia—. Mi padre se quedó con él cuando me marché; el viaje era demasiado largo para meterlo en la bodega de un avión. Murió hace mucho. Era un trasto.

—Al final acabamos gustándonos —añade Alma.

Recuerda que, después de aquel inicio atropellado, el perro y ella se hicieron muy buenos amigos. Le gustaría que Ulises estuviera cerca ahora, abrazarse a su cuello y rascarle bajo sus suaves orejas. Acariciarlo siempre actuó como un calmante en su ánimo. Justo lo que hoy necesita.

—Siempre le gustaste, estoy seguro. Desde la primera vez que te vio —dice Raúl.

A Alma, la nostalgia se le vuelve sonrisa. Le concede a Raúl pararse en el banco donde solían pasar las tardes, un bloque de hormigón gris con forma de caja, ahora lleno de grafitis de colores. Se sienta como entonces, con una pierna a cada lado y él la imita. Así, frente a frente, podrían ser los mismos que fueron. Solo las arrugas que empiezan a tomar posiciones en sus rostros gritan que ha pasado mucho tiempo.

Raúl sonríe.

—¿De qué te estás riendo? —pregunta ella.

—Recuerdo las veces en las que Ulises acababa tirándote al suelo.

—Entonces tienes buena memoria. Fueron unas cuantas...

—Solo quería que le prestases atención.

—Pues no veas la gracia que le hacía a mi madre tu perro. Me estropeó un montón de ropa.

—¿Cómo están tus padres?

Él no lo sabe, por qué iba a saberlo. Han estado tantos años sin contacto que no ha tenido ni la más mínima opción de explicarle nada. Recuerda lo que le echó de menos en algunos momentos y la rabia que sintió por no poder llamarlo. No eran tiempos de redes hiperconectadas, la distancia rompía los lazos casi antes de que se deshicieran solos.

Le responde bajito a su pregunta, como si el no elevar el tono de voz disminuyera el dolor que aún siente cuando recuerda.

—Mi padre murió hace ocho años de un infarto y mi madre hace cuatro. Cáncer.

—Lo siento, no lo sabía —se disculpa Raúl, consciente de haber convocado recuerdos tristes.

—No importa, no tenías por qué. Ha pasado mucho tiempo y es normal que las cosas cambien. ¿Nos vamos?

Ese dolor que creía superado, regresa y, como si fuera una ola repentina, la golpea al recordar a sus padres. Lleva horas a la deriva, pero es ahora cuando nota el naufragio. La vida con Sergio, a la que se había amarrado para no hundirse cuando ellos se fueron, se ha hecho añicos delante de sus ojos y se está ahogando. Siente como si alguien le hubiera puesto un pie en el torso y estuviera apretando con fuerza.

No puede rendirse a las emociones que está convocando Raúl, tiene que encontrar un resquicio de energía para enfrentar lo que la espera en casa.

—Me tengo que marchar, se hace tarde.

Se despide de él.

Sin promesas.

Sin intercambiar teléfonos.

Esta ciudad no es tan grande como para que vuelvan a pasar otros veinte años sin verse.

Alma aparca su coche en la puerta del adosado a la hora que se supone que la cena ya debe estar lista. Su mano se posa en el picaporte de la verja de entrada, sin accionarlo. La que salió hace unas horas estaba confusa y la que ahora vuelve es una mujer derrotada. Duda. No sabe qué es lo que le espera cuando atraviese el camino de piedras enmarcado por plantas de albahaca, lavanda y estragón que lo separan del césped. Lleva los bolsillos cargados de reproches y no sabe cuál saldrá primero al atravesar la puerta de la casa. Si la tarde ha sido horrible, la noche tampoco tiene pinta de mejorar. Inspira profundamente y abre con decisión.

No le va a dar la espalda a su vida.

Lo que tenga que ocurrir, cuanto antes.

—¿Dónde estabas? —le pregunta Sergio en cuanto pone un pie dentro, entre enfadado y preocupado por su ausencia—. Cuando he llegado no había nadie en casa y la vecina ha traído a los niños del parque. Me ha contado que Ana ha ido a tu trabajo a dejarlos, pero le han dicho que no has aparecido por allí.

Darío trepa hasta los brazos de su madre para darle un beso. No está acostumbrado a que Alma se olvide de él, ni mucho menos a que lo deje con extraños, aunque la vecina sea casi parte de su familia.

—Necesitaba un perfume —dice tratando de sonar casual y sin responderle a uno solo de sus reproches. No lo hará mientras los niños estén presentes, eso lo tiene claro—. ¿Has preparado la cena?

Sergio la mira sin comprender. ¿Cuándo ha hecho él la cena? Alma se ocupa de esas cosas; la cena, los niños, la intendencia diaria... y no cree que comprar un perfume sea razón suficiente para no ir a trabajar, olvidarse de sus hijos y empaquetarle a él una de sus tareas.

—Pero... —empieza a protestar y ella le interrumpe.

—¿No has hecho nada? Pues creo que has tenido tiempo.

Alma, rabiosa, enfadada como nunca lo ha estado con él, no pretende iniciar un ataque. Ahora no. Le va a echar en cara todo lo que sabe de su vida, de esa que ahora no comparte en exclusiva con ella, pero debe tener paciencia y esperar a que estén solos. La ironía de sus palabras está de más si quiere conseguirlo. En ese momento, oportuna, Sofía disipa la nube negra que augura tormenta.

—Mamá, necesito que me compres un bloc de dibujo. Tengo examen de plástica la semana que viene.

—Cariño, si te lo compré hace dos días... —le dice Alma.

—Lo sé, pero hicimos un trabajo con acuarelas y se me cayó el vaso de agua encima. Lo he

estropeado, lo siento...

Sofía la mira compungida. Es un dolor tonto, solo es un cuaderno de dibujo, pero la niña se siente triste y algo más se rompe en el interior de Alma. Toda la energía que creía haber reservado para enfrentarse a Sergio se desvanece.

Mira a sus hijos.

En toda esta tarde solo ha pensado en ella, ni un minuto se ha acordado que existen dos criaturas cuyo mundo sigue en pie. No quiere que sufran. Da igual lo que le haga Sergio a ella, puede soportarlo mucho mejor que cualquier cosa que les suceda a esos dos niños. La palabra «protegerlos» martillea en su cabeza y actúa como un freno de mano accionado de manera repentina. Para en seco el rumbo de sus intenciones y vira su dirección, posponiendo la conversación que había pensado tener con él.

Debe hacerlo, pero debe pensar cómo para que ellos sufran lo mínimo.

Quizá hoy no es el día, quizá hoy no pueda contenerse y acabe gritando.

Mejor fingir que no pasa nada.

—Subo a cambiarme y ahora bajo a hacer la cena. Id poniendo la mesa. Mañana te compro otro bloc, Sofía.

Le da un beso suave a la niña en la frente y después se dirige a su habitación. Mientras enfrenta cada escalón, se ahoga entre lágrimas sin forma, entre sollozos silenciosos. Ha tomado la decisión de seguir como si llevase una venda sobre los ojos.

Como si siguiera estando ciega.

Al desvestirse, el móvil de Sergio se le cae al suelo y entonces se le ocurre algo. Se asoma esa Alma del pasado, de la que hablaba Raúl. Entra al cuarto de baño y lo deja caer en la taza del wáter.

No se molesta en bajar la tapa, quiere que lo vea bien cuando entre.

Raúl entra en su habitación, pero desde que regresó, siente que ya no es su cuarto. Su padre ha transformado del todo el espacio; solo la puerta y la ventana siguen en el mismo lugar. Hay otras cortinas, otra cama, otro escritorio... Los pequeños objetos que dejó atrás al marcharse, Luis los conserva, pero en unas cajas que se amontonan ordenadas en el trastero. Raúl prefiere, de momento, dejarlas dormidas en su tumba de cartón.

Guardamos objetos porque nos cuentan historias, pero a él, ahora, no le apetece rememorarlas.

Se deshace de la cazadora, que cuelga en la silla frente al escritorio, y después sigue desnudándose. Está cansado; se ha pasado la tarde caminando. Una vez dentro de la cama, bocarriba, posa su antebrazo derecho en la frente y mira al techo, aunque podría cerrar los ojos. Da igual que el escenario de sus pensamientos tenga un fondo blanco o negro. Revisa sus problemas inmediatos, conseguir un coche y un piso, y sabe que ya ha resuelto la mitad. El vehículo se lo entregarán mañana en el concesionario, pero buscar vivienda está más difícil de lo que esperaba y aún tendrá que pasar un tiempo con su padre.

No le molesta, ha echado de menos sus charlas con él.

No ha encontrado el champú, aunque eso solo ha sido una excusa para darse un paseo por una ciudad que apenas reconoce. Veinte años lo han cambiado casi todo.

Tampoco, si es sincero, ha reconocido a Alma. Por fuera parece la misma, los años no le han sentado mal, al contrario, pero lo que ha visto en sus ojos le preocupa: una tristeza infinita que contradice la alegría desbordante, la inyección de optimismo y energía contagiosas que él recordaba en su amiga.

Esa mujer de la perfumería parecía hundida.

No le ha pedido el teléfono, las ganas de ella de irse no le han dado margen. Le gustaría verla de nuevo, pero no piensa forzar la situación.

Lo que tenga o no que suceder, lo hará, tarde o temprano.

Esto lo ha aprendido demasiado bien.

Candela hace rato que abrió los ojos. La lluvia arreció fuerte a las seis de la mañana e Iván, su marido, se desveló. No fue buena idea poner su habitación en la buhardilla y, mucho menos, la cama debajo del Velux. La sensación de mirar las estrellas cuando el cielo está despejado es impagable, pero cuando llueve siempre pasa lo mismo: Iván y ese sueño tan ligero que le obliga a dar vueltas y que, al final, acaba también con su descanso.

—¿No podrías estarte quieto? —le regaña.

Candela es especial y sus regañinas nunca suenan a enfado.

—Perdona, amor. No quería desvelarte —dice Iván, mientras se vuelve en la cama para situar su mirada frente a la de su mujer.

—Pues lo has hecho —protesta ella—. Y solo son las... ¡seis y diez! ¿Quién es capaz de volver a dormirse ahora?

—Se me ocurre algo para que no se te haga tan pesado hasta que llegue la hora de levantarse.

Acaricia con los dedos un mechón rebelde de Candela e, instantes después, Iván se mete bajo las sábanas, despertándola del todo, iniciando un combate de cosquillas en el que ella se rendirá sin remedio y que acabará, como siempre, en una agradable reconciliación. No hay niños que distraigan sus juegos matinales, ni vecinos indiscretos que puedan escuchar sus voces y sus risas que hablan de amor. De amor de años, de un amor cómplice que ha podido con todo. Porque Candela ha vencido ya dos veces a la muerte. Su historial médico es tan grueso que serviría para empapelar el salón.

También dos veces.

Tal vez, por eso, se concentra siempre en ser feliz.

—¿Quieres tostadas? —pregunta Iván una hora después, mientras baja las escaleras rumbo a la cocina.

—¡Tres! —grita ella, a la vez que se dirige a la ducha—. ¡Y no se te ocurra achicharrarlas! Bajo en cuanto me seque un poco el pelo.

Cuando termina y baja, el desayuno está dispuesto en la mesa del salón. Zumo, tostadas y Cola Cao. Candela no debe tomar café. En un vaso reposan doce pastillas de colores que hace mucho que forman parte de su rutina matinal.

Sonríe.

Qué suerte ha tenido.

No sabe si hay otra persona en el mundo con la paciencia de Iván. Han pasado tantas horas en el hospital juntos como en aquella casa y sigue allí, sin separarse de su lado. No se fue cuando les dijeron que se olvidasen de tener hijos. No se alejó de la puerta de la UCI cuando aquel

medicamento le hizo reacción y a punto estuvo de ponerle fin a todo. Ni siquiera ha puesto nunca una excusa para salir sin ella. Si todavía va a cenar de vez en cuando con sus amigos de siempre es porque ella le empuja, aunque no puede evitar que se pase la noche llamándola para ver cómo está.

Lo único que Candela no ha conseguido es que Iván no tenga miedo.

—Me voy a trabajar. Te llamo dentro de un rato —le dice él, cuando termina su desayuno.

—Vete, pesado —le contesta, y remata sus palabras con un beso que no es breve.

Después de recogerlo todo, Candela se viste despacio, se maquilla como siempre, se cuelga en el rostro una sonrisa y anuda un pañuelo naranja en su cuello. Hoy va a cocinar algo especial para Iván. Hoy que no hay citas médicas en el hospital, hoy que es uno de esos días raros en los que su vida se aproxima una vida corriente.

Qué poco valora, quien se queja de la rutina tranquila, la fortuna que posee.

Tras despertar a los niños, Alma se dirige al cuarto de baño del pasillo, que es el que usa ella, y se mira en el espejo. Oscuras ojeras enmarcan sus ojos porque apenas ha dormido. En el estante junto al espejo está el perfume que compró el día anterior, ni siquiera recuerda que lo sacase del bolso y lo pusiera allí. *Eau des Merveilles*, de Hermés. Lo saca de la caja, acaricia el suave vidrio del frasco y observa el tono naranja del líquido. Al trasluz, la semiesfera que contiene el perfume deja ver, en la parte trasera, una miríada de estrellas.

Gira el pulverizador hacia su cuello y lo pulsa.

Cuando el líquido impacta sobre su piel, su olfato percibe un perfume intenso de resina, cítricos y madera. El olor trae a su mente a Raúl. La imagen de su reencuentro la invade como ese perfume que eligió él. Junto a Raúl, algunos recuerdos pasan revista en su mente y ahora le parecen los de otra vida que no tiene nada que ver con ella. Sabe que son suyos, pero es como si el tiempo los hubiera desprendido de su biografía.

Ella ya no es ese pasado.

Hoy tampoco es capaz de anticipar el futuro.

No quiere que sus hijos sufran, pero lo harán en cuanto se percaten de que algo le pasa, no sabe si será capaz de disimular durante mucho tiempo.

—¡Mami! —grita Darío, demandándola, como cada día.

—Estoy aquí —le contesta.

—Mamá —dice el niño, entrando en el cuarto de baño—, ¿qué me pongo? Ayer no me dejaste la ropa encima de la cama.

—Es cierto, lo siento, ahora voy.

La noche anterior olvidó hasta lo que hace siempre por inercia. Deja el perfume, se mira una vez más y ensaya una sonrisa con la que espantar cualquier sospecha sobre su ánimo. Después, entra en el desordenado cuarto de Darío.

—Ponte esto —le dice, y le ofrece un pantalón vaquero y una sudadera roja.

Darío la mira extrañado.

—¡Mamá! Hoy tengo educación física. ¿No te acuerdas? —le pregunta.

—Es verdad, perdona.

Alma se disculpa y se preocupa. Nunca le había pasado. Alguna vez se había olvidado de preparar la ropa para los niños, pero jamás les había dado otra los días que tienen gimnasia. Busca el chándal y después baja a la cocina, donde Sofía apura su desayuno.

—Mamá, hoy tengo que hacer un trabajo con mi amiga Clara.

—¿Sí?

Le suena que se lo contó antes de acostarla, pero no consigue recordar con detalle lo que le dijo.

—Me va a recoger su madre. Lo digo para que no te confundas y me hagas comida. Y me quedo hasta la hora de la cena, díselo a Ana. Ya te llamaré para que vayas tú a buscarme. Yo te lo recuerdo, no te preocupes.

La mirada de Sofía deja petrificada a Alma. Intuye en ella un punto de comprensión o quizá es solo un reflejo de lo que desea. Ojalá Sofía fuera más mayor y pudiera hablar con ella, se descubre pensando. Después se regaña; los de Sofía no son los oídos más adecuados para descargar lo que la está matando. Pero es que no sabe con quién hablar, a Sergio era a quien le contaba todo y ahora...

Como si su pensamiento lo hubiera convocado, él entra en la cocina. Sonríe, para él nada ha cambiado desde el día anterior. ¡Qué rabia siente! Quizá hubiera sido mejor seguir ignorándolo todo. No haber tocado jamás su móvil.

—No te lo vas a creer —dice él.

—¿Qué no me voy a creer? —pregunta ella, y los reproches que le debe se hacen con el control de su tono de voz, que suena crispado.

—Mi móvil. Estaba dentro de la taza del wáter. Lo vi anoche al acostarme. Es raro, porque no recuerdo haberlo llevado al baño.

—Pues tú sabrás lo que haces con tus cosas.

Responde seca, demasiado seca, aunque haya intentado contenerse. Él no dice nada. Alma se percata de que, si no se frena, los niños verán que su casa se ha roto y aún no ha pensado cómo protegerlos. Lleva desde ayer diciéndose que no están preparados para algo así, pero la verdad es que ella es la que necesita entender antes qué ha pasado.

—Cómprate otro mejor. Te lo mereces.

Le dice, cambiando el tono, y él la agarra por sorpresa por la cintura, depositando un beso en su cuello. Alma siente un escalofrío y no es de placer. ¿Cómo puede hacer como si no pasara nada, como si no hubiera otra?

Cuando Sergio se marcha, antes de enfrentar otra de sus maratones diarias, Alma, en un momento de debilidad, se pregunta si no lo habrá soñado todo, si el día anterior, tal y como ella lo recuerda, no habrá existido nada más que en su imaginación.

Se toca la frente.

No tiene fiebre, pero tampoco se encuentra demasiado bien.

Quizá sea eso, quizá es que ha tenido una pesadilla de la que no logra deshacerse ni aun despierta.

INVIERNO

Marrón, gris, blanco... La savia, paralizada por el frío, no avanza por la planta y esta se aletarga, pero no muere. Dicen que entonces es cuando hay que trasplantarla, cuando descansa.

Cuando está tan aturdida que es incapaz de reaccionar.

La luz se acorta y la noche se vuelve eterna.

«Sol de febrero, rara vez dura un día entero.»

Han pasado cuatro meses. Alma ahora es consciente de que no soñó, que lo que sucedió aquel día de octubre fue real. Ha comprobado que Sergio sigue con esa mujer que a ratos ocupa su sitio y sigue perdida en la indecisión. Sabe que debe tomar medidas, buscar el valor para afrontar lo que pasa, pero no ha sido capaz. Cada día finge que todo es perfecto, que las cosas marchan bien. Por los niños, se dice a sí misma intentando justificar su inacción, pero no son ellos los que lastran la decisión.

Es ella, que no se resigna a pasar esa página de su vida.

—Quiero hacer un viaje —le dice a Sergio.

La petición la ha lanzado sin prolegómenos o titubeos que le dieran tiempo a su marido a intuirlo.

—¿Un viaje? ¿Ahora? ¿Por qué? Los niños tienen colegio.

—No estoy hablando de un viaje en familia, sino de uno los dos solos, ¿tan raro te parece?

—No sé, ahora no es momento de vacaciones.

—Pues en Semana Santa; está ahí, a la vuelta de la esquina. Seguro que no tendrás ningún problema en el trabajo para que te den unos días de vacaciones. Si quisieras... —se interrumpe Alma.

Suelta unos folletos encima de la mesa. En ellos hay cinco posibles itinerarios para pasar una semana. Sabe que tiene que ser rápida, espera sus dudas y está preparada para una negativa, pero el viaje es una moneda al aire. Dependiendo de cómo caiga, tomará la decisión, ya que sola ha sido incapaz de hacerlo.

—¿Una semana? —pregunta él, mirando por encima las páginas.

—Sí. Siete días.

—¿Y tiene que ser ahora? No puedo, Alma, tengo asuntos que resolver en el trabajo, esto no se puede organizar así, de repente.

—Estamos en febrero, no será de repente... Además, ¿tiene que suceder algo para que tú y yo nos tomemos unas vacaciones?

Alma lucha para que las lágrimas no encuentren el camino hacia sus ojos y que la voz no se le quiebre. No se va a permitir una debilidad. No ahora que ha encontrado el valor para hablar. Él no contesta. La moneda está de canto un instante y es ella quien, a pesar de lo que le cuesta, la empuja.

—Mira, ni te lo pienses —le dice—, ya no quiero que vayas conmigo a ninguna parte. Ya

no...

Recoge las hojas y las aprieta tanto que se están doblando.

—Pero ¿no acabas de decir que quieres que hagamos un viaje?

—¿Necesitas que te explique por qué ya no quiero?

—Me parece que sí lo necesito, no te estoy entendiendo.

Ella compone la sonrisa más triste de su vida.

—Lo sé, Sergio, desde hace meses —le contesta, lo más tranquila que puede—. No me preguntes por qué he tardado tanto en decirte que lo sé, supongo que estaba aturdida, pero ya no aguanto más.

—¿Qué sabes?

Alma le mira atónita mientras Sergio se reafirma en que no la entiende. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? A ella la está consumiendo la rabia que inunda su interior desde el día que supo de su doble vida. Intenta hablar, pero los sonidos se niegan a salir de su garganta, atascados en el mismo nudo que hace semanas que la tiene sin comer apenas. Tiene tantos reproches guardados que han formado un atasco. Respira y encuentra un hueco para que lo que se está guardando salga.

—Sergio, ¡déjalo ya, deja de disimular! —susurra—. Lo sé, ¡sé desde hace mucho que estás con otra mujer! ¡Sé hasta quién es! No sigas jugando a que no sabes de qué te estoy hablando, por favor. Apuesto a que si ella te hubiera propuesto unas vacaciones de una semana ni lo habrías dudado. Ah, espera —le dice con ironía—, que te lo ha propuesto más de una vez. Ya sé en qué han consistido todos esos viajes que has hecho este último año.

Sergio va a hablar, pero un gesto de Alma y la rapidez con la que retoma la palabra se lo impiden.

—No me mientas más.

Hay un duelo de miradas en las que el desconcierto que había adoptado la de Sergio se ausenta definitivamente. Deja de actuar.

—Pues si lo sabes, hablemos de ello.

—¿Ahora sí? —pregunta Alma. Aunque no le quedasen dudas, escuchar la confirmación de su boca lo siente como un desgarró interno—. ¿Por qué no me lo has dicho tú? Antes, no ahora cuando te lo estoy diciendo yo. ¿Era tan complicado reconocerlo y ser honesto conmigo?

Alma no sabe si el silencio de Sergio es que está disimulando o que de verdad le duele porque, por un momento, parece dudar. Ella sigue hablando, ahora que puede, ahora que ha sido capaz de empezar a hacerlo.

—Vivimos solo una vez, Sergio. Una. Y la vida es muy corta para perderla o hacérsela perder a los que tienes a tu lado. Hubiera bastado un poco de valor, una conversación que hubiera salido de ti, un «no te necesito». Los matrimonios se acaban todos los días, pero hay varias maneras de

terminar.

Sergio la escucha, valorando las palabras que saldrán de su boca. Alma habla de terminar algo en torno a lo que su vida gira desde hace casi veinte años: ellos dos. Está poniendo encima de la mesa esa palabra que no ha querido enfrentar, porque no es solo la conversación con Alma lo que tiene pendiente, también hay otra consigo mismo, una en la que pueda afrontar que ha puesto su vida en la tesitura de un final. Uno al que le ha llevado precisamente el callar. Uno que no desea, pero que acaba de volverse inevitable.

—¿Qué manera quieres tú? —pregunta al fin.

—Una que ya no es posible. Una adulta que mostrase cierto respeto por quienes fuimos.

Sergio sigue mudo porque, a base de negarse a afrontar que tiene que hacer algo, se ha dejado pendiente valorar qué está haciendo con su vida y cómo eso repercute en la de los que le rodean.

—¿No vas a decir nada? ¿No te vas a defender? ¿No me vas a negar que hay otra mujer?

—¿Para qué? Ya lo sabes.

—¿Ni siquiera te importa cómo me siento?

Otro silencio que dilata los segundos y los convierte en pequeñas puñaladas. En los dos, porque no es solo Alma la que está sufriendo en esta batalla. No es ella sola la que está abocada a perderla. Nadie puede ganar cuando lo que se pierde es el amor de media vida.

Sergio encuentra el valor por alguna parte y dispara la pregunta que Alma se hace cada minuto del día desde que supo lo que pasaba.

—Es evidente que quien ha sido desleal he sido yo, pero ¿no te has preguntado si tú también has hecho algo en todo este tiempo para que hayamos llegado hasta aquí?

—¿Crees que no? —pregunta ella—. No paro de hacerme esa pregunta. Desde hace meses no hay otra cosa en mi cabeza, ¿qué he hecho? Y, Sergio, por más que pienso no lo encuentro, no sé qué te ha podido llevar a poner a alguien entre los dos.

—Alma, déjalo en que simplemente hemos cambiado. Será lo mejor —le dice, arrepentido de haber convertido su defensa en un ataque que la haga sentir todavía peor.

—Es normal cambiar, maduramos, la vida pasa y nuestras circunstancias mutan, pero eso no significa que tengamos que buscar fuera lo que tenemos en casa —argumenta Alma.

Sergio la mira y hay tristeza en sus ojos. Una tristeza sincera que ella no esperaba. En realidad, no sabe que esperaba, quizá más gritos, más reproches, menos sufrimiento en él. Él pudo elegir no hacerlo, ¿no? ¿Por qué parece tan herido como ella?

—Te olvidaste de prestarme atención —dice Sergio, y a la tristeza se une un dolor que Alma no se espera.

Silencio. El aire se vacía de palabras y las emociones ocupan su lugar. Alma las siente recorrer su cuerpo, rápidas, descontroladas, furiosas, como un veneno invadiendo su torrente sanguíneo. ¿Sergio le habla de olvido y atención? Él, que ha dejado de hacerla sentir única

compartiendo con otra los gestos que creía que solo les pertenecían a ambos.

—¿Yo? ¿Me estás diciendo que me he olvidado de nosotros cuando mi vida gira en torno a ti, cuando has sido tú el que ha metido a otra en tu cama?

Lo dice bajito, susurrando la derrota que intuye desde hace meses y que ahora se vuelve definitiva.

—No nos hagamos daño, Alma. Lo sabes, ya está. Es mi culpa, la asumo.

—¡Quiero saber por qué! No me vale tu razón, es tan endeble que no la entiendo.

Se ahoga en cada palabra, pero las pronuncia porque las necesita. Una respuesta a meses de preguntas que no pueden quedarse en un «asumo mi culpa».

Sergio la mira negando con la cabeza, porque de verdad no desea hacerle más daño, pero también la conoce y sabe que no cejará en su empeño de saber qué ha pasado. Se lo piensa un momento y, al final, decide hablar. Sabe que, una vez empezada esa conversación, si hoy la dejan a medias, volverán a ella. Si no la completan, será como arrancarse la piel despacio, reavivando, cada vez que la retomen, esa sensación de mil pinchazos por centímetro cuadrado. Por eso, porque después de meses mintiendo él también desea que aquello acabe, decide concederle su respuesta. Su lado de la moneda. Su verdad.

—Has ido anteponiendo todo frente a mí y empecé a sentirme muy solo.

—¿Qué antepuse?

Sergio toma aliento y las palabras empiezan a salir ordenadas. Esas que ha evitado decirse, pero que tiene guardadas dentro, encuentran el camino.

—Primero, a tus padres. Después, a nuestros hijos, Alma. Tu trabajo. Sus actividades extraescolares, los deberes, los cumpleaños de sus amigos, el grupo de padres del colegio... qué sé yo. Todos los días había algo que te llevaba agotada a la cama, sin opciones a que tan solo tuviéramos una conversación. No te estoy hablando de más, ni siquiera de sexo. Hablar contigo, Alma, compartir algo, eso era lo que quería porque eso fue lo que nos unió. Me fui sintiendo relegado y te juro que estuve mucho tiempo aceptando que ese iba a ser siempre mi lugar en tu vida. Mi lugar en la vida, el mismo que un paraguas al que arrinconas y del que te acuerdas solo cuando llueve. Las pocas veces que tenías tiempo para mí, cuando no había otra obligación urgente que atender, se volvieron de pronto insuficientes. Me ahogaba. Me estaba muriendo de tedio y de rutina. Entonces ella apareció y, aunque te cueste creerlo, me devolvió la ilusión que había perdido. No necesitaba mendigar un lugar, me lo estaban dando y lo acepté.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —pregunta Alma.

Sergio la mira y suspira.

—¿La verdad? —Tarda en seguir hablando—. A poder ser, nunca.

—¿Nunca? ¿Ibas a mantener esta doble vida siempre, como un maldito cobarde?

Sergio lo sabe, sabe que Alma lleva razón; ha sido un cobarde durante todo ese tiempo. Ha

sido injusto con las dos.

—No sabía cómo salir de esta situación sin herirte. Sin heriros. Sin salir yo herido.

Alma se tapa la cara con las manos y ahoga un grito. O un sollozo. O un suspiro. O quién sabe qué sería lo que hubiera salido de su cuerpo si no hubiera hecho un ejercicio de contención.

—Hay decisiones que hay que tomar, aunque duelan. Pensaba que eras más valiente, Sergio.

—Yo también lo creía, hasta que me encontré donde estoy. Tengo la culpa de haber aceptado lo que pasó, pero te puedo jurar que no lo busqué. Que he estado mucho tiempo esperando...

Se interrumpe, buscando aliento, y hasta Alma juraría que está intentando no llorar.

—¿Qué esperabas?

—¡A ti, Alma! Esperaba que volvieras y me rescatares de este laberinto, que volviera mi mujer.

—¡Nunca me he ido de tu lado! —dice Alma, con un grito rabioso.

—Alma, vamos a calmarnos, acabaremos discutiendo.

—¡Estamos discutiendo, Sergio! Me estás diciendo lo que he hecho mal en todo este tiempo, lo que he cambiado para que tu hayas necesitado a otra y resulta que no entiendo nada porque lo único que logro entender es que estás echándome en cara que cuido de mis hijos y soy responsable con mi trabajo. O que me ocupé de mis padres cuando era eso lo que tocaba. Es que no lo entiendo, no puedo entenderlo, Sergio. ¿No estoy contigo? ¡Por Dios, si no hago otra cosa! Estoy todo el día dispuesta a hacer lo que me pides...

—No es así y tú lo sabes. Estás, es cierto, pero no conmigo. ¿Cuántos besos de bienvenida a casa recibo? ¿Cuántos de buenas noches o cuando me marchó? No me refiero solo a los últimos meses, me refiero a los últimos años. A lo mejor no ves que has cambiado. Nunca tienes un gesto de cariño y yo los necesito. Te los he pedido y siempre que consigo que lo hablemos me dices que lo harás, pero al cabo de los días lo vuelves a olvidar. Porque no te salen ya. Siempre estás enfadada, siempre gritando a los niños, siempre... Mira, dejémoslo así.

—¡No quiero! ¡Yo también necesito algo, entender esto! ¿He hecho algo grave? Es que lo que me dices, no me parece que sea como para que buscaras otra.

—No la busqué, te he dicho que la encontré, y creo que fue porque tú y yo nos convertimos en extraños a base de dejar que los días pasaran sin afrontar nuestros problemas. Piénsalo. Piensa en las veces que te dije que nos sentásemos a hablar de lo que nos estaba pasando. ¿Recuerdas qué me decías? Que no pasaba nada. Pues sí, Alma, sí pasaba, aunque tú no lo quisieras ver.

Alma se cubre la boca con la mano, lo que le acaba de decir es cierto. Tal vez no ha sido buena idea enfrentarlo, quizá debería haber seguido guardando silencio. Cualquier cosa hubiera sido mejor que sentirse como se siente ahora, como si alguien hubiera descorrido el telón en el escenario de su vida y la obra de teatro programada no fuera la misma que esperaba. No quiere comprarle su historia porque a ella no la deja en buen lugar.

Pero...

Tal vez es cierto que hay pocos besos desde hace demasiado tiempo.

Tal vez es verdad que hace mucho que no se dedican caricias cuando antes se las regalaban todas.

Tal vez Sergio no solo está defendiéndose, sino pintando la realidad que él ve desde su butaca. No parece la misma que la suya, pero, si es honesta, tiene que reconocer que hay algo de cierto en lo que le está diciendo. Sergio y ella no discuten casi nunca y ahora mismo es consciente de que eso es muy extraño. Las parejas siempre discuten. Los matrimonios no están en todo de acuerdo y eso, que hasta entonces le parecía una virtud en su relación, se acaba de convertir en un muro.

Claro que no discuten.

Apenas han mantenido una conversación de más de dos minutos en el último año.

Sin palabras no hay discusiones, pero tampoco hay acuerdos. A fuerza de fingir que todo era perfecto, quizá los dos se han cargado su matrimonio. No del mismo modo, desde luego, pero los dos tienen su parte.

La culpa aparece en Alma y le empieza a pesar.

No puede ser que su cerebro traidor le esté concediendo parte de razón, no ha sido ella la que ha roto un pacto sin sentarse a discutir primero lo que les estaba pasando, pero es verdad que ni siquiera se preocupó por la distancia a la que estaban hasta que vio ese maldito mensaje.

Dio todo por supuesto y la vida no tiene certezas inamovibles.

—Quizá tengamos que dejar esto un tiempo —logra decirle, antes de que acabe disculpándole todo.

—¿Quieres que me vaya de casa? —pregunta él.

—¿Tú qué crees?

—Vale, después recojo mis cosas.

Sergio se da la vuelta y sale de casa. Alma, al verle cerrar la puerta, siente que acaba de instalarse el invierno en su pecho. Lleva ropa, su imagen reflejada en el cristal de la puerta del salón se lo confirma, aunque se siente desnuda.

Él no lleva nada en las manos, pero es como si le hubiera robado el abrigo.

Hace días que Sergio no aparece por la casa, aunque Darío y Sofía aún no saben por qué. Alma lo ha ido tapando con la excusa de uno de esos viajes tan frecuentes últimamente en la vida de su padre, pero hoy, cansada de que él siga aplazando lo inevitable, le ha llamado. Tienen que decírselo ya, deben hacerlo los dos, él no puede descargar solo en sus hombros esa responsabilidad.

Le ha citado a la salida del colegio.

Ella ha llegado con tiempo. No ha dejado de observar la puerta y por eso le ha visto en cuanto ha puesto un pie en el patio. Él también la localiza, pero no hace el gesto de acercársele; solo levanta ligeramente la cabeza a modo de saludo mientras clava sus ojos en ella. Pero ese gesto es frío, tan gélido como los días finales de este mes de febrero que a Alma no le gustaría estar viviendo. Se queda mirándole y se muerde el labio.

Jamás pensó que ellos dos pudieran acabar así.

El timbre que anuncia la salida inminente de los niños deshace ese contacto visual. Ambos se han vuelto hacia las puertas del colegio. Se acaban de abrir y vomitan una marabunta de niños que corren y gritan. Alguno llora y casi todos se deshacen de sus mochilas en cuanto localizan a sus padres. Darío es uno de estos últimos. Antes de que Alma reaccione, ha soltado la suya y se ha lanzado a la carrera hasta ese rincón del patio donde espera Sergio.

Al llegar a su padre, se cuelga de su cuello y se regalan besos, abrazos y sonrisas. La complicidad entre ambos sacude el pecho de Alma. Es consciente de que, en un rato, van a romper esa burbuja de felicidad en la que viven sus hijos y le duele.

Le duele tanto que está a punto de rogar a Sergio que den marcha atrás.

—¡Mamá! —grita el niño—. ¡Papá ha vuelto y ha venido a buscarnos!

Haciendo uso de toda la energía que puede reunir, Alma se aproxima a los dos. Hay una parte de sí misma que se alegra de volver a tenerlo cerca. Hay otra a la que le gustaría perderlo de vista. Así lleva unos meses, saltando de una orilla a la otra del torrente de sentimientos contradictorios que la invaden.

—¿Cómo estás? —pregunta Sergio, cuando llega a su altura.

Ella se guarda unos segundos la respuesta. ¿No lo sabe? ¿No es capaz de ver que es una muñeca rota? ¿No se da cuenta de que la ropa cada vez le está más grande? Respira, busca dentro de sí misma esa pequeña reserva de coraje que le ayude a enfrentar este momento con dignidad y sin venirse abajo.

—Bien —logra susurrar, mientras sonríe levemente.

—He pensado que podemos comer aquí cerca —dice él—. Así no tendremos que coger el

coche.

—Me parece bien.

—¿Qué les has contado que he estado haciendo estos días?

Sergio pregunta en un momento en el que Darío está entretenido con un compañero de clase y Sofía aún no ha salido del centro. Alma se esfuerza para que no se le note que nada de lo que está sucediendo estos meses le parece bien.

—Que te has ido de viaje.

Él la mira, muy serio.

—Me echaste, Alma.

—No vamos a discutir ahora, el caso es que no saben que ya no vives en casa y hay que decirles que nos vamos a separar.

Sofía llega en ese instante y escucha unas palabras que hace tiempo que sospecha. Es pequeña, pero no es tonta; ha notado que la alegría se evaporó de su casa, que su madre, aunque su presencia física la acompañe, está tan ausente como su padre. Se queda mirándolos a los dos, que se sienten como niños pillados en medio de una mentira.

—¿Cuándo pensabais contármelo? —les recrimina.

—Sofía...

Alma trata de que no arme escándalo, en esa pequeña ciudad en la que viven los chismes vuelan y se multiplican, se retuercen, se alteran, se descolocan y te instalan en posiciones aún más incómodas de la que ya está viviendo. No cree poder soportar nada más.

—Mamá... —casi susurra, la niña entiende que no es el lugar, pero necesita palabras que calmen su cuerpo, que ha empezado a temblar.

—Cariño, ahora hablamos.

Para que se tranquilice, sus brazos de madre la acogen con un abrazo. Para cuando regresa Darío, encuentra a los tres muy serios. Sofía a duras penas contiene los gemidos. Pregunta y, antes de que Alma reaccione, Sergio le resume la nueva situación familiar. Al niño no parece afectarle tanto como a Sofía.

A pesar de que el primer objetivo de la comida se ha caído de la agenda, se dirigen al restaurante, donde Alma les explica cómo será su vida en adelante. Al menos en lo básico, en lo que llamamos rutina. Sabe lo que es encontrarte de pronto con algo que no cuentas, que te rompan de golpe tus esquemas vitales y lo imposible que resulta incluso pensar que no estás viviendo un mal sueño.

—¿Es por culpa nuestra? —pregunta Darío—. ¿Es porque nos portamos mal?

Las preguntas son disparos en el pecho para los dos adultos, que no se las esperan.

—No, claro, cariño, no es culpa vuestra —dice Alma, mientras con dulzura acaricia el rostro de su pequeño. Está haciendo un esfuerzo sobrehumano para no llorar.

—Y entonces, ¿por qué? —pregunta Sofía.

—Hemos tenido problemas —dice Sergio—, y esta es la mejor solución para todos.

—Pues si habéis tenido problemas, arregladlos —dice la niña, rabiosa.

—No es tan sencillo.

—Sí lo es, mamá, ¡sí lo es! ¿Quién tiene que pedir perdón? ¿Tú, papá, que te has ido? ¿O has sido tú, mamá, que lo has echado?

Sofía está gritando y los comensales de la mesa de al lado se vuelven a mirarla. Alma intenta que se tranquilice, pero la pequeña no puede. Sigue con sus reproches un tiempo, argumentos de niña pequeña que duelen, pero no tanto como cuando suelta el último:

—Me avergüenzo de vosotros.

Se levanta de la mesa y se va hacia la puerta de la calle. Alma alcanza a coger el abrigo de la niña, que está sobre el respaldo de su silla y la sigue. Darío, que se ha quedado con Sergio, ha estado callado, pero también tiene algo que decir.

—¿Nos vas a abandonar?

Sergio niega con la cabeza e intenta componer una sonrisa convincente. Ahora entiende por qué Alma no ha sido capaz de decírselo a los niños, no es fácil.

El estrépito de las ruedas de un enorme espejo precede a la entrada de Candela a una sala del Centro de Salud. Expectantes, siete mujeres la esperan esta tarde sentadas en pupitres. De vez en cuando, Candela, como miembro de una asociación que presta apoyo a enfermos de cáncer, imparte talleres.

Ninguna de sus alumnas de hoy entiende muy bien qué tiene que ver con curarse el aprender a ponerse un pañuelo en la cabeza o maquillarse.

Lo han estado hablando mientras Candela llegaba, eso lo podrían buscar en internet.

Algunas lo han hecho ya.

Cuando la ven entrar, se encuentran con una joven delgaducha y alegre que ha llegado arrastrando un espejo gigante y cargada con una mochila al hombro. No se parece en nada a las medicinas que vienen en cajitas con prospecto, y mucho menos al veneno que les inyectan en vena para que se curen. Ella las saluda con una sonrisa franca que enseguida muta hacia una mueca algo más seria. Está evaluando el lugar y algo no la convence. Cuando todas dejan de murmurar, saluda.

—Buenos días. Soy Candela y voy a pasar con vosotras la próxima hora y media.

Las mujeres la escrutan silenciosas; una incluso sonríe, pero no dicen nada. Se sienten un poco intimidadas por el espacio, pues algunas no han pisado un aula desde hace décadas. Esperan, para que su profesora de ese día les aclare en qué va a consistir la charla.

—Vamos a reordenar esto —dice ella, a cambio.

Desde que ha entrado, a Candela no le ha gustado la disposición de las sillas, parece que quien las ha colocado espera de ella que actúe como si aquello se tratase de un teatro y tiene claro que ella, hoy, no es la protagonista de ninguna función.

—¿Os importa poneros de pie un momento? —les pregunta. Se levantan y ese es el instante que Candela elige para explicarles lo que quiere—. Vamos a poner esta mesa en el centro, y al lado el espejo, ¿alguien me ayuda? —Enseguida encuentra manos dispuestas—. Y despejaremos de sillas todo esto. Si alguna se siente cansada, que agarre una y se siente cuando lo necesite, pero creo que estaremos más cómodas de pie.

Entre las asistentes hay una mujer de más de setenta años que desde que empezó el tratamiento no sabe lo que es escapar del cansancio. La enfermedad ha barrido sus fuerzas, su alegría y cualquier filtro de delicadeza en sus palabras; ya no se molesta en disimular lo que piensa con nadie. Si no se contiene con la gente que quiere, mucho menos con esta jovencita resuelta que ha venido a darles clases de maquillaje. ¡A su edad!

—Me gustaría verte a ti después de la quimio —le dice, fría—. Si supieras lo cansada que te puede dejar, no se te ocurriría insinuarnos que nos pusiéramos de pie.

—Puedes sentarte si lo deseas, por supuesto. ¿Cómo te llamas? —le pregunta Candela, sin tomar en cuenta su tono grosero.

—Valentina. Y no me pienso levantar de esta silla —afirma la mujer, mientras se instala lo más cómoda que puede en el rincón más retirado.

—Bueno.

Candela se encoje de hombros.

Las demás ignoran a Valentina; terminan de apartar las sillas del centro de la clase y esperan las explicaciones de su profesora.

—Mucha gente empieza los talleres organizando una ronda de presentaciones. A mí no me gusta, porque no suelo acordarme de los nombres si me los dicen todos de golpe y porque sé que hay mucha gente a la que este momento le produce incomodidad. Cuando surja que los compartáis, me los aprenderé. Por ejemplo, ya sé que tú eres Valentina.

Candela mira sonriente a la anciana, pero la aludida aparta la mirada y la dirige a la pared. No se siente cómoda. Si no fuera porque su hija no vendrá a buscarla hasta dentro de hora y media, habría salido de la habitación. No contesta ni hace el más mínimo gesto de ponerse en pie como las demás.

Candela continúa.

—El objetivo de hoy es que aprendáis a poner os el pañuelo y a maquillar os. Sé lo que estáis pensando, que para esto hoy en día no hace falta salir de casa y no os va a ayudar en nada, porque no se trata de un medicamento al uso. Tampoco os va a hacer daño, es solo hora y media de vuestro tiempo. Sin pinchazos, sin efectos secundarios...

—Otra tontería —murmura Valentina, y aunque Candela la escucha, sigue como si nada.

—Nuestra enfermedad se ve, y no solo porque el tratamiento muchas veces nos deje sin pelo. El cansancio físico y mental pasa factura, y el espejo a veces es muy traicionero, porque nos recuerda lo que está pasando. Yo os propongo algo, saquémosle la lengua. Vamos a ponernos guapas. Convirtamos ese pañuelo que usamos para ocultar lo que nos falta en algo que nos haga más hermosas. ¿A quién no le gusta estar guapa?

Observa tímidas sonrisas en su pequeño auditorio.

Sigue hablando con ese tono suave que tiene un efecto sedante en la concurrencia.

—El éxito, en cualquier empresa que os propongáis en la vida, tiene que ver con la motivación, con sentirse bien con uno mismo y con las ganas de seguir adelante. Vernos bien tiene tanto poder que debemos aprovechar lo que nos ayuda. Digamos que este camino es una montaña y nosotras escaladoras. Podemos hacerlo a pelo, pero unos pies de gato, cintas o mosquetones nos lo van a poner mucho más sencillo.

Sonríe mientras les guiña un ojo. A ninguna se le ha pasado por alto que todo el tiempo ha usado la primera persona del plural para hablar de la enfermedad. Sin embargo, la más joven de la sala es la única que se atreve a preguntar.

—¿Tienes cáncer?

—Soy una de vosotras, por eso sé de qué os hablo. —Mira a Valentina de reojo y observa que se ha quedado muy seria—. Por eso tengo experiencia en ponerme esto. —Se desanuda del cuello su pañuelo naranja, gastado por el uso, y se lo pone sobre la cabeza en unos segundos—, y en pintarme unas cejas cuando a las mías les da por irse de vacaciones. ¿Tú eres...? —le pregunta a la mujer que ha hablado.

—María.

—¿Quieres que empecemos contigo, María? Veo que llevas pañuelo, pero también apuesto a que se te cae todo el tiempo.

—Pues sí —afirma María, arrancándolo de su cabeza y mostrándola rasurada por completo—, no soy capaz de mantenerlo quieto. Por mucho que lo anudo de una manera o de otra siempre se me acaba resbalando. Te juro que me he visto cientos de tutoriales, pero no hay manera. Puede que te parezca una tontería, pero, aunque hay ratos en los que me apetecería salir un poco a que me dé el aire, prefiero quedarme en casa. No me gusta que me vean sin pelo y con el poco arte que gasto poniéndome esto... Es que hay veces que no me queda más remedio que quitármelo y volver a empezar, pero me da mucha vergüenza hacerlo fuera de casa.

—¡Pero bueno! —Ahora es una mujer de mediana edad la que habla—. ¡Hija, pero si eres guapísima! Con esos rasgos tan bonitos y esa piel tan lisa... ya me gustaría a mí. Soy Sandra, perdón, se me olvidaba presentarme. Y salgo a la calle todo lo que me permite mi cuerpo, aunque me vea más horrible que nunca.

—¿Por qué te ves fea? —pregunta Candela.

—¿Has visto qué ojeras? ¿Y qué arrugas? He adelgazado tanto que soy un puro pellejo.

Candela se ríe ante el comentario que ha hecho en un tono despreocupado y no le pasa por alto el gesto desaprobatorio de Valentina. Es la única, las demás se suman a su risa y empiezan a hablar casi a la vez. Ellas no la ven tan mal. Isabel, otra de las alumnas, incluso se ve peor. Las invita a que le miren la cabeza cuando se quita el pañuelo y le digan si no tiene la forma de un pepino. En unos minutos, todas están parloteando de manera amena, liberadas de las telas que ocultan su calvicie. Todas, excepto Valentina, que sigue queriendo marcharse. Candela, entretanto, ha sacado más pañuelos, todos naranjas, todos nuevos. Cuando decide que están relajadas, les ruega que guarden silencio y entrega uno a cada una.

—María, siéntate en esta silla —le pide, acercando una y poniéndola frente al espejo—. Las demás, colocaos alrededor y podréis ver cómo lo hago.

Valentina empuja su orgullo y se levanta. Desde donde está sentada, las demás tapan su visión

y si no hace algo, se quedará sin saber cómo ponerse el pañuelo que acaricia entre sus dedos. Lo hace solo porque está aquí, solo porque su hija no va a venir a rescatarla.

Antes de empezar con la práctica, Candela toma su mano con cariño y la acerca más a María. Ella tampoco quiere que se pierda la explicación. Sabe que Valentina no está enfadada con ella sino con la enfermedad, así que no ha empleado un segundo en tomarle en cuenta su brusquedad.

—¿Empezamos?

El grupo escucha sus instrucciones con atención y, tras unos cuantos intentos, logran colocárselos. Primero las unas a las otras y después, a sí mismas.

—¡Genial! Sacudo la cabeza y no se cae —dice María moviendo rápido el cuello y mareándose un poco.

—¡Tranquila! —dice Candela—. ¡No te emociones!

Se ríen.

Les llega el turno a las cejas.

Para ellas, Candela ha traído lápices perfiladores que les regala, al igual que los pañuelos. Les muestra la técnica pintándose frente al espejo mientras explica cómo colocar la mano, dónde apoyarse para que el pulso no falle. La destreza que la práctica le ha hecho desarrollar hace que la clase que venía a darles no haya durado ni treinta minutos, así que todavía queda una hora entera que rellenar.

Quizá les pida que se quiten y pongan varias veces el pañuelo para ganar velocidad, piensa María.

Pero no, Candela sabe que lo que ha venido a hacer es otra cosa. Algo que no necesita explicar porque la experiencia le ha enseñado que surge solo en cuanto empieza su particular «terapia» y pierden la timidez inicial.

—Te ves mejor con cejas —dice Pilar, una mujer de la edad de Candela, observando las suyas en el espejo—. Sin ellas es como si tu cara estuviera incompleta.

—Con un poquito de sombra de ojos, además, estaríamos guapísimas —sugiere Sandra—. No habrás traído algo así en tu mochila, Candela.

Esta sonríe, saca un maletín y deja que se acerquen a él.

—Servíos lo que os apetezca.

—Yo no sé maquillarme —dice Valentina—. Nunca lo hice antes y ahora... creo que me vería rara.

—¿Te ayudo? —se ofrece María.

No hay respuesta audible, pero la aprobación de Valentina se lee en la ligera curvatura hacia arriba que dibujan sus labios. En muy poco tiempo, hay cuatro maquilladoras inexpertas empeñadas en devolver el color a los rostros de las otras cuatro y la sala se llena de lo que en realidad ha querido convocar Candela: las confidencias que comparten, la descarga en común de

los miedos que la enfermedad lleva como equipaje extra. Protegidas por esa puerta cerrada y por el pañuelo naranja que lucen en sus cabezas, van soltando parte del lastre que cargan. Ese que no es físico, pero que pesa tanto que a veces contribuye en gran medida a que los días se vuelvan insoportables.

—Cuando me lo dijeron, cuando las pruebas confirmaron las sospechas —dice María—, yo creía que me moría allí mismo. Lo único en lo que era capaz de pensar es en que me acababa de casar, que mi proyecto en los siguientes años era amueblar mi casa, disfrutar de mi marido y planear ser madre... Todo eso se había ido a la mierda en un momento.

—No te adelantes —le dice Candela—, muchas mujeres, cuando sanan, tienen hijos. Hay que esperar para saber. Esto es una pequeña pausa.

—¿Pequeña? —pregunta Sandra—. A mí los días se me están haciendo larguísimos desde que estoy así.

—Nada es eterno, hay que considerarlo una etapa de nuestro camino. Muchas personas mueren, lo sabemos, pero también son cada vez más las que se curan; la medicina, poco a poco, va encontrando respuestas —dice Candela.

—Yo pensaba en mis hijos —añade Isabel—. Son pequeños, ocho y cinco años. Pensaba en lo pronto que se van a quedar sin mí, en qué sería de ellos... Lo sigo pensando a diario, lo reconozco, aunque parece que estoy respondiendo bien al tratamiento.

—Pues intenta no pensarlo —la interrumpe Sandra—. Como dice Candela, siempre hay un porcentaje de gente que se cura y a ese es al que hay que aferrarse, ¿verdad?

—Claro que sí —la apoya la profesora—. Y no adelantarse, porque para lo único que sirve es para angustiarse.

—Vosotras aún tenéis mucho tiempo —señala Valentina con tristeza—. Mi caso es diferente.

—¿Por qué? —pregunta María, que está convencida de que la enfermedad las ha igualado a todas.

—Porque... —se atasca—, porque... soy mayor.

—¿Qué tiene que ver eso? —Isabel no lo entiende.

—Mucho. Mi edad dice que tampoco viviré demasiado, aunque consiga superar esto. Tengo todo hecho. Entonces, ¿para qué luchar?

—¿Cómo que para qué? —Candela se dirige a ella—. ¿No tienes una familia a la que amas?

—Sí.

—¿Y ellos te quieren?

—Claro que sí...

—Entonces, no les hará ninguna gracia que pienses así.

—Ahora no soy más que una carga, mi hija hoy ha tenido que pedir permiso en el trabajo para traerme. Y muchos días más, para llevarme a que me den la quimio. No puedo ir sola, ni siquiera

se atreven a dejarme sola en casa. La estoy arrastrando con esto y sé que ella lo está pasando muy mal viéndome enferma. Si hubiera perspectivas de futuro... pero no las hay. Soy un lastre, nada más. Me moriré de todos modos muy pronto, en pocos años, por eso es bastante absurdo empeñarse en que me recupere. Será seguir frenando su vida.

—No tiene por qué ser así, volverás a recuperar tu energía y verás todo distinto —señala Candela—. No tienes veinte años, pero mejorarás, recuperarás la vitalidad que das por perdida. Es una posibilidad que existe.

—Igual que morir.

—¿Quién te asegura que la moneda caerá en cruz? —le pregunta Candela.

—¿Es justo terminar la vida haciendo sufrir tanto a los que quieres?

Ni siquiera valora lo que le está diciendo Candela. Y la pregunta queda suspendida en el aire, flotando en el silencio no pactado que se apunta al curso de pronto.

—No sufren porque estés enferma, sino por cómo lo afrontas. Valentina, tus miedos han tomado el control. Espántalos. Como se te ocurra; este disfraz que yo te ofrezco solo es una alternativa. Un pequeño juego para que la subida a esa montaña no se haga tan complicada.

—¿De qué sirven maquillarse y ponerse un pañuelo?

—De espejo, Valentina. Reflejarás lo que quieras si te empeñas en ello. ¿Tienes nietos? —pregunta Candela.

—Cuatro. Preciosos.

—¿Qué recuerdo quieres que conserven de su abuela? ¿Alguien enfadado? ¿Una persona amargada?

—No, pero me siento mal y ahora no puedo ni siquiera soportar que estén a mi lado. No me sale.

—Todas nos sentimos mal —dice Sandra—, pero Candela lleva razón, está en nuestras manos intentar al menos verlo de otro modo. Aunque sea muy complicado.

Candela deja que hablen, que se expresen, que saquen de dentro los miedos que acompañan al enfermo y lo hacen con mucha más sinceridad que con sus familias, porque en este grupo todas son extrañas. No se van a llevar el dolor de las demás.

Sin darse apenas cuenta, el reloj marca el final de la experiencia.

Se despiden.

No habrá otra reunión, pero se llevan un pañuelo naranja y unas instrucciones sencillas que tal vez ayuden a que, lo que hoy han aprendido, no se les olvide.

—Gracias y perdona —le susurra Valentina al salir a Candela y se lleva algo de ella: un beso y un abrazo.

—No hay nada que perdonar. Cuídate.

Cuando Candela se queda sola en la sala, empieza a recoger. Comienza por quitarse el

pañuelo y se lo vuelve a anudar al cuello. Los maquillajes recuperan su lugar en la caja y esta retorna a la mochila.

Está contenta.

Las miradas de sus alumnas, su despedida, sus sonrisas, le dicen que ese tiempo compartido ha sido útil, que cada una de ellas se ha llevado a casa la fortaleza necesaria para afrontar de otro modo al menos ese día. Mira el desorden de sillas y piensa en colocarlas. No quiere que le llamen la atención por haber dejado la sala patas arriba. Se mueve hacia una de ellas justo cuando se abre la puerta, pero no avanza. Su mano se aferra al marco del espejo y no se cae al suelo porque la psicóloga del centro, que ha entrado para preguntarle qué tal ha ido todo, la sostiene.

—¿Qué te pasa? —le pregunta con gesto de preocupación.

La psicóloga la ayuda a sentarse y después sale en busca de ayuda, mientras Candela se esfuerza en respirar. Un dolor insoportable la ha doblado por la mitad. Lleva toda la clase sintiendo que se acercaba, pero ha podido mantenerlo a raya.

Hasta ahora.

Cierra los ojos.

Los abre y respira.

Alma permanece sentada en su mesa en la oficina examinando unas facturas. O quizá lo único que está allí es su cuerpo, porque su mente no puede concentrarse. Sus ojos marrones, velados por una fina capa acuosa, se esconden de cualquier mirada indiscreta, simulando centrarse en los papeles que tiene ante ellos. Su compañero no parece prestarle mucha atención, pero ella no quiere que, en un descuido, la contemple de frente y descubra que ahora mismo es el ser más vulnerable del planeta.

No entiende nada.

No soporta la infelicidad que siente desde que tomó la decisión de aportarle algo de dignidad a su situación personal, y no lo entiende porque, a pesar de todo, no está de acuerdo consigo misma.

Sergio ha sido su mundo, el compañero que eligió para transitar por la vida, y perderlo ha sido como quedarse en medio de un mar oscuro, sin un faro que le señale dónde está la costa. Sabe que en cualquier momento tropezará con las rocas afiladas y se irá a pique sin remedio, porque en su felicidad se fue olvidando de tomar unas precauciones mínimas. No ha sido capaz de protegerse para salir a flote sola en caso de naufragio.

Sabe, ahora, que en una relación no falla uno solo y repasa, y revisa, y analiza, y se atormenta con lo que pudieron ser sus propios errores. Hace lo mismo con los de Sergio y la balanza no logra inclinarse a un lado que le aporte seguridad.

Maldita sea, ni siquiera logra ese descargo que sería poder endosarle toda la responsabilidad a él y la situación, que le pesa como una losa, la desborda.

Levanta la vista un instante, cuando el ocupante de la mesa de al lado le comunica que se marcha a tomar un café. Le pregunta si quiere acompañarle, pero Alma rechaza la invitación. Ella se queda, pendiente del teléfono, por si hay alguna llamada importante. Reúne fuerzas no sabe de dónde y esboza una sonrisa que se lleva toda su energía.

Toda no.

Le queda un resto mínimo para coger un folio de la fotocopidora y un bolígrafo.

Empieza a escribir.

«¿Por qué el tiempo no es algo que se pueda hacer retroceder? Si tuviera ese poder, te lo aseguro, giraría las manillas del reloj hacia atrás, dejaría correr ese momento estúpido en el que se me ocurrió mirar el mensaje en tu teléfono. No pulsaría jamás esa pantalla que hizo estallar mi vida.

Sé que cada día era una carrera constante contra el tiempo, un ir y venir de tareas que me

parecían esenciales. Nunca me di cuenta de que estuviera haciendo algo mal porque, aunque intuía que la felicidad tiene que saborearse más despacio, no sentí que estuviera fallando. Ahora... ahora nada es importante para mí. ¿Sabes por qué, Sergio? Porque tú no estás, porque ya no puedo compartir contigo nada. Me daba lo mismo lo cansada que me sintiera porque creía poder contar con el consuelo de tu compañía, que tú y yo éramos eso: tú y yo. ¿Por qué no imaginé que nada de esto era cierto salvo para mí?

Ahora, sin ti, el tiempo se ha ralentizado. Es como si no avanzase, como si las horas se hubieran transformado en semanas y los días en meses enteros. Antes volaba y ahora se arrastra. Necesito que se mueva mucho más deprisa, como antes, como siempre. Vengo a trabajar porque hay que hacerlo, cuido de los niños porque me necesitan, pero por más que trato de llenar con tareas todos los instantes, no hay manera.

Sergio, no lo entiendo.

¿Por qué nos ha pasado esto?

No puedo inventar sueños, porque hoy no los tengo. Hoy, igual que muchos de estos últimos días, solo quiero dormirme y no volver a despertar.

Me gustaría mandarlo todo a la mierda, empezar de cero o terminar del todo. Lo primero es imposible. El espejo me devuelve el cansancio que ahora se acumula en mí. El cansancio de fingir delante del mundo que no pasa nada, que puedo con esto. Veo a alguien a quien la tristeza le ha cerrado el apetito. Ni siquiera soy capaz de comer para entretener el dolor. No quiero que me vean. No quiero salir de la última capa de cebolla y hacerme visible.

Me siento inútil para todo. Prescindible cien por cien. Incluso estoy segura de que, si me marchara ahora, mis hijos acabarían olvidándose de quién fui. No me quedan sueños, ni deseo nada. Todo lo que estaba en mi carpeta de tareas pendientes está eliminado porque era contigo. Le he dado yo misma al botón de suprimir».

Caminar sin Sergio, después de tanto tiempo juntos, está siendo complejo para Alma. No son solo los comentarios de la gente, que se entretiene en especular sobre las razones de su fracaso, es el miedo que ha anidado en su pecho, ese que le grita desde su interior que no va a ser capaz de seguir adelante. Está bloqueada.

No se ha atrevido a llamar a ninguna de sus amigas.

Solo se atreve a esto, a dejar que sus caóticos sentimientos salgan en forma de palabras sobre un folio, a salvo de otros ojos que no sean los suyos. Una lágrima, cobarde, se escapa de sus ojos y empapa la hoja de papel, arrastrando con ella la tinta. Se fija en el dibujo borroso de las letras y se siente, ahora, así; difusa, imperfecta, algo que no sirve porque se ha estropeado y quizá por ello, piensa, Sergio ha decidido que la tenía que reemplazar. Las palabras se le atascan, a la vez que las lágrimas encuentran el camino que les tenía prohibido y decide que ya está bien.

Rompe con rabia la hoja en pedazos tan diminutos como en los que siente que está su corazón. No puede rendirse a esta sensación de autocompasión. No puede exponerse tanto.

Al menos si quiere conservar un mínimo de dignidad.

Penélope le acaba de colgar el teléfono a su amiga Candela. Le ha extrañado su llamada, hace demasiado tiempo que no se reúne con ella y con Alma, y el que de pronto quiera que las tres se tomen algo juntas le apetece mucho, pero no sabe si le será posible. Hay demasiados frentes abiertos en su casa como para permitirse ni siquiera el tiempo de un café.

Le dice que sí, pero que le dé tiempo a buscar un hueco.

La mala suerte quiso que hace un par de años tuviera que dejar su trabajo y se viera obligada a marcharse de casa cada mañana. Tiene que atender a sus padres, ambos demasiado enfermos para seguir la rutina por su cuenta, condenados a una ausencia de memoria que médicamente posee dos nombres distintos, pero que en la práctica es casi lo mismo. Se han convertido en dos niños grandes a los que hay veces que resulta complicado manejar.

A ellos no puede castigarlos sin chuches o sin consola cuando se saltan las normas, como hace con sus dos hijos.

Está agotada por la situación que le está tocando vivir, aunque jamás se permita decirlo en alto. Siempre corre para llegar a todo, pendiente de que a nadie le falte nada, y siempre se queda con la misma sensación: esa de haber dejado lo importante sin hacer. Pero, ¿qué es lo importante?

Penélope ya no lo sabe.

Hace mucho que se puso la última en la lista de sus prioridades. No consigue librarse de esa extraña sensación que se ha instalado en su estómago como un dolor constante. Esa sensación que le dice que está perdiéndose la vida.

Que cada día que pasa es uno menos.

Imposible de recuperar.

La llave gira en la cerradura de la casa de sus padres y Penélope entra sigilosa. Sabe que aún no es hora de que estén despiertos, pero cada mañana la duda le brinda un recibimiento amargo, sugiriéndole que tal vez ese día la rutina cambie y se encuentre una sorpresa. Despacio, con el miedo que la acompaña desde hace meses, se dirige primero al cuarto de su padre. La respiración tranquila de Rafael le indica que sigue dormido. Después, con el mismo cuidado, abre la habitación en la que descansa Lola, su madre.

Tampoco hay signos de que se haya puesto en marcha.

Abandona el cuarto y se dirige a la cocina para preparar el desayuno. No se olvida de la medicación de cada uno, dejándola en dos pequeños platos que se empiezan a llenar con los colores de las medicinas. Siempre piensa que es muy triste que necesiten tanta química para mantener la mínima actividad que los mantiene la mayoría de los días medianamente activos.

El salón seguirá recogido, tal como lo dejó la noche anterior, así que se dice que no estará mal adelantar algo de tarea y empieza a preparar la comida, sin dejar de mirar el reloj. No puede despertarlos demasiado tarde, pero el momento lo apura siempre porque sabe que, en el preciso instante en el que suceda, la tranquilidad abandonará la casa y no volverá hasta bien entrada la noche.

Esa tranquilidad traidora y cobarde, que rehúye desde hace tiempo su compañía.

—¡Oye! ¡Socorro! ¡Dejadme en paz, hijos de puta! ¡Largaos!

Los gritos de Lola la sobresaltan, apaga el fuego de la cocina de gas, consciente de que no podrá saber nunca cuánto durará la emergencia, y corre a la habitación.

—Mamá, ¿qué pasa? —le pregunta Penélope, cuando enciende la luz, intentando buscar con la mirada el peligro que ha hecho que esa mañana empiece con una sinfonía de gritos.

—¿Tú quién eres? ¿Tú también has venido a robarme, puta?

El recibimiento no difiere demasiado al de otros días, pero no por ello deja de doler. Respira, tratando de serenarse, de nada sirve explicarle nada, aunque siempre lo intente, por si un resquicio de lucidez se ha quedado prendido entre sus maltrechas neuronas.

—Mamá, tranquila —dice ella—. Soy yo, Penélope. Tú hija.

—¿Hija? ¡Yo no tengo una hija! Y menos una tan vieja como tú. Deja en paz mis cosas y vete de aquí.

Penélope suspira. Toca un día de esos en los que no reconoce a nadie. Va a ser complicado desde primera hora.

—Mamá, no pasa nada. No hay nadie que vaya a hacerte nada.

—¡Deja de llamarme mamá!

Rafael, alertado por los gritos, se presenta en la habitación, en pijama. Se queda clavado en el umbral de la puerta, silencioso, observando la escena desde una distancia que es algo más que física. Penélope no percibe que está ahí hasta que escucha el ruido de su bastón, que se le resbala de las manos y provoca un estrépito.

—Papá, no te agaches —dice, recogiendo la garrota y devolviéndola a su mano.

—Perdón.

Penélope tarda un poco en entender la palabra, que llega prendida a un gesto culpable, justo hasta que el olor que desprende él se hace un hueco en sus fosas nasales y la invade. Se acaba de hacer sus necesidades encima.

Vuelve a suspirar.

Tampoco servirá que le regañe, no la librá de tener que cambiarlo como si fuera un bebé.

—¡Dile que se vaya! —grita Lola, mientras se levanta de la cama con una energía que solo se hace presente en momentos como ese y casi corre hacia él.

Antes de que Penélope reaccione le ha quitado la vara y le propina un golpe en la cabeza a su

marido.

—Mamá, ¡suelta eso!

Intenta quitarle el bastón, pero le resulta imposible. No sabe de dónde saca Lola tanta fuerza, sobre todo porque la mayor parte del tiempo, cuando no la asalta una crisis, parece un pajarillo frágil a punto de romperse, al que le cuesta hasta ponerse en pie.

Rafael estalla en llanto y sale del cuarto sosteniéndose con la mano la cabeza. Aun sin tener demasiado ángulo Penélope logra ver que está sangrando, pero no puede seguirle porque todavía no ha logrado que Lola suelte el bastón. Bastante tiene con sujetarlo de modo que no sea ella la que reciba esta vez un golpe.

—¡Cuándo me vas a dejar en paz, zorra! ¡Vienes a robarme mis...! —No encuentra la palabra y sigue hablando—. Porque vienes a robarme, un día, un día, un día...

—Mamá...

—No mamá, yo no mamá...

Penélope sabe que hoy ya no hay vuelta atrás, que necesita darle la medicación y atender a su padre, al que oye gemir. Cuando la incoherencia en el discurso se hace patente es urgente actuar. Con los restos de paciencia que aún guarda en los bolsillos, logra llevarla hasta la cocina y la obliga a tomarse las pastillas.

Suena fácil.

No lo es.

Lola se resiste a tragar y le cuesta un mundo convencerla. El tranquilizante tarda un rato en mostrar su eficacia y solo entonces puede dejarla un momento sentada en una silla de la cocina, más o menos calmada, y dedicarse a su padre.

—Papá, déjame ver. —Le retira la mano con dulzura y observa restos de sangre seca en su frente, pero deduce que no es nada grave. Es necesario que le dé una ducha, pero no se fía de dejarla a ella sola ni siquiera un instante—. ¿Te duele?

—No.

Él nunca se queja. No es capaz de ubicarse, se le olvidan las cosas de ese mismo día con la misma facilidad que recuerda el pasado, pero de su boca jamás brota un lamento. Lo que sí hace, mil veces, es pedir perdón. A veces con las palabras; a veces, con una mirada, como ahora.

—Espera a que desayune mamá, llamo a la vecina y enseguida te pongo guapo.

Le besa la frente y no se sabe qué lágrima, si la del padre o la de la hija, desborda una mirada primero.

El día no ha hecho nada más que empezar y ella no logra que un pensamiento la abandone: necesita despertar de esta pesadilla.

Raúl ya se ha instalado en un pequeño y coqueto apartamento muy cerca del de su padre. Le tentó la posibilidad de quedarse con él, pero el viejo, mira por dónde, no está dispuesto a renunciar a su intimidad mientras le sea posible valerse por sí mismo. En los años en los que ha estado solo, ha aprendido a disfrutar de ese estado, a valorar el silencio tanto como una buena conversación. Luis ha venido a echarle una mano con los muebles del dormitorio, a ajustar un cajón que no cerraba bien. Raúl llevaba un par de horas desesperándose sin conseguirlo y a su padre apenas le ha costado un par de minutos. Ahora, terminada la tarea, los dos están sentados en la cocina.

—Te ha quedado bonita la casa —dice Luis, echando un vistazo a su alrededor.

—No está mal, es práctica. Justo lo que necesito, que no dé mucha tarea. Solo tiene ese cuarto extra, el que he dejado vacío, por si te animas a venirte conmigo.

—De eso nada. Me queda poco, hijo, y quiero disfrutarlo —dice, mientras lanza una mirada a su vástago y sonríe.

—Papá, no creo que te vayas a morir pasado mañana. No te queda poco... Mira que eres exagerado.

—¡Eso nunca se sabe! Mira, no quiero que pienses que no me encanta tenerte cerca, pero es que, en estos años, me he acostumbrado a estar solo y cuando quedo con alguna mujer... en fin, no quiero tener que pedirte que te vayas a dar un paseo y me dejes cierta intimidad... Si para los hijos es difícil, ¡no te cuento para un padre, deciros estas cosas!

Raúl se ríe y se levanta para buscar dos cervezas. Quiere prolongar todo lo que pueda este buen rato que está pasando. Es consciente de lo que ha echado de menos momentos como este con su padre mientras ha estado en Australia. Deja los botellines encima de la mesa y enseguida Luis le pregunta:

—No tendrás por ahí algo para acompañar esto.

—A ver...

Raúl busca en los armarios de la cocina y acaba localizando una lata de sardinas. Tendrá que anotar aperitivos en la próxima lista de la compra.

—Se te han olvidado algunas costumbres —le dice Luis.

—Sí, supongo que tendré que empezar a recordar cómo se vivía aquí.

Abre la lata y deposita las sardinas en un plato. Después saca un par de tenedores del cajón y los deja al lado. Cuando se sienta, su padre ya ha abierto los botellines y le pide con un gesto que brinden con ellos.

—Me alegro de que por fin hayas vuelto para quedarte. Te he echado mucho de menos.

—Yo también, papá. Mucho.

Posa una mano sobre la de su padre y, aunque la piel esté arrugada, recuerda su tacto. Cuando Luis coloca la otra mano sobre la suya, rememora la complicidad que siempre tuvieron. Hace años que tenía ganas de volver a disfrutar de una conversación cara a cara con él, una a la que a las palabras que siempre le han llegado a través del teléfono, se sumaran los gestos y las miradas.

Sus padres se separaron cuando él tenía dieciséis años y él decidió vivir con Luis. Durante años, Raúl no le conoció ninguna relación, aunque intuyó que las hubo. Es ahora, cuando ya ha pasado mucho tiempo desde aquello, cuando siente curiosidad y le pregunta:

—Claro que ha habido mujeres, no he sido un monje, ¡qué cosas tienes! —le responde.

—Siempre me he preguntado por qué no nos presentaste a mi hermana y a mí ni una sola novia —le contesta Raúl.

—Porque al principio no las hubo. Durante muchos años, la cosa no pasó de alguna noche, con suerte. Mucha suerte, si te soy sincero. Te enamoras como un tonto cuando eres adolescente, pero cuesta un poco más cuando la vida ya te ha dado un bofetón. Cuando tu madre se marchó, yo tenía cuarenta y tres años, y esa época... digamos que la recuerdo como difícil. No es que tuviera precisamente la autoestima por las nubes y os tenía a vosotros dos. Tuve que recolocar muchas cosas antes de pensar en salir, así que en novias... No, eso no era para mí en ese momento.

—Pero siempre has sido un hombre atractivo, o eso decían las vecinas.

—Lo sigo siendo.

Raúl no tiene más remedio que reírse cuando ve una traviesa sonrisa en los ojos de su padre, que decide dar un trago a la cerveza. Cuando lo termina, vuelve a hablar:

—Esa década, la de los cuarenta, no la recuerdo como la mejor de mi vida. Creo que, si hablamos del tema mujeres, me la saltaría.

—Me estás diciendo que yo lo tengo crudo, entonces, ¿no? Estoy en ella...

—Yo no soy tú, pero... Mira, las jovencitas me veían como a un viejo, a las maduras las veía yo como a mi madre, y las de mi edad... Las que no estaban casadas no abundaban, eran otros tiempos. Encontrarme con alguien de mi edad, con mis gustos, que mereciera la pena... no pasó. Y las casadas las descarté. No quería hacerle a nadie lo que me hicieron a mí.

—O sea que, según tú, yo ahora no tengo ninguna posibilidad.

—Tú..., tú eres un caso extraño. Es como si siempre te hubieras negado a tener mucho tiempo a alguien a tu lado. No sé si lo que nos pasó a tu madre y a mí te condicionó demasiado.

A Raúl no le apetece mucho hablar de sí mismo, prefiere seguir interrogando a Luis.

—No me has hablado de las divorciadas como tú.

—Cuando yo me separé, había menos que ahora, y esas, como yo, al principio no quieren saber nada del otro sexo, pero, cuando pasa el tiempo y su cuerpo les grita que siguen siendo

jóvenes... son muy peligrosas.

—¿Peligrosas? ¿En qué sentido?

—Si son novatas en el tema, se creen que tú eres el nuevo amor de su vida y se quieren meter casi más pronto en tu casa que en tu cama, y si se han llevado alguna que otra decepción, pueden hacerte sentir como un pañuelo de papel.

—¿De dónde sacas todas esas ideas, papá?

—Muchas horas de mus, y cientos de citas cuando me libré de ti y de tu hermana. Por cierto, tengo que dejarte, he quedado con ella para llevar a arreglar una estantería del cuarto de tus sobrinos. Me salisteis chicos listos, pero mira que sois manazas los dos.

Luis le guiña un ojo cómplice. Luis ha entrado en la tercera edad, pero a Raúl no le parece un viejo.

—Por cierto —le señala su padre—, hablas un poco raro.

Es la sexta vez que se lo dice alguien desde que llegó.

Veinte años son muchos y el acento australiano se ha hecho fuerte en Raúl.

Candela continúa sonriendo. Ni el más experto lector de gestos podría adivinar qué pasa por su cabeza. Lleva tantos años enfrentada a aquella amenaza minúscula e invisible, que la invade de vez en cuando, que ha desarrollado una coraza inexpugnable, un escudo protector contra los contratiempos. Los resultados de los análisis son incontestables: los niveles tumorales han subido de forma exponencial desde la última revisión, así que hay que considerar la opción de que haya otro tumor.

«Considerar la opción» es un eufemismo del médico.

Seguro que hay tumor, sería la primera vez que se confunden con sus análisis.

—Haremos más pruebas, TAC, biopsia, nos aseguraremos de todo —dice su oncólogo, serio.

Sentado allí, frente a esa mujer tan serena, se siente extraño. Preferiría que se echara a llorar, como hacen la mayoría ante esas palabras. Candela, no. Ella, siempre tan fuerte, tan contradictoria su alma con su cuerpo frágil.

—Las que hagan falta, como siempre.

Ella sonríe mientras se toca el pañuelo naranja que siempre lleva anudado al cuello, ese que durante algún tiempo le sirvió para disimular la ausencia de pelo. A ella no le hacen falta los análisis nuevos, las pruebas; hace tiempo que sabe que todo se ha vuelto a torcer. No le tiene miedo, está curtida por los años de sobresaltos que ha tenido que afrontar.

Se siente fastidiada, pero no hay miedo. Nunca le ha dado ventaja porque sabe que esa sensación puede agarrarse a ti para siempre y se niega. Otra cosa será Iván. Se asustará de nuevo en cuanto lo sepa, volverán sus noches de insomnio y su ansiedad. Iván, tan maravilloso que se merecía otra vida, una en la que el hospital fuera un lugar de los que se visitan poco. Decírselo a él va a ser lo más difícil. Han hecho muchas cosas juntos, pero, si es sincera, tantas como han tenido que dejar para después.

—¿Cuándo empezamos con las pruebas?

—Ya, Candela, no hay tiempo que perder.

Ella se mete las manos en los bolsillos del abrigo y sus dedos tropiezan con algo que lleva siempre consigo. Algo que le recuerda una historia aplazada desde hace demasiados años. Lo acaricia con la yema del índice un instante y, tras inspirar una bocanada de aire, se levanta de la silla. Con la familiaridad de trato que ha adquirido con su médico, después de tantos años sentada al otro lado de la mesa de esa consulta, le dice:

—¿Sabes una cosa? Que ahora no me viene bien. Dame unos días.

—¡Pero, Candela! Si no actuamos pronto, puede que sea demasiado tarde.

—Puede, tú lo has dicho. Dame una tregua. Unos días. Nunca me he opuesto a nada, no creo

que esté pidiendo demasiado.

—Yo te la daría indefinida, pero esto, si una cosa no sabe, es esperarse a que nos venga bien.

—Pues recétame pastillas, o lo que sea que me deje unos días para estar segura de lo que quiero hacer.

—Pero ¿cómo voy a hacer eso sin saber qué te está pasando exactamente?

El doctor la mira cabeceando. No lo entiende, sabe que ella siempre ha tenido una oportunidad porque jamás ha habido dudas. Siempre ha insistido en que empezasen cuanto antes, siempre ha sido la primera que le ha puesto buena cara al mal tiempo.

Candela es la que tira de las demás, la que ayuda a otras mujeres infundiéndoles energía para enfrentar cada paso del tratamiento. Su espíritu alegre, esa fuerza vital concentrada que la inunda le hizo pensar un día que ponerse un pañuelo y cubrir el rostro con un maquillaje era casi tan importante como una medicina. Es ese cincuenta por ciento del que hablan para sobrevivir, la chispa necesaria para mirarse al espejo y verse de nuevo, al margen de la enfermedad. Algo sencillo, sutil, casi gratuito y que, sin embargo, es tan importante: actitud. Y ella, que de eso sabe mucho, creó una asociación y pasa parte de su tiempo enseñando a enfermas a fingirse sanas a base de seda y rímel.

Por eso, su reacción de hoy, a este doctor que es casi familia, le extraña y le preocupa. Candela sabe que aquí no hay treguas.

—No, Candela. Mañana vas a venir y te haremos las pruebas. Después, cuando veamos cómo está todo, valoraremos juntos lo que me estás pidiendo.

—Está bien. Siempre has estado tan preocupado por mi salud que creo que te lo debo, pero quiero que sepas que tengo algo que hacer que es inaplazable. Y voy a vivirlo. Por una vez elijo yo, aunque me equivoque.

El médico se queda sin palabras.

Tiene derecho a elegir, él lo sabe, es solo que no está acostumbrado a que la balanza se incline hacia ese lado. Todo el mundo se aferra a la ciencia para robarle unos días al destino y ella siempre ha sido la mejor en eso. Ese «capricho» en realidad no lo es; no debería sorprenderle tanto.

Ha sobrevivido, pero quién sabe si la enfermedad no le ha robado su vida.

Candela ha convocado una reunión urgente y no ha aceptado ni una excusa de Alma o de Penélope. Ellas tampoco han sabido negarse a ese torbellino que es su amiga; han ganado las razones que les ha expuesto. No han quedado apenas en los últimos años; las prisas de este mundo acelerado en el que vivimos, los niños, el hospital... han ido alejándolas de ese refugio compartido lleno de complicidad que suponían las salidas juntas. Es cierto que siguen en contacto a través de su grupo de WhatsApp, o eventuales conversaciones telefónicas, pero sentarse a tomar un café como lo harán hoy, eso llevan tiempo aplazándolo sin fecha.

Y lo necesitan.

Las tres.

Lo ha hecho evidente el que Alma haya tardado meses en contarles lo que le estaba pasando con Sergio. Ella es la que ha llegado la primera. Cuando entra la segunda amiga en la cafetería, peleándose por cerrar su paraguas, lleva tanto rato allí que ya se ha acabado una infusión. Le hace un gesto con la mano desde una de las mesas del fondo para que la vea. Penélope se le acerca. El abrazo dura quizá medio minuto. Se hubiera prolongado más de no ser porque el paraguas se cae al suelo y el estrépito de su choque contra las baldosas blancas de la cafetería lo interrumpe.

—¿Sabes qué es eso tan urgente para lo que nos ha convocado Candela? —inquire Penélope.

—No tengo ni idea.

La recién llegada se quita el abrigo y lo cuelga en la silla. Antes de sentarse, se acerca a la barra para pedirle un café al camarero y otra infusión para su amiga.

—¿Cómo estás? —le pregunta tras volver a la mesa con las dos tazas.

—Bien.

La lacónica respuesta de Alma no es capaz de ocultar que le está mintiendo. Es obvio que no está bien. Lo gritan sus ojeras y sus ojos tristes.

Penélope se muerde el labio. No es solo por cómo la está viendo, sino porque se siente culpable. Hace unos meses, una tarde de finales de verano, se topó con Sergio y con la mujer con la que está ahora. Aunque su primer impulso fue coger el teléfono y contárselo a Alma, no lo hizo. Lleva meses sintiéndose un poco cómplice por no haber sido capaz de abrirla los ojos a su amiga. En el fondo, sabe que ese no es el peor borrón en el expediente impecable que debería lucir su amistad. Hay otro que tiene tantos años que parecía que, con el tiempo, se había ido difuminando, como una mancha que pasa mil veces por la lavadora.

Algo que no tiene pensado contarle nunca.

Sin embargo, esta vez lo ha intentado. Ha empezado veinte veces a redactar un mensaje, ha

tratado de iniciar una conversación que condujera la charla a un punto donde sus labios se pudieran librar de la mordaza que los mantenía mudos. En todas las ocasiones, le ha podido la cobardía; si Alma no la creía, sería ella quien acabaría perdiendo. Ahora ya no hace falta. Penélope, quedándose sentada, esperando, ha llegado al mismo lugar que si se hubiera movido.

Candela entra en la cafetería y ambas amigas se vuelven para mirarla. Está guapa. Siempre ha sido la más guapa de todas, incluso cuando los tratamientos durísimos a los que se ha enfrentado la han dejado sin pelo o cejas, o le han robado el color del rostro. Ella, para compensar, ha sabido hurtarle los colores a todo lo que le rodea, absorberlos y reflejarlos a través de unos ojos que siempre sonrían y lo iluminan todo.

—¡Hola, chicas!

Le da dos besos a Penélope y después se funde en un abrazo largo con Alma, al que no añade banda sonora. No hacen falta palabras, hay una sinfonía de endorfinas mandándole mensajes mucho más efectivos a su amiga.

—¿Me quieres decir a qué viene tanto misterio? —pregunta Penélope, intrigada, cuando las tres se sientan a la mesa.

Candela, como siempre, se convierte en el centro de atención. Posa la palma de su mano izquierda en la barbilla, a la vez que apoya el codo en la mesa y las mira con una sonrisa de las que achinan los ojos. La muy pérfida hace una pausa dramática para aumentar la impaciencia de sus dos espectadoras.

—Tengo algo que proponeros —dice, y a continuación se introduce el meñique entre los dientes y levanta las cejas un par de veces.

Penélope no puede evitar reírse.

Alma ni sonrío, pero se prepara para escuchar con atención a Candela, que ese día trae en la mirada más brillo que de costumbre.

—He estado pensando mucho en algo que tenemos pendiente las tres —dice.

—¿Pendiente? —Alma y su abatimiento no creen que haya algo pendiente en su vida.

—Sí. ¿Recordáis que hace años planeamos un viaje y nos juramos que lo haríamos juntas?

«*Hace años*», piensa Alma, «*soñábamos*».

—Claro que me acuerdo, pero creo que este no es el mejor momento —se excusa Penélope.

Piensa en su vida. En sus padres, que la absorben por completo. En las cuentas, que no le salen. Desde que se vio obligada a dejar su trabajo, el dinero apenas alcanza para llegar a fin de mes. Un viaje no entra ni en sus sueños más optimistas.

—Yo no quiero, Candela... —Alma, con su tajante negativa, acude en auxilio de las pocas ganas de Penélope.

—¡Vaya dos! Me da igual lo que digáis, tenemos un viaje pendiente y lo vamos a hacer.

—¿A qué viene ese empeño de repente? —pregunta Alma. Ahora no parece desgana, sino

molesta.

—Tú eres parte de la razón. Aunque te escondas de nosotras, sabemos cómo lo estás pasando, tu cara es una chivata. No es bonito lo que transmites, Alma.

Penélope asiente, reforzando la teoría de Candela.

—¿Por qué te has dado por vencida? —le pregunta.

Alma la mira y resopla.

—A lo mejor porque no había ya nada por lo que luchar —dice.

—¿Cómo que no? —se enfada Penélope—. Sergio no lo es todo. ¡Joder, Alma, quedan tus hijos! ¿Crees que les hace bien verte así?

—Así, ¿cómo? —Alma se está enfadando.

—Muerta en vida.

La afirmación que sale de los labios de Candela, deja sin réplica a Alma. Le coge las manos y ella no se resiste; deja que su amiga la acaricie y la escucha.

—Mira, yo sé mejor que vosotras lo que significa enfrentarse a cambios. Sé lo que es perder... cosas que dabas por sentadas, que creías firmemente que te iban a pasar. Supe muy pronto que jamás tendría hijos, que nunca iba a poder... montar a caballo...

Penélope esboza una sonrisa cuando la ve poner los ojos en blanco de manera teatral. Candela no soporta a los caballos, incluso desde antes de ponerse enferma. Está claro que está tratando de quitarle hierro a la conversación, aunque lo siguiente que le dice a Alma le devuelve la seriedad.

—Alma, ¿me has visto rendirme cuando me pasaba días conectada a máquinas?

—No...

—A eso me refiero. No estás muerta. Estás viva y tu obligación es vivir. Es verdad, como dice Penélope, están tus hijos, pero sobre todo tienes que hacerlo por ti misma.

—¿Y si no me quedan ganas? —alega Alma.

—Pues las buscas. Donde sea. Están ahí. Y si no están, te las inventas.

Alma no lo cree. Sergio se ha llevado las ganas, la ilusión, los proyectos, los sueños y la alegría en un desfile que ha dejado su mundo sin brújula. Todo lo que le apetece, y que además se le resiste a juzgar por las bolsas oscuras bajo sus ojos, es dormir.

—¿Cuál es tu plan?

La pregunta de Penélope quiere darle a Alma, aunque sea por un momento, la oportunidad de expulsar a Sergio de sus pensamientos. Penélope puede leer que él está en ellos, aunque su amiga no lo mencione, aunque se esté guardando mucho de poner en palabras sus emociones.

—Roma —dice Candela.

Una palabra que recuerda a Alma que ese fue el plan que trazaron de adolescentes, cuando una película antigua les robó el corazón. Pero también se acuerda de que, pasado el tiempo, era con Sergio con quien quería hacer ese viaje. No sería lo mismo sin él.

—Creo que yo no...

Se levanta para irse, pero el brazo de Candela la retiene.

—Puede que no me quede mucho tiempo.

La confesión, a bocajarro, las paraliza. La sonrisa de Candela, su aspecto, no hacían presagiar la noticia.

—¿Qué dices? —Alma se desmorona y cae sin fuerzas en la silla de diseño de la cafetería. Eso sería lo que faltaba para acabar de romperla por dentro.

—No es verdad... —Penélope se niega a creer lo que acaba de escuchar.

—Nunca se puede tener la certeza absoluta, pero las cosas no pintan bien esta vez. Nada bien —les dice.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Alma, tan sumida en sus problemas, tan ahogada en su propio dolor, no ha pensado en ningún momento en nadie más, en que la vida sigue su curso para todos, aunque la tuya haya quedado en suspenso.

—Eso da lo mismo. Lo sé.

—¿Y qué pasa con Iván?

—No sabe nada, Penélope. Y quiero que así sea de momento. Sabes que ha sufrido tanto por mi culpa que creo que me perdonará que esta vez aplaze el momento de comunicarle la noticia.

—¿No hay algo que hacer? —pregunta Alma.

—Supongo que sí. Volver a intentarlo. Solo que esta vez está mucho más complicado que nunca y... no sé si quiero hacerlo como los médicos quieren.

—Pero ¿cómo no vas a querer vivir?

—¿Vivir? Por supuesto que quiero, Alma. Pero lo que no voy a hacer es malvivir. Eso lo tengo clarísimo. Voy a darme un tiempo y a valorar las opciones.

—Tú eres la que nunca se rinde —dice Penélope bajito, mientras aguanta como puede las ganas de llorar—. No me jodas, Candela. Eres mi faro. Si tú te apagas...

—A ver si os vais a poner a llorar las dos como idiotas —dice Candela—. De momento, todo son posibilidades, nada más que eso. No quiero engañaros, bastante tengo con Iván. Lo que quiero, mientras tenga energía, es vivir nuestro sueño de una vez. Necesitamos llevarlo a cabo, recorrer Roma las tres, empaparnos de recuerdos antes de volver a empezar con el tratamiento que se les ocurra esta vez. Quiero tener algo a lo que aferrarme si otra vez me esperan meses de hospital. No voy a encerrarme ya.

—¿Y si ese tiempo que perdemos en el viaje es vital para que te recuperes?

Penélope le coge la mano, afectuosa, y se la aprieta en un gesto cómplice.

—Mala suerte.

La sonrisa de Candela contrasta con los rostros perplejos y tristes de sus amigas.

—Vamos a ver, almas de cántaro. Dejad de lado esas caras, que no se está hundiendo el mundo. Todos los días, todos, nos estamos muriendo. En esto no dan números. Igual soy yo la eterna enferma y es otra de vosotras la que se muere antes, ¿lo habéis pensado? La vida es en realidad una cita con la muerte que siempre intentamos postergar. Tú, Alma, también te estás muriendo, aunque no estés enferma como yo, y de ti depende hacerlo levantándote cada día con una sonrisa o atrapada en el recuerdo de tu exmarido. ¿Quieres que ese sea el epílogo de tu vida?

—No, supongo que no.

—Deja de suponer y abre los ojos. Hay mucho por vivir aún. No lo has visto todo, no lo has vivido todo. Pasa página y reescríbete.

—Creo que es más sencillo decirlo que hacerlo —apunta Penélope.

—No creas que tú te vas a librar —le dice Candela, mirándola a los ojos—. Penélope, tú tampoco estás viviendo. Te dejas arrastrar por lo que se espera de ti. Tienes que darte un tiempo.

—Pero mis padres...

—Unos días. Cuando regresemos, seguirán ahí. No nos vamos a escapar de casa, vamos a vivir un poco. Juntas. Como lo planeamos hace siglos.

Las dos se miran y vuelven sus ojos al unísono a Candela, que no ha perdido la sonrisa durante su discurso.

—Entonces, ¿la semana que viene? —propone.

Sonríe. La pausa en la que les ha sumido el desconcierto finaliza en cuanto Candela saca de su bolso unas hojas que contienen sus pesquisas por la red. Ninguna ha dicho nada, pero saben que ese viaje acaba de empezar.

—He pensado, si no os parece mala idea, que deberíamos tirar la casa por la ventana. Autorizarnos a ser generosas con nosotras mismas, por unos días...

—No sé —duda Penélope, pensando en su economía, asfixiada entre la hipoteca y su descenso de ingresos—. Creo que no me lo podré permitir... Además, están mis padres, no puedo dejarlos solos.

—Por ellos no te preocupes, lo tengo todo pensado.

—¿Cómo que lo tienes pensado, Candela?

—Colaboro con una residencia donde pueden quedarse una semana.

—¡Pero no voy a poder pagar el viaje y una residencia además!

—¿Quién te ha dicho que tengas tú que pagar algo? Deja eso de mi cuenta.

—Aun así —le dice Penélope—. No me dará tiempo a prepararlo todo en una semana, Rodrigo, los niños... y que no, Candela, que seguro que el viaje cuesta un pastón.

—Yo también tendría que dejar a los niños con alguien.

—Tienen padre, ¿no? —pregunta Candela—. Déjaselos.

—Es que... —duda Alma. No lo dice, pero de manera egoísta no quiere que sus hijos pasen

más tiempo del obligado con la nueva mujer con la que ahora vive su padre.

—Vamos, chicas. ¡Hagámoslo! Olvidémonos por un momento de los problemas. Vamos a darnos un homenaje, nos lo merecemos. ¡Y hay que hacerlo a lo grande!

—Llevas razón —dice Alma—, lo admito. Si se hace algo, se debe hacer de verdad.

Sigue inquieta, con sus pensamientos divididos. Está con ellas, pero, a la vez, piensa en él, aunque sabe que no debería. Sus manos, bajo la mesa, se unen, nerviosas, aprieta los dedos con tanta fuerza que acaba haciéndose daño. No planea dejarlas visibles, no quiere que lean la desesperación que esconde ese gesto. Ella tiene el dinero, lleva años ahorrando para hacer un viaje con su marido y ahora que es imposible puede usarlo para lo que quiera.

—Mirad, este es el hotel que más me ha gustado.

De entre las distintas opciones que barajó, Candela rescata uno que está en pleno centro histórico de Roma. La fachada, de líneas sobrias, anuncia un interior elegante y sofisticado, con una decoración moderna, muy poco recargada.

—Tiene cinco estrellas y los clientes hacen excelentes valoraciones de él.

—Es muy tentador —Penélope empieza a ilusionarse, a pesar de sus reticencias—. ¿Cómo son las habitaciones?

—¡Perfectas! Pero no nos alojaremos en una corriente.

—Ah, ¿no? —dice Penélope, volviendo a replantearse que no podrá asumir el coste de esta aventura.

—No, necesitamos una suite. Una habitación amplia para que podamos estar las tres juntas sin agobios.—Candela está muy segura de lo que les dice—. Y, agarraos... —Les muestra una fotografía que ha rescatado de entre las demás—. En la última planta hay una terraza con unas vistas espectaculares. Jacuzzi incluido.

—Lo tienes decidido...

—Claro que está decidido, Alma. Vamos a hacerlo. ¿Cuánto tiempo hace que no te concedes un capricho?

—Bueno, me compré un perfume...

Y cuando evoca el día, una punzada de dolor se instala en su abdomen, recordándole el principio de su infierno.

—Eso no cuenta, no es nada. Digo uno de verdad, algo que lleves deseando toda la vida. ¡No lo hacemos nunca! Seguimos las normas, caminamos por el sendero que nos marca la vida y muy pocas veces tomamos decisiones de esas que lo cambiarían todo. Nunca me he permitido vivir plenamente y estoy cansada. Quiero hacerlo. Ahora. No me da la gana esperar un minuto más.

—Yo... no sé si será el mejor momento. Puede que no lo disfrute demasiado.

La tristeza de Alma la arrastra y la aplasta como una losa. Candela no quiere que Penélope, indecisa siempre, acabe contagiada.

—Siempre es buen momento, solo tienes que dejarte llevar.

—Candela, tú no tienes hijos, quizá eso te impide ver un pequeño detalle. Has dicho suite, has dicho cinco estrellas y Roma... ¿cuánto será la bromita?

—Penélope, menos de lo que piensas.

—Ya, pero ese menos, ¿cuánto es?

—Para vosotras, el avión y lo que nos queramos gastar por allí. Del hotel me encargo yo.

Les guiña un ojo, les enseña sus cuentas, pero, después de escandalizarse por el importe, elevado a todas luces, acaban cediendo al plan de Candela. Es hora de disfrutar de la vida. Puede que a Alma parezca que le ha dado la espalda, a Candela se le escape por momentos y a Penélope le pase sin rozarla, pero se merecen vivirla.

Ya es el momento.

Hace un par de horas que Patxi debería haber dejado su despacho de la Facultad, pero la verdad es que no le apetece meterse en un atasco. Por eso sigue ahí, sentado frente al ordenador, sumergido en el mundo caótico que es internet cuando no se tiene nada que buscar. Va de una página a otra, tecleando en Google frases imposibles que le lleven quién sabe a qué lugar. Da lo mismo. Hoy su hijo estará toda la tarde con su madre y lo único que él hará es sentarse delante de la televisión en una casa vacía. En realidad, debería ponerse a corregir exámenes, pero no le apetece. Su trabajo, como casi todo, ha dejado de interesarle.

Viajes.

Eso es.

Le apetece hacer un viaje. Las vacaciones de Semana Santa están ahí, al caer, y hace mucho que no se da el capricho de marcharse. El acuerdo al que ha llegado con su exmujer, Elisa, incluye quedarse con el niño durante todas las vacaciones del curso escolar, salvo un mes en el verano que será para ella.

¿Dónde podría marcharse con un niño?

Marca las nueve cifras de un teléfono móvil que, en un impulso, eliminó de la agenda, pero que no ha logrado borrar de su memoria. El de ella. Quiere preguntarle algo a Carlos. Siempre ha sido partidario de que los niños no tengan teléfono hasta, por lo menos, los dieciséis, pero ahora lo echa de menos. Hablar con ella cada vez que necesita escuchar a su hijo no le viene bien.

—¿Diga? —Ella ha debido hacer lo mismo con el suyo, pero no recuerda la combinación de dígitos que los ponía en contacto, porque su tono suena más a extrañeza que a la tensión que preside ahora sus conversaciones.

—Elisa, soy yo. —Espera que no se le haya olvidado su voz.

—Hola, ¿qué quieres? —Ha sido seca.

Efectivamente, le recuerda.

—Lo siento, no quería molestarte. Necesito preguntarle algo a Carlos, será solo un momento.

—Te lo paso.

—Gracias —alcanza a decir, aunque está seguro de que ella no lo ha escuchado.

—¡Papá!

Carlos adora a su padre. Siempre le dice que preferiría estar con él y a Patxi le cuesta convencerlo de que está mejor con mamá. Quizá le cuesta, porque él cree también que estarían mejor juntos; al menos con la excusa de vivir con su hijo podría volver a normalizar su día a día.

—Oye, campeón. Quería saber si te apetece que hagamos un viaje al extranjero, tú y yo. En

las vacaciones.

—¡Vale! ¿Dónde? —El niño se entusiasma.

—Elige destino.

—Ya hemos ido a Eurodisney... Me gustaría ir a Italia.

—¿Italia?

La elección es rara para un niño pequeño, pero Carlos es así.

—Sí, Italia.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque ha venido al cole... —corta la frase—, espera... —Se oye una puerta que se cierra—.

Ha venido una niña nueva. Es italiana y la entiendo poco.

—¿Y quieres ir a Italia por eso?

—Para aprender algo de italiano.

—¿Pretendes aprender italiano en unos días? —Patxi está sonriendo por la ocurrencia del niño.

—No, papá, no soy idiota. Alguna palabra para impresionarla. Es que está muy buena.

Patxi se queda mudo.

La presunta inocencia que había creído interpretar en su petición se ha desvanecido de golpe cuando el niño ha matizado sus intenciones. No esperaba esta conversación con su hijo, no todavía. Para él sigue siendo su pequeño, aunque mida uno sesenta y calce un cuarenta. Tendrá que ir haciéndose a la idea de que está convirtiéndose en un adolescente.

—Así que está muy buena... En fin. Buscaré algo en Italia. ¿Alguna ciudad en especial?

—No, me da lo mismo. En toda Italia hablan italiano. —Razona.

—Pues sí, eso es cierto.

Cuando cuelga el teléfono, también lleva colgada una sonrisa en los labios. Teclea en la barra de búsqueda unas palabras y, al momento, se despliega una lista de lugares en los que empezar a indagar. Se siente bien. Se acaba de poner un objetivo.

Alma se frota los ojos. El día ha sido muy duro, aunque haya tratado de fingir que no pasa nada, que sabía que esto sucedería. Claro que lo sabía, pero en el fondo de sí misma, escondida, la esperanza que Pandora logró encerrar en la caja que le entregaron los dioses le ha jugado una mala pasada.

No puede haberlo olvidado.

Tan pronto, no.

Durante el día ha mirado su teléfono cientos de veces, fingiendo interesarse por la hora, que en ningún momento ha sido capaz de memorizar. Lo que en realidad buscaba era haberse vuelto sorda de pronto y haber perdido una llamada, que su teléfono tuviera la prueba de que ellos dos habían sido algo más que los extraños en los que se han convertido.

Hoy es su aniversario, uno que Sergio ignora por completo, como no puede ser de otro modo, porque marca una época que ya ha acabado.

Alma no ha podido olvidarlo. Los tiene todos sellados a fuego dentro de sí misma: el día que se conocieron, el día que mantuvieron la primera conversación, el día que sus labios intercambiaron sentimientos que los condujeron a un compromiso del que no queda nada.

No es el aniversario de boda ni su cumpleaños.

Hoy, el recuerdo, recurrente, es el del día en el que se vieron por primera vez, el día en el que sus mejillas se rozaron en un gesto amable que para ella significó una conmoción que desconocía que se pudiera sentir. Ese día que le ha repetido tantas veces que para ella fue uno de los importantes, de esos que guarda al lado de los nacimientos de sus hijos. Ha esperado tontamente que él lo recordara, que le mandase un mensaje, que hiciera una llamada. Sabe que es absurdo, que ya hace meses que es otra la que comparte las noches que durante mucho tiempo fueron suyas. Por más que se diga a sí misma que ya no hay nada que hacer, que su historia está muerta y no va a resucitar, hay días como hoy que le resulta imposible separarse de la tristeza.

Ya ha acabado todo.

Sabe que no puede seguir así, pero no encuentra la manera de dar pasos adelante.

Patxi no contaba con que su mujer ya tiene planificadas las vacaciones de Semana Santa. Podía haberlo imaginado, lleva meses jodiéndole la vida, pero pensaba que el niño era territorio neutral. No se puede creer que le esté haciendo esto, esos días eran suyos.

Tampoco que no le vaya a rechistar, pero es que no le queda mucha más energía para discutir con ella.

Lo que más le preocupa es la excusa que le va a poner a Carlos. No quiere hablar mal de su madre. Tiene que crecer amando a sus padres, a los dos, sintiéndose igual al resto, no un niño dividido, del que dos adultos tiran de los brazos para hacerse daño.

Si Elisa lo hace, allá ella.

Él, no.

El timbre interrumpe sus pensamientos. Hace meses que nadie atraviesa el umbral de su puerta sin previo aviso y por eso le extraña que suene. Son los mismos en los que apenas pone orden en nada, la casa no está como para una inspección sorpresa. Hay ropa limpia repartida por los sofás, a la espera de que se acuerde de guardarla en el armario, ropa sucia desbordando el cesto. Hay platos en el fregadero; hay, dejadez. La misma que siente dentro, que se ha trasladado a su entorno.

Abre, mientras se sigue preguntando quién se habrá acordado hoy de él.

Es Raúl. Hace años que no le ve, tantos que este ha tenido que preguntarle a Luis dónde vive.

—No me esperabas, ¿verdad? —le pregunta a su primo, al observar la cara de estupor de Patxi.

—No, pero pasa, pasa.

—Creo que debería haberte avisado —se disculpa Raúl.

—Para nada, es que no sabía que habías vuelto, te hacía en Australia. Hace... ¿cinco años que no hablamos?

—Es probable y es culpa mía. Y también lo es no haber venido antes. Llevo en España desde septiembre. Tenía trabajo y se me ha ido pasando el tiempo sin darme cuenta. Hoy he comido con mi padre y me ha contado que Elisa y tú os habéis separado. No tengo perdón. Por no llamarte cuando llegué y por vivir tan en mi mundo y haber perdido el contacto contigo.

—No es solo culpa tuya, yo tampoco te llamé. Hace casi un año.

Raúl sabe que los dos han cometido el mismo error, pero también que no se lo van a tener en cuenta el uno al otro.

—He venido a preguntarte si te apetece que nos tomemos algo —le dice a su primo—. No pude disfrutar de todos los días de vacaciones que me dieron por el traslado y los que me

quedaban los tenía que usar ahora o los perdería. Salvo quedar con mi padre, no se me ha ocurrido nada más que hacer, hasta que he recordado que no te había dicho que he vuelto. ¿Te apetece tomar algo?

—Claro que me apetece. Ahora mismo.

Patxi, sin dudarlo, agarra una cazadora y las llaves, y salen de la casa. Mientras se dirigen a un bar, le va contando retazos de su historia con Elisa, del fracaso de su relación. Una vez allí, entre cerveza y tapa, saca fuera los fantasmas y se los expone a su primo, que resulta ser bueno escuchando.

Cuando llega al viaje que se acaba de ir al garete, se le nota que está dolido.

—No entiendo por qué me hace esto. Si me llevo a Carlos tendrá unos días para ella sola, para tirarse a ese con el que está sin que mi hijo aparezca para interrumpirlos.

—No te tortures, enseguida será un adolescente insoportable y a Elisa le encantará que te lo lleves —dice Raúl.

—Ya casi lo es. Oye, no he parado de hablar y tú todavía no me has contado qué ha sido de tu vida en Australia.

Raúl sonríe.

Le cuenta vaguedades del trabajo.

—¿Y no ha habido nadie en estos años? —pregunta Patxi, curioso.

Raúl no quiere recordar la verdadera razón por la que ha puesto distancia con su pasado reciente; el traslado no ha sido nada más que una coartada oportuna, y desvía las preguntas. Esos años sin hablar con Patxi hacen que su primo no conozca todos los datos y a él todavía no le apetece contárselos. La compasión es un sentimiento que no soporta.

—Digamos que no he dejado nada atrás que se pueda recuperar.

Aunque la frase sea ambigua, aunque haga mucho que no hablan, se conocen bien y Patxi sabe que no debe seguir preguntando. Cambia de tema:

—Has dicho que te quedan vacaciones, ¿no?

—Dos semanas —dice Raúl.

—Pues se me está ocurriendo que yo tengo dos billetes y una habitación de hotel para pasar unos días en Italia. Eran para Semana Santa, pero puedo cambiarlos para la semana que viene que no tengo clase. ¿Nos vamos?

Raúl no tiene planeado nada interesante para ese tiempo y le parece un buen plan el de su primo. No conoce Italia.

—¿Por qué no?

—Decidido. —Patxi sonríe—. ¡Viaje de primos!

Levanta la cerveza y brindan con los botellines.

—Por los viejos tiempos —dice.

—Por los nuevos, los que están por llegar.

Alma tiene algo que contar a Candela. Por eso la cita en una cafetería céntrica que a media mañana suele estar tranquila. No le valen los mensajes ni una conversación telefónica: necesita mirarla a los ojos mientras hablen.

Hoy es Candela la que ha llegado demasiado pronto y decide esperar en la calle. Hace un día precioso de invierno, uno de esos en los que el sol derrama su luz sobre la ciudad y que, si no fuera porque sus rayos aún oblicuos no calientan apenas, podría pasar por uno de primavera. Finge entretenerse mirando el escaparate de una zapatería cercana, pero en realidad está observando su reflejo en el cristal. Piensa en los cambios físicos que se avecinan; de momento apenas se notan. Está entretenida con el autoanálisis cuando descubre que Alma acaba de pararse a su espalda.

Se da la vuelta y le regala un beso y un abrazo, sazonados con una de sus sonrisas.

Entran en la cafetería.

Piden sus consumiciones y ocupan una mesa al fondo, la que está más a salvo de oídos indiscretos. Aunque la gente parece siempre ir a su aire, en esta ciudad pequeña nunca se puede estar seguro de quién va a escuchar tus palabras y después añadirá los matices que le dicte la imaginación. En lo único que difiere una ciudad pequeña de una grande es justo en eso, en que la menor distancia entre las personas a veces traspasa barreras invisibles que en grandes urbes parecen muros de hormigón. Los rumores y los comentarios malintencionados sobre su vida le han ido llegando a Alma, de rebote, distorsionados, fragmentados, como si alegrarse de las desgracias ajenas fuera para algunos una manera de minimizar sus propias miserias. Muchos días han sido el condimento perfecto para sazonar sus noches, que ahora son de insomnio si no se rinde al efecto calmante de los ansiolíticos.

—¿Qué te sucede? —le pregunta su amiga, intrigada por el motivo de su urgencia por verla.

—Candela, sé que acepté viajar con vosotras, pero creo que no puedo.

—¿Y eso?

—Es que... de verdad, no me apetece nada.

—No te preocupes, en cuanto te montes en el avión se te pasará —dice Candela, quitándole importancia.

—No, estoy segura de que no quiero.

Alma viste unas ojeras profundas que no se ha molestado en disimular, sus ojos gritan que la noche se la ha pasado velando su dolor. De día suele contener las emociones, sobre todo por los niños, pero en cuanto la soledad del cuarto que no comparte con nadie se convierte en su única compañera, se deja llevar por lo que siente y se rompe.

Lleva así muchos días.

—Lo pasaremos bien, las tres. ¡Anímate! —insiste Candela, guiñándole un ojo.

—Creo que si voy con vosotras, os estropearé el viaje.

—No, lo estropearás si no vienes. Necesito que estés conmigo.

Alma la mira y se siente egoísta, sabe que cada recaída de Candela acelera su reloj vital y recorta ese tiempo que es la vida de cada uno. Entiende que quiera vivir ese viaje, pero para ella no ha llegado en el mejor momento. No quiere añadir sufrimiento a su amiga, pero tampoco se siente tan fuerte como para acompañarlas.

—Lo que menos quiero es fallarte a ti —dice.

—Si no vienes, lo harás.

Candela se decide por el chantaje emocional; no se resigna a que su amiga siga encerrada en casa y dentro de sí misma. La coraza de Alma, al escucharla, se vuelve arena y los muros del valor que acumula a la luz del día se empiezan a desintegrar, amenazando con dejarla desamparada. Al final, la amenaza de derrumbe se convierte en certeza. La mirada de Candela, intensa, sopla en su interior y su fortaleza se desdibuja. Abre la boca y las palabras que se ha jurado no pronunciar jamás frente a otro que no sea ella misma, se le escapan.

Un plan trazado con la impaciencia de un corazón desesperado.

—Quiero hablar con Sergio, pedirle que vuelva.

Candela no se puede creer lo que está escuchando. Sergio ha roto el pacto que los mantenía unidos, ha sometido a Alma a una humillación que va más allá de que la gente sepa o no lo que ha hecho. Y Alma, quién sabe por qué, parece perdonarle todo con tal de mantenerlo a su lado. Está a punto de sacudirla para que reaccione, pero sabe que no serviría de nada. Es mejor hablar, que sean las palabras las que se cuelen por las pocas grietas que le queden a esa cordura que parece estar perdiendo Alma.

—¿Crees que eso es bueno para ti? ¿De verdad piensas que debes hacerlo? —le pregunta, con una voz suave y tranquila, intentando que no haya ningún reproche que ponga a Alma a la defensiva.

—Si me pide perdón... yo le voy a perdonar.

Los ojos de Candela dicen lo que las palabras se callan. La está llamando idiota, pero sabe que no se lo puede gritar y no porque no sea su amiga, sino justo por eso, porque entiende que a veces no estamos preparados para aceptar que nos contradigan.

Ahora que se lo ha contado, que ha desnudado frente a Candela sus planes, Alma sigue hablando. Necesita esa conversación, sacarse de dentro todo lo que siente, pero hasta ahora no ha encontrado con quien.

No ha buscado tampoco.

Con Candela se sincera, le habla de sus sentimientos que siguen atrapados donde estaban

antes de descubrir el engaño de Sergio, esa doble vida que llevaba delante de sus narices.

—Pero ahora lo sabes. ¿No te importa? ¿De verdad? —le pregunta Candela cuando Alma desgrana todas sus razones.

—Sí, claro que me importa, y me da rabia, pero yo también lo hice mal. Si él acepta volver... podremos arreglarlo.

—¿Lo crees de verdad?

—¿Tú no?

—No —suspira—. No lo creo en absoluto. Alma, la confianza es como un jarrón. Cualquier grieta, cualquier imperfección sutil, hace que ese jarrón se vea mal. Es cierto que le puedes dar la vuelta e ignorar la tara, pero eso solo sirve si el defecto es muy pequeño. En tu caso, te lo recuerdo, el jarrón se estampó contra el suelo. Aunque encuentres todas las piezas y las unas con cuidado, siempre te faltará alguna que se ha quedado escondida debajo de algún mueble y siempre, por más que te esfuerces, se van a notar las fisuras. No habrá forma de darle la vuelta para que no se vea. Cuando lo mires, habrá desconfianza, miedo a que se vuelva a caer y se rompa.

—Estoy segura de que aún me quiere y yo le sigo queriendo.

—Lo que te estoy diciendo no significa que no entienda lo que sientes. Recelo de la gente que salta de una relación a otra, que cambia de pareja como quien se muda de camisa, mucho más de lo que piensas. Sentir así dice mucho de tu capacidad para perdonar, pero no es bueno que sigas soñando con algo así.

Alma da permiso a una lágrima y esta anima a otras a seguirla. Es una procesión silenciosa que se desvía desde su rostro a un pañuelo de papel que le ofrece Candela.

—¿Vendrás? Piensa en que este viaje también lo necesitas. Necesitas aire nuevo. Hasta me atrevería a decir que te está haciendo falta ponerle algo de sal a tus días.

Sonríe ante la insinuación que le acaba de hacer a Alma, pero a esta no le hace mucha gracia.

—No quiero a nadie más en mi vida.

—No te digo que tengas que poner a alguien en tu vida. Puedes hacer lo que quieras. Es, creo, lo mejor de todo lo que te está pasando, que puedes hacer lo que te venga en gana. Sin tener que darle explicaciones a nadie.

—Visto así...

—No merece la pena mirarlo de otro modo.

PRIMAVERA

Verde, violeta, rojo... La planta despierta del largo letargo invernal, se repone del frío, aunque aún queda el peligro de las heladas nocturnas. La vida se renueva, florece fértil, se prepara para un nuevo ciclo. La belleza que ha permanecido agazapada tras el gélido aliento del invierno explota de nuevo. Los días se alargan poco a poco dejando paso a la luz.

«El invierno no ha pasado hasta que abril no haya acabado».

Las tres amigas han preparado todo para viajar a Roma el martes. Hay dos razones: el martes el vuelo es más barato y también sale más económica la habitación del hotel.

La que más dificultades ha tenido para organizar su escapada ha sido Penélope. Cuando llega a su asiento del avión, se deja caer en él, agotada. Vive atrapada en una red de relaciones familiares de la que no le ha resultado fácil soltarse.

Primero, porque ella misma los ha puesto ahí, han sido sus padres.

Dejarlos en la residencia la tarde anterior fue duro. Lola, su madre, al verse en un lugar desconocido, se resistió a base de insultos, puñetazos, gritos y llanto, igual que si fuera una niña pequeña. Penélope a punto estuvo de echarse atrás y llevársela de nuevo a casa, incapaz de soportar la sensación de estarla abandonando. Al final, las palabras amables de los empleados de la residencia la convencieron. Y Candela, que la acompañó y le repitió que necesita este descanso como respirar. Un gesto cariñoso de su padre acabó por persuadirla de que esta solución no es tan mala.

Al fin y al cabo, solo serán unos días.

La otra parte ha sido Rodrigo, su marido. Cuando ha salido por la puerta, maleta en mano, ha empezado a ser consciente de que se quedará solo con los niños. La discusión de última hora por una minucia y la amargura de sentirse culpable por planificar unos días para ella misma han estado a punto de reconducir sus pasos hacia la casa. No lo ha hecho, pero el mal sabor de boca se lo ha traído al viaje.

Sin embargo, se cuida mucho para que sus amigas no lo noten.

Sus problemas le parecen ridículos al lado de lo que le pasa a Candela o de lo que está viviendo Alma. Ella no tiene algo enorme, solo es una suma de pequeñas piedrecitas en el camino, se dice. Irse unos días le parece egoísta, aunque Candela no pare de repetirle que no lo es, que se lo merece.

—Cuando lleguemos a Roma no va a haber nada que hacer. Nadie empieza las vacaciones un martes.

—¿Cómo que no, Alma? Toda esta gente que llena el avión —dice Penélope.

Alma echa un vistazo al pasaje y pone cara de extrañeza. Salvo ellas y una pareja de mediana edad, el resto parece gente sola.

—No sé yo, parece gente que viaja por trabajo —dice.

—¿Qué más da un martes que un viernes? Los días son todos iguales, somos nosotros quienes

añadimos los matices. A partir de ahora mismo, declaro los martes como el mejor día de la semana —dice Candela.

Esa mañana está radiante, ha camuflado la palidez de su cara con una gruesa capa de maquillaje. Debajo de ella hay ojeras, signos del cansancio que se ha apoderado de su cuerpo, pero ha fabricado el escondite perfecto. Es una maga ocultando los rastros del agotamiento en el rostro con las brochas.

Y no solo allí.

Si su cuerpo no responde es algo que solo ella sabe a ciencia cierta.

Sus amigas ven la alegría por la escapada que reflejan sus ojos, esos que nunca se han olvidado de vivir. Candela es la fuerza personificada. La muerte, siempre al acecho, detrás de cada movimiento que ha hecho en su vida, no ha podido vencer a su deseo de seguir viviendo. Ahora quiere vivir, por supuesto, pero necesita unos días para enfrentar de nuevo el tratamiento. Los necesita para volver a encontrar el ánimo que la impulse a ingerir cuarenta pastillas cada jornada sin perder la sonrisa.

Para decirle a Iván que otra vez están en la casilla de salida.

Eso es lo único que le da miedo, volver a hacerle daño, aunque no sea a propósito.

—Asientos de primera para chicas de primera —dice riendo, mientras se terminan de instalar en la zona VIP de la aeronave. Los viajes, ha pensado Candela, a partir de ese momento los va a hacer a lo grande.

—Podríamos haber viajado en turista —rezonga Penélope.

—Nada de eso —le responde Candela—. Nosotras nos lo merecemos todo.

Alma sonríe.

Todo.

¡Qué palabra tan grande! Incluye el engaño, las mentiras, el haber perdido el tiempo, que en realidad es lo único que tenemos. Se merecen el desamor, el dolor.

Candela interrumpe unos pensamientos que intuye en la inquietud de su gesto.

—Todo lo bueno, Alma.

—Ya.

La respuesta escueta no augura un buen comienzo, por eso Candela le regala un abrazo y un beso que le deja marcado en el moflete. Rojo, intenso, como la amistad que lleva uniéndolas años.

—¿Pedimos algo?

Penélope, después de una mirada a sus amigas, decide que es el momento de empezar a disfrutar de esas vacaciones a solas que nunca esperaba vivir. Desde que empezó el proyecto de una familia y sus padres acabaron perdiéndose en el laberinto de sus mentes, la diversión no existe.

Sus padres.

Respira hondo y se repite que no pasa nada, que estarán bien en la residencia. Solo serán unos días, nada más. Después volverá a buscarlos y esa sensación que atenaza su estómago cuando piensa en ellos se irá.

—Creo que un poco de cava, mezclado con mis pastillas, hará de este un viaje muy placentero...

Se ríen del comentario de Candela, que descarga tensiones y les da permiso para saborear esos momentos que están destinados a quedarse para siempre en sus memorias.

En otra zona del mismo avión acaban de embarcar dos pasajeros. Llevan un equipaje ligero, dos maletas con lo mínimo. El plan es simple: conocer otro país, disfrutar. Casi nada. Expectativas que quizá se cumplan.

O no, da un poco igual.

Patxi saca un libro del equipaje de mano.

—¿Te vas a poner a leer? —pregunta Raúl.

—Solo hasta que despegue... Es que... digamos que no se me da bien empezar nada. Los despegues me causan un poco de pánico. Voy a ver si me relajo.

—Está bien, pero en cuanto se acabe te quiero contándome lo que hablabas hace un rato por teléfono con Elisa...

—Genial, seguro que me tranquiliza contarte la bronca que hemos tenido.

El tiempo del vuelo se disuelve en una conversación regada con cava. Alma brinda por el pasado. Por la infancia, por las cosas que les hicieron creer para tirárselas por tierra en cuanto se les cayeron todos los dientes.

—¡Porque ardan en el infierno los Hermanos Grimm y Hans Christian Andersen! —dice, divertida, a la tercera copa.

—¿Qué te han hecho esos pobres? —le pregunta Penélope, mientras lucha con su lengua para que se mueva siguiendo el patrón de cada letra y no a su aire. Apenas lo consigue. El alcohol empieza a ponérselo difícil.

—Mentir como bellacos. —Termina Candela, riéndose—. ¿Finales felices? ¿Cuentos de hadas?

—Bueno, no lo decía por eso, pero quizá lleves razón.

—¿Y por qué lo decías entonces, Alma? —pregunta Penélope, jurándose que esta es la última vez que abre la boca. Le da vergüenza emborracharse con tan poco, pero son muchos años en los que no se ha tomado ni una miserable cerveza.

—Porque enseñaron a la gente a contar cuentos. Y a nosotras, a creérmolos. Nos pasamos nuestra infancia esperando a los Reyes Magos, al ratoncito Pérez, creímos en hadas y duendes y que la magia lo podía todo y, un día, al levantarnos, nos contaron que no, que todo era una terrible mentira, que era una fantasía para que tuviéramos dulces sueños.

—Yo no quería contarles a mis hijos que el ratoncito Pérez no existe...

En los ojos de Penélope se adivinan unas lágrimas que incitan una carcajada de sus amigas. Es lo que tiene el alcohol. Exalta el ánimo, cualquiera que sea. Y provoca que se incumplan todas las promesas, como se recuerda a sí misma Penélope, que se había jurado que se mantendría calladita. Mira que tiene poca voluntad.

—Nos decían que había sapos que se convertían en príncipes y resulta que era al contrario.

—Peor que todo eso —dice Candela con la copa rozándole los labios, que dejan un rastro rojo en el cristal—, es vivir en un bucle. Empezar, terminar, una tregua. Creer, dejar de creer, esperar. Caminar por un único sendero, el que te dejan...

Ha cambiado de tema, se ha llevado la conversación a su propia vida para que Alma no piense en Sergio. A ella, hablar de su enfermedad no le hace daño. Existe de todos modos, tanto si la ignora como si no, así que siempre la ha mirado de frente.

Se ríe.

¿Miedo?

Nunca siente miedo por ella, ni siquiera ahora. Ahora, le preocupa mucho más su amiga. Vivir

con el cuerpo herido es posible. Vivir con heridas en el alma lo complica todo.

—Hoy, empiezo a salirme del camino. Mira, como la Caperucita del cuento, voy a tomar un atajo por el bosque, o por el cielo, ya que estamos en un avión. A lo mejor el lobo me espera al final, o quizá, quién sabe, logre despistarlo...

—Se me había olvidado lo tuyo...

Como todo, se dice Penélope, que ha vuelto a hablar y se le han vuelto a empañar los ojos y a enredar las palabras.

—Anda, no bebas más —se ríe Candela, demasiado fuerte, y la auxiliar de vuelo, que ahora no se llaman azafatas, le pide, muy educadamente, que se comporte.

Viajan en primera.

La megafonía del aeropuerto de Roma escupe palabras en distintos idiomas, ajena a la gente que se apresura de un lugar a otro. Hay reencuentros alegres, despedidas con la mirada y algunas que se funden en los brazos de quien se va. El redoble de esta sinfonía de sonidos lo protagonizan las traqueteantes ruedas de las maletas.

Alma se siente confusa.

No le está resultando fácil enfocar la vista después de todo el alcohol que ha bebido en el avión, y observar las maletas que dan vueltas en la cinta que distribuye el equipaje no ayuda nada. Inhala aire, intentando serenarse, y separa la mirada de aquel invento del demonio que la está mareando. Entonces, cuando levanta la vista hacia el otro lado de la cinta, le ve.

Es Raúl.

Es imposible.

Se regaña en silencio por haber bebido, su mente está enviando a su cerebro una imagen que claramente no puede ser real. ¿Qué puede estar haciendo Raúl en Fiumicino un martes? Sacude un poco la cabeza y la gira hacia Penélope, que no está mejor que ella, pero entonces, lo escucha.

—¿Alma?

Vuelve a mirar hacia donde le pareció verlo y allí está, no es una recreación de su cerebro, sino un Raúl de carne y hueso que la está saludando con la mano y sonríe. ¿Han viajado en el mismo aparato? Cuando logra reaccionar, es ella quien lo saluda:

—Hola, Raúl.

Le ha salido un «hola» raro, mezcladas las palabras con las burbujas del alcohol que circula por su sangre y el revuelo de preguntas que pueblan su mente. ¿Por qué está él ahí? Lleva días intentando convencerse de lo que le dice Candela, que este viaje es la puerta a un futuro nuevo, el pasado no puede inmiscuirse. ¡A ver si va a ser una alucinación! Pestañea. Dos veces. Pues no, Raúl no se desvanece. De hecho, se está acercando a ella, maleta en mano.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunta, cuando lo tiene al lado.

—He venido a pasar unos días de vacaciones con mi primo —le contesta él, señalando a Patxi que se ha quedado un paso por detrás.

—¡Ah! —contesta, incapaz de elaborar más la respuesta. No debería haber bebido nada, parece idiota.

Candela, que la siente perdida, acude en su ayuda.

—Hola, Raúl. Nosotras hemos venido a celebrar la vida, ¿verdad, Alma? Es un viaje de chicas. ¡Vaya, por ahí vienen nuestras maletas! Tenemos que recogerlas. Me alegro de la feliz coincidencia de veros en el aeropuerto.

—Sí, vaya casualidad,

Raúl no sabe qué decir. Durante meses ha esperado encontrarse con Alma por la calle, pero no ha sido así. Se ha llamado idiota varias veces por no haberle pedido su teléfono. Va a hacerlo, pero Candela se le adelanta.

—¡Espero que lo paséis bien! ¡Adiós! —dice alegre.

Y arrastra a Alma, que parece haberse quedado pegada a la baldosa en la que reposan sus pies. Raúl mira a Patxi un momento, confuso por la brevísima conversación. A lo mejor hay algo que ignora, algo por lo que Candela se la ha llevado casi a rastras.

—¿De verdad es Raúl? —pregunta Penélope, cuando se han alejado de ellos.

—Sí, volvió de Australia hace unos meses —contesta Alma.

No puede evitar mirar hacia atrás. Ni él ni su primo se han movido, siguen observándolas mientras se alejan.

—Me parece fenomenal que haya vuelto —dice Candela—, ya le verás en España. Estos días son para nosotras.

—Ya, Candela, pero no me has dejado ni siquiera decirle adiós —protesta ella.

—Ya se lo he dicho yo por las tres.

Penélope y Alma se miran confusas y vuelven a la vez la cabeza hacia el lugar donde dejaron plantados a los dos primos, pero ya no están.

—Alma, piensa en futuro, no en pasado. Hazme caso, es la única manera de avanzar.

Alma no entiende muy bien que para dar pasos adelante en la vida haya que dejar todo atrás. Ella ni está dispuesta ni está preparada. Además, Raúl no ha hecho nada, coincidir, ser amable, no entiende por qué han tenido que salir corriendo.

En las puertas de la terminal, una fila eterna de taxis espera clientes. No les resulta complicado encontrar uno que las traslade a su hotel en el centro de Roma. El taxista, un hombre de cincuenta y tantos, entrado en kilos, se dirige a ellas en español tras escuchar las primeras palabras de Candela solicitando su servicio.

Alma le repite el nombre del hotel, y Candela y Penélope montan en el asiento de atrás, mientras ella lo hace en el del copiloto. Sus amigas no dejan de cotorrear en todo el viaje, pero ella no ha prestado atención. Ha escuchado al hombre y a sus amigas reír con ganas por algo que les ha dicho él, pero no sabría decir qué. Aunque Candela se empeña en que ese viaje es futuro, ella no puede desprenderse del pasado. El encuentro con Raúl, sumado a la marca del taxi en el que han montado, activa sus recuerdos.

Otoño.

El coche de Raúl es un Fiat. De sexta mano, su padre no confía tanto en él como para dejar en sus manos un coche nuevo. Al fin y al cabo, tiene veinte años y acaba de sacarse el carné, un

poco tarde quizá, pero es que en casa el dinero no sobra y ha tenido que ahorrar para ello.

Alma está sentada a su lado, ha ido a buscarla para que le acompañe a dar una vuelta. Ella todavía no se ha apuntado a la autoescuela, le queda tiempo para ser mayor de edad. El chico acaricia la insignia de la marca en el volante con el dedo mientras conduce.

—¿Dónde vamos? —pregunta Alma. Se ha fijado en que van dejando edificios atrás y se dirigen al extrarradio.

—Ya lo verás.

Los carteles señalan la dirección de la ampliación del polígono industrial. Alma no se imagina qué demonios se propone hacer Raúl en un polígono en obras. No cree que sea buscar trabajo, es domingo por la tarde y, además, le queda todavía bastante para acabar la carrera. No tiene mucho sentido adentrarse ahí a esas horas. Raúl detiene el coche en una calle cualquiera y Alma le mira expectante.

No acierta a seguir sus pensamientos.

—¿Qué? —le dice.

—¿Quieres aprender a conducir?

La pregunta perfila en los labios de Alma una sonrisa. ¡Claro que quiere! Su padre se niega a enseñarle aún. Alega que quienes conducen antes de pasar por la autoescuela adquieren vicios difíciles de erradicar, pero a ella eso le trae al fresco. Quiere saber qué se siente al volante de un coche, aunque sea por el pequeño espacio de esa calle desierta.

—¿No nos multarán? —señala, prudente.

—Aquí, a estas horas y en fin de semana, no viene ni Dios.

—¿Me vas a dejar conducir? ¿De verdad?

Aún no se lo cree.

—Te voy a enseñar. ¡Vamos, muévete! No pretenderás conducir desde el asiento del copiloto.

Se bajan del coche y se cruzan a la altura del maletero. Dos sonrisas. Felicidad, ella; él le ha regalado un deseo. Satisfacción, él; ella le ha devuelto el regalo con su entusiasmo. Raúl, reciente alumno de autoescuela, repite las instrucciones recibidas meses antes y Alma se centra en escucharlas. Arranca con suavidad el coche, tan suave que se cala. Se ríen con ganas y a la segunda lo consigue. La tarde se consume y, cuando Raúl se pone de nuevo al volante, está anocheciendo.

—¿Qué hora es?

—No te preocupes, no llegas tarde a casa.

—¡Había quedado con Penélope y Candela! —se acuerda Alma.

Iban a tomar algo al bar donde suele pasar Sergio los domingos. ¡Mierda! No le podrá ver hasta la semana siguiente. Su gesto se entristece, pero no le dice nada a Raúl de lo que está pensando.

—Me lo podías haber dicho.

—No me he acordado. Llévame a casa, por favor.

El camino de vuelta lo hacen en silencio. Cuando Raúl la deja frente al portal, observa su rostro que no sonríe al despedirse.

—Venga, no creo que pase nada por haberles dado plantón —le dice.

—Voy a llamarlas, seguro que se han enfadado conmigo.

—Seguro que no —responde él.

Alma se muerde el labio mientras sube las escaleras hasta su casa. Le sabe mal haberle ocultado la verdadera razón de su decepción a Raúl.

No se merece que la considere su mejor amiga, hoy ella no lo ha sido.

* * *

Alma regresa al presente cuando el taxi para frente al hotel. Situado en pleno casco histórico de Roma, el Tíber se postra a sus pies y, desde sus ventanas, se ve la Plaza de España. Si se abren de par en par, el constante trasiego de los turistas entra en las habitaciones y las llena de esa vida que desborda la ciudad. Roma es increíble en cualquier época del año, pero en primavera, aún más. El clima suave, si el tiempo se mantiene estable, ofrece la excusa perfecta para pasear por sus calles repletas de Historia.

Es justo eso lo que ha planeado Candela.

Solo le interesa empaparse de la ciudad, comer en restaurantes ruidosos y, junto a una cerveza fría, bañarse con ese sol primaveral en cualquier terraza. Ha borrado de sus planes los museos, las visitas típicas. Fuera prisas, colas o agobios.

No cree que su energía le dé para más ahora.

La suite es espaciosa. La cama grande está en el dormitorio y la compartirán Penélope y Alma. En la sala, Candela ha pedido que instalen una más pequeña. Al principio, en el hotel no entendían que quisiera la suite para convertirla en una triple, pero Candela, cuando quiere, lo consigue todo. Su sueño es ese, un viaje de lujo para las tres. Unos euros más no pueden ser obstáculo y, si tienen que quitar una mesa que no van a usar, qué más da. Que lo hagan, que para eso pagan.

—¡Madre mía! —dice Penélope nada más traspasar el umbral de una habitación que rezuma lujo y huele a dinero.

—Querrás decir, ¡Santa Madonna! —exclama Candela entre risas—. Empieza a expresarte como los de aquí. ¡Estamos en Roma!

—Veinte años después...

Alma termina la frase, mientras se acuerda del viaje que no hicieron. La enfermedad de

Candela se presentó de imprevisto y congeló sus sueños.

—Chicas, lo tengo todo pensado —dice Candela, cargada de su entusiasmo contagioso—. Ahora mismo nos damos una buena ducha, nos ponemos guapas a rabiar y nos vamos a tomar unos capuchinos a la primera cafetería que encontremos abierta.

—¡Súper plan! —ironiza Penélope, que ya está deshaciendo su maleta. Será la última que se meta en la ducha, antes tiene que dejarlo todo colocado—. ¿Has tardado todos estos años en pensar eso?

—No, claro que no —responde Candela—. Hace veinte años el plan era tratar de ligarnos a todo italiano macizorro que se nos pusiera por delante, pero ahora, salvo esta suertuda —dice, señalando a Alma—, estamos pilladas. Nada de italianos para nosotras dos.

—Ni para mí. Lo que menos me apetece en el mundo, después de lo que me ha pasado, es poner a un tío en mi vida.

—¡Alma! ¡No vas a poner a nadie en tu vida! ¡Vas a poner a alguien encima de ti un ratito para pasarlo bien!

Alma mira a Candela.

No sabe si reír o echarse a llorar.

Jamás se pasó por su cabeza la opción de un divorcio. Eso era para los demás, para los que tenían relaciones inestables y no tan sólidas como la suya, para quienes no tenían la confianza suficiente con sus parejas como para contárselo todo. Ella tenía a Sergio y eran amigos, amantes, pilares robustos que los salvaban de todo. Ahora que sabe que eran montones de mentiras que se había creído amparada en la ceguera de su amor, se siente perdida e insegura como nunca.

—Ni siquiera para un ratito, Candela. Ahora no. ¿No dices que es un viaje de amigas? Además, bonita, ¿cómo quieres que me traiga un italiano macizo si tengo en la cama a esta? —le pregunta Alma, y señala a Penélope, que sigue deshaciendo su maleta.

—Eso se arregla en un *pispás*. Te dejo mi cama, cierras la puerta y te olvidas de que te estaremos escuchando desde el otro lado, muertas de envidia.

—Genial, Candela, lo mejor para relajarse haciendo el amor con un extraño es imaginar a tus dos mejores amigas con la oreja pegada a la puerta.

—¡Vamos! —dice Penélope animada—. ¡Dejaos de charla y que una se meta en la ducha ya! No quiero perderme ni un minuto de esta semana de libertad condicional.

Patxi y Raúl han llegado a su hotel. Es pequeño y antiguo, pero remodelado con gusto, y está más o menos bien ubicado: desde la ventana de la habitación se ve una esquinita del Anfiteatro Flavio. Patxi lo eligió porque no se escapaba de su presupuesto y porque le permitía no tener que alquilar un coche. El plan era usarlo solo para dormir. Ahora, con Raúl como compañía, descubre que no cayó en un detalle: la habitación no es la más apropiada para dos hombres que no tienen una relación.

—Siento que haya una sola cama, este viaje era para Carlos y para mí. No me imaginé jamás que acabaría viniendo contigo —se disculpa.

—Ni yo. ¿Has visto la cara de la recepcionista cuando nos ha visto entrar?

—Sí —sonríe Patxi—, creo que ha pensado que somos pareja.

—¿Cuál es el plan para ahora? —pregunta Raúl.

Acaba de hablar con su padre para decirle que han llegado bien y está ansioso por explorar la ciudad, pero no sabe si Patxi tenía planeado algo. Si fuera por él, lo primero que harían sería buscar un sitio donde comer, pues tiene hambre.

—Podríamos estrenar la cama... —dice Patxi sentándose y dando unas insinuantes palmaditas encima de la colcha color crema.

—¡Estás fatal, primo! No has cambiado una mierda desde que éramos...

—¿Jóvenes? —pregunta Patxi observando sus primeras canas en el espejo de la habitación.

—Iba a decir pequeños, pero sí, a lo mejor es tiempo de empezar a usar esa palabra. ¿Qué te parece si buscamos un sitio para comer? ¿No tienes hambre?

—Pues no, últimamente como con muy poquito orden y la verdad es que cuando estoy ocupado, no me acuerdo, pero es una buena idea. ¡Vamos!

Salen de la habitación y, cuando pasan por recepción, Patxi le da un cachete en el culo a su primo, ante la mirada de la recepcionista que disimula fatal que le han llamado la atención. Vuelve la vista a la revista que la mantenía entretenida hasta que aparecieron, pero a ellos no les ha pasado por alto el escrutinio al que los ha sometido.

—¡Tú eres tonto! —dice Raúl al salir a la calle.

—Solo quería ver qué cara ponía. Cuando volvamos pienso tirarle los trastos, va a ser divertido observar su reacción.

—A ti el divorcio te ha hecho perder el poco juicio que has tenido siempre, ¿no?

—Más bien hace mucho que no me divierto.

Dicen que las casualidades no existen, que son más bien decisiones de esa fuerza sobrenatural que actúa sobre los seres humanos y a la que llamamos destino. Cuando decide que dos personas

se encuentren, es inevitable. Es él quien urde planes, teje hilos y enreda las cosas para que acaben tropezando, una y otra vez, hasta que sus designios se cumplan. Cuando Raúl entra el primero en la cafetería, seguido por Patxi, hay muy pocos clientes. Apenas siete personas contando al camarero. En un rincón, las risas de tres mujeres captan su atención.

Son las mismas con las que se han cruzado en el aeropuerto.

Son las mismas que viajaban en el avión.

Son las mismas con las que, tantas veces, Raúl coincidió en su adolescencia.

Alma vuelve la cabeza un instante y le ve en el reflejo del cristal de la puerta del baño. Frena su risa, quizá no sea él, sino una mala jugada de su cerebro, condicionado por haberlo visto hace unas horas. Se da la vuelta para asegurarse.

—Otra vez tú —dice mientras se levanta y se dirige hacia él. Quiere saludarlo en condiciones, diga lo que diga Candela.

—No me puedo creer que vivamos en la misma ciudad y lleve meses sin cruzarme contigo, y hoy ya lo hayamos hecho dos veces en Roma, que es cincuenta veces más grande —dice Raúl.

—Nos estáis siguiendo, seguro —afirma Candela.

—Por supuesto que no —contesta Patxi con rapidez, pues no se ha dado cuenta de que está de broma—. Nuestro hotel está a un par de calles de aquí.

Pero se calla antes en cuanto se percata de las risas mal disimuladas.

—No sé si todas os acordáis de mi primo Patxi —dice Raúl—. Esta es Alma.

Se dan dos besos e intercambian un saludo. Patxi, al escuchar su nombre, se acuerda que a ella la ha visto alguna vez.

—Lo siento, me he olvidado de tu nombre, sé que no era común, pero ahora no lo recuerdo —le dice Raúl a otra de las mujeres.

—No me extraña. Soy Penélope.

Esta le da dos besos a Raúl y después saluda del mismo modo a Patxi.

—Un nombre como para no olvidarlo, como su dueña —responde el primo, provocando que las mejillas de Penélope se tiñan de rojo como si fuera una chiquilla. ¿Cuántos años hace desde la última vez que recibió un cumplido de un extraño?

—Yo soy Candela, por si también te has olvidado —dice esta, mientras se levanta para saludar a los dos hombres.

Al hacerlo, siente un leve mareo, pero disimula. No es el mejor momento para mostrar su debilidad. Parece que todos están cómodos y no quiere interrumpir este instante.

—De ti sí me acordaba —le dice Raúl, sonriendo.

—Bueno, ya que estáis aquí, ¿os tomáis algo con nosotras?

Es Penélope quien toma la iniciativa. Las palabras amables de Patxi han elevado su ánimo y no quiere que se marchen.

—Si tú nos lo pides...

Este se sienta a su lado, encantado con la invitación.

—Lo de hacer un viaje solo de chicas, al final no va a ser posible, ¿verdad? —pregunta Candela.

Mejor que nadie sabe que a la vida no se le puede dar esquinazo. Te atropella y te lleva por donde le da la gana. Cuando los planes se empeñan en torcerse, lo mejor es acomodarse a lo que llega, sin empeñarse en nadar contra corriente. Agota demasiado.

—¿Habéis abandonado a vuestros maridos? —pregunta Patxi.

—Más bien ha sido al revés.

Candela empieza a hablar, pero una mirada furibunda de Alma silencia su discurso y es ella quien toma la palabra. Cuando encontró a Raúl, no fue capaz de hablarle de su matrimonio fracasado y ahora tampoco quiere que lo sepa.

—Nos hemos tomado unos días de vacaciones de todo —dice—, de maridos, de niños y de trabajo. Por eso es un viaje de chicas, para disfrutar la vida como si...

—Como si nos perteneciera del todo —termina Penélope.

Después del capuchino y el tentempié, salen a la calle. El plan de Candela, pasear hasta que se cansen, les parece bien a ellos y piden permiso para unirse.

—Si no molestamos, claro —añade Patxi.

—¡Claro que no molestáis!

Penélope es la primera en hablar. No se le ha pasado por alto que el primo de Raúl no le quita ojo de encima y le acapara para que ambos se queden un poco más atrasados, mientras los otros tres caminan unos pasos por delante.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera? —le pregunta Candela a Raúl

—Demasiado. Casi veinte años.

—¿No has vuelto ni una sola vez en ese tiempo?

—No, Candela. Mi padre vino a verme unas cuantas, al principio, sobre todo, supongo que para asegurarse de que estaba bien. Hizo un par de viajes incluso con mi hermana y su marido, pero yo no volví. Primero, porque tenía mucho trabajo y después, porque es un viaje largo y nunca acumulé días suficientes de vacaciones para plantearme volver. No me esperaba nada tampoco.

—¿Y no tenías teléfono? —pregunta Alma, y en sus palabras hay un tono de recriminación que no se le escapa a Raúl.

—Sí, claro...

—Así que no te esperaba nada —le dice, enfadada—. Yo sí. Yo esperé a que me llamasen, por lo menos para decirme que estabas bien. Desapareciste. Durante un tiempo, estuve preocupada; de hecho, tuve que buscar a tu padre para saber qué había sido de ti.

—Supongo que tendría que haberte llamado, lo siento. Mi padre nunca me dijo que me hubieras buscado.

—¡Pero lo tenías que haber imaginado! Raúl, éramos los mejores amigos, ¡los mejores amigos del mundo! Nos pasamos todas las tardes de muchos años juntos, joder. ¿Se te olvidó de pronto? Uno no se marcha a la otra punta del planeta y se olvida de alguien con quien pasaba tanto tiempo. ¿También se te olvidó escribir? ¿Se te olvidó mi dirección? Una puta carta me hubiera venido muy bien...

Las frases cargadas de reproches se le escapan en torrente y se arrepiente de haberlas dicho casi al instante. En los últimos meses ha perdido demasiadas veces el control sobre sus palabras.

—Alma, si no me equivoco, cuando me marché acababas de empezar con Sergio. No pensé que me fueras a echar de menos.

—¡Vete a la mierda!

Alma, furiosa, se separa de los demás. No quiere continuar con esa conversación. Se está poniendo muy nerviosa.

—Déjala —sugiere Candela, cuando él hace amago de seguirla—. Necesita tiempo para entender.

—Yo entiendo que esté enfadada conmigo, me lo merezco, pero ella... ¿qué tiene que entender?

—Que la vida es una rueda que va dando vueltas y siempre te acaba devolviendo al mismo lugar de donde partiste.

Raúl mira a Candela sin comprender la frase, pero no se le ha escapado la tristeza que brilla en los ojos de Alma. Estaba allí el día que tropezaron en la perfumería. Sigue allí y tiene que tener una razón. Algo le dice que hay un nombre detrás y no es el suyo o su olvido de hace tantos años. Las razones de Alma siempre convergían en Sergio.

—¿Qué ha pasado?

—Lo siento, cariño, no soy nadie para hablar. Tendrás que esperar a que sea ella quien te lo cuente.

Raúl no ha abierto la boca desde que se despidieron de ellas. Ni siquiera ahora, en la pequeña habitación del hotel, es capaz de centrarse en lo que le cuenta su primo, cuyas palabras llevan un rato girando en torno a Penélope. Le ha gustado tanto hablar con ella que no se ha acordado de su plan de abordar a la recepcionista. La conversación entre ambos ha sido intrascendente, lugares comunes que casi nunca llevan a ninguna parte, pero la sonrisa y la franqueza de Penélope han conquistado a Patxi. A lo mejor es que está en un momento de su vida en el que es muy sencillo conquistarle. Sigue siendo joven, sigue sintiendo la sangre corriendo por sus venas, su cuerpo le recuerda que hay otras necesidades tan básicas como comer que no están siendo cubiertas apenas. Su predisposición ha chocado de frente con una mujer que se ha estado riendo todo el tiempo con las tonterías que han salido de su boca.

O mucho se equivoca o Penélope apenas tiene conversaciones con adultos.

Le da la sensación de que está muy sola, perdida en esa vorágine en la que la rutina nos atrapa cuando llegamos a una edad y a la que nos rendimos poniéndonos todas las excusas del mundo y dándolas por buenas. Al fin y al cabo, es más fácil justificar que nos hemos acomodado que movernos para cambiar una sola coma de nuestra vida.

A pesar del parloteo incesante, Raúl no logra prestarle toda su atención a Patxi. Se ha quedado colgado en las últimas palabras de Candela. Hay algo que no sabe de Alma, algo que puede intuir, la conoce, pero que necesita que le confirme. Pero ¿cómo preguntárselo? Ella nunca ha consentido que nadie le dijera una mala palabra de Sergio, aunque él se las hubiera dicho todas. Un gilipollas, un tonto a las tres, el más imbécil de los tíos.

Siendo suave.

Siendo muy poco objetivo, porque hablaban los celos más que otro sentimiento.

* * *

Primavera, una estación de tren.

Raúl ha sacado a pasear a Ulises.

Desde que terminó la carrera y encontró trabajo, está siempre demasiado ocupado. El perro echa de menos las tardes eternas en la calle y las largas caminatas a las que le tenía acostumbrado. Aprovechando que es domingo, decide alargar el recorrido con su compañero. Alma, los domingos, es propiedad de sus amigas y no la verá, así que decide pasar la tarde entretenido con el perro. Nunca queda con ella los fines de semana, aunque las tardes de lunes a viernes, a pesar de que ya no son unos críos de instituto, sigan siendo suyas.

En exclusiva.

La zona de la estación está casi desierta, no sabe por qué ha ido a pasear por allí. Ni siquiera es cómodo para Ulises y está muy lejos del camino que recorren a diario cuando salen los dos, una senda que abrieron los pescadores a la orilla del río, cuando todavía en sus aguas había algún pez. Debería haber elegido esa, el parque, el camino que lleva a las huertas o el pinar, así que empieza a pensar qué calles tomar para redirigir el recorrido. Entonces la ve. Sentada en un banco, está Alma. No está sola. A su lado, Sergio se ríe con ganas mientras posa su brazo izquierdo sobre el hombro de ella. El corazón de Raúl empieza a latir descontrolado. Él no ignora que Alma está enamorada de Sergio, se lo ha contado ella demasiadas veces, pero creía que él nunca se iba a fijar en Alma.

Ahora está seguro de que era lo que él quería creer.

Alma también se ríe y, decidida, aproxima su cabeza a la del adolescente que la agarra. El beso que comparten también lo siente Raúl en forma de puñetazo en su pecho. No esperaba ser testigo de él. Más bien había esperado protagonizarlo alguna vez, darle todo el tiempo que necesitase a su amiga para que descubriera sus sentimientos. Ahora, anclado en la acera, a muy pocos metros de ellos, se siente idiota, incapaz de dar un paso, ni siquiera detrás de la correa de Ulises, que tira fuerte de él para que continúen el paseo.

Imbécil por no haber sabido que los sentimientos hay que expresarlos, no esperar a que los adivinen.

Suelta, sin darse cuenta, la correa de Ulises.

Raúl no quiere moverse, no quiere ser visto, pero no cuenta con que el animal adora a Alma y decide ir a su encuentro. Arrastrando la correa, que rebota sobre las baldosas de la acera, el perro trota hacia la muchacha. Al llegar a su altura se sienta, mirándola atentamente, con las orejas levantadas y la lengua fuera. Si los perros fueran capaces, Ulises estaría mostrando la mejor de sus sonrisas.

—¡Ulises! —dice contenta ella, cuando se cansa de esperar una caricia y apoya el hocico en sus piernas.

Alma busca con la mirada a Raúl y él encuentra el valor para acercarse hacia el banco que ella comparte con Sergio. Le hubiera gustado salir corriendo, escapar de lo que acaba de presenciar, seguir ignorando los sentimientos que a Alma se le escapan siempre con franqueza, que comparte con él cada día. Porque ella le cuenta cómo está su corazón sin necesidad de que él pregunte; claro que, una cosa es escucharlo y otra verlos juntos.

—¡Hola!

Ella saluda feliz. Había estado pensando que el lunes tenía que contarle a Raúl que por fin Sergio y ella han empezado a salir, pero no va a hacer ninguna falta.

—Hola —responde él, tratando de disimular ese tono seco que se abre paso con una fuerza

descontrolada por su garganta.

—¿Conoces a Sergio? —Alma presenta a su recién estrenado novio.

—No, encantado.

Raúl le da la mano y se inventa una excusa para salir corriendo de allí. Algo confuso sobre su padre y una cena, lo primero que le ha venido a la cabeza.

No puede quedarse un minuto más.

Al día siguiente, después de una noche en vela, toma una decisión. En su empresa, la que le contrató nada más terminar la carrera, necesitan a alguien para viajar a Sidney, a la sede central de Australia. Imprescindible en los requisitos, que el aspirante acepte vivir allí los siguientes cinco años. Hay varios candidatos que llevan días barajándose; él es uno de ellos, un ingeniero muy bien preparado, joven, sin cargas familiares, sin ataduras, con conocimientos informáticos y cierto nivel de inglés. No es que sepa mucho, lo justo para defenderse cuando llegue. Lo que vio el día anterior le llena de un valor que no tenía y decide hablar con su jefa, resuelto a ser el seleccionado. La conversación no dura más de quince minutos y, ese mismo día, al salir del trabajo, empieza a pensar en qué meterá en las maletas.

No tarda mucho, es tan joven que apenas le ha dado tiempo a acumular nada. Lo único que para él es urgente solucionar antes de embarcarse en ese viaje es una conversación pendiente.

Con ella.

—¿Te vas?

Alma no se puede creer lo que está escuchando. Raúl nunca mencionó la posibilidad de que fuera él el que tuviera que marcharse. Lo que le está contando no es un plan, es una certeza que está ahí, a la vuelta de la esquina.

—Este viernes —contesta él, tranquilo. Se ha imaginado todas las hipotéticas preguntas de Alma y se sabe de memoria las posibles respuestas.

—Pero... ¿tan pronto? ¿Qué voy a hacer sin ti?

Esa no estaba en su repertorio. No se la espera y entreabre una puerta que le obliga a serenarse. No, no es cierto lo que ella dice, es solo una forma de hablar, se convence. Pero el desasosiego que atisba en los ojos de su amiga le hace concebir tímidas esperanzas, que se desvanecen en cuanto recuerda el beso en la estación. Rememora con fuerza la sensación que a él le produjo y decide que no puede soportar verlos juntos. Es algo demasiado duro para un corazón sin curtir que late por Alma desde hace mucho tiempo.

—No te preocupes, volveré algún día. Además, tienes a tus amigas y tienes a tu novio —le dice tras los segundos que demora la respuesta, un tiempo en el que no ha dejado de mirar su rostro. Quiere recordarlo, sellar cada rasgo en su memoria. No le harán falta fotografías para recordarla.

—Pero no te tendré a ti.

Alma, mientras habla, se rompe. No quiere perder la compañía de Raúl. Es su compañero de paseos desde hace años; su amigo. No entiende su decisión, ni siquiera le entra en la cabeza que no se lo haya contado antes.

—No te preocupes, Alma. No me vas a echar tanto de menos, ya verás.

—¿Cómo que no? ¿Eres tonto o qué?

Hace amago de pegarle, no le puede estar diciendo que se va a la otra punta del planeta, al día siguiente, tan tranquilo. Él quiere aprisionarla en un abrazo, pero la única instrucción que obedece su cuerpo es sujetarla suavemente por las muñecas para que la amenaza de un puñetazo se desvanezca.

—Creía que no era tan importante.

—¿Cómo no vas a ser importante? ¡Y, además, eres idiota hasta por pensarlo!

—No estaba hablándote de mí.

Alma no comprende la afirmación de Raúl. Se queda un momento en silencio, buscando una explicación a lo que ha dicho y, cansada de no encontrarla, pregunta:

—¿De qué hablas?

—Pensaba que Sergio no era tan importante, que todo eso de que estabas tan enamorada de él no era...

—¿Verdad? ¿Es eso lo que ibas a decir? Pero, Raúl, ¿para qué me lo iba a inventar?

La mirada de Alma es puro desconcierto.

—Es verdad, para qué...

* * *

Se lo dijo, pero Alma no le entendió.

Le confesó sus sentimientos a su manera, dando rodeos, como era él, y todo este tiempo después está seguro de que sigue sin tener valor para ser claro con ella. Igual que está seguro de que lo que siente hacia Alma no se ha extinguido.

Solo ha estado dormido.

Solo ha hecho falta encontrársela para saber que no se le han olvidado todas las tardes que compartieron, los sueños que cada noche elaboraba en la soledad de su cama y que al día siguiente no se atrevía a poner en marcha. No se le han olvidado los besos que nunca fueron reales, ni las conversaciones a solas sobre lo que siente por ella.

Raúl es así.

Difícil.

Seguro con respecto al trabajo, un buen amigo, un excelente conversador, pero increíblemente estúpido con Alma. Ella fue su primer gran amor, aunque nunca fue capaz ni de rozarla. Un amor

enorme, ese que provoca el mayor de los miedos: equivocarse. Con los años ha descubierto, sin embargo, que si al miedo le das ventaja, acaba haciendo que cometas un error.

El miedo, con los años, crece.

Candela lleva años soñando con disfrutar de una pizza en Roma y sus amigas han estado de acuerdo. Se han concedido ese capricho y ahora vuelven al hotel, sumida cada una en sus pensamientos.

Alma ha respirado aliviada cuando se han despedido de sus acompañantes. No le apetece la cercanía de Raúl; sabe que con mirarla a los ojos adivinará que algo en ella va muy mal y está segura de que no se va a librar de un interrogatorio. Intuye que, a poco que se esfuerce, él logrará descubrir lo que trata de ocultar.

No quiere exponerse a que desnude sus sentimientos.

Siempre supo hacerlo; por mucho que ella intentase callar, él lograba que se le escapase todo. Y también sabe otra cosa: aunque aún no haya sido capaz de soltar la rabia y la frustración que acumula contra Sergio y contra sí misma por ser tan idiota, en cuanto Raúl le tienda la mano, todo lo que lleva meses guardando se le va a escapar.

Lo extraño sería lo contrario.

Penélope, sin embargo, ha arrugado la frente; a ella le hubiera gustado que fueran a cenar los cinco juntos. Si no fuera una exageración, diría que le duele la mandíbula de reír. Patxi ha resultado ser un tipo muy divertido y le ha regalado toda su atención, y un buen repertorio de anécdotas divertidas que siguen haciendo que sonría como una idiota, aunque ahora él ya no esté. Entiende que este es un viaje para ellas, pero tampoco pasa nada si se permiten su compañía, ya que están ahí. Respeta la decisión de Candela, aunque le parece un poco excesiva. Si han coincidido seguro que es por algo, las cosas no pasan porque sí: suceden siempre por alguna razón, aunque al principio nos parezcan casualidades que no alcanzamos a comprender.

Candela, por su parte, lleva un rato repasando el plan que tiene en mente para el día siguiente.

—¿Estáis cansadas? —pregunta Penélope, que se está poniendo nerviosa con el silencio en el que caminan. Se siente incómoda cuando en una reunión, por pequeña que sea, no fluyen las palabras.

—Yo sí —responde Candela. Se da cuenta de que va a preocuparlas y enseguida se excusa—. Tranquilas, ha sido el ajetreo del día, el avión, las copas, el paseo... ¡no me digáis que vosotras estáis tan frescas!

—La verdad es que yo estoy también agotada. No veo la hora de meterme en la cama.

Alma, más que cansancio, siente nostalgia.

El pacto con sus hijos ha sido no llamarlos, sino una vez en mitad de las vacaciones. Ha pensado que, si se pasa el día al teléfono con ellos, no logrará el objetivo de desconectar de su vida. Le hace falta. Necesita dejar de lado todo lo que han sido los últimos meses. Necesita una

tregua que le ayude a darse un respiro, pero, a la vez, le hacen falta las palabras de sus pequeños, que se han convertido en el salvavidas al que se aferra para no acabar hundida del todo.

Las noches se han vuelto una tortura. El silencio envuelve la habitación cuando las luces se apagan y se hace el dueño, asfixiándola en esa soledad que no ha sido del todo elección propia. Sus amigas merecen pasarlo bien en estas vacaciones, pero ella no está bien y teme acabar estropeándolo todo.

Sergio ha sido, desde que le conoció, su mundo.

Mientras eran adolescentes, Alma se ponía nerviosa al verle aparecer de lejos. Su corazón, desentrenado en eso de enamorarse, sufría una repentina danza que comprometía su respiración. En el estómago, rebeldes, no había mariposas, sino un sismo de grado nueve en la escala Richter. Siempre ha estado enamorada de él, incluso ahora, que hace tiempo que no comparten cama y vida, ahora que él está con otra mujer. Lucha contra ese sentimiento que tortura su cerebro, pero todos los combates, uno a uno, los pierde.

Cuando llegan al hotel, le cuesta mucho sobrellevar el tiempo que resta para meterse en la cama. Participa en la charla, pero no en las risas, y Candela, consciente de las conversaciones interiores, esas que a ella la acompañan siempre que las cosas se tuercen, le ofrece un pequeño alivio.

—Alma, ¿quieres mi cama?

La salita de la suite, que tiene la cama en principio destinada a Candela, ofrece un extra de intimidad. La eligió pensando en su salud, para que fuera más cómodo para todas, pero intuye que ahí la más enferma no es ella. Aunque haya aplazado el tratamiento, aunque esté hasta las narices del hospital, no hay en ella ese profundo abatimiento que ve en su amiga.

—¿Te importa? —pregunta Alma. Le hace falta soledad para, después, dejarse acompañar.

—Claro que no. Necesitas descansar.

—Pero tú también.

—Alma, yo estoy perfecta.

Ni una palabra más.

Las amigas se separan.

Alma se arroja entre las sábanas suaves de esa habitación de lujo y las lágrimas hacen su aparición. Son las compañeras de cada noche desde hace meses. Su mente empieza a rebobinar y la película empieza de nuevo.

Ella no es consciente, pero todos esos pensamientos la están intoxicando. Sobredosis de cortisol que es lo que la mantiene despierta, cansada y, quién sabe, si la está conduciendo al abismo de la depresión.

Ha visionado mil veces esa película, tratando de encontrar los errores, lo que hizo mal, lo que condujo su vida a este callejón sin salida. Asume esas imperfecciones que se achaca como la

mayor de las certezas y no es capaz de ver nada bueno en ella. No ayuda nada este ejercicio, pero Alma no lo puede controlar sola. Fue al médico y, aunque él le recomendó acudir a una terapia, la única ayuda que aceptó reposa en su neceser en forma de pastillas blancas.

Se levanta y extrae dos de la caja.

Después de un par de minutos sentada al borde de la cama, decide de nuevo tumbarse. Tarda un poco, pero se acaba abandonando a la sensación de adormecimiento que le brinda el apoyo. Entonces, más tranquila, permite que, en sus pensamientos de esa noche, se cuele Raúl. Ha estado años sin saber de él, años en los que evitó su recuerdo y ahora se encuentra con su presencia en todas partes. Sabe lo que necesita, ese amigo que siempre estaba ahí, compartiendo risas y tristezas, pero teme que, después de tanto tiempo, ellos dos no sean los mismos. La relajación llega con pensamientos más suaves y la película de cada noche cambia de cartel.

Vuelve al pasado, pero es otro.

* * *

Un día cualquiera de primavera, podría ser incluso jueves.

En el parque, Raúl y Alma no pueden parar de reír. Deberían estar estudiando, pero hace un día tan maravilloso que eso es lo último que apetece. Por eso han dejado las mochilas en casa de Raúl y han recogido a Ulises, que corretea por el césped atrapando las piñas que le tiran. Cuando se cansan de entretener al perro, se tumban en la hierba, bajo la sombra de un sauce llorón. El aroma de las plantas que inician de nuevo el ciclo de la vida incita a relajarse.

—¿Cuántos hijos te gustaría tener? —pregunta Alma, mientras mira los trocitos de cielo que se cuelan entre las hojas del árbol.

—Ninguno.

La respuesta de Raúl es contundente. Ni lo ha meditado. Alma se incorpora y le mira contrariada, esperaba un número, cualquiera, o al menos que se lo pensara, pero la respuesta no se ha hecho esperar ni un segundo.

—¿Ninguno?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Esa no es una respuesta —se queja.

—Es mi respuesta.

Alma necesita satisfacer su curiosidad y sigue con el interrogatorio.

—¿Tendrás alguna razón? Vamos, Raúl. Soy yo. A mí puedes contármelo todo.

—No quiero equivocarme, no quiero empezar una vida con alguien, que acabe, y que haya

niños de por medio.

—Pero eso no tiene por qué pasar.

—Tampoco voy a casarme nunca.

—¿No?

—No.

—Pues yo sí quiero. Y sueño con tener hijos, más concretamente, un niño.

Raúl mira el brillo en sus ojos y sonríe antes de preguntar.

—¿Ya estás pensando en tener hijos?

—Ahora mismo no, idiota, pero sí me gustaría. Me gustan los niños —responde ella.

Ulises empieza a morderle el pantalón, arrastrando a Alma para que le siga tirando piñas y, pese a sus protestas y a la ayuda de Raúl, no hace amago de soltarla. Se rinde y deja que la derribe, y al momento está tumbada en la hierba, riendo a carcajadas, mientras el perro le lame el rostro haciéndole cosquillas.

—¡Para, Ulises! ¡Ya!

Raúl quiere ayudar, pero el perro no le hace caso, teme que en algún momento el juego se des controle y su amiga acabe herida. De pronto, un pájaro entra en el radio de visión del animal, que sale disparado en una persecución imposible, olvidándose de que él no tiene alas para alcanzarlo. Alma se incorpora, se sienta y se queda mirando a Raúl, que se instala a su lado.

—¿Estás bien? ¿Te ha mordido? —pregunta.

—¿Ulises? ¿A mí? ¡Parece que no lo conoces, soy su persona favorita, aunque sea tuyo! —Se ríe ella.

—Tiene buen gusto —le dice él, mientras le arroja a la cara un puñado de césped que ha segado con la mano.

—¡Hombre, claro! Es un perro muy listo, por eso nos queremos tanto. —Mira su pantalón y de pronto le cambia el gesto—. ¡Oh, Dios! Me ha hecho un agujero...

—Es un capullo, y los capullos no se merecen que los quieras.

Alma no piensa que lo que le dice está cargado de una doble intención, porque al mirar el pantalón con detenimiento descubre que se lo ha roto por otro lado.

—Mi madre me va a matar...

** * **

No recuerda nada más de aquella tarde, el resto se ha perdido en su memoria. Los pensamientos se mezclan con la conversación del aeropuerto, el encuentro en la cafetería y la charla posterior, y poco a poco el sueño la vence.

Su mente, por fin, le concede un respiro.

La mañana amanece con nubes dispersas entre las que se abre paso el sol, que se cuele por la ventana de la suite. Alma lo siente acariciándole el rostro, pero el sopor que le han dejado las pastillas la mantiene aletargada.

No ha pasado buena noche, a pesar de la ayuda.

Los sueños, equívoco refugio cuando no estás bien, han sido perturbadores. Le hablaban de una felicidad que se ha escapado de su vida, le contaban historias sin futuro que, en este instante, entre la neblina confusa del despertar, vuelven a causarle un desasosiego que no puede mitigar a base de química.

No podría moverse en todo el día si sucumbe ahora las pastillas.

Sergio acude a su mente como cada vez que abre los ojos, como esa presencia absoluta que vuelve dañinos sus pensamientos. Cada minuto del día se siente invadida por él, por ese amor sin correspondencia que no hace más que recordarle que está perdida.

Duele.

Abrasa.

Su alma, esa que es ella más allá de su nombre, arde en un infierno del que le gustaría salir, pero hay mucho humo. Demasiado. Le impide ver con claridad, respirar, sentir algo más que ese profundo vacío. Tampoco le deja ver una salida. Se mueve a ciegas, dando tumbos, sobreviviendo a base de pequeñas bocanadas de un aire viciado que la asfixia.

Hace un esfuerzo por sentarse en la cama y lo consigue. Tranquiliza su respiración a base de lágrimas silenciosas que oculta simulando desperezarse en cuanto Penélope entra sin llamar en la habitación.

—¡Despierta, gandula! —le dice, jovial—. Espero que hayas dormido bien.

—Sí, claro, muy bien —responde ella, devolviéndole una sonrisa a la que no acompaña alegría alguna en sus ojos.

—Prepárate, Candela dice que para hoy ha tenido una idea.

Las ideas de Candela... No le apetecen, pero se obliga a secundarlas. Se acuerda del tiempo, esa amenaza que pesa sobre el cuerpo enfermo de su amiga, y siente que regodearse en su pena sería egoísta. Sus problemas son nimios frente a los de Candela, aunque le duelan tanto que hacen que el pensamiento le parezca una ironía.

—Me doy una ducha y vamos donde ella quiera —contesta.

—¡Nos vamos al mar!

Alma se despeja en la ducha, pensando en que no hace el mejor día para una excursión a la playa. Es primavera y la temperatura no es mala, pero el agua del mar debe de estar muy fría

después del invierno.

Espera que solo se trate de un paseo por la orilla.

Antes de veinte minutos, desayunan en el comedor del hotel. Al terminar, les han conseguido un coche de alquiler desde la recepción. Penélope decide ser ella la que conduzca hasta la pequeña playa cerca de Tarquinia que ha seleccionado Candela para su excursión. Está a hora y media de Roma, pero les lleva casi tres encontrarla. Han tenido un pequeño problema al tomar un desvío.

—¡Penélope! —grita Alma, cuando todavía están en la autovía—. ¡Te acabas de pasar el cruce!

—¡Claro, si el chisme este avisase con tiempo! —Se defiende mientras señala el navegador del móvil, que no está resultando demasiado útil.

—Te ha avisado dos veces —le advierte con calma Candela, que está sentada a su lado.

—Pues no he entendido lo que me decía, entre la música —apaga la radio de un manotazo—, y vosotras dos que no paráis de cotorrear...

—Espera —le dice Alma desde el asiento de atrás, mapa en mano. Lo han traído por si acaso, pero al final va a resultar que es más útil que lo último en tecnología—. Veo una carretera a pocos kilómetros del desvío que te has pasado. No tiene pinta de ser una vía principal, pero en unos diez kilómetros, si esto no está equivocado, comunica con la que deberías haber tomado hasta la playa.

—Vale, perfecto. Avísame en cuanto nos acerquemos.

—Te avisará el navegador —la tranquiliza Candela—. Ha recalculado la ruta y dice que en tres kilómetros tienes que desviarte a la derecha.

—En autovía, Candela, siempre hay que desviarse a la derecha —gruñe la conductora, que ahora mismo se arrepiente de haberse prestado voluntaria para llevar el coche.

—Vale, vale, ya lo sé, pero tienes que seguir hacia la derecha; después, tendrás que cruzar la carretera por un puente. ¡No te pongas nerviosa! Está señalizado.

—Odio saltarme los desvíos.

Penélope empieza a abanicarse furiosa con la mano sin conseguir una brizna de aire que calme el sofoco que tiene en el cuerpo. Cambia de idea y baja la ventanilla, haciendo que el mapa que Alma sigue mirando se le quede pegado en la cara.

—¡Eh! ¡Qué haces!

—Lo siento, lo siento —se excusa, tratando de accionar de nuevo el botón que sube el cristal, pero se equivoca y baja la ventanilla de Candela. Después baja sin querer las traseras. Dos intentos más tarde, logra cerrarlas todas.

—¿No sería más sencillo poner el aire acondicionado? —sugiere Alma desde el asiento de detrás.

—Vale, vale, está bien.

Penélope mira en la consola de mandos del coche de alquiler que, por supuesto, no se parece en absoluto al suyo. Tiene tantos botones que es complicado decidirse a pulsar uno u otro; sigue perdida en el mar de lucecitas cuando la voz de Candela la sobresalta.

—¡Penélope! ¡La carretera!

Centrada en descubrir dónde demonios han puesto el climatizador en ese modelo, ha dejado de mirar la vía un instante. Su mano ha movido sutilmente el volante, provocando que se desvíe hacia la cuneta. Asustada por el grito de Candela, recoloca el coche con un tirón brusco del volante y Alma, bamboleada porque solo lleva puesto el cinturón del asiento central trasero, arruga el mapa que a duras penas mantenía abierto en sus manos.

—¡Lo siento, chicas!

—Candela, será mejor que tú busques dónde está el botón del aire acondicionado y ella se centre en no pasarse el desvío. A este paso no llegaremos vivas —dice Alma, mientras recupera los objetos que se han salido de su bolso y se han desparamado por el suelo del coche.

—Sí, creo que será lo mejor.

Candela localiza el botón «A/C» y pulsa. Al momento una brisa fresca empieza a invadir el vehículo, para alivio de Penélope, que a estas alturas se ha retirado el sudor de la frente con el reverso de la mano izquierda varias veces. No sabe si está más nerviosa por el susto que se acaban de llevar o por haberse saltado el desvío.

La voz del navegador informa que a trescientos metros deben girar a la derecha, pero por si acaso no ha entendido las instrucciones, Candela y Alma se empeñan en hacerle eco al cacharrito. Un eco extraño que amplía las palabras a su antojo.

—Tienes que girar dentro de nada —dice Alma.

—Trescientos metros más adelante, ha dicho —apunta Candela.

—En la pantalla del navegador pone doscientos cincuenta —señala Alma.

—Doscientos cuarenta, ahora—le dice Candela.

—Doscientos treinta —remarca Alma.

—Doscientos veinte —sigue Candela.

—¡Os queréis callar! —grita Penélope, nerviosa—. Estoy viendo el cartel del desvío, no soy tan idiota.

Ambas amigas se ríen y dejan que sea ella misma la que se oriente. Al final lo consigue y gira por donde le indica el GPS del móvil. Pocos metros después de tomar la nueva carretera, esta muta. De una vía muy bien pavimentada pasa a ser un camino asfaltado por lo menos treinta años atrás, en el que se hace necesaria una reducción brusca de la velocidad que pilla por sorpresa a Penélope. Los baches de la carretera son dignos de un estudio minucioso porque, más que simples agujeros, parecen piscinas olímpicas. A pesar de que circulan a poco más de cuarenta, a

Penélope le está resultando difícil esquivarlos todos. De vez en cuando, los reflejos le fallan y notan el golpe brusco de las ruedas contra el fondo del hoyo.

—Pero ¿por dónde nos llevas? —pregunta Alma.

—¿Y yo qué sé?

—Ese bache ha dolido —dice Candela, después de que se traguen uno enorme.

—Esto no parece una carretera principal —Penélope sigue concentrada en no destrozar las ruedas del coche de alquiler.

—Pues no, más bien parece un camino de cabras —señala Alma.

Un brusco frenazo de Penélope clava los cinturones de seguridad en sus cuerpos. La escasa velocidad evita que duela, pero del susto no se libran.

—¡No es un camino de cabras, es un camino de ovejas! —dice la conductora.

Después de una curva que traza la carretera se han visto rodeadas por un rebaño de ovejas. Las tres se quedan mirando a los animales que cruzan la vía con parsimonia. Algunas se paran delante del coche mientras las tres mujeres intentan, sin éxito, localizar al pastor. Después de unos minutos, que se les hacen eternos, aparece un perro ladrando alegremente y dispersa al rebaño. El pastor emerge a lo lejos, apoyándose a intervalos en un bastón. Cuando las ve, levanta la vara y les hace un gesto con ella.

—¡Pero será idiota! ¡Encima nos saluda!

—Relájate, mujer —le dice Candela a Penélope—. Solo son ovejas.

—No son solo ovejas, son también baches y un desvío mal señalizado.

—Te lo has saltado tú solita, había carteles y te lo ha dicho esa voz tan sexi que sale del navegador —se burla Alma.

—Arrrgggg, ¡A la vuelta conduces tú!

—¡Vale! ¡Sin problema!

—¿Sabes qué te digo? Que sigas tú...

Penélope hace amago de bajarse del coche, pero Candela la retiene del brazo. No hace falta que le diga nada, pues al momento las tres se están riendo a carcajadas. Los diez kilómetros que les quedan hasta enlazar con la carretera que se han saltado les cuestan media hora en la que Penélope piensa que más que conducir un coche está al mando de un juego de la consola.

Al final, lo consiguen; a media mañana están a orillas del Mediterráneo.

—¿Hemos venido a mirar el agua? —pregunta Alma.

Las tres están sentadas sobre la arena. Candela lleva una abultada bolsa, pero no les ha contado qué contiene. Estropearía su plan.

—No, claro que no venimos a ver el agua. Vamos a hacer algo que hemos estado postergando años.

Penélope y Alma miran a Candela confusas, más cuando esta se pone de pie, empieza a

despojarse de su ropa y constatan que debajo no lleva bañador.

—¡Vamos! ¿A qué esperáis? —les dice con un tono apremiante.

—¿Qué haces? —pregunta Penélope.

—¡No me digáis que lo habéis olvidado!

—¿Olvidar? ¿Qué?

A Alma esa palabra, ahora, le parece un imposible. Al menos no cabe en el contexto de su mente, que se empeña en recordar todo el tiempo.

Ojalá pudiera olvidar.

—Nos íbamos a bañar desnudas en el mar. Alguna vez... Hoy es ese día.

—Ni loca —protesta Alma, que tiene bastante frío y cruza los brazos, protegiéndose.

—¡Alma! ¡Vamos! ¿Te vas a perder un sueño porque tengas frío?

—Bueno, tengo frío y no tengo bañador...

—¡Y qué importa! ¡En eso consistía!

Candela se desprende de toda la ropa y Penélope, aunque al principio está desconcertada, la secunda. Alma, rendida, cede y se despoja de las prendas que la cubren. El frío endurece sus pezones y se siente un poco ridícula. Hoy no tiene veinte años ni un tipo del que se pueda presumir. Como cicatrices de otro tiempo, las huellas de la maternidad invaden su abdomen, que no es terso, y decide que, a pesar de lo que ha adelgazado en los últimos meses, aún le sobran algunos kilos. El pecho ha perdido su esplendor y tampoco le agrada demasiado. Penélope ha sido madre como ella, dos veces, pero parece que su cuerpo no ha acusado el hecho en absoluto. Está a punto de cubrir su desnudez con las manos, avergonzada, cuando se fija de pronto en Candela.

Las cicatrices en su abdomen son incontables.

La recorren entera para recordarle a diario que vive sumida en una batalla contra el tiempo.

Alma se siente idiota. Al lado de Candela, su cuerpo sigue teniendo una vitalidad que contrasta con ese espíritu malherido que ahora habita dentro de ella misma. Candela no puede evitar descubrir tristeza en la mirada de Alma y se apresura a espantarla.

No es momento de sufrir, sino de vivir sueños.

—Cada una de ellas —dice señalando una cicatriz al azar—, me recuerda que lo conseguí. No son heridas tristes, son como montones de cordones umbilicales que me unen a la vida.

—Perdona, no quería...

—Perdonada —dice con un tono que no encierra tristeza—. Nunca hay que tenerle miedo al dolor, Alma, el dolor es necesario. Curte y cura. Deja cicatrices, pero te hace crecer. Amar, también. Te llena de señales, pero te vas haciendo cada vez más fuerte. No te olvides de eso jamás. ¡Vamos! ¡Al agua!

Se acercan corriendo y, cuando el mar acaricia sus pies, retroceden. El agua, como presentía

Alma, está congelada, pero Candela se ha levantado decidida, las arrastra de las manos, y obliga a sus amigas a invadir el territorio de Neptuno. Sin darse tiempo a procesar la sensación, se zambullen. El frío y la humedad activan sus sentidos y Alma siente que «siente». Por primera vez en muchos días, su cuerpo reacciona ante un estímulo y su mente empieza a encontrar un sendero tranquilo por el que transitar. La distracción funciona como la mejor medicina. Después de todo, perderse para llegar a esta playa ha sido una buena idea.

No pueden evitar pequeños gritos que combinan la sensación de frío con el placer que les causa haber tachado de su lista de pendientes el plan de darse un baño desnudas en el mar. Las ha transportado veinte años, a ese momento en el que planificaron al milímetro un viaje que entonces se escapaba de sus presupuestos adolescentes.

—Si no recuerdo mal —dice Penélope, tiritando—, se suponía que vendríamos de noche. O al menos eso era lo que planeábamos. Bañarnos desnudas, de noche, en el Mediterráneo. Lo recuerdo.

—Sí, pero nos hemos perdido de día, así que de noche hubiera sido una auténtica locura —se ríe Candela—. Y si ahora te parece que el agua está fría, no me imagino cuando anochezca... ¡Qué más da! A menudo, la realidad no es tan perfecta como los sueños. ¡Es mejor! —grita, salpicándolas con las manos, provocando que chillen.

—Es una locura, sea de día o de noche —dice Alma, que acaba de avistar a dos personas paseando por la orilla, que las miran.

—Deben pensar que estamos como cabras, con el frío que hace. —añade Penélope, que también se ha percatado de la presencia de los extraños.

—¡Es que estamos locas! —grita Candela, sin poder contenerse.

Les contagia su risa y, al momento, ven que los extraños se han quedado parados al lado de sus cosas. No llevan nada de valor, pero las llaves del vehículo que custodia sus bolsos y su documentación están en la bolsa de Candela, que guarda unas toallas robadas del hotel.

A la vez, les asalta un mismo miedo.

Se miran pensando que si esos extraños se llevan el coche estarán perdidas, y mucho más si deciden empezar a correr con su ropa. Salen del agua a la vez, olvidándose de sus cuerpos desnudos.

La pareja la forman dos hombres de mediana edad, de uniforme, que ponen cara de extrañeza cuando ven salir del mar a las mujeres. Uno de ellos reacciona y empieza a gritar en italiano. Aunque el idioma lo entienden, más o menos, la velocidad a la que vocifera hace que no sean capaces de comprender una sola palabra. Cuando llegan en silencio hasta ellos, el hombre que gritaba más enmudece.

—¿Algún problema? —pregunta Candela, mientras empieza a secarse con una de las toallas que ha extraído con parsimonia de la bolsa. Tiene ganas de provocar al pobre hombre, por eso,

en lugar de cubrirse el cuerpo desnudo, se centra en secarse el pelo.

El hombre, más despacio, les suelta algunas frases en italiano. Entienden, por encima, que no están permitidos los baños sin socorrista y, además, esa no es una playa nudista. Ellos, encargados de la vigilancia en temporada baja, tienen que multarlas.

—¿Cuánto? —pregunta Candela sin perder la sonrisa, mientras se pone la camiseta para decepción del que no ha hablado, al que le han parecido invisibles sus cicatrices, entretenido como estaba con el resto de sus encantos.

La cifra no es escandalosa, pero no la llevan encima. Cuando las tres amigas están vestidas, Candela se enzarza en una charla con el primero, una charla en dos idiomas que se parecen mucho. Alma y Penélope no saben cómo lo hace, pero al final logra que les perdonen la multa con la promesa de que no lo volverán a repetir.

La piensan cumplir a rajatabla.

Han venido a disfrutar, no a llevarse sanciones de vuelta.

—Eres única —le dice Penélope.

—Siempre lo he sido —contesta Candela guiñando un ojo—. ¡Tengo hambre! Vamos a buscar un sitio donde comer algo.

Los primos han consumido la mañana entre una visita al Coliseo y un paseo por el Foro. Patxi está decidido a ejercer de turista; no quiere saltarse ni un rincón de Roma. Va con su cámara réflex colgada del cuello y una guía bajo el brazo, parándose a cada rato a hacer fotos. Le va contando a su primo curiosidades que ha leído sobre la ciudad, pero la atención de Raúl no la consigue. Aunque le acompañe, su primo parece estar muy lejos. Cuando se da por vencido, su conversación aparta el foco de las ruinas del pasado. Solo entonces, cuando acierta con lo que le pasa, consigue que le escuche.

—Oye, ayer nos encontramos con Alma dos veces, pero iba a ser mucha casualidad que hoy la volviéramos a ver. Disfruta del viaje —le dice.

—Se me olvidó preguntarle en qué hotel está —responde Raúl—. Otra vez me he olvidado de pedirle su teléfono y quiero hablar con ella. Necesito que me diga qué le pasa.

—Yo sé en qué hotel se alojan. ¿Qué pasa? —dice, al detectar la mirada de extrañeza de Raúl—. Yo también quiero ver otra vez a Penélope y se lo pregunté.

—Está casada, te lo recuerdo —le advierte.

—Mi mujer también estaba casada y hubo a quien no le importó ese detalle. No te preocupes. Me gusta hablar con ella, es inteligente y divertida, y me temo que necesita a alguien que la escuche. No voy a hacer nada salvo quizá subirle la autoestima.

—Cuidado con eso, Patxi. Tratar de ser un buen samaritano se te puede ir de las manos.

—Ese es tu problema. Nunca te atreves a hacer algo sin pensar en las consecuencias, sin analizarlo todo.

Raúl finge mirar con interés los restos de la civilización que un día fue el mayor Imperio de la Tierra. A lo mejor Patxi lleva razón, nunca ha hecho locuras, nunca se ha lanzado a una aventura si no tenía garantías de salir triunfante. Seguro que él, en el caso hipotético de haber tenido un cargo importante en la Antigua Roma, no la habría conducido hasta lo que llegó a ser. Nunca hubiera emprendido una campaña en la que intuyera el más leve resquicio de derrota.

Mira hacia su primo.

—¿Me das el teléfono de Penélope? —le pregunta.

—No te he dicho que tenga su teléfono.

—Mira que nos conocemos... —le dice Raúl.

—Vale, se lo pedí, pero no te lo voy a dar.

—¿Por qué?

—Pues porque no, porque no quiero que se enfade conmigo si la llamas buscando a Alma.

—Está bien. ¿En qué hotel están?

Patxi le da el nombre con la condición de que no la busque al menos hasta la tarde. Le quedan algunos lugares por tachar en su lista de visitas para ese día. Hace tiempo que no comparte su ocio con nadie y, ahora que ha encontrado a un compañero, se resiste a prescindir de él.

Como es ya mediodía, echa un vistazo alrededor y localiza un pequeño restaurante con terraza en una callecita cerca del foro. Pregunta al camarero si pueden comer fuera y este le responde afirmativamente.

—Supongo que te apetecerá comer aquí —le dice a Raúl.

Este asiente con la cabeza.

—Sí, perdona, estoy un poco disperso.

—¿Un poco?

Cuando les traen la carta, Raúl pide un *risotto bianco* y Patxi se inclina por una ensalada *caprese*, todo regado con unas cervezas. Aunque los platos están deliciosos, la conversación no fluye; cada uno está concentrado en sus pensamientos, que solo interrumpen con las peticiones al camarero.

Patxi piensa en Penélope.

Le ha gustado charlar con ella, hacerla reír, porque en cierto modo ha traído a su memoria los momentos de otro tiempo. El tiempo de Elisa. Sabe que eso mismo fue lo que les unió, las risas, las conversaciones sobre nada que escondían otras no dibujadas con palabras y que les condujeron a cruzar sus caminos.

Elisa.

Han pasado meses desde que hicieron el amor la última vez, aquella en la que todavía no se había enterado del fracaso de su matrimonio. Ha tenido tiempo suficiente de pensar en qué hizo mal, qué pudo haber sido lo que condujo a su mujer a los brazos de otro, y por más que se esfuerza no lo encuentra. ¿Exceso de trabajo? ¿Rutina? No lo sabe. Sí está seguro de una cosa, la magia, esa que te hace creer que eres capaz de todo, se había esfumado hacía mucho tiempo, pero pensaba que quedaba algo más que permitía suplirla.

Iluso.

Sin magia, Elisa no sabe vivir. Necesita emociones fuertes, cambios constantes que permitan que se sienta viva. De pronto, entre el tomate y la lechuga que se introduce en la boca, se cuela también un pensamiento: el mobiliario de su casa. Parece ridículo, pero no lo es, hay algo que se le había pasado por alto hasta ese momento. Elisa cambiaba con frecuencia el escenario de su vida, incapaz de encariñarse con nada demasiado tiempo. Lo hacía con todo: el color de las paredes, las lámparas, las cortinas. Se siente de pronto como un aparador. Elisa ha hecho con él lo mismo que hubiera hecho con un cuadro, cambiarlo.

Respira hondo, bebe un trago de cerveza de su copa y piensa que no le gustaba en absoluto esa manía de su mujer y jamás se lo dijo.

Ese silencio, quizá, le ha costado su estabilidad.

Raúl no está de buen humor. Las palabras de Alma siguen danzando en su cerebro. El reproche de que se marchase sin más, de que no la buscara. Su última frase, la despedida del día anterior con un *vete a la mierda*, no le apetece que sea el epílogo de su amistad. Sabe que estaba enfadada, pero necesita saber por qué. Su mente le traslada a un aeropuerto, a otro tiempo.

* * *

Primavera.

Raúl espera con su padre en la cola de facturación de equipajes del vuelo de Sidney. No ha llenado mucho su maleta, lo justo para no necesitar nada los primeros días.

—¿Tienes el billete? —pregunta Luis, que parece más nervioso que él mismo.

—¡Claro que lo tengo, papá! Tranquilo.

—¿Te lo has pensado bien? —pregunta de nuevo—. Todavía estás a tiempo de no subirte en ese avión, hijo.

—Papá, es una buena oportunidad —dice, mientras empuja la maleta unos centímetros. Alguien ha acabado de facturar y él da un paso adelante.

—Pero está muy lejos y yo me voy a quedar solo. Tu hermana ya ni pisa por la casa.

—Sabrás arreglártelas sin mí, no te preocupes.

—Raúl, antes de esta semana no me habías contado nada de esto, de un posible traslado, entiende que esté preocupado. De pronto te vas al otro lado del mundo...

—Papá, no te lo había contado porque no sabía si me elegirían a mí. He tenido mucha suerte.

—Miente, la suerte no ha jugado esta partida—. Verás como todo irá bien. Te llamaré en cuanto llegue al hotel, te tendré informado cuando consiga una casa donde vivir y podrás venir a verme cuando quieras.

—¿Allí? ¿Con mi sueldo?

—Yo te mandaré los billetes. Si he elegido marcharme, ha sido por el sueldo, no tendré problemas económicos. —Vuelve a mentir. El sueldo es muy bueno, pero la verdadera razón es otra.

—Te toca.

Mientras le da los papeles a la chica del mostrador, se concentra en la realidad, intentando bloquear que Alma se haga sitio en él, aunque no lo consigue. Pensó en decirle que le acompañara al aeropuerto, pero no lo hizo. No quiso que su presencia le pusiera más nervioso ni le regalase la certeza de que, con ese paso, la perdía del todo. Ahora sabe que da lo mismo. La certeza la tiene, la ha perdido porque ha sido incapaz de abrir la boca y exponerle lo que siente por ella.

Perder sin jugar es incluso peor que apostar todo a rojo y que salga negro.

Se jura que no le hablará nunca de lo que siente, que permitirá que ella viva esa vida que ha elegido con la persona que quiere. Amar como lo hace él es lo que tiene, pone por delante a Alma sin importarle si ese sentimiento le arrasa y le arrastra hasta destrozarle. Quiere irse, olvidarse de todo. Poner distancia para que los kilómetros curen ese amor idiota que siente. Marcharse lejos para no volver a ver cómo sus labios se posan sobre los de Sergio.

A lo mejor, en Australia, le está esperando otra vida.

* * *

No era cierto.

Hubo algunas mujeres que pasaron por su cama, una que incluso ocupó su casa, pero ninguna se quedó en su corazón. Sus cálculos fallaron y se encuentra ahí, años después, justo como antes de facturar el equipaje.

Las tres amigas eligen Tarquinia, la pequeña villa amurallada del Lacio con vistas al valle del río Marta, para calmar la urgencia de sus estómagos. Después del baño y las risas, se les ha abierto un apetito voraz. Han llegado al restaurante que está en lo alto de la colina dando un paseo por las calles de la ciudad medieval. La antigua Corneto, cuna de la cultura etrusca, conserva plazas y calles empedradas, fuentes, iglesias y palacios que hablan de su pasado, pero para ellas la clase de Historia hoy sobra. No se han parado un segundo a pensar si están pisando un adoquín centenario o si la Iglesia de Santa María di Castello fue construida hace casi mil años, porque eso importa menos que disfrutar de cada instante y hacerlo juntas.

Donde sea.

El clima continúa tranquilo; las nubes de la mañana han dado paso a un día radiante que contagia el ánimo de las tres. Se ríen del baño desnudas a plena luz del día; se ríen de lo fácil que es convencer a algunos hombres desplegando sus encantos. Cuando se sientan en el restaurante, en una mesa junto a la ventana, comen despacio, deleitándose con cada uno de los platos que una camarera de mediana edad pone frente a ellas. Al llegar al postre, el menú casero le parece a Candela de cinco tenedores.

—¿Cinco? ¿Esas no son las estrellas de los hoteles? —pregunta Penélope.

—¡Qué más da! —responde Candela—. La comida está deliciosa y aún es mejor la compañía, ¿no?

—Gracias —dice Alma de pronto.

La mirada interrogante de Penélope la interrumpe Candela, que sigue empeñada en vivir las vacaciones soñadas.

—Oye, guapa, no te pongas a pensar que esto lo hacemos solo por ti. Todas nos merecíamos estos días y comer como lo estamos haciendo hoy. No sé vosotras, supongo que a lo largo de estos años habéis podido saborear mil manjares, pero yo, os lo recuerdo, me he pasado la vida comiendo en hospitales...

—Perdona, a veces, mirándote, se me olvida que no estás bien.

—No te confundas, Alma. Yo estoy muy bien. Ahora mismo estoy viviendo un sueño, uno que aplacé por las circunstancias. No sé qué me espera cuando regresemos a casa ni quiero pensar en ello, y creo que es lo que tendrías que hacer tú.

—El problema, Candela, es que no puedo.

—Tienes que poder. Tienes que obligarte. Cuando regreses, te apuntas a yoga o pilates o a hacer marionetas con calcetines. A lo que sea, pero tienes que empezar a relajarte y a pasar página.

—Es que no quiero pasar página, quiero volver atrás, quiero seguir con la que era mi vida...

—¿Qué vida? —Interrumpe Penélope—. No te referirás a esa en la que tú ignorabas todo.

Penélope cierra los ojos. No tenía que haber dicho eso, pero, como siempre, se ha dado cuenta tarde. Ahora va a ser imposible que el día siga el rumbo de los planes trazados por Candela. El aire se ha vuelto espeso y Alma ha sacado el escudo que parecía escondido en las últimas horas.

—La que tenía, Penélope, la que me daba estabilidad y me permitía afrontar la rutina.

—Esa en la que te habías puesto la última de la fila, ¿no? Pues no, Alma —se enfada Candela—, tienes que empezar a pensar de otra manera, tienes que dejar de hacerte daño.

—Tienes, tienes, tienes... ¿no sabéis otra palabra?

—Tú te empeñas en «no puedo» —le recuerda Candela.

—¡Es que no puedo! No puedo dejar de pensar en Sergio, en que nos iba bien juntos...

—¿Bien? —Candela sube el tono de voz—. ¡Alma! ¡Abre los ojos, por favor! ¿De verdad no te has enterado de nada? ¡Reacciona! ¡Nunca os ha ido bien!

Alma enmudece ante la pérdida de control de Candela. No es propio de ella que se enfade; no, al menos, por algo que no sea importante. Deja que siga hablando, quizá haya más cosas que ella ignora y deba escucharlas, aunque sabe que en el fondo no quiere. Preferiría taparse los oídos y huir de la mesa del restaurante.

—Nunca —repite Candela casi con un susurro, como desnudando con cuidado un secreto que lleva años enterrado entre las mantas de un armario.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees, de verdad, que esa mujer ha sido la primera?

El corazón de Alma se desboca. Claro que tiene sospechas; desde que descubrió el engaño de Sergio ha tenido tiempo de analizar otros momentos en los que él se mostró distante. No maneja certezas, pero la intuición le dice que esa mujer que ahora le acompaña no ha sido la única, que la lista empezó en otro momento que no es capaz de precisar. El día que hablaron, casi la convenció con sus razones, pero solo casi. Sin embargo, el que ella lo intuya, el que lo haya pensado, no significa que se haya atrevido a compartirlo con sus amigas. No se lo ha dicho a nadie. No lo ha puesto en palabras porque hablar las cosas las convierte en definitivas y ella aún se aferra a los restos de su naufragio. Sin embargo, las preguntas se amontonan en su mente, pidiendo turno para ser formuladas. ¿Qué más sabe ella que no le ha contado en este tiempo?

—Alma, ha habido otras cosas que ignoras...

No ha hecho falta preguntar, Candela ha contestado antes de que tenga tiempo de decidir del todo si está preparada o no para saber. Se levanta de la mesa, sin controlar el impulso, ciega de dolor, no sabe si por el engaño de su exmarido o por la traición que ahora siente por parte de su amiga, que nunca le ha contado todo lo que sabía. Se sienta de nuevo, incapaz de saber a dónde quería ir con esa repentina idea de salir huyendo.

Respira. Sergio ya no está. Quizá lo que ella necesita es empezar a verlo como es y no como ella querría que fuera. No es el mejor momento, pero algún día tiene que encontrarse con la verdad y, si no deja que sea ahora, sabe que las dudas serán una tortura cuando por la noche se quede sola.

—Lo siento —se disculpa Candela—. Antes de casarte...

Alma la mira, incrédula. Hasta ese momento pensaba que se refería a aventuras de su marido durante el matrimonio, pero le está diciendo que ha sido una ingenua incluso antes de lo que pensaba.

El «nunca» se agranda tanto que empieza a desmoronar las briznas de fortaleza que este viaje había empezado a construir en el ánimo de Alma y las ganas de marcharse vuelven a ponerla de pie.

—Siéntate —le pide Candela, poniéndole la mano en el brazo—. Si quieres, te lo cuento.

Alma asiente y Candela, despacio, intentando suavizar las palabras, le desgrana una historia, sin entretenerse mucho en los detalles morbosos. Una tienda de ropa. Un probador y ella, testigo sin querer de uno de los primeros escarceos de Sergio.

—¿Cuándo fue eso? —pregunta.

—Acababais de empezar. No te lo conté porque... porque pensé que... yo qué sé, porque Sergio era así y tampoco creía que te acabarías casando con él. Fue solo unos días antes de ponerme enferma. Alma, lo dejé pasar, como dejé pasar muchas cosas en ese momento de mi vida.

Unas lágrimas corren, resbalan, surcan las mejillas de Alma, que ha dejado de controlar las emociones.

—Está bien, sigue.

Alma, decidida, la alienta a que continúe contándole, dispuesta a saber.

Penélope está tensa. Ha permanecido callada, escuchando a sus amigas, pero sabe que, aunque se haya pasado media vida intentando olvidarlo, algún día tendría que enfrentarse a este momento. Las cosas no se borran solo porque te empeñes en arrinconarlas en la memoria.

Se abre un incómodo silencio entre las tres que en el restaurante apenas se nota, porque los vecinos de mesa están celebrando algo y ríen entusiasmados, ajenos al tsunami que está ahogando a Alma a tan solo unos metros. Penélope toma aliento. Las palabras salen de su boca casi como un susurro, arrastrando una súplica de perdón implícita en cada sílaba.

—Ese verano...

Alma la mira, suponiendo que también le va a contar que ella lo vio, que no ha sido solo Candela la que ha estado guardando un secreto.

—Teníamos dieciocho años...

—¿Qué...? —Alma abre los ojos, ese plural en la frase de Penélope ha desatado una alarma.

—Yo... también me enrollé con él.

—¿Tú?!

Candela, espectadora de una historia que tampoco conocía, va de unos ojos a otros. La culpa mira de frente al dolor y la sensación física que invade a Alma es tan brutal que, hasta Candela, que solo está mirando, la nota. Alma tiembla como un pajarillo herido que acaba de estamparse contra el suelo desde su nido. En su interior, algo nuevo se rompe y se le olvidan la mañana en la playa y las risas en el coche. Quiere irse, buscar algo que alivie la angustia que siente, pero hace tiempo que no sabe dónde podría encontrarse bien. Se rinde a la flojera de piernas y ni siquiera hace el gesto de levantarse.

—¿Cuándo ibas a contármelo? —pregunta.

Las palabras que Penélope ha ensayado mil veces no encuentran el camino ahora para abrirse paso.

—Yo... tenía mucho miedo —confiesa Penélope.

—¿A qué? —le grita Alma entre lágrimas.

—A que te enfadases conmigo, a que defendieras a Sergio a capa y espada. ¿Tú eres consciente de lo que le disculpabas siempre? Todo, hasta lo más imposible, para ti tenía una explicación. Sigues disculpándolo, maldita sea. Aun ahora.

—Alguna responsabilidad tendrás tú en esta historia que me cuentas, ¿no crees? —pregunta —. Supongo que tengo derecho a enfadarme contigo.

—Claro que lo creo, siempre he creído que estarías en todo tu derecho incluso de dejar de hablarme. Joder, Alma, era una cría y solo fue un rollo. Yo no le importé, solo buscaba divertirse y después de esa estúpida noche no nos volvimos a mirar a la cara. Alma...

—No quiero saber nada más —susurra ella, cerrando los ojos. No cree poder soportar más peso en su pecho.

—Alma, por favor, escucha. No quiero que me disculpes ni que me entiendas, quiero que sepas lo que pasó. Candela..., tú..., las dos sois tan guapas que todos los chicos se fijaban primero en vosotras. Aquella noche no estabas y Sergio me mintió. Me dijo que lo habíais dejado. Supongo que debí darme cuenta enseguida de que no era cierto, porque tú no me habías dicho nada, pero no estabas y... —le está costando mucho controlar la angustia—. Te aseguro que, si uno paga un precio por cada error, este me ha costado muy caro. Llevo media vida buscando el valor para contártelo. Para mí no significó nada. ¿Oyes? Nada. Creo que si tú no estuvieras en medio me habría olvidado por completo del tema.

—¿Tú lo sabías? —pregunta Alma a Candela.

Ella niega con la cabeza.

—No, pero creo que la entiendo.

—¿Qué la entiendes?!

Ahora la que no entiende es Alma.

—Yo tampoco pude contarte lo que vi y mi verdad era mucho más pequeña. No me arriesgaba tanto a perderte —dice Candela.

—Lo que hizo conmigo no fue excepcional, Alma. Y tú lo sabes —continúa Penélope.

Alma no conoce nombres y apellidos, no sabe de lugares ni principios, pero claro que lo sabe. Ha estado tapándose los ojos y los oídos, pero eso no es efectivo para callar verdades que se sienten, por más que muchas veces haya intentado decirse que las dudas solo eran producto de su inseguridad.

—¿Lo sabéis? ¿Sabéis quiénes fueron ellas?

—¡Qué más da ya! —dice Candela—. Sergio es pasado, debes dejar que se vaya.

—Ya se ha ido, no sé si os dais cuenta.

—Alma, que se vaya de tu corazón. Ahí lo tienes agarrado como una garrapata y es precisamente el último lugar del mundo que se merece.

Alma esconde el rostro entre las manos. Cuando se tranquiliza un poco, observa a sus amigas. Lee preocupación en Candela y Penélope lleva sellada la culpabilidad en su gesto.

—Solo tenía dieciocho años —le repite—. Lo siento, debí contártelo, pero no podía. Te juro que lo intenté mil veces, pero tenía la sensación de que, por culpa de esto, que para mí no significó nada y para él mucho menos, te iba a perder. Y tú sí eras importante.

—Pero se supone que eras mi amiga...

El verbo en pasado es como un dardo envenenado para Penélope, que traga saliva y se pregunta si no hubiera sido mejor seguir guardando el secreto.

—Te queremos, Alma, pero no somos perfectas. No lo hicimos en su momento, porque éramos niñas, porque nos pasaron cosas, porque pensamos que lo podríamos olvidar, que... ¡yo qué sé! Pasó y seguimos.

—¿Hablando a mis espaldas? ¿Pensando que era tonta porque no me enteraba de nada? ¿Enrollándoos con mi novio? —Al decir esto mira a Penélope que aparta la vista de Alma y la fija en el ventanal.

—No, sufriendo porque perdimos la oportunidad de abrirte los ojos. Yo lo intenté, pero me faltó valor y creo que a Penélope le pasó igual. Sabíamos que te causaríamos mucho daño. En realidad, hiciéramos lo que hiciéramos sufrirías. Acúsanos de cobardes porque es lo que hemos sido.

—Vosotras no sois mis amigas, Candela —interrumpe Alma.

Se levanta y sale del restaurante.

La brisa del mar tropieza con su cara y las lágrimas escuecen en su rostro, que aún conserva la sal del baño matutino. Le tiemblan las manos y siente que otra vez se ha perdido. Ya no le queda nada. Sus amigas, que pensaba que podían ayudarla a salir de ese pozo donde está, han sido

cómplices del absurdo de su vida.

Mientras Candela se ocupa de la cuenta, Penélope la sigue. Cuando llega su altura, le pone la mano en el hombro, esperando un gesto desairado, fruto del enfado que siente.

Con miedo.

Alma se vuelve y, muy seca, le pide algo:

—Quiero que me lo contéis todo. Ya. Ahora. Cualquier cosa que sepáis, por mucho que duela. No creo que me pueda sentir peor de lo que me siento.

Deciden hacerlo en otro escenario, uno que les transmita la paz que Alma necesita. Un rato después, sentadas de nuevo frente a ese mar en el que desnudaron sus cuerpos, empiezan a desnudar el pasado. Una a una, despacio, le cuentan historias de su vida que ella no conoce. Despacio, también, Alma va recomponiendo silencios, reestructurando sus propios recuerdos. Qué extraño todo, qué poco se parece a lo que creía que ha sido su vida. Entiende las ausencias, los viajes, el poco interés de él en algo más que no fuera la intendencia diaria.

Se pregunta qué habría de verdad en esa conversación que mantuvieron cuando decidió que se fuera de casa.

Se pregunta qué ha sido ella para Sergio.

¿Una mujer intachable que cumplía muy bien el papel de esposa? ¿Una hembra para cuando hacía falta descendencia? ¿Buenos genes porque siempre ha sido guapa? ¿Una mujer pendiente de sus caprichos? ¿Una esclava sometida a sus deseos? Ahora, rotas las cadenas, desenredada la trama de mentiras, no se siente mejor. Es libre, pero no quiere esa libertad porque no sabe qué hacer con ella. Tampoco sabrá cómo actuar cuando regrese a su rutina así que expresa en voz alta el pensamiento que ronda su cabeza:

—No quiero volver a casa.

—¿Cómo que no! —dice Candela.

—¿Cómo voy a hacerlo? Todo el mundo tiene que saber que siempre he sido... idiota. No quiero que nadie más me vea. Nunca más.

—¿Y los niños?

Sus hijos. Pensar en ellos vuelve a desatar sus lágrimas, que se libran también de las cadenas.

—Seguro que si desaparezco se olvidarán de mí.

—¿¡Eres tonta!?! Ellos jamás se olvidarán de la madre tan estupenda que tienen —le dice Candela.

—¿¡Miradme! Soy incapaz de cuidar de mí misma, de ver lo que pasa a mi alrededor, ¿cómo cuidas así de unos niños?

—Abriendo los ojos. Estando más atenta. Escuchando más. Sin Sergio cerca, seguro que lo consigues. ¿Has oído hablar de la gente tóxica? —pregunta Candela—. Son personas de apariencia normal, pero que ejercen una influencia negativa en nosotros. Somos víctimas de ellas

y, solo cuando nos alejamos, somos capaces de crecer y de encontrar el camino adecuado. Acaban haciéndonos infelices porque absorbemos su energía negativa y la hacemos nuestra, la trasladamos a nuestros propios proyectos. Sergio era tóxico en tu vida. Se fue quedando con tu alegría, con tu optimismo, con tus ganas de vivir. Se fue apoyando en ti para seguir adelante y le importabas una mierda. Te utilizó. No digo que en algún momento no te quisiera, supongo que si se casó contigo, fue porque ese sentimiento existió, pero no fue lo suficientemente verdadero como para que se mantuviera siempre a tu lado. Ahora eres libre.

»¿Sabes qué te pasa? Has vivido tanto tiempo cargando con él que ahora no sabes caminar sin ese peso. No te preocupes, estaremos aquí contigo. Yo... —Candela se interrumpe—, no sé cuánto, pero estaré todo lo que mi cuerpo me deje.

Alma la abraza y siente lo fuerte que es su amiga frente a su propia fragilidad. Qué estúpida se siente cuando piensa en la dignidad con la que Candela ha llevado en su cabeza pañuelos de mil colores, mientras que ella no es capaz de soportar una humillación. Se abrazan sin separarse durante unos minutos, ante la atenta mirada de Penélope que no sabe qué hacer. Quiere unirse al abrazo, pero duda que Alma se lo permita después de lo que acaba de saber.

Recuerda aquel día, cuando todavía eran poco más que unas niñas, en lo poco que pensó en cómo pudiera sentirse su amiga, algo que contrasta con las infinitas veces que lo ha hecho desde entonces, las que ha pensado en contárselo y las mismas que, hasta hoy, ha desechado la idea. Ahora, muchos años después, aunque haya roto el silencio, sigue sintiendo que su cobardía tiene un precio. Sabe que nunca han sido sinceras con Alma, que se han guardado todo lo que sabían y aún más, lo que sospechaban. Sabe que nunca han sido capaces de decirle a su amiga que el chico del que estaba enamorada, detrás del físico imponente, detrás de esa fachada perfecta, ocultaba un ser humano capaz de engañar a la persona que enfocaba hacia él un amor vendado por la inocencia de la juventud. Confiaron en que la venda se iría desprendiendo sola, que Alma, algún día, sería capaz de verle de verdad.

No ha sido así en estos años.

Alma ha tardado demasiado en encontrar la llave que abría los secretos que ocultaba Sergio en cada paso que daba.

Penélope recuerda el día en el que Alma les contó que se casaba y lo que le dolió callar. Se siente estúpida, ruin, cómplice de ese silencio que podría haber definido el final de una amistad de años, pero que también le hubiera ahorrado a su amiga todo el dolor que está pasando en los últimos meses.

Hace un rato que ninguna habla, que han dejado que los sonidos que acompañen a sus pensamientos sean el del viento y el rumor de las olas. Su suave cadencia, el arrullo que brindan, tranquiliza el ánimo y ayuda a reordenar los pensamientos. En ello están cuando Penélope visualiza en los suyos a Darío y Sofía. Sin Sergio los dos motores de la vida de su amiga no

existirían. Suspira, rendida, sabiendo que las cosas suceden porque tienen que suceder y no hay que darle más vueltas.

Con cuidado, con el temor de no ser bienvenida, pero con la certeza de que tiene que averiguarlo, Penélope se une al abrazo de Candela y Alma, y el viento, caprichoso, envía una ráfaga que les revuelve los cabellos.

Respirando al unísono esa brisa salada los ánimos se calman. Solo hace falta un intercambio de miradas entre ellas para que Penélope sepa que Alma ha entendido que esa historia, por mucho que duela, pertenece a otra vida. Todavía le queda asimilar por qué ha guardado silencio tanto tiempo, pero ambas saben que lo hará. Incluso lo sabe Candela, porque ella también se ha callado y Alma ni siquiera se lo ha tenido en cuenta.

Deciden que es hora de regresar al hotel para darse una ducha que borre los rastros que el mar ha dejado en su cuerpo y que el agua arrastre también el pasado. Que les permita un nuevo principio.

Esta vez sin secretos.

Un muro de silencio se ha sentado a la mesa de la terraza cercana al Foro, aunque Patxi lleva desde los aperitivos intentando derribarlo sin éxito. Raúl está sentado frente a él, pero no escucha lo que le cuenta.

—Y entonces, me la tiré en el pasillo de la Facultad —dice Patxi, un poco más alto de lo necesario.

—¿A quién? —contesta Raúl, que parece haber vuelto de golpe a la realidad.

—¡Joder, menos mal que no me entiende nadie aquí, no sabía cómo sacarte del atontamiento que tienes!

—Lo siento, es verdad. No puedo dejar de pensar...

—En Alma, ya lo sé; no me estás haciendo ni puto caso, tío. Ya sé que está más buena que yo, pero tenía la esperanza de que no lo notases.

—Perdona...

—¡Eh! No te preocupes, te entiendo. Cuando necesito una explicación me pongo igual de intensito que tú, debe de ser de familia.

Una media sonrisa se va formando en sus labios mientras le habla y acaba contagiando a Raúl.

—¿No te importa que me vaya a buscarla? —pregunta este.

—No, pero no te olvides de que has venido conmigo a este viaje, a ver si me voy a tener que poner celoso y voy a tener que montarte una escenita delante de la recepcionista.

Raúl sonríe y promete que le va a prestar atención hasta que terminen la comida.

—Entonces, ¿a quién te tiraste? —le pregunta a su primo.

Patxi pone los ojos en blanco antes de soltar una carcajada.

Tras el postre, se despiden y Raúl se dirige al hotel de Alma. Por el camino, cae en la cuenta de que no tiene ni idea de en qué habitación se aloja y que la persona que esté en recepción es casi seguro que no se preste a darle esa información. Al pasar por delante de una tienda de souvenirs se le ocurre una idea. Entra y, a los pocos minutos, sale con un sencillo colgante en las manos. Aún está metido en su envoltorio de cartón y plástico, pero se deshace de ellos en la primera papelería y deposita la baratija en el bolsillo de la cazadora.

Cuando llega al hotel, hay una chica en el mostrador de recepción. Raúl le sonríe y despliega su exquisita educación. En un inglés excelente le describe a las tres amigas y le cuenta que una de ellas perdió un colgante y se lo quiere devolver. Se lo muestra un instante, lo justo para que lo vea, pero no para que se fije en que no tiene ningún valor.

La chica duda, pero al final, seducida por sus maneras, claudica y le da la información que demanda. A los ojos azules de Raúl, que ejercen un efecto hipnótico, se ha sumado una historia

que a ella le ha resultado tierna. Enseguida ha soltado la lengua y le ha contado que no están, que han alquilado un coche para ese día, que tendrán que devolver a media tarde.

—Si quiere, puedo entregarle eso yo —le propone.

—Muchas gracias, es usted muy amable, pero esperaré y aprovecho para saludarlas.

Antes de la propuesta de la recepcionista ha mirado el reloj: son casi las cinco. Quizá no tarden demasiado en regresar. Quedarse en la recepción no le parece buena idea, así que sale a la calle. En la acera de enfrente hay un banco con una vista privilegiada de la entrada del hotel.

Al final, la datación imprecisa de la recepcionista resultan ser las siete y media. A esa hora, un coche se detiene y de él descienden las tres amigas.

—¡Qué ganas tengo de subir a la habitación! —dice Candela al cerrar la puerta del coche—. Estoy harta de estas sandalias, me han hecho una rozadura.

—¿Una rozadura? ¿Tú quejándote de algo tan nimio? —Se ríe Penélope.

—Pues me molesta mucho más que algunos postoperatorios, te lo aseguro. ¡Mi vida por una tirita!

—Yo tengo en el bolso —dice Alma, empezando a buscar en el océano de trastos de la bolsa que carga siempre con ella.

—¿Y lo dices ahora? ¡Capulla!

—Lo siento, no me he acordado —contesta ella.

—¡Alma!

Se gira al escuchar su nombre y abandona la búsqueda de la tirita. Acaba de ver a Raúl que se acerca a ellas. Va a preguntarle qué hace ahí, pero no le da tiempo porque se le adelanta Candela, apremiándola.

—¡Alma, mi pie! Te la dejamos, Raúl, pero por dios, deja que termine de buscar mi tirita en el bolso.

Alma sigue buscando. No le cuesta mucho localizar la caja de apósitos.

—Toma.

—Gracias, preciosa, me acabas de salvar el pie de una amputación segura. —Después de la broma, Candela le da un sonoro beso en la mejilla a su amiga y se vuelve hacia el hombre para hacerle una pregunta—. ¿Has venido para llevártela a cenar?

—Si quiere...

—Quiere, seguro que quiere, pero vas a tener que esperarte a que se duche y se ponga guapa. Más guapa, digo. Dale media hora.

—¡Candela!

Alma la mira con cara de querer asesinarla. No le apetece salir, necesita quedarse sola. Después de lo que acaba de descubrir ese día, lo único que quiere es meterse en la cama y dormir, aunque para ello tenga que recurrir a la ayuda de las pastillas.

—Espérala en la cafetería. Yo misma la bajo si se pone tonta —añade Penélope.

Sonríe y arrastra a Alma hasta el ascensor, antes de que Raúl descubra que ella no está de acuerdo. De hecho, en cuanto las puertas del elevador se cierran, comienza con su alegato de protestas. Empieza quejándose porque no le han permitido que abriera la boca para decidir si acepta una propuesta de Raúl que, encima, ni siquiera ha hecho él, ha sido idea de Candela.

—¡Eres una lianta! No quiero salir con él.

—¿Por qué? Siempre fue tu mejor amigo y ahora, aunque no estés dispuesta a admitirlo, a quien necesitas es a los amigos. Además, hoy te vendría bien alguien para ponernos verdes a nosotras por haber sido tan capullas y no haberte contado nada en todos estos años. Será bueno. No te cortes, llámanos lo que quieras porque nos lo merecemos. Estoy pensando en que es una suerte que haya aparecido por aquí —dice Candela—. O quizá es el destino...

—¿No habréis sido vosotras las que le habéis llamado?

—De eso nada, ni siquiera sabíamos que había vuelto a España. —Se defiende Penélope—. Pero si yo lo hubiera sabido... quizá sí, quizá lo hubiera hecho. No puedes seguir en silencio, guardándotelo todo. Tienes que hablar y descargar ese peso que llevas encima, Alma. Aunque nos pongas a nosotras a caer de un burro, que lleva razón Candela, nos lo merecemos. Ahora que yo lo he hecho contigo, ahora que por fin te lo he contado, sé mejor que nunca de lo que te estoy hablando. ¿Con quién hablar mejor que con él? Eras inseparables. Casi era más amigo tuyo que nosotras.

—Sin casi —afirma Candela.

—No tengo nada que ponerme para salir... —Alma sigue regando excusas por el pasillo mientras se acercan a la suite.

—¿Coquetería a estas alturas, Alma? Con unos vaqueros y una camiseta estás guapísima. Bueno, y con un buen colirio. Te has pasado tanto tiempo llorando que tienes fatal los ojos.

—¿Ves, Candela? No puedo salir con estos ojos —dice cuando cierra la puerta de la habitación tras de sí.

—Tú calla y dúchate. Yo buscaré entre mis medicinas, creo que tengo lo que necesitas. Y Penélope va a sacar mi arsenal de maquillajes y me va a ayudar a dejarte deslumbrante.

—Es que no quiero...

—¡A callar!

De un empujón, Alma entra en el baño. Se desnuda y, cuando el agua empieza a resbalar por su cuerpo, comienza a cambiar de idea sobre esa cita improvisada. Tal vez pueda abrumar a Raúl preguntándole por todos esos años en Sidney y se libre de un interrogatorio de vuelta. No está tan enfadada con él como el día anterior, pero quiere saber por qué no la llamó. Interesarse por su vida, por esos años que no han compartido, tal vez sea una buena manera de apartar por unas horas el malestar que le ha dejado la excursión al mar. La nueva lectura del libro de su vida no le

ha gustado nada.

Se pone lo primero que saca de la maleta, sin preocuparse de si está arrugado o no, o de secarse el pelo, que decide no peinar de modo especial. Deja que Candela le ponga el colirio y le cubra el rostro con potingues que detesta, pero a los que valora como el disfraz que necesita. Ayudarán a esconder un poco la tristeza prendida en su piel.

—¡Perfecta! —dice Penélope, cuando Candela termina con su pequeña obra maestra—. Si le dejases pintarte las uñas estarías ideal.

—¡Qué dices! Ni muerta. Si tardas un minuto más me quitaré la ropa, me pondré el pijama y me olvidaré de bajar...

—¡Vamos! —apremia Candela—. No le hagas esperar.

—¿Vosotras qué vais a hacer? —pregunta de pronto. Quiere tener claro dónde encontrarlas. No planea pasar demasiado tiempo con él. Si las preguntas se multiplican o se vuelven incómodas, saldrá corriendo.

—Nosotras nos tomaremos el resto del día con tranquilidad: cena aquí mismo y luego ni siquiera creo que salgamos del hotel. ¡Lárgate! ¡Y no nos busques!

Candela la empuja fuera de la habitación, con tanto ímpetu que Alma se ve obligada a llamar de nuevo.

—¿Qué quieres ahora, pesada? —le pregunta, tras volver a abrirle.

—Mi bolso, mi chaqueta... ¿te parece bien?

—¡Perdón! Toma. Pásalo bien y no se te ocurra volver a llorar. Por hoy está bien.

Cuando la puerta se cierra en sus narices, Alma hace amago de volver a llamar, pero lo piensa de nuevo. Se da la vuelta y enfila las escaleras. No cree tener la paciencia necesaria para esperar a que llegue el ascensor. Cada escalón que baja, cada paso que le acerca a ese fragmento de pasado que es Raúl, retumba al ritmo de los tacones que se ha puesto. Un *toc toc* que rebota en su corazón, un recuerdo de los pasos que ha ido dando en esos años y que se pregunta si no habrán sido pasos perdidos.

Antes de que su mente haya logrado librarse de los pensamientos que la persiguen, está parada frente a la puerta de la cafetería. Raúl, apoyado en la barra, como si la sintiera llegar, se da la vuelta en ese instante y su sonrisa devuelve a Alma a un tiempo en el que los problemas no existían.

Un tiempo lejano en el que no tenía que preocuparse por nada.

—Lo siento, siento haberte hecho esperar —le dice, mientras le regala un beso en la mejilla.

—No importa, no has tardado nada.

En la ciudad, la tarde derrama su luz tenue sobre los edificios y les da la excusa para un paseo tranquilo, de esos que practicaron tanto cuando no tenían dinero para más. Caminan, sin hablar, uno al lado del otro. Las palabras no encuentran el orden adecuado en sus cerebros y el silencio

se instala como un compañero. No están incómodos, lo practicaron muchas veces, cuando lo único que buscaban en el otro era la complicidad de su compañía.

Un banco solitario en un parque del que desconocen el nombre les invita a sentarse y aceptan sin pensarlo. No ha hecho falta nada más que una mirada para que se entiendan.

—Cuéntame —dice Alma—. No he sabido nada de ti en mucho tiempo.

—El otro día, cuando nos encontramos, te lo conté todo.

—¡Anda, ya! No estuvimos juntos apenas, no pudiste resumir veinte años en esa conversación.

—El resumen, Alma, es que me fui, trabajé para mi empresa y ahora he vuelto. No hay más.

—Seguro que hay más. Siempre hay más.

—¿Qué quieres saber?

—No lo sé —duda ella—. ¿Dónde vivías, por ejemplo?

—En un pequeño apartamento.

Alma espera que amplíe la información, pero sabe que Raúl no va a hacerlo.

—¿Era un tercero? ¿Tenía ascensor? ¿Funcionaba bien la calefacción? —pregunta riéndose.

—Sexto. Sí. También.

—¡Eres idiota! ¿Para esto me has buscado? ¿Para contestar con palabras que parecen disparos? —le pregunta.

—No, en realidad quiero saber de ti. Quiero averiguar qué te pasa, por qué me mandaste a la mierda ayer.

—No, Raúl. De eso no quiero hablar.

Se levanta del banco con rapidez. Debería haberlo imaginado. Él era así, siempre preocupado por sus sentimientos, preguntando sin parar por ellos. A veces se sintió, como ahora, abrumada por sus palabras directas.

—Venga, somos amigos. Creo que me merezco que me expliques qué hice mal, qué hice para que te pusieras así conmigo.

—¿No te parece suficiente lo que te dije ayer? Te fuiste de repente, sin darme tiempo a que asimilase la noticia. Me lo contaste un lunes y no te volví a ver hasta hace unas semanas. Después no me llamaste. Ni siquiera para decirme que seguías vivo. ¿Cómo crees que me sentí? Pasábamos juntos todos los días, Raúl. Hablábamos a diario y de un día para otro me encontré sola, sin poder compartir tantas cosas con nadie.

—No es cierto, tenías a Sergio.

Alma hace un esfuerzo por no desmoronarse. Lleva razón, Sergio acababa de entrar en su vida cuando Raúl se fue, pero no era lo mismo. Aún no eran amigos. Ahora se pregunta si alguna vez lo han sido.

—Sergio... —la voz le tiembla, pero se repone—, Sergio era otra cosa, no era mi mejor

amigo.

—Pero acabaría siéndolo, supongo. Mejor amigo de lo que fui yo. ¡Te casaste con él!

—Supones muy mal.

Se sorprende al escucharse, a la sinceridad que ha salido de sus labios sin esfuerzo. No quería llegar ahí, pero debería haber recordado cuando se preparaba para verle que, con Raúl, fingir es imposible. Por mucho que se empeñe, delante de él no va a poder obviar lo que le pasa, no va a poder callarse el dolor que lleva dentro.

Raúl no quiere forzarla a decir nada que no le apetezca, pero veinte años es tanto tiempo que quizá sea el momento de dejarse de tonterías y empezar a poner las cartas encima de la mesa. Después de unos minutos, en los que ninguno habla, le pregunta:

—¿Qué ha pasado con Sergio?

Alma le mira a los ojos y se obliga a inspirar una bocanada de aire extra. No puede llorar porque llorar delante de Raúl sería admitir que se equivocó siempre y nunca le gustó perder frente a él.

—Me acabo de separar. Él... estaba con otra.

Raúl, tras una pequeña duda, la acerca a su cuerpo y la abraza. Sabía que era algo grande, Alma no se acobardaba nunca ante pequeñas tragedias. Está seguro de que esto le ha descolocado el mundo. Alma sentía por Sergio algo demasiado intenso, imposible que no haya dejado secuelas.

—No voy a llorar más por hoy —dice ella, controlándose.

—No quiero que llores, pero a lo mejor necesitas hablar de lo que te pasa.

—Lo que me pasa... ¡lo que me pasa es que no me pasa nada! Todo lo que tenía con él se ha acabado y yo creía que había sido de repente, pero...

—No te entiendo.

Alma empieza a hablar, descontrolada. Le narra la infidelidad descubierta por casualidad, lo que estaba haciendo el día que se reencontraron en la perfumería, lo que sus amigas le han contado esa misma mañana. Le habla de Penélope. Habla y habla de su torpeza, de ese amor tan grande que le impedía ver lo evidente. Al final de su discurso, lo suelta. Se desembaraza de unas palabras que queman por dentro y que no ha sido capaz de repetir delante de las chicas, porque sabe que no lo entienden, como hizo Candela cuando se sinceró tiempo atrás con ella. Tratarán de que rectifique sus sentimientos y eso, Alma, no sabe hacerlo. No quiere ni pensar en ello.

—Le sigo queriendo —dice con un temblor en la voz, con la vergüenza que da el no ser capaz de controlar su estúpido corazón.

Raúl la entiende más de lo que ella se imagina, pero busca las palabras que aporten un poco de luz. No es bueno que siga entregada a un sentimiento roto, que no conduce a ninguna parte.

—Ya has tomado la decisión de emprender una nueva vida, esa era la más complicada. ¿Por

qué no dejas de torturarte? Esa historia se ha acabado y tú te mereces ser feliz, encontrar alguien que te haga feliz.

—¡Mírame, Raúl! —Se detiene Alma—. Tengo muy pocas ganas de vivir. Me mantengo en pie a base de muchos esfuerzos, si por mí fuera no saldría de la cama.

—Te estoy mirando y veo que, a pesar del dolor, tienes los mismos ojos de siempre, y detrás de ellos, escondida en algún lugar, está mi mejor amiga. Deja que vuelva a salir. Libérala del dolor permitiéndote un capricho.

—¿Un capricho? ¿Tú crees que un capricho podría hacer que esto no me duela tanto?

—Un capricho solo es un principio para encontrarte mejor. Te has concedido este viaje, ¿no?

—Sí, pero no lo he hecho por mí, sino por ellas. Es una deuda... —dice recordando el verdadero motivo que las ha traído a Italia.

—Nunca deberías hacer nada por los demás, sino por ti, pero si ahora eso te sirve, úsalo. Las tienes a ellas y me tienes a mí.

—¿No te vas a volver a ir?

—No, me voy a quedar en España. En la misma ciudad que tú. Podremos vernos cuando quieras, pequeñaja, yo no tengo ataduras de ninguna clase. —Cuando lo dice su voz se quiebra, pero logra que parezca casual con un carraspeo.

—Eso no lo entiendo. —Alma le mira; el tiempo ha sido generoso con él. Apenas ha perdido nada de su atractivo.

—¿Qué no entiendes?

—Que no te hayas casado, o al menos que no tengas novia...

—Bueno, puede que nadie haya cubierto mis expectativas lo suficiente.

—Tú siempre tan exigente, nunca te vi interesarte por ninguna.

—A lo mejor fue que no veías bien. Por cierto, ¿dónde has dejado tus gafas?

—Me operé, estaba un poco harta de ellas, pero no me cambies de tema.

Por la mente de Alma, durante un instante, pasa fugaz el pensamiento de que tal vez se le escapó algún detalle sobre Raúl. No le vio interesarse por ninguna mujer, pero ¿y si había algo que él no se atrevió a contarle?

—Vamos a buscar un sitio para cenar, antes de que sea más tarde—le dice él.

Alma no sigue por ese camino. Raúl y sus silencios. No ha contestado a la primera y eso solo significa que no lo hará. Nunca consiguió palabras de él que no quisiera compartir; sabe que con Raúl hay que esperar a que quiera hacerlo.

Reanudan el paseo hasta que tropiezan con un pequeño restaurante que llama su atención y deciden entrar. No hay mucha gente esa noche sentada a las mesas. Los conducen a una para dos y les entregan las cartas, pero, cuando llega el camarero, no se complican con las peticiones, se fían de los platos que les recomienda, todos ellos típica comida italiana. Durante la cena, como si

lo hubieran pactado, no hablan del presente: se concentran en anécdotas del pasado, hablan de aquello que hizo que sus caminos se cruzaran cuando aún eran muy niños. Más adelante, cuando la siente más tranquila, Raúl le pide que le cuente cómo son sus hijos.

—Sofía es muy responsable. Es perfecta. No sé cómo lo hace, pero siempre se porta bien, nunca contesta mal, me cuida más que yo a ella. Se parece a mí cuando era pequeña, pero solo físicamente. Es mucho mejor que yo, te lo aseguro.

—¿Y Darío?

—¡El huracán Darío! No sé qué hacer con él la mayor parte del tiempo. Gruñón, tremendo, juguetón... Tiene tanta personalidad que a veces me olvido de que hubo un tiempo en el que no estaba en mi vida.

Los ojos se le iluminan cuando habla de los niños, incluso se encuentra con ánimo para enseñarle una foto donde están los dos, abrazados. Raúl los mira mientras su mano derecha descansa sobre su pecho, muy cerca del corazón. Ha sentido un molesto pinchazo que, al respirar profundamente, parece evaporarse. Se da cuenta de que Alma lleva razón, Sofía es como ella.

En dos o tres años será exacta a la chica que él recuerda.

—¿Sigues viviendo en la misma dirección? —le pregunta.

—No, claro. Compramos un adosado en una urbanización en las afueras y ahí vivo — responde ella.

—¿No te has mudado después del divorcio?

—No, fue Sergio quien se marchó de casa —dice, molesta por tener que volver a pronunciar su nombre—. En realidad, se lo sugerí yo. Me hubiera gustado marcharme, pero no puedo hacer otra cosa. No creo que con mi sueldo de media jornada me alcanzase para alquilar nada, y mucho menos plantearme comprar otra. Esta está pagada. Al morir mis padres vendimos la suya y todo el dinero lo usé para cancelar la hipoteca. No me apetece venderla. Él es dueño de la mitad, aunque no haya aportado eso ni de casualidad, y no le quiero regalar nada. No de momento. Supongo que algún día no me quedará más remedio que darle su parte.

—Si cambiases el escenario de tu vida, sería más fácil volver a empezar.

—¿Lo fue para ti cuando te fuiste? —le pregunta.

—En cierto modo. Sí, creo que ayudó bastante. Me hizo concentrarme en otras cosas.

Alma, la oportunidad de una nueva vida ni la contempla. Por más que esté ahí, que sea una realidad ya, su mente se niega a avanzar. En lo más escondido de ella misma queda una pequeña llamita de esperanza, esa que no se apaga por más que sople. Quiere que Sergio vuelva a su vida, un simple «perdóname» y ella lo aceptaría, está segura.

Espera, sin paciencia, a que la vela se consuma sola, su corazón madure y sea capaz de cerrar esa historia.

—No creo que haga nada, salvo dejar que el tiempo pase.

Raúl no lo entiende y se lo indica con una mirada. Sus ojos azules se abren un poco mientras bebe un sorbo de vino, esperando la explicación de Alma:

—El tiempo mitiga el dolor. Yo lo sé. Solo tengo que esperar.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque perdí a mis padres y, aunque sigo extrañándolos mucho, aunque a veces me sorprende llorando porque los necesito y no están, no es como al principio, cuando cada recuerdo hería como un puñal. Ahora es otra cosa. Creo que, cuando pase el tiempo, lograré que esto no me duela tanto. ¿Sabes? Por primera vez creo que me alegro de que no estén. Se han ahorrado ver mi fracaso.

—Tú no has fracasado. —Se enfada Raúl—. A veces las cosas no funcionan. No te echas la culpa.

—Algo he hecho mal, ¿no crees? Sigo pensando que es mejor que no vean esto, que no vean cómo estoy.

—Quizá en eso tengas algo de razón, pero tus hijos sí te ven. Recuerda que los niños no son tontos.

Darío y Sofía son la cuerda a la que debe agarrarse para no hundirse en la desesperación que la desborda. Sabe que no puede quedarse en esa tristeza, pero, a la vez, no encuentra la salida. Tiene miles de preguntas sin contestar.

—¿Por qué crees que me ha hecho esto? —le lanza una de ellas a Raúl, como si él, como cuando eran niños, tuviera todas las respuestas.

—Porque es imbécil.

Ha contestado rápido, demasiado. Alma descubre que la misma opinión que Raúl tenía de Sergio años atrás no se ha movido un milímetro.

—Tú siempre pensaste que era imbécil.

—Sí, claro que lo pensaba. Me parece que te lo dije, pero tú no escuchabas. Dime, Alma, ¿quién es tan idiota como Sergio? Te tenía y se las ha arreglado para echarte de su lado...

—Tú no conoces a la otra, no la has visto nunca.

—Te conozco a ti.

Alma se empieza a sentir incómoda. Los ojos de Raúl están fijos en los suyos y, aunque sabe que no está mintiendo, que él cree que es cierto lo que dice, a ella le suena a lástima, a consuelo barato. Ella vio a la otra. Más joven, más alta. Llevaba el pelo corto, teñido de un castaño llamativo, y la ropa, de última moda, le sentaba como un guante. Ese día ella se miró en el escaparate de una tienda y se vio muy mal. Hacía días que necesitaba ir a la peluquería y la ropa que se había puesto llevaba años en su armario. ¿Para qué renovar vestuario? Ella no cambiaba, los niños crecían y eran los que necesitaban esa parte del presupuesto. Se vio mayor, descuidada, ridícula frente a la juventud y la novedad de la otra.

Se ha vuelto a sentir así al recordarla, por más que esa noche sus amigas hayan conseguido que luzca perfecta.

—¿Te importa que vuelva al hotel? Estoy cansada —se excusa.

Raúl no le replica, en cuanto la ha visto erguirse en la silla sabe que no se siente cómoda ya allí. Le hace un gesto al camarero para que les traiga la cuenta.

—Es la primera vez que comemos juntos. La próxima, te lo prometo, pagas tú —insiste ante la protesta de Alma que se empeña en compartir gastos.

Vuelven caminando en silencio, dejando que el aire fresco de esa noche de primavera en Roma enfríe un poco la tensión. Cada uno, por separado, va concentrado en sus pensamientos. Los de Alma se centran en Sergio, en las preguntas que se hace a cada momento. ¿Dónde estará? ¿Habrá cenado? ¿Estará haciendo el amor con ella? Trata de evitar las preguntas, pero estas, impertinentes, inoportunas, improcedentes, la persiguen.

Raúl no quiere molestarla. Sabe lo que es sufrir por un amor no correspondido. Es quizá una de las experiencias más intensas por las que puede pasar un ser humano. Nadie puede obligar a otra persona a sentir algo que no le nace del interior.

Pero tampoco se puede obligar a dejar de sentir.

Lleva razón Alma en una cosa, el tiempo suaviza los sentimientos, los hace más soportables, pero, si son verdaderos, no consigue llevárselos.

La despedida en la puerta del hotel ha sido como las que protagonizaban de niños. Veinte minutos de adioses repetidos hasta que uno de los dos tomaba la decisión repentina de salir corriendo porque iba a llegar tarde a casa. Ahora no hay padres a los que rendir cuentas, pero Alma no quiere prolongar ese momento más. No sabe si le ha venido bien la charla con Raúl, el reencontrarse con ese tiempo pasado en el que todavía el libro de su vida estaba en blanco, listo para llenarlo con lo que tenía por delante.

No ha sido el mejor día de su vida precisamente.

Qué pena que la vida no sea como la página de un procesador de textos, que no exista una función de marcar y suprimir para todo aquello que no haya salido bien. No le temblaría el pulso.

—¡Vamos! Es muy tarde y para mañana Candela ha preparado un montón de cosas.

—¿Tarde? Son las doce y media, Alma.

—Tarde. Me levanté temprano, llevo todo el día de acá para allá y estoy cansada.

—Está bien, me voy. Pero solo con una condición.

—A ver...

—Nos vemos mañana.

—Pero... —No está segura de que le apetezca mucho.

—Por favor, un rato, te escapas de tus amigas y tomamos un capuchino. ¡Vamos! ¡No muerdo!

—Bueno, está bien. Te advierto que no tengo ni idea de lo que planean y no sé si podré. Como siempre, la última en enterarse de todo soy yo.

La frase le ha salido con melodía de excusa y le indica a Raúl que la herida de Alma, esa tristeza que regala el desamor, está muy lejos de dejar de sangrar. No quiere ser sal, sabe que cuando necesitas estar solo es mejor que nadie se empeñe en salvarte. Como poco, acabarás detestando su compañía.

—Mañana por la tarde te llamo y lo hablamos —le dice—. Si me das tu teléfono, claro.

Dos besos en la mejilla y unos números anotados en el móvil, y Raúl se aleja del hotel andando. Tardará al menos media hora en llegar a la habitación donde supone que Patxi duerme desde hace tiempo. No importa. Necesita ese paseo. El reencuentro, la cena y las confidencias, mezcladas con los recuerdos, han despertado fantasmas dormidos y hay que espantarlos antes de que se apoderen de los sueños.

Alma, cuando llega a la habitación, constata que no tiene la tarjeta que le facilitaría un acceso discreto. Las prisas de Candela por que acudiera a su cita le hicieron olvidarse de que en algún momento tendría que volver a atravesar esa puerta. Duda si golpear con los nudillos o quedarse

ahí, parada en el pasillo. Se gira y ve una pequeña mesita con dos sillones a los lados y decide sentarse un tiempo. Si las despierta, van a bombardearla a preguntas sobre esa cita que para ella no ha sido tal. Ha sido solo el reencuentro con un viejo amigo.

No le apetece.

Necesita un poco más de tiempo para inventar respuestas, para no soltarles de golpe que no quiere que vuelvan a empujarla a cenas con nadie.

Empieza a repasar el día, ubica su mente donde está, en Roma, en ese viaje con amigas. Recuerda la playa y la comida, y al llegar ahí, algo se rompe. Otra vez Sergio, otra vez las palabras de Penélope y Candela diciéndole que sabían mucho más de lo que le han contado. Otra vez, la confesión de su amiga que no se esperaba en absoluto. No quiere llorar, sabe que las lágrimas no le han ayudado nada en este tiempo sola, pero uno no puede frenar al corazón cuando este se empeña en sentir tanto, cuando está tan confuso.

Recuerda.

Aunque no quiera.

* * *

Un parque.

Los columpios se balancean al ritmo de preescolares que buscan tocar el cielo con sus pequeños pies. Gritan emocionados, mientras sus padres empujan en un movimiento mecánico, más atentos a la conversación con el adulto que tienen al lado que a la propia seguridad de sus vástagos.

Alma, nerviosa, ocupa la esquina derecha de un banco en uno de los rincones del parque. A su lado, muy pegado, hay un adolescente un poco mayor que ella. La mira desde sus ojos negros y a ella no le cabe duda de lo que viene a continuación. Lenta y dulcemente, él posa sus labios en los de Alma y todo su cuerpo responde. Sus mejillas enrojecen y el pulso se vuelve frenético. Fluye la adrenalina y su corazón late tan violento que le cuesta respirar. Lleva años enamorada de Sergio, soñando con acariciar su pelo negro y fantaseando con aquel beso que en pocos instantes deja una huella indeleble en su biografía.

Ya está.

Ha sucedido.

Sergio toma su mano y la besa también, provocando un nuevo estremecimiento. Se quedan ahí durante mucho tiempo, tanto que no se dan cuenta que apenas han hablado, que los que hablan son sus cuerpos que se devuelven besos y promesas silenciosas. La tarde cae y cuando Alma reacciona es de noche.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media —responde él, tras consultar su reloj.

—¡Mi padre me mata!

—Tampoco será para tanto, ¿hasta qué hora te dejan?

—Los fines de semana no tengo hora, siempre y cuando avise, pero hoy es miércoles y mañana hay clase. Si llego más tarde de las ocho y media, tengo bronca en casa.

—Bueno, hoy la bronca merecerá la pena, ¿no?

Vuelven los besos y para cuando Alma atraviesa la puerta de su casa son más de las diez. Sus padres la esperan inquietos, no es propio de ella llegar tan tarde. Su padre, permisivo siempre, esta vez está más que enfadado. Grita como nunca y le pregunta por la ausencia sin dar tiempo a que ella se explique, mientras su madre, silenciosa, le apoya con una mirada de reproche. Entonces lo suelta: acaba de empezar a salir con Sergio. Los gritos cesan y el silencio se convierte en protagonista en unos instantes. Sus padres se miran, más trastornados por el nombre que ella ha pronunciado que por la noticia de que su niña comience a comportarse como la mujer que empieza a ser. Ellos tienen un nombre en la cabeza, un muchacho que la acompaña a todas partes que no es Sergio. Tras la sorpresa, su padre continúa con la charla que ella casi no escucha. Acaba castigada sin cenar, la mandan a dormir y durante los próximos días se van a pensar si dejarla salir el siguiente fin de semana.

Alma se refugia en su cuarto y llora. ¡Ahora no! Nunca ha estado castigada sin salir y, justo el primer fin de semana que puede pasar con Sergio, no debe faltar a la cita. Su cabeza da vueltas rápido, tratando de buscar la manera de justificar su ausencia, no sea que él considere que lo que ha sucedido ese día no tiene continuidad.

Al principio todo es frágil.

Está rabiosa, no puede decirle que a sus padres no les ha hecho ninguna gracia que haya entrado en su vida. No le han hecho falta nada más que esos segundos de silencio para ver que no les gusta.

El viernes llega y la cita con Sergio no será hasta las nueve. Por más que ha suplicado, no le han levantado el castigo y está en casa, en pijama. Cuando el teléfono suena se precipita sobre él.

—Alma, ¿dónde te metes?

La voz de Raúl supone una decepción, por primera vez en su vida.

—Hola, Raúl. En casa...

—Hace dos días que no te veo.

—Bueno... Estoy castigada.

—¿Qué has hecho? —Raúl sabe que Alma no es de las que acumulan castigos.

—El miércoles llegué muy tarde a casa.

—¿Dónde te metiste? Estuve dando una vuelta con Ulises por donde solemos encontrarnos y

no te vi.

—Ya te lo contaré cuando nos veamos.

—Como quieras. Te veo el lunes.

Se despide de ella y Alma se queda mirando el aparato, como si con la mente pudiera conectar con el interlocutor que ella esperaba y lograra hacerlo sonar. Su madre acaba de entrar en el cuarto y la mira desde la puerta.

—¿Quién era?

—Hola, mamá. No te había oído entrar. Era Raúl. Está preocupado porque no me ha visto en estos días.

—He hablado con tu padre.

La esperanza se abre paso en su mirada.

A lo mejor le levantan el castigo.

—Puedes salir. Pero hay una condición, la hora de regreso la ponemos nosotros.

—¿De verdad?

—De verdad.

Se lanza a los brazos de su madre, feliz.

* * *

Ahora, sola en ese pasillo de un hotel de lujo en Roma, dándole vueltas en su dedo a la alianza de la que no ha sido capaz de desprenderse, visualiza que de aquel mundo que recuerda apenas queda nada. Hace mucho que no siente la presencia de sus padres, esa casa de sus recuerdos es hoy la de otros y Sergio...

Sergio está fuera de su vida.

Definitivamente.

¡Cómo araña esa palabra ahora! Alma se hace una de esas preguntas tontas, imposibles, un condicional del pasado que no es más que un juego, porque el pasado es como es, no se puede cambiar por más que quieras. Sin embargo, se lo pregunta, querría saber qué hubiera cambiado si sus padres no le hubieran levantado ese castigo. ¿La habría esperado Sergio? Todo lo que creía de él no era más que lo que siempre quiso creer y la duda le muerde las entrañas.

Al final decide bajar a recepción y pedir una copia de la tarjeta de acceso a la habitación. No le ponen ninguna pega, no es el primer cliente que se olvida la llave dentro, y con ello se ahorra despertar a sus amigas y tener que contarles nada. Entra sigilosa en el cuarto aislado del resto de la habitación y se desviste despacio. También despacio se quita el maquillaje de la cara y, en un acto reflejo, que está pensando muy en serio que tiene que controlar, las lágrimas, libres de la publicidad que les daría llevarse a su paso el rímel, empiezan a trazar el sendero silencioso de

cada noche. Al principio es una mínima vereda, pero, poco a poco, se convierte en una autopista de tres carriles.

Su mente vuelve a jugarle una mala pasada.

Otra vez aparece la imagen de Sergio y, junto a él, esa mujer. Empieza a faltarle el aire. La odia como no sabía que se puede odiar a nadie. En estos meses ha averiguado algunas cosas sobre ella. Necesitaba una explicación, saber por quién había sido sustituida, y lo que ha logrado concluir no la convence en absoluto. No encuentra nada en ella especial, quizá porque se ha empeñado en llenarla de defectos en un intento absurdo por sentirse mejor.

Pobre corazón idiota, siempre tratando de consolarnos.

Al momento piensa que no, que tiene que ser especial a la fuerza para que su marido la haya cambiado por ella. Pero no, no es verdad. Su marido la ha cambiado más veces, no es su sustituta la razón, la razón es que Sergio es incapaz de mantener un compromiso. Ha metido a más mujeres en su cama, la única diferencia es que a esta la ha metido más veces y que ella es de las que buscan enseguida el compromiso y le ha arrastrado a su mundo.

Él solo se ha dejado.

En su fuero interno sigue disculpándolo.

No quiere seguir pensando, se empieza a ahogar entre los mensajes que le envía su confuso cerebro. Necesita dormir, descansar unas horas, desconectarse del dolor. Recurre a la magia de la química por duplicado y trata de evadirse tarareando bajito una canción de cuna, la misma que les cantó tantas veces a sus hijos de madrugada. La canción la interrumpe el sopor que la invade.

Consigue, al fin, un descanso.

Ha amanecido ya y Candela hace rato que observa despierta el techo. No ha querido moverse para no espabilar a Penélope, pero no cree que pueda aguantar más en esa posición, así que abandona sigilosa la cama y se encierra en el baño. Un dolor sacude a intervalos su abdomen, así que decide tomar un baño, por si el agua caliente la calma.

Prepara la bañera y se sumerge, intentando que unos ejercicios de relajación que aprendió hace años la ayuden.

Dentro del agua caliente, arropada por el vapor, empieza a pensar en su conversación pendiente con Iván, esa en la que tendrá que contarle que el calvario del hospital ha comenzado de nuevo y que, a diferencia de otras veces, siente que ahora no las tiene todas consigo. Esa pequeña parte de la información se la va a guardar, no hace falta que le preocupe de más. Iván, lo sabe, se va a desesperar, va a luchar para que ella pelee y enfrente lo que venga, porque no sabe vivir sin su compañía. No son palabras vacías dichas para consolarla, se lo ha demostrado con creces durante los años que llevan juntos. Ha renunciado a todo por ella. Candela debe decirle algo. Si las cosas se tuercen del todo, tiene que darse permiso para rehacer su vida y vivir lo que ha ido dejando por estar a su lado.

No parará hasta que le arranque esa promesa.

Siente una náusea que trata de frenar, pero es incapaz y acaba vomitando en la bañera. Parte de la cena de la noche anterior, sin digerir, flota entre sus piernas, testigo silencioso de ese interior enfermo de Candela. Se quita los restos con la ducha, sale del agua y, antes incluso de empezar a secarse, tiene que acudir al inodoro. Su intestino tampoco va a darle una tregua esa mañana. Al poco, vuelve a vomitar y se pregunta cómo se las va a arreglar para tachar de la lista lo que quiere hacer ese día. Un malestar, por incómodo que sea, no va a doblegar su voluntad de vivir con plenitud esas horas. Empieza a cantar, fingiendo que no pasa nada.

Después de un rato encerrada en el baño se siente mejor, no debe quedar mucho en su sistema digestivo. Recoge los restos de su naufragio vital y esparce perfume en la habitación sin ventanas para ocultar al olfato de sus amigas la miseria de su interior.

Se está deshaciendo por dentro.

Penélope ha despertado al oír el agua correr y a unos vecinos de suite que se han levantado excitados, a juzgar por los sonidos que se escuchan al otro lado de la pared. Sonríe. Imagina a una pareja con sus cuerpos enredados entre las sábanas de un hotel que no volverán a pisar el resto de su vida. Los visualiza en lo más alto del enamoramiento, en ese momento en el que hablamos de magia, aunque no sean más que hormonas alborotadas. Le parece que, desde que vivió algo así, ha pasado una vida. Esa conexión del principio, la complicidad, el deseo, la adicción por el otro, hace mucho que murieron entre ella y Rodrigo, y lo que podría mantener estable su relación, el compartir un proyecto común, cada vez se está volviendo más cuesta arriba.

Agarra un lateral de la almohada y la dobla sobre su cara, odia que ese pensamiento la asalte porque habla de un fracaso en el que evita pensar.

Los vecinos continúan con su excitante despertar y la cabeza de Penélope, cuando suelta a la almohada y esta vuelve a su sitio, empieza a divagar. Imagina un hotel como el que está, un fin de semana lleno de todo lo que ha ido negándole la rutina.

Cierra los ojos y puede verse a sí misma en medio de esas sábanas revueltas, plena de deseo.

No es que se vuelva loca por un polvo, pero después de una buena conversación, de reírse un rato de la vida, compartir una cena o una película, no está mal. En algún momento, Rodrigo desaparece de su mente y es Patxi quien ocupa su lugar. Son sus labios los que le comen la boca y sus manos las que acarician su espalda desnuda y le erizan la piel. Los gemidos que atraviesan el muro se cuelan en su ensoñación y disparan sus sentidos aletargados. El corazón de Penélope, normalmente dormido, late alentado por la infidelidad mental. La sangre empieza a circular a toda velocidad por su organismo cuando una de sus manos busca su sexo. Respira distinto. Sonríe. Está embarcada en un viaje imaginario inesperado que solo se detiene cuando, del baño, le llega otro sonido, el de alguien que vomita.

La ensoñación desaparece y se sienta en la cama, preocupada.

Alma también ha escuchado a Candela y entra en la habitación desde la salita. Mira a Penélope, que no necesita palabras para comunicarse con ella, y las dos se preguntan si convendría que entrasen a ver qué ocurre.

La voz de Candela cantando las detiene. Ninguna de las dos se atreve a dar un paso. Al rato, se abre la puerta del baño y su amiga les regala una sonrisa.

—¡Qué mal me sentó la cena de ayer! —dice con toda la naturalidad del mundo—. No vuelvo a ceder a la comida con especias, mi estómago no está para estos trotes.

—¿Especias? —Penélope no recuerda que hubiera especias en la frugal cena que compartieron mientras Alma se reencontraba con Raúl.

—Quien dice especias dice... ajo, orégano... ¡Ay, Penélope! Es que tú no aguantas el alcohol y yo, lo que llevo mal son los condimentos.

—¿De verdad estás bien? —pregunta Alma. No está muy convencida de que sea cierto lo que oye, sobre todo a la vista del comentario de Penélope.

—Perfectamente, no te preocupes, cariño. Por cierto, ¿qué tal tu cita? —pregunta, mientras empieza a revolver en su maleta, buscando qué ponerse esa mañana.

—No fue una cita, fue una simple cena entre amigos.

—Bueno, da igual —dice Penélope—. ¿Qué tal de todos modos?

—Bien. Hablamos.

No da una respuesta más larga ni ellas insisten en preguntar. Alma todavía no se siente demasiado cómoda, sobre todo con Penélope; aunque no quiera, le pesa saber. Lo que le ocultó todos esos años. Lo que ellas conocían de su relación con Sergio que no compartieron. La noche, en lugar de diluir el dolor ha sumado desconfianza. Está segura, después de haber hablado con Raúl, de que todo el mundo sabía más de lo que contaba. No quiere pensar así, pero en su estado es mejor darse tiempo, dejar que los días suavicen las sensaciones.

Seguro que acabará siendo la de siempre, solo le falta un poco de tiempo.

—Bueno, vamos a darnos prisa. Hay que bajar a desayunar y después... ¡compras! —Sonríe Candela.

—¿Ese es el plan de hoy?

—Por supuesto, Penélope. ¿Crees que íbamos a venir hasta aquí y marcharnos sin darnos ese gustazo?

—Pues ya puedes elegir tiendas económicas, mi presupuesto está tiritando solo con el viaje.

—Y el mío. Recuerda que los ingresos en mi casa se han reducido drásticamente con el divorcio —señala Alma.

—¡No os preocupéis! No hace falta que compremos nada, y si caemos en la tentación... la cuenta, esta vez, la pago yo.

—¿Por qué? —pregunta Penélope.

—Porque quiero. No entretengas más con preguntas bobas que se nos hace tarde.

Penélope sabe que es mejor no contradecir a Candela, va a salir perdiendo si lo intenta, así que se deja llevar por su plan.

Tras desayunar, salen a la calle dispuestas a patear Roma en busca de no se sabe qué. Candela cree que da lo mismo, no necesitan prendas que ponerse en el cuerpo, sino excusas para divertirse. En aquellos años en los que fantaseaban con ir a Roma, ir de tiendas era su mayor afición y el viaje consiste en conjugar el pasado y el presente. Hacer ahora lo que soñaron cuando eran unas jovencitas expertas en probarse todo y salir con las manos vacías tras desordenar por completo cada establecimiento. Todavía recuerdan las caras de algunas dependientas al percatarse de que les habían hecho perder el tiempo.

—Eso es lo que haremos, marear a los dependientes —dice Candela, con esa eterna sonrisa que muestra en su rostro, con ese optimismo que impregna el ambiente cada vez que ella abre la boca.

—¡Pero estos no nos entienden! —apunta Penélope, preocupada.

Aunque el italiano no es demasiado complicado para el oído, aún hay palabras que se le resisten, sobre todo si le hablan demasiado rápido.

—Tú déjame a mí, ya verás.

Un paseo las conduce a la *Vía dei Condotti*, una calle pequeña, cerca de la *Piazza di España* cuyo atractivo es la impresionante concentración de tiendas de las marcas más exclusivas de moda. Sus escaparates exponen los últimos modelos de esa temporada y reflejan la cara de perplejidad de Alma cuando mira los precios. Unos simples guantes, un complemento al que ella le concede una nula importancia, cuestan más de lo que cobra en un mes por su trabajo de media jornada en la gestoría. No quiere ni mirar el precio del vestido que lleva puesto el maniquí del escaparate en el que se ha quedado clavada. Se ha enamorado nada más verlo, aunque sabe que el resultado de desearlo sería como enamorarse de un actor de cine: acabar frustrada.

—¡Vámonos de aquí! —dice, pensando que sería mejor que buscasen una zona más acorde con su economía.

—¡No! ¡Vamos a entrar!

Candela parece más que decidida.

—Que no, que yo no entro ahí. ¿Has visto los precios, Candela? ¡Son una locura!

—¿Qué más da, Alma? No vamos a llevarnos nada. Como si cuestan un millón de euros...

—A mí me da vergüenza —dice Penélope.

—¿Vergüenza? —pregunta asombrada Candela—. ¡Desde cuándo te ha dado vergüenza hacer

esto!

—No sé, antes éramos unas niñas y se nos perdonaba todo, pero ahora... Además, no sé si nos van a tomar en serio. ¡Llevo un bolso de mercadillo!

Candela le quita el bolso y lo observa con detenimiento. Está nuevo y, aunque es verdad que lo compró en un mercadillo, tiene buen tacto y se nota que está bastante bien hecho. No es una falsificación es, simplemente, un bolso.

—¿Qué le pasa? Yo creo que es divino y te queda precioso con lo que te has puesto. Mira, somos extranjeras, esta gente puede que conozcan todos los detalles de la ropa de su marca, pero te aseguro que se creerán lo que nos empeñemos en fingir, siempre y cuando no nos pongamos nerviosas.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

Empuja la puerta de la boutique y al instante su olfato se inunda de un agradable aroma. Recuerda que ha oído hablar del marketing olfativo. Ligar la marca a una determinada fragancia exclusiva y usarla en todos los establecimientos de la franquicia, de manera que el comprador asocie la sensación del perfume con los productos que se ofrecen, ya que la memoria olfativa del ser humano es la más potente que existe.

A Candela le sorprende que haya podido ser consciente del olor.

La quimio, las sesiones que ha soportado a lo largo de su vida, le han causado bastantes problemas añadidos, daños colaterales necesarios para seguir viva. Uno de ellos, el que peor lleva, es la pérdida de oído. Le cuesta encontrar un tono para el móvil que su sentido sea capaz de percibir y, muchas veces, se sorprende a sí misma leyendo los labios a su interlocutor, como única manera de comunicación. Disimula, no quiere que sepan que apenas oye, pero a veces, si le hablan de espaldas es inevitable que tenga que pedir que le repitan el mensaje.

A su olfato le ha pasado otro tanto.

Se ha ido embotando, dejándola al margen de la percepción del propio sabor de los alimentos, así como de otras más dolorosas. Recuerda que le gustaba el aroma de Iván al salir de la ducha y ahora ni siquiera acercándose a él es capaz de notarlo. Por eso le extraña tanto haberse dado cuenta de ese detalle. No tarda en averiguar la causa.

—¡Por Dios! —dice Penélope—. Parece que se les ha ido la mano con el ambientador.

—Sí —corroboraba Alma—, es un poquito cargante. No huele mal, pero un poco de sutileza lo haría más agradable.

—Sí, lleváis razón.

Miente Candela. Ya se lo contará si llega el momento, si lo ve necesario, o tal vez no. No hace falta que lo sepan todo de su enfermedad, al menos no hace falta que sean conscientes de lo que supone. Piensa que, si alguna vez alguna de ellas tiene que enfrentarla, es mejor que conozcan lo

justo, que se dejen aconsejar por el médico y que los miedos que siempre surgen lleguen poco a poco y no los tengan en la memoria. Es mejor la ignorancia de la primera vez. Por lo menos ella lo vivió así. La segunda y las siguientes fueron mucho peores, porque los enemigos no eran invisibles, porque se sabía los pasos y no quería recorrerlos.

— *Buongiorno, in che cosa posso aiutarvi?*

—Buenos días —contesta Candela sin molestarse en emplear el italiano. Aunque el saludo lo conoce quiere dejar claro que son españolas, por si cuela y les hablan en su propio idioma.

—Buenos días —responde el guapo dependiente con una sonrisa y un tremendo acento—. ¿Puedo ayudar?

—Venimos buscando un vestido para mi amiga. —Candela señala a Alma, mientras le guiña un ojo, feliz por no tener que pelearse con el idioma—. Uno de esos que cuando un hombre te lo ve puesto pierde la cabeza.

—Creo que tenemos algo así —le contesta el muchacho, dándose la vuelta en busca de un modelo de la talla de Alma, que ha calculado con apenas un vistazo.

—¿Para mí? —pregunta esta, extrañada.

—Por supuesto, tú eres desde luego la que más vas a necesitar ropa ahora. Te espera un tiempo de muchas salidas y mucha actividad social. Empieza tu momento, preciosa, y tendrás que vestir acorde con él...

Candela acompaña el comentario con su risa y se aleja de Alma para que no pregunte más, simulando un inusitado interés por un expositor de pañuelos. El chico de la tienda sale con el vestido en sus manos, y también ha traído, sin que nadie se lo pida, una chaqueta y unos zapatos. Como buen vendedor, sabe que del efecto que consiga la primera vez, la primera impresión que esa mujer tenga de su aspecto, le hará decantarse por comprarlo o no, y opta por desplegar la artillería pesada. Alma, al principio, se resiste, pero Penélope la empuja hacia el probador.

—¿Cómo me queda? —pregunta Candela a Penélope, mientras Alma se cambia de ropa.

Se ha puesto un pañuelo colorido en la cabeza, atado con la destreza de quien se ha pasado media vida haciéndolo. Penélope no puede evitar sentir una punzada de dolor. A pesar de la sonrisa, del color que parece que ha vuelto al rostro de su amiga, las profundas ojeras están ahí, el maquillaje no ha sido capaz de taparlas del todo. O a lo mejor es que ella las ve, aunque estén escondidas. Es posible que antes de darse cuenta el pañuelo se vuelva una prenda necesaria.

—Siempre te quedan bien, Candela.

Hay dulzura en sus palabras, sinceridad absoluta. En su sonrisa, Penélope lleva esquinada una brizna de tristeza que se le ha escapado en forma de suspiro. Un poco es resignación y, otro poco, quizá lo que pesa más, aire necesario para afrontar el futuro que intuye que se está volviendo presente. Candela se oculta, no deja que vean lo evidente, pero no se puede tapar el sol

con un dedo. Está enferma, muy enferma y una sombra se asoma entre sus sonrisas, aunque ella trate de espantarla.

Lo de esta mañana no cree que haya sido solo una cena mal digerida.

Alma sale del probador con el vestido, la chaqueta y los zapatos. Le quedan perfectos, pero sus amigas no pueden evitar una risita ahogada. Su pelo es castaño y los ojos avellana, nada particular si no fuera porque en su cara todo es armonía. Los ojos son grandes y vivos, el pelo siempre se mantiene peinado, aunque haya un vendaval, el resto de sus rasgos equilibrados: una nariz pequeña, labios carnosos sin llegar a ser excesivos y una tez perfecta en la que jamás se coló una triste espinilla. Tiene un aspecto general aniñado que le suma atractivo, pero que hace que el vestido, espléndido en el maniquí del escaparate, logre que parezca mayor de lo que es.

—¿Qué os parece? —pregunta, preocupada por las caras de sus amigas.

—A ver, niño —le dice Candela al dependiente, mientras pone en sus manos el pañuelo que se acaba de quitar de la cabeza—. Queremos que esté preciosa, pero este vestido... no sé... hace que parezca demasiado...

—¿Madura? —pregunta él.

—Mayor —le dice Candela con seguridad—. Vamos, seguro que tienes algo que le vaya bien.

—Creo que sí.

El joven vuelve a desaparecer en la trastienda, olvidando el pañuelo en el mostrador.

—¿De verdad? —dice Alma. Ella solo se ha fijado en el vestido modelando su cuerpo y no le ha parecido que estuviera tan mal.

—Vamos a ver, alma de cántaro —dice Candela—. Ahora tienes que volver al mercado, ¿no? Pues un hombre sensato y que merezca la pena no se va a fijar en una maruja con carro de la compra de flores, que se pone bufandas tristes al cuello en el invierno y trajes de chaqueta marrones como las abuelas, ¿no crees? Se fijará en una mujer hermosa, que sigue pareciendo una niña a pesar de los años. Se fijará en alguien que tiene un cuerpo estupendo, apetecible... Las abuelas, cariño, parecen de todo menos apetecibles.

—Entonces en mí no se fijará nadie —dice, acordándose del día anterior en la playa.

—¿Perdona? ¡Estás perfecta! ¡Pero si no te sobra un gramo!

—¿Qué dices? —protesta Alma—. Yo me veo fatal...

—Mira, guapa, fatal estarás como sigas comiendo como un pajarito. ¿Crees que no nos hemos dado cuenta de que apenas comes, Alma?

—No tengo hambre nunca —se defiende ella.

—Vale, pues, aunque no tengas, comes. ¿No querrás acabar hecha un palillo, como estoy yo?

Alma le regala a su amiga media sonrisa, mientras se vuelve a mirar en el espejo de la tienda, observando por primera vez su cuerpo con ojos críticos. Es verdad que ha adelgazado, ha tenido que ir rescatando de su armario prendas de otro tiempo, porque apenas le valía nada, pero hasta

que no lo ha dicho en voz alta no se ha percatado de que su cuerpo hace tiempo que anuló la sensación de hambre.

—Que sí, que estás divina y la ropa que te vas a llevar hoy de aquí te hará parecerlo todavía más —dice Candela, interrumpiendo sus pensamientos.

—¡Pero estás loca! —baja la voz para que el dependiente no se entere—. ¡Has visto el precio!

—Sí, pero tú no has visto el saldo de mi tarjeta...

Se ríe con ganas mientras sus amigas la miran estupefactas. Ambas pensaban que bromeaba cuando dijo que ella se encargaría de pagar las facturas. Pero no es broma, ni mucho menos. Candela tiene las cosas muy claras.

—El dinero está para gastarlo. Nunca he tenido hijos, ni coche propio que se coma mi presupuesto, así que tengo más de lo que me va a hacer falta nunca. No os preocupéis, es un regalo. Luego te tocará a ti, Penélope.

—Pero ¿qué le parecerá a Iván? —pregunta esta, abrumada por la generosidad que encierra su sonrisa.

—Iván siempre está de acuerdo conmigo.

El dependiente saca un pantalón negro básico y una blusa cruzada de seda plateada. El tacto es espectacular y Alma se apresura a ponérselos. Al salir del probador se encuentra con las miradas de conformidad de sus amigas. Esta vez, el dependiente ha acertado de lleno con el conjunto. Ya no parece una maruja, ahora se ha disfrazado de mujer, con mayúsculas.

De las que dejan sin aliento a su paso.

—Nos lo llevamos —dice Candela, decidida—. Y pon esto también.

Señala el pañuelo que se ha probado un rato antes sin que Penélope lo entienda demasiado bien. Puede que sea de un tejido especial, con un tacto mágico, pero no cree que el precio que luce en la etiqueta sea demasiado justo. Seguro que en otra tienda podrían encontrar algo similar, pero, en lugar de llevarse uno, salir cargadas con diez. Penélope, acostumbrada a hacer equilibrios con el presupuesto se escandaliza un poco con el desprendimiento con el que actúa su amiga. Sigue pensando, temerosa, que los sonidos de la mañana esconden una verdad más grande de la que les ha contado y su corazón se dispara en latidos irregulares que normaliza a base de control mental. No quiere que nada estropee el sueño que un día tuvieron y que se va llenando de recuerdos para saborearlos en el futuro. No quiere que las sombras disipen la luz y las aparta concentrándose en la realidad de ese instante.

Poco después abandonan la tienda y siguen paseando por la ciudad. Las risas las siguen de cerca, alentadas por los comentarios divertidos de Candela, que ese día parece radiante.

Alma se contagia y ríe.

Es el primer día en meses que respira sin obligarse, el primero en el que una actividad, aunque haya sido algo tan banal como comprar ropa, ha alejado a Sergio durante un tiempo de sus

pensamientos. Cuando intuye que está volviendo a invadirla, mira la bolsa de la boutique y esta actúa como escudo protector. Una simple bolsa, un trozo de papel con letras impresas, le ha devuelto la tranquilidad y, aunque no entiende su reacción, se deja llevar por ella. También, como a Penélope, la persiguen dudas con respecto a Candela, aunque las suyas son distintas y también, como su amiga, y sin que entre ellas haya habido palabras, las espanta para que no molesten, para que no estropeen el momento que está viviendo.

Sus pasos erráticos hacen que recalen en otra tienda y luego otra más, y otra, y en cada una la tarjeta de Candela va restando saldo mientras ellas suman recuerdos. Cuando se cansan del juego y las bolsas ocupan por completo sus manos, deciden que es el momento perfecto para tomarse un respiro y comer en alguna terraza. La primavera está siendo generosa con la temperatura y pueden permitirse el lujo de sentarse al aire libre para acallar sus estómagos.

—¡Me lo estoy pasando genial! —dice Candela.

—Yo también, creo que el día está siendo perfecto. ¿Por qué nos gustará tanto ir de compras? —Se pregunta Alma, mientras coloca las bolsas a sus pies, lejos del lugar por donde intuye que tendrá que pasar el camarero.

No quiere accidentes con su ropa nueva.

—No lo sé, a lo mejor es porque no lo hacemos todo lo que queríamos —se ríe Penélope.

—¿Qué no hacemos? —La pregunta de Candela, cargada en su tono de doble intención, desvía la conversación.

—¡Eres tonta! Me refería a comprar...

—¡Ya lo sé! Pero me preguntaba si no hacemos lo que queremos...

—Yo, desde luego, he dejado de practicar.

El comentario de Alma no lleva enganchada tristeza. La verdad es que hasta que el tema del sexo no se cuela entre los aperitivos, no se había parado a pensar en que hace tiempo que se borró de su agenda.

—¿Lo echas de menos?

Candela pregunta intrigada. En su vida ha habido muchas pausas obligadas, momentos en los que su cuerpo tenía difícil otra cosa que no fuera luchar para mantenerla viva. Sin embargo, a pesar de todo, le ha apetecido hasta entonces, aunque haya tenido que establecer prioridades.

—No, la verdad es que no.

—¿No? —pregunta Penélope—. Yo tampoco es que me vuelva loca por un polvo —sonríe—, pero creo que sí lo extraño. Esta mañana me ha pasado algo muy raro.

Les cuenta lo que le pasó mientras escuchaba a la pareja de la habitación de al lado. Va a callarse que no estaba pensando en Rodrigo, pero lo piensa mejor y les cuenta la verdad. Que se imaginó con Patxi.

—Pero ¡qué dices! ¡Si solo lo has visto una vez!

—Pues no sé, Alma. Me hizo reír, me gustó hablar con él y mi subconsciente me parece que me traicionó. Creo que hasta ese momento ni se me había pasado por la imaginación otra persona que no fuera Rodri.

—Probablemente lo volveremos a ver, ¿qué vas a hacer?

—¿Yo? ¡Nada! ¿Estáis locas? Adoro a mi marido, pero supongo que de vez en cuando echas de menos que alguien te piropee, que sea amable contigo... No he hecho nada malo...

—¡Claro que no! —dice Candela—. Has tenido un sueño erótico despierta...

Se ríen con ganas unos momentos, hasta que Alma recuerda lo que le desvelaron el día anterior.

—No le hagas eso, por favor —dice.

—¿Qué? ¿Que no haga qué? —pregunta Penélope.

—Engañarlo, cambiarlo por un capricho. Rodrigo es una persona excepcional, te quiere con locura, tenéis dos hijos... —Ella se siente Rodrigo y Penélope se ha convertido en Sergio en su mente.

—Solo ha sido un pensamiento.

—Los pensamientos son peligrosos... —dice Alma.

—Sé lo que tengo y entiendo perfectamente lo que perdería si hago una tontería. ¿A cambio de qué? ¿De un rollo? Recuerda que conozco el sentimiento de culpa que me invadiría. No quiero mandar a paseo mi vida por un capricho, por una gilipollez. O por un gilipollas...

—¿No dices que es un buen tío? —le pregunta.

—Eso parece, pero ¿quién es capaz de conocer a alguien solo por haber intercambiado unas palabras?

—No te dejes embaucar. Divorciado, sin pareja estable... Si lo que busca es un rollo, deja que lo siga buscando.

Penélope piensa en lo que le dice Alma. Aunque su vida sea un desierto de emociones positivas, no es necesario que la complique más. Bastante trastorno supone cuidar de unos padres envueltos en una batalla contra la memoria y de unos niños que están en pleno crecimiento, convirtiendo cada conversación en una pelea. Bastante tiene con medir cada céntimo para que el dinero llegue para todo.

Además, ella tiene a Rodrigo que la quiere, aunque a veces no lo demuestre demasiado, se dice.

A pesar de los combates verbales que son más frecuentes de lo que le gustaría, se repite.

A pesar de los silencios eternos de muchas noches, se lamenta.

Raúl ha salido a dar un paseo por los alrededores del hotel. Recorre sin plan previo calles angostas empedradas, flanqueadas por coches aparcados a ambos lados, dejando a su paso ruidosas terrazas atestadas de turistas. Desemboca en avenidas en plena hora punta, en las que el tráfico se hace con el protagonismo de la escena. Cruza semáforos y salta de acera en acera sin guía ni mapa, porque en realidad no va a ninguna parte.

Al pasar al lado de una floristería, le llama la atención un cubo que expone unas magníficas rosas blancas. Se para a mirarlas porque le traen a la memoria la única vez en su vida que le regalaron flores.

—Alma —susurra, aunque no haya oídos que escuchen.

Cuando aquella tarde de su decimonoveno cumpleaños le abrió la puerta de su casa, ella le entregó el ramo y le dijo que los amigos se regalan rosas blancas, que lo había leído en un poema. No puede evitar sonreírle al recuerdo. Esa era ella, la muchacha capaz de hacer lo primero que se le pasaba por la cabeza, por extravagante, imprevisible o absurdo que le pareciera al resto. La chica que hacía brillar su mundo solo con su presencia. Sigue pensando que tiene que estar en alguna parte. Escondida o asustada, pero tiene que estar. La vida la ha podido golpear, pero no debería haber logrado apagarla.

No se puede vivir sin luz.

Raúl sigue andando y su compañía son los recuerdos de otro tiempo. Continúa su paseo por aceras abarrotadas, esquivando motos aparcadas en lugares imposibles, cruzándose con mil personas que caminan con prisa. Lleva un rato deambulando por la ciudad y, sin querer, la compara con otras que ha ido conociendo a lo largo de su vida. Roma no es Nueva York ni Sidney, ni París, pero se parece a todas. Puede que los edificios no tengan la misma altura ni diseño, y que el aire no huela igual, pero tienen algo en común: la gente. Es lo que las aproxima, por más que los rasgos de sus habitantes sean diferentes. Son distintos, pero su comportamiento es semejante: caminan ajenos a los demás, pendientes de sus vidas, sumidos cada uno en su propia rutina y cargados de silencios.

No ha escuchado un saludo entre dos personas en todo el tiempo que lleva andando.

Le resulta curioso el comportamiento humano. Nos empeñamos en hacernos en ciudades de tamaños imposibles para, al final, vivir mucho más solos que en mitad del campo. Se acuerda de su pequeña ciudad de provincias y de lo imposible que allí es el anonimato. Es impensable andar sin acabar tropezando con alguien. No le hicieron falta meses para reencontrarse con Alma tras su regreso, solo tuvo que necesitar champú y ahí estaba, en la perfumería.

Alma.

Sus pensamientos vuelven de nuevo a ella. Supuso que cuando la viera a su regreso de Sidney, le costaría reconocerla, pero, aunque ha madurado, no ha cambiado apenas. Por eso no dudó en cuanto tropezó con ella en la perfumería. Queda mucho de la que conserva en sus recuerdos. Los años apenas le han dejado huella, aunque el matiz diferente es la tristeza que la rodea, como una burbuja invisible. Esa que nunca sintió mientras crecían.

No puede evitar que en sus pensamientos aparezca Sergio.

—Hijo de puta —vuelve a susurrar, y esta vez alguien se vuelve a mirarle porque está hablando solo.

Nunca le dijo a Alma lo que pensaba de verdad de él. ¿Para qué? Ella no quería escuchar y solo hubiera servido para separar sus caminos mucho antes. Prefirió aguantar las palabras, retenerlas dentro y dejar que ella sola descubriera quién era ese imbécil del que se había enamorado.

¡Qué idiota fue al pensar que se daría cuenta enseguida!

Raúl divaga sobre el tipo al que odia desde hace media vida. Sergio, desde que eran críos, proyectaba la imagen de alguien que poco tenía que ver con Alma. Frente a los inexpertos ojos de Raúl, eran tan distintos que estaba seguro de que no se molestaría ni en mirarla.

Se equivocó.

Qué fácil es confundir los deseos con la realidad.

Durante un tiempo, Raúl se aferró a una última esperanza. Pensó que Sergio, a quien le sobraban chicas que suspiraban por él, no se fijaría en Alma y ella se acabaría olvidando. ¡Qué imbécil! ¿Cómo no se iba a fijar en ella? No solo era guapa, era divertida y estaba tan pillada que hubiera hecho lo que hiciera falta por llamar su atención. Qué absurdo el amor adolescente, la juventud, la inexperiencia que nos conduce de cabeza al fracaso muchas veces.

De los fracasos, dicen, se aprende.

Lo que no dicen es cuánto se tarda.

Sergio sí la vio y fue quien se quedó con ella. Raúl, cuando tropezó con todas las piezas de su realidad descolocadas, solo encontró un camino para ponerle punto final: huir y dejar que vivieran su cuento. No quiso ser testigo de un feliz desenlace que no le incluía. Su cobardía, la inexperiencia o el escaso valor para hablarle a Alma sobre sus sentimientos le habían convertido en espectador de una historia, que en algún momento se atrevió a imaginar que podría ser la suya. La realidad, experta en lecciones, le dio un bofetón en plena cara aquel domingo en la estación y le demostró que, con Alma, ni siquiera había tenido el papel de antagonista.

No había pasado de ser un simple secundario en su vida.

Ahora sabe que aquel no era de verdad el final del cuento de Alma, que la historia no estaba cerrada, porque Sergio no era el príncipe que ella imaginó. Sergio, como esa fama que le precedía, era de ganar todas las apuestas.

Algunas veces se quiere algo solo porque es un reto.

Cuando se consigue, deja de importar y se buscan metas nuevas.

Raúl se detiene en una cafetería y pide un capuchino. Mientras deja que se enfríe un poco, saca su cartera para pagar la cuenta y la foto de John se cae encima del mostrador. Se queda mirándola, como si no supiera de memoria los rasgos del protagonista del retrato, como si ese fuera un gesto nuevo que acaba de experimentar.

Como si no fuera algo que hace, cada día, a la mínima ocasión.

La guarda de nuevo, se guarda su tristeza y la sopla con ese simple gesto. No sirve de nada regodearse en el dolor, darle vueltas a lo que ya no puede ser, y entiende que eso es lo que le molesta en su amiga, el que siga empeñada en no dejar que el aire fresco de una nueva vida entre por su ventana. Cuando las historias terminan no queda más remedio que volver a empezar, que seguir viviendo a pesar de los recuerdos.

Después de salir de la cafetería pide un taxi para volver al hotel.

No sabe dónde está.

Las tres amigas llegan a la habitación del hotel cargadas de bolsas, riendo, contagiadas por las sensaciones placenteras que una actividad tan simple como comprar unos trapos ha logrado despertar en su ánimo. Candela está radiante, está viviendo. Más que nunca en los últimos años, porque se ha dado permiso para no pensar.

—¿No te ha costado una burrada? —pregunta Penélope, sin poder morderse la lengua más tiempo, mientras mira el pañuelo que Candela acaba de sacar de la elegante bolsa de la boutique.

—No. O sí, pero no.

—Aclárate, Candela. —Se ríe Alma—. ¿Sí o no?

—Sí, es caro. No, no lo es en absoluto.

Penélope y Alma la miran sin comprender el trabalenguas.

Candela suelta una de sus carcajadas, esas que parecen cargadas de endorfinas contagiosas, que esparcen felicidad a su alrededor.

—Es caro si lo miras como un simple trozo de tela. Pero no es caro porque tiene magia...

—¿Magia? ¿Ahora nos vas a contar un cuento? —pregunta Penélope.

—Es magia real, creedme. Vamos, tocadlo. —Se lo ofrece para que pasen sus dedos por encima y noten la sutileza de su textura—. Transmite una sensación de felicidad que es complicado encontrar en cualquier otro pañuelo. Y al ponerlo sobre la cabeza, al pararte delante del espejo, tiene la virtud de realzar los ojos, la sonrisa... Te ves. Te ves dentro.

Penélope la anima a que se lo ponga a ella.

Nunca se le ha pasado por la cabeza pedírselo, pero han sido muchas las veces que ha querido saber qué se siente cuando buscas disimular la ausencia de pelo. Cierra los ojos hasta que Candela le dice que se mire en el espejo. Al abrirlos, entiende las palabras de su amiga. Entiende la magia que se siente cuando te ves hermosa. Porque ese pañuelo, ese trozo de tela, la convierte en una mujer especial, aunque ahora mismo ella no esté al frente de ninguna batalla.

—¡Guau! Es verdad...

—Nadie puede hacer esto como tú, no me extraña que en el hospital te adoren.

Alma sabe que cada vez que Candela atraviesa la puerta de oncología desata una fiesta entre enfermeras y auxiliares, y no porque se lo haya contado. Tuvo ocasión de verlo cuando su madre pasó por allí, tuvo la suerte inmensa de que la ayudase a cuidarla en el tiempo que duró la enfermedad. Candela ponía luz a los días de oscuridad, porque ella, como su nombre, siempre ha sido una llama encendida: la de la esperanza, esa que nunca se debe perder de vista.

Candela es especial, diferente, única.

Sabía hasta cuando lo imposible de saber se avecina y ella lo ve venir.

* * *

Candela ha entrado en la habitación de Sara, la madre de Alma, cargada con una dosis extra de energía. Hace días que sabe que hace más falta que nunca, pero no necesita nada más que una mirada para comprender.

Sara está tumbada en la cama, pálida. Está allí, su cuerpo es una presencia real, pero su espíritu se ha empezado a desenganchar. Le quedan unas horas de vida, pero eso Alma no lo sabe. Cree que todavía es demasiado pronto, siempre es pronto para que tu madre te suelte la mano.

Sin embargo, Candela lo siente.

Ese espíritu que se escapa de Sara se vuelve una presencia transparente en la habitación, se asoma a través de unos ojos que parece que no ven nada, aunque estén abiertos. No es capaz de hablar, lo intenta, pero las palabras, tramposas, se enredan en su lengua y el esfuerzo de expulsarlas la deja exhausta.

—Déjalo, mamá, descansa —le dice Alma mientras siente un escalofrío al agarrar su mano, fría, demasiado fría.

—Buen viaje.

Alma mira a Candela sin querer asimilar las palabras que acaba de pronunciar. Su madre ha cerrado los ojos, pero respira todavía. Le cuesta casi tanto como esas frases ininteligibles, pero el aire sigue entrando y saliendo de sus maltratados pulmones.

Con un gesto, Candela le pide a Alma que salga de la habitación.

—Se ha rendido —le dice.

—¿Qué?

Las lágrimas que ha estado aguantando mientras pasaba horas al lado de Sara se convierten en un torrente que inunda la mirada de Alma.

—Sí, que ya está. Se va.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es cierto. Despídete de ella, el tiempo se acaba.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo...?

Alma no encuentra las preguntas, pero no es porque no las tenga. Es que es difícil seleccionar una entre tantas y elige no sacarlas de dentro.

Quizá no quiere respuestas.

—Porque lo sé, Alma. Te queda muy poco tiempo con ella. No lo desperdicies hablando conmigo.

Alma vuelve a la habitación y no se separa de su madre. Pasan las horas y la respiración va

prolongando las pausas, tanto que, en cada una, Alma siente que se ahoga, porque está casi respirando con ella. Sara ya no abre los ojos, ya no habla. Se ha quedado dormida y si no fuera porque Alma lo sabe, porque sabe que Candela no le mentiría nunca, pensaría que tal vez duerme.

El último aliento no es el anuncio de que se ha marchado. Lo es el que ha dejado de sentirla. Tenía sus manos aferradas a la de su madre y ha podido percibir su ausencia definitiva.

La mano está ahí, pero su madre no está.

No llora.

Siente alivio y culpabilidad a la vez, por no ser capaz de derramar ahora una lágrima. Horas después, cuando el tiempo sin ella sea una losa que empiece a pesarle, todas juntas nublarán su mirada en una tormenta que durará muchos meses.

El teléfono móvil de Alma empieza a vibrar mientras se desviste en la habitación del hotel. Lleva días ignorando su presencia, días en los que no ha recibido una llamada y si lo mantiene encendido, es por dos razones: la primera, la más importante, porque quiere estar localizable por si les ocurre algo a sus hijos. Los ha dejado con su padre y siempre están al acecho los imprevistos, no cree que él tenga ningún interés en comunicarse con ella por ninguna otra razón. La segunda, la inconsciente, la absurda, la inconfesable, porque desea con todas sus fuerzas que Sergio la llame. Esa es ella ahora, pura contradicción, sentimientos encontrados que agitan su interior impidiendo que avance. Sus aguas estancadas dan vueltas en un remolino y en cualquier momento el naufragio será absoluto.

Se ahogará, como ahora se asfixian sus pulmones al ritmo repetitivo de esa danza improvisada.

Una llamada y un nombre escrito en la pantalla de su móvil vuelve a removerlo todo. Sergio. Allí está, intentando comunicarse con ella. Su corazón empieza a latir con fuerza aun cuando teme que la conversación que todavía no ha empezado acabe mal. Sin embargo, es difícil convencer al corazón para que no sienta lo que no conviene y Alma todavía sigue enamorada de su marido.

A pesar de todo.

—¿Diga?

—¿Alma?

—¿Les ha pasado algo a los niños?

Hubiera querido que la primera frase fuera otra, un cómo estás o un te quiero que no procede, pero se obliga a actuar con sensatez mientras respira hondo.

—No, no les pasa nada, solo quieren hablar contigo. Te paso a Sofía.

Alma se queda esperando unos segundos hasta que le llega la voz de su hija. Habla con ella, le pregunta por esos días sin verse, le manda palabras de cariño y le explica que el viaje está siendo muy divertido. Habla más tarde con Darío y se preocupa por sus deberes o si está comiendo bien. En todo el tiempo que transcurre en esas dos conversaciones, no ha prestado atención a ninguna respuesta. Su mente se ha quedado atascada en el recuerdo de la voz de Sergio, en ese tono neutro y de compromiso.

Hubiera preferido discutir, cualquier cosa antes que la indiferencia que siente por parte de él.

No lo entiende.

Han sido muchos años juntos y él parece que se ha olvidado de todo lo que vivieron. ¿Por qué es tan difícil para ella? ¿Por qué no puede actuar como él? ¿Por qué no es capaz de dejar de

quererlo, aunque sea tan obvio que sería lo mejor?

Cuelga y se obliga de nuevo a recomponerse, aunque no es sencillo. Había pensado que el día podría ser perfecto, pero ahora no lo siente así. El esfuerzo de seguir adelante, de sonreírle a todo, se ha hecho añicos con una llamada.

Penélope, que ha escuchado la conversación mientras la observaba, no puede decir nada. Pone su mano en el hombro de Alma y esta se aparta con suavidad.

Ahora no, parecen decirle sus ojos.

Tú no, repiten en silencio.

Penélope entiende que es pronto para que se haya olvidado de lo que pasó entre ella y Sergio y no insiste en hablar. No hacen falta palabras entre las dos, sabe que Alma no es de las que se recuperan en cinco minutos y no escarba en la herida. Solo conseguiría remover el sufrimiento y minar de nuevo el puente que trata de reconstruir entre las dos después de haberle contado la verdad.

Que pase el tiempo.

Es lo que le hace falta a Alma.

Mucha falta.

Candela ha estado hablando por teléfono con Iván. Es increíble oírlos, que después de tanto tiempo su historia suene a nueva. El amor a veces es pura magia, a pesar del tiempo que pase, y en Iván y Candela esto se confirma. Alma, ahora que no cree en el amor, se siente extraña con la conversación.

—¡Nos lo estamos pasando genial! —dice Candela.

La pausa indica que Iván le está contando algo largo, y las risas y los monosílabos que salen de ella confirman que lo que comparten no le genera ninguna angustia.

—No te preocupes por eso, cariño. Cuando llegue yo misma iré y lo arreglaré... Sí, yo también te quiero. Nos vemos en unos días. ¡Mua!

Cuelga y, sonriente, les cuenta el pequeño contratiempo con el que Iván ha tropezado en estos días en los que se ha quedado solo.

—Ha llegado una factura de la luz... peculiar, y creo que ha estado a punto de darle un infarto.

—¿A qué te refieres con peculiar? —pregunta Penélope.

—Pues a dos mil euros.

—¡Dos mil! —Se asusta Alma—. ¡Eso no es peculiar, eso es una putada!

—Estoy segura de que no hemos consumido eso, ni que tuviéramos un taller de costura ilegal en el garaje trabajando día y noche...; seguro que es un error que se podrá arreglar, pero sabéis que Iván se inquieta por todo...

—Yo me habría puesto a llorar —le señala Penélope—. Es una barbaridad, claro que será un error, pero recuerdo que, a mí, para que me devolvieran doce euros de teléfono que me cobraron de más, una factura que me duplicaron del móvil, me tuvieron año y medio dando vueltas.

—Solo es dinero, Penélope. Nada más. Si se puede arreglar, se arreglará. Si no, pues tampoco se hunde el mundo.

—Mi mundo se hundiría por mucho menos de eso...

Alma lo entiende, pero también sabe que las prioridades de la vida no las dicta a veces el dinero, sino el tiempo. El que pasa y el que queda. Ese que se nos escapa en cada latido, sin que podamos evitarlo y que no hay que perder preocupándose de lo que puede tener solución.

—Nada, dejemos de pensar en esto y vamos a planear qué haremos esta noche —dice.

—¿Te quedan ganas de hacer algo con el disgusto que te acabas de llevar?

—¿Qué disgusto, Alma? —Se ríe Candela—. Los disgustos son otra cosa. He pensado que podemos ir a dar un paseo, para ver los monumentos de esta ciudad preciosa iluminados y luego...

—¿Luego qué? A ver, que me estás asustando...

—Luego podemos recrearnos con otros «*monumentos*».

—¿Qué monu... ? ¡¿Hombres?!

—Pues claro, Alma. No pasará nada porque nos regalemos la vista un rato, ¿no creéis?

—Pero... ¿eso no sería como si les fuéramos un poco infieles a nuestros maridos?

Penélope se muerde la lengua tarde. Por un momento se ha olvidado de la confesión del día anterior y no cree que mencionar esa palabra deje indiferente a Alma. Parece que hay perdón para ella, pero aún el terreno no es firme.

—No, nada de eso. Penélope, ¿no has tenido tú un sueño «curioso» esta mañana? Y encima despierta... ¿Has sido infiel a Rodrigo por eso?

—No lo creo.

—Te lo has dicho todo. ¡Esta noche «*monumentos*»!

Se ríen de la ocurrencia y planean secundarla.

Es divertido.

Podrán hacer comentarios y ellos, las víctimas de sus palabras, no serán capaces de entenderlas mientras hablen lo más rápido que puedan en español.

El teléfono de Alma suena y ella suspira al ver el nombre en la pantalla.

—¿Otra vez Raúl? —se pregunta, en voz alta.

—¿Y a qué esperas? Descuelga, a ver qué quiere...

—No, Candela, no me apetece, tenemos nuestros planes.

—¿Quién te dice que te llama para quedar contigo? A lo mejor es otra cosa —aventura Penélope.

—Ayer creo que quedamos, pero...

—Mira, Alma, no te niego que la presencia de tu amigo me molesta un poco, porque nos fastidia este viaje de tres, nos roba tu compañía, pero sé que te vendrá bien reencontrarte con la que eras no hace tanto. Te ayudará a recordar.

—¿A recordar qué?

—A recordar que hubo un tiempo en el que todo era posible, en el que emprendiste una vida. ¿Equivocada? No lo creo. Tuvo sus luces, aunque ahora esté llena de sombras, pero quién sabe si este hombre será el interruptor... —Sonríe maliciosamente.

—Ya le daré yo un manotazo para que deje la luz como está.

—Anda, llámale...

Al final, Alma repliega sus defensas y acepta la propuesta de Raúl. Ha dejado en sus manos la elección del restaurante y, por lo que ve al entrar, tiene buen gusto. Es un sitio elegante con una sobria decoración que, junto a la suave música de fondo y la tenue iluminación en tonalidades cálidas, transmite buenas vibraciones. Parece una promesa de tranquilidad y eso es lo que más necesita ella hoy, serenarse, olvidar la llamada que ha hecho que su ánimo vuelva a rodar montaña abajo.

La mesa de la primera planta a la que los conduce el camarero tiene preparado un servicio para dos. En el centro, separando las copas, arde una vela encendida que aporta un ligero olor a cítricos. Está situada al lado de un ventanal de madera que enmarca la impresionante estampa nocturna de Roma, salpicada por miles de lucecitas. Nada más sentarse, Alma, que no está muy habladora, desvía la mirada al exterior y se queda observando el tráfico incesante de la calle y los semáforos que regulan la danza de la ciudad.

Raúl ha respetado su poca locuacidad desde que la recogió en el hotel. Ha evitado agobiarla con preguntas, no quiere empezar la noche mal, pero no hace falta que ella se lo diga para darse cuenta de que continúa triste.

Apostaría que un poco más que el día anterior.

El camarero llega con las cartas y ella recibe la suya devolviéndole una sonrisa de cortesía. La abre y empieza una lectura concentrada mientras, con el dedo índice de la mano izquierda, gira en bucles un pequeño mechón de pelo. Raúl recuerda ese tic y sabe que significa que está nerviosa. No le hacen falta más que unos segundos para constatarlo.

—¡Me rindo, no entiendo el italiano! —dice ella, cerrando la carta de golpe.

Raúl le toca el brazo izquierdo. Es un roce sutil que pretende distraerla para que deje de retorcerse el pelo y le lanza una idea.

—Vuelve a abrir la carta, cierra los ojos, posa tu dedo sobre algo, y pídelo —le dice, con un tono suave.

—¿Y si no me gusta?

—Si no te gusta, pides otra cosa, no pasa nada por no comérselo todo, no eres tus niños.

—Está bien —acepta ella, tras exhalar un suspiro.

Baja los párpados, eleva un poco el mentón, como si estuviera haciendo algo trascendental, y desliza el dedo por la hoja. Abre un poco uno de los ojos, pero con él ve un gesto de negación de Raúl y una sonrisa suya que le indica que no haga trampas. No puede evitar que se le escape un leve gruñido y, tras sonreír un poco, obedece. Deja que de nuevo su dedo baje, que vuelva a subir, titubea y, al final, se detiene más o menos a la mitad de la página: *lasa'a di verdure alla*

griglia con formaggio di capra.

—Mira que como no me guste... —Le tiende la carta para que lo lea él.

—Seguro que sí. Parecen verduras.

—Bueno, en eso llevas razón, me gustan las verduras.

—Yo pediré lo mismo.

Raúl levanta la mano, llamando al camarero para que anote la demanda. Este, cuando toma sus peticiones, les ofrece un tinto exquisito, brillante y opaco, que les promete que deja un regusto aterciopelado en la boca. Ninguno es experto en vinos, pero la exposición que hace es tan apasionada que se dejan llevar por su recomendación.

—¿Brindamos? —pregunta Raúl, cuando el hombre se va, tras rellenarles las copas.

—¿Por qué quieres que brindemos?

—Por nuestro reencuentro.

Raúl sonríe y choca ligeramente la copa con la de su amiga. Piensa que es cierto, que hay motivos para ello, que han sido muchos años sin saber el uno del otro. Demasiados. La distancia ha oxidado la naturalidad con la que se trataban, pero quizá el vino pueda actuar como lubricante. Los halagos al tinto del Piamonte, que es realmente bueno, se convierten en un puente y la conversación fluye. Poco a poco, él se apoya en esas palabras triviales para llegar a otras, las que de verdad quiere pronunciar.

—¿Te pasa algo, Alma?

—No.

—Alma... que nos conocemos.

—Soy así.

—¿Tú? No, tú no eres así. No creo que hayas cambiado tanto...

—Tú recuerdas a otra. Recuerdas a la que era, no a la que soy ahora mismo. El tiempo ha pasado, la vida ha seguido, he madurado, he cambiado...

—Lo siento, no creo que, por mucho que hayas cambiado, hayas dejado de ser tú misma. Tienes que estar en alguna parte, escondida.

—¿Por qué me iba a esconder?

—Alma, porque estás herida y, cuando algo nos hace daño, nos protegemos. Llámalo caparazón, armadura, escudo, como quieras. Me di cuenta en la perfumería de que lo llevas puesto y no me gusta. Te puedes estar perdiendo ser feliz.

Lleva razón y ella lo sabe.

Igual que le está demostrando que la sigue conociendo bien.

Claro que ella no es así. Nunca ha estado tan triste, tan apática, pero es que jamás se ha sentido tan perdida. Siempre ha habido una referencia en su vida, un lugar al que mirar para no extraviarse. No necesitó buscarla en sí misma porque de pequeña sus padres hicieron ese papel y

cuando creció, cuando se enamoró y consiguió estar al lado de la persona que amaba, Sergio tomó el relevo.

El camarero llega con dos platos humeantes acompañados de una frase de cortesía que les invita a disfrutarlos. Alma observa el contenido de su plato. Parecen calabacitas mezcladas con champiñones, albahaca y queso de cabra, y es toda una tentación para la vista y el oído. Si el gusto acompaña, podría ser el plato perfecto. Pero no se lanza de cabeza, espera un poco a que se enfríe, dispersando la comida con el tenedor.

Raúl no espera y su impaciencia le cuesta quemarse la lengua.

—¡Joder!

No puede evitar un aullido mientras aspira en su boca para intentar minimizar el dolor. Trata de aplacarlo bebiendo vino.

—¿Estás bien? —le pregunta ella, que está haciendo esfuerzos para no reírse. Al final, suelta una carcajada—. Perdona, es que me has recordado a Darío, siempre se quema con la sopa.

—No sé tener paciencia.

Después de pronunciar la frase, eleva las cejas de un modo que resulta imperceptible para su amiga. Se ha acordado de que la tuvo, esperó mucho tiempo para decirle lo que sentía por ella. Tanto que Sergio se le adelantó y decidió marcharse. Desde entonces, ha aprendido a no dejar pasar las oportunidades de la vida y la paciencia para buscar el momento perfecto no la tiene.

Tampoco cree que exista un momento perfecto para nada.

El resto de la comida, salpicada por la anécdota de la quemadura, transcurre más distendida. Se preguntan, se contestan, se ríen. Reconstruyen el tiempo que han pasado separados con elementos triviales. Una frase lleva a otra, llegan el postre y un descafeinado y es entonces cuando Raúl decide pedirle que se desnude frente a él.

—Dime la verdad, por favor. ¿Cómo estás?

—Bien, no te preocupes por mí —contesta ella.

—Claro que me preocupo, somos amigos. Los amigos están para algo más que para pedir favores o para salir a cenar, ¿no crees? Están para escuchar.

—Nadie puede ayudarme a borrar los recuerdos de los últimos años, Raúl. Ni siquiera tú. Por mucho que se hayan vuelto dolorosos hasta los que fueron felices. No puedo esquivar a Sergio en mi cabeza ni siquiera estando aquí, cenando contigo.

—Estabas viviendo una mentira, Alma. ¿No lo ves? —pregunta Raúl.

—No, los que no sois capaces de ver nada sois vosotros. —Alma parece muy segura cuando pronuncia estas palabras—. No era una mentira, al menos no, para mí. Sé que no os parece normal, que vosotros teníais, todos, información de la que yo carecía, pero esa misma falta de datos me hizo vivir... de acuerdo con lo que yo sentía.

—No te entiendo.

—Yo amaba a Sergio. Él estaba ahí, conmigo. Mintiéndome, ahora lo sé, pero me mentía tan bien que yo creía que era todo verdad y lo vivía como eso, como una verdad absoluta. Mi vida, mi rutina, eran perfectas. A mi lado estaba el hombre que me hacía feliz, tenía a mis dos hijos, sanos, preciosos. Me sentía protegida, tranquila en esa burbuja que construimos. ¿Nada de eso era cierto? ¿No es verdad que yo sentía sus manos recorrer mi cuerpo muchas noches? ¿Es menos real que hablábamos, que nos reíamos, solo porque yo ignorase una verdad que solo lo era fuera de mi pequeño entorno? No, todo era verdad ahí. —En este punto las lágrimas, en otro tiempo, habrían hecho su aparición, pero hoy Alma se siente fuerte y no le hacen falta—. Mi vida fue real para mí. Me hacía sentir única.

Raúl se queda sin palabras.

No había pensado en ese enfoque, pero admite que tiene parte de razón. A veces el reflejo del universo es nuestro propio mundo y, si no sabemos que hay otro, lo vivimos como la única posibilidad. Platón lo explicó hace siglos.

—¿Qué ha sido lo peor, lo que peor te ha hecho sentir de todo esto? —le pregunta.

—Verlos besarse un día, sentir que me estaban robando algo que creía que era mío. Todo se me cayó encima en ese instante. Toda la seguridad en mí misma, mi valor, mis fuerzas para seguir adelante se desvanecieron de pronto.

—¿Has dejado de quererle?

Alma le mira y sonríe, una de esas medias sonrisas de quien ha sido derrotado y se resigna a su condena.

—No.

Rotundo.

Sin fisuras.

Sin una leve grieta por donde Raúl pueda dejar que se cuelen sus sentimientos y logren despertarla de esa tristeza que acompaña a sus pasos. Sergio, sin estar, está. Sergio, sin portarse bien, la sigue teniendo a su lado.

Todos los cordones umbilicales de Alma se han cortado, con la crueldad de unas tijeras que no entienden de sentimientos. Sus padres, la casa donde vivieron que hubo que dismantelar, deshacerse de los recuerdos materiales porque no había sitio en su nueva vida para ellos. Ahora le ha tocado a Sergio. Ella se empeña en no soltarse, quiere seguirle todavía aun cuando el dolor es muchas veces insoportable. Da igual lo que le digan, da lo mismo que ella sepa que nada de lo que antes era, ahora es posible. Sigue queriendo, en su fuero interno, reconstruir lo improbable, sigue aferrada a esa vida que creía suya, aunque no le quede nada.

—No eres la única —dice Raúl, más serio aún de lo que acostumbra.

—¿La única? —pregunta ella, perdida en sus pensamientos.

—La única que se ha sentido hundida en algún momento, joder.

—Lo sé, ¿crees que no? Pero este no es uno cualquiera... —Se está enfadando.

—¡Te comportas como si no hubiera nada más allá de esos sentimientos que ya son historia!

—Los demás queréis que se me pase en un segundo, como si esto fuera muy fácil.

—¡Sé que no lo es! —dice él elevando la voz, interrumpiéndola—. ¿Crees que yo no he sufrido? Ha habido veces que lo cómodo hubiera sido dejarse arrastrar, pasar de todo y de todos, dejar de preocuparme y encerrarme en mí mismo, pero no lo hice. ¡Busqué una salida, Alma!

—¡Nunca hemos sido iguales! —Ella se defiende de un ataque imaginario, se ha puesto en guardia como hace desde que su mundo se desmoronó.

—Da igual que no seamos iguales. Lo que te quiero decir es que todos, en algún momento, nos hemos sentido como tú y no por ello nos hemos rendido, hemos adoptado esta postura tuya de lamerte las heridas. ¡Reacciona! ¡Avanza! Sergio es solo una persona y hay más, aunque ahora seas incapaz de verlas.

—¡No puedo!

—¿Estás segura?

—¡Completamente!

—Yo no lo creo, ni siquiera lo estás intentando.

—¿Quién eres tú para juzgar lo que estoy haciendo o dejando de hacer? ¡Tú qué sabes!

—Lo estoy viendo. ¡No estás haciendo nada! Estás dejándote arrastrar, aparcando tomar decisiones hasta que se agote la historia. ¡Joder, Alma! ¿Dónde estás? ¡Tú no eras así!

—Me da igual lo que tú recuerdes de mí, ahora sí soy así, y si no te gusta, lo siento mucho. No tienes por qué aguantarme, si no quieres.

—Así no quiero verte. Lo que te ha pasado no dudo que sea importante, pero, créeme, la vida te pone delante de situaciones mucho peores y hay que afrontarlas. Quieras o no. No vale un me rindo por respuesta, porque sigues vivo.

—Esto ya no es vivir.

—Esto es la vida. ¡Tropezar, levantarse, volver a caerse y seguir! No hay ninguna fácil. Nadie se libra de sus zarpazos.

Alma desea marcharse al hotel, la conversación, al principio trivial y animada, la ha llevado a caminos que no quiere recorrer en compañía. Prefiere la soledad en la que nadie hace preguntas ni puede obligarla a mirarse en un espejo que refleje otra realidad.

Raúl no sabe, Raúl no entiende ese amor tan grande que ella siente.

Un amor en una sola dirección, insuficiente, dañino, peligroso, pero suyo.

El resto de la velada no encuentran palabras con las que completar los silencios, que se vuelven cada vez más incómodos. Alma está rumiando las palabras de Raúl, valorando la posibilidad que le plantea, esa que ha gritado y que demuestra que tiene razón, que ella no es única ni sus sentimientos tampoco. Algo que sabe, pero que le cuesta aceptar, porque siente que

entre ellos hay enredada una derrota.

Deciden despedirse en la puerta del restaurante, sin poner fecha para volver a verse, sin comprometerse.

Ella detiene a un taxi, pero él no. Prefiere pasear, pensar en la conversación que han tenido, dar tiempo antes de encontrarse con su primo y con las preguntas que seguro le hará, que no tienen más intención que saber qué tal le ha ido, pero que esta noche no le apetecen.

No es tan distinto lo que siente Alma a lo que a él le ha pasado toda la vida. Siempre ha sido ella, desde que recuerda, desde que era apenas un adolescente y se enamoró como un idiota. Da igual que Alma no sienta lo mismo, porque eso no resta un ápice a sus sentimientos.

Los confunde, los vuelve hirientes, pero siguen ahí.

Aunque haya sido capaz de controlarlos tanto que, la mayoría del tiempo, le pareció que estaban vencidos.

Finas gotas de lluvia le acompañan en el paseo y un recuerdo reciente le pilló desprevenido.

Se lo sacude.

No es momento.

La velada que tenían prevista sufre un cambio por la ausencia de Alma. El triángulo de amigas pierde uno de sus vértices y, además, una lluvia suave se apunta a la velada, amenazando con arruinarlo todo.

No importa.

Penélope, previsora, ha puesto en la maleta unos chubasqueros. Antes de salir tuvo la idea de mirar el tiempo que haría en Roma durante esos días y la lluvia entraba en unas previsiones que se están cumpliendo a rajatabla.

—¿Qué hacemos? —pregunta Penélope, cuando salen por la puerta del hotel.

—Cenar, pasear, hablar... seguro que se nos ocurre algo. Vamos, Penélope, soy la reina de la improvisación, he aprendido que las cosas son la mitad de divertidas cuando las planeas al milímetro porque siempre, siempre, algo sale como no esperabas y te acabas cabreando. Tocará mojarse un poco, o tomar un taxi que nos haga un pequeño recorrido por la ciudad.

—No me parece mal.

El móvil de Penélope se une a la conversación y vibra al ritmo de una melodía pegadiza que lleva como tono de llamada. Abre mucho los ojos cuando ve el nombre de quien está al otro lado de la línea.

—¿Diga? —contesta, intentando que no se le note que se ha puesto nerviosa. Ni se acuerda de la última vez que la llamó un hombre que no sea Rodrigo.

—¿Penélope? Soy Patxi, el primo de Raúl. Supongo que sabrás que me ha dejado tirado...

—Hola, Patxi. Claro que lo sé, está con Alma.

Candela le quita el teléfono nada más escuchar el nombre del interlocutor, impidiendo que este escuche completa la respuesta de Penélope.

—¿Patxi?

—Eh... —duda él. Reconoce otra voz, no es la de la mujer a la que ha llamado.

—Soy Candela. Escucha, mi amiga y yo vamos a salir esta noche, a cenar y a lo que surja.

—Perdona, no quería molestar, de verdad, es que mi primo...

—Tu primo ha secuestrado a nuestra amiga y te has quedado colgado, como nosotras, lo entiendo. Estoy pensando que, aunque me molesta un poco que este viaje de chicas lo estéis interrumpiendo a cada rato, tampoco estará siendo muy justo para ti quedarte solo por culpa de estos dos.

—Yo...

No acierta a meter baza en el discurso de Candela, que se está esforzando, por otro lado, en no dejarle hablar.

—Pues eso, que como te has quedado solo, ¿qué te parece si pedimos un taxi, te recogemos donde estés y nos vamos a cenar? Los tres juntos, por supuesto.

—De acuerdo, vale. Anota la dirección de mi hotel.

Patxi cuelga tras el intercambio de datos un tanto desconcertado. Ha llamado sin saber qué se iba a encontrar, sin estar seguro de que fueran a aceptar su compañía, pero un tanto desesperado porque no le apetece nada cenar solo en Roma.

Al final, no ha tenido que ser él quien se lo proponga, Candela lo ha organizado todo y juraría que, aunque hubiera intentado negarse, no habría sido capaz de contradecirla.

Media hora después están los tres juntos en *Trastévere*. Han cruzado el Tíber y, al abandonar el coche, se han dejado llevar por un paseo por el intrincado plano de calles empedradas, estrechas y serpenteantes, que tienen sus raíces en la Edad Media. El barrio, cuando cae la noche, parece más vivo que nunca, porque los bares se han ido adueñando de todos los rincones, haciéndolos suyos y llenándolos del sonido de miles de gargantas humanas en busca de diversión. Sus pasos, conducidos más por los de otros a los que no conocen que por ninguna guía, los llevan hasta la *Piazza di Santa María*.

—¿Tomamos algo antes de cenar? —pregunta Patxi, mientras dirige su mirada a uno de los establecimientos. Hubiera sido genial sentarse en una terraza de las que presumen los folletos publicitarios, pero no están montadas porque la llovizna nocturna lo ha impedido.

—¡Me apetece algo caliente! —dice Candela—. Me estoy quedando helada y tengo ganas de quitarme este chubasquero horroroso.

Entran en un bar y los reciben una temperatura mucho más agradable, el sonido de la música que flota en el ambiente y un camarero con una atractiva sonrisa.

—¿Qué queréis? —pregunta Candela mientras mira alrededor, buscando un lugar donde dejar el chubasquero mojado.

—Yo me tomaría una cerveza —apunta Patxi.

—Yo prefiero una infusión —dice Penélope. Aunque no se queja tiene el mismo frío que Candela.

—Ahí, arriesgando, ¿no? —bromea Patxi, y se lleva un leve manotazo de Penélope, acompañado de una sonrisa de Candela.

—Id a esa mesa que está libre, yo os lo llevo.

Patxi va a decirle a Candela, que él se encarga de pedir. Esta le fulmina con una mirada y, antes de abrir la boca, desiste y se marcha acompañado por Penélope, a la que anima a seguirle hacia el fondo del local. Hay gente y en un momento él debe detenerse para no chocar, pero ella, distraída, no lo hace y acaba pegándose a su espalda.

—¡Perdona! —le dice, tensa y sorprendida por la reacción de su cuerpo a algo tan trivial. Es como si se hubiera despertado de repente en medio de la noche, con sirenas anunciando un

bombardeo.

—Debería haberte avisado, esto está abarrotado —le contesta él, volviéndose a mirarla.

La toma de la mano para atravesar el gentío y Penélope ruega por que no note el temblor que la invade. Su cuerpo es un barullo de reacciones químicas que conoce de otro tiempo lejano, ese que pensaba que había dejado atrás hace muchos años.

—¡Cualquiera le lleva la contraria! —le dice Patxi refiriéndose a Candela, cuando ambos ocupan la mesa libre.

Ha soltado la mano de Penélope y ni parece darse cuenta de lo que acaba de provocar en ella. Esta tiene que hacer un esfuerzo por sacudirse la perplejidad, que es la emoción que se ha puesto primera en su cerebro al analizar el momento, y trata de seguir la conversación como si no sucediera nada.

—Candela es así. Seguro que le ha parecido machista que tú fueras a pedir.

—¿En serio? —A Patxi solo se le había pasado por la cabeza que ella quería quitarse enseguida el chubasquero y había querido ayudar.

—No, no es en serio, es una mandona que además no soporta que nadie haga las cosas por ella, a mí tampoco me habría dejado —se ríe Penélope.

—Oye, siento mucho haberos jodido este viaje, pero está resultando un coñazo para mí. No soy capaz de captar la atención de mi primo, me temo que soy menos atractivo para él que Alma.

—Hombre, ten en cuenta que, además de que eres su primo, ¡no eres una mujer! —se ríe Penélope.

—Pues sí, va a ser eso.

—Es normal, llevan años sin verse y ahora que Alma está sola...

Penélope se calla. Puñetera lengua que no sabe controlar. No debería especular delante de Patxi sobre los sentimientos de Raúl. Los únicos datos que maneja sobre él son recuerdos del pasado, y eso que se llama sexto sentido, que dicen que hay quien lo tiene más desarrollado que otros. Entre ambas cosas, Penélope ha deducido que un torrente de sentimientos inclina a Raúl hacia Alma, pero no está segura de que se correspondan con los de ella. Cambia de tema, antes de que la conversación derive hacia terrenos que no debería pisar.

—Es bonito este sitio.

No quiere equivocarse ni un poco con Alma, necesita que normalicen su relación y un resbalón más por su parte, una indiscreción, podría herirla de muerte. Reza para que Candela llegue pronto con la consumición y no acabe pareciendo idiota soltando frases triviales sobre el tiempo que hace, que es el único tema que se le ocurre para no volver a hablar de más.

Se alegra cuando la ve llegar, esquivando al gentío.

—¡Aquí estoy! ¡Tú, Patxi, ayúdame! Desde luego, los tíos de hoy sois muy poco caballerosos. —Le muestra sus manos que a duras penas sostienen las dos infusiones y la cerveza.

Patxi mira a Penélope. Lo que acaba de decir Candela se contradice con lo que le ha contado de ella y no sabe qué pensar, hasta que ve a su compañera de mesa aguantando la risa. Patxi se siente perdido y un poco intimidado, últimamente no tiene ni puñetera idea de cuál es la forma correcta de comportarse con una mujer, si es que la hay.

—Sí, sí, perdona.

Se levanta y la ayuda a poner en la mesa las consumiciones. Las dos, incapaces de aguantar por más tiempo, se echan a reír.

—Vale, me habéis dejado venir para que os haga de bufón, ¿no?

—¡Perdón! —Ríe Candela—. Es que pones una cara muy graciosa cuando te pones nervioso.

—Es tonta, no le hagas caso —le defiende Penélope.

—Bueno, si queréis reiros, os dejo. No seríais las primeras.

Candela mira a Penélope y, aunque esta le hace un gesto para que no empiece, le guiña un ojo y comienza con el interrogatorio. Es un test heredado de su abuelo, algo que tenía la costumbre de hacer cuando se hizo mayor y que nunca supieron qué utilidad práctica tenía, porque se le olvidaba tan pronto como lo terminaba, pero que resultaba muy gracioso. Sobre todo, por la cara que ponía el interlocutor a sus insolentes preguntas. Ellas solían usarlo con los chicos que conocían, porque descubrieron que les intimidaba la seguridad con la que lanzaban, una a una, las cuestiones. Tal vez Patxi es demasiado mayor, pero parece tan perdido como un adolescente y está segura de que se van a reír.

—Y tú, ¿cuántos años tienes? —lanza la primera pregunta, trivial, directa, innecesaria.

—Cuarenta y uno —dice, sin entender a qué viene. Va a preguntarle cuántos tiene ella. No le da tiempo.

—Treinta y ocho, por si tienes curiosidad. Las tres tenemos la misma edad —le dice—. ¿En qué trabajas?

—En la Universidad, doy clases de...

—¿Tierras? —le pregunta sin dejarle terminar su respuesta.

—¿Cómo?

—Que si tienes tierras.

—En los tiestos —contesta siguiendo el juego.

—Anota, Penélope, es gracioso. ¿Casado?

—Divorciado, pero eso...

—¿Hijos?

Patxi no entiende nada, pero la sonrisa que no se desprende de los labios de Penélope y que se le sale por los ojos le impulsa a seguir completando esta secuencia de preguntas banales. Le gusta verla así.

—Uno, Carlos, tiene...

—Da igual la edad, si es lo que vas a decir. —Candela tiene la siguiente pregunta en el disparador y aprieta el gatillo—. ¿Coche?

—Sí, de segunda mano, por si es importante.

—No, eso no es importante. ¿Sales por las noches?

—A veces, ahora quizá un poco más.

—¿Bebes?

—Cerveza y no mucha.

—¿Número de calzado?

Cuando llegan a esta pregunta Penélope no puede más y empieza a reír a carcajadas. No son las preguntas tontas combinadas con la cara de sorpresa de Patxi, son los recuerdos del abuelo danzando por su cabeza y poniéndole otras caras al candidato de su escrutinio. Son las mil veces que han recordado riendo, lo divertido que fue poner a muchos chicos en el mismo aprieto que ahora está sufriendo este hombre, que no sabe dónde se ha metido.

—¿Aprobado? —pregunta Candela.

—Yo creo que sí —dice Penélope—. Lo de que sea profe resta un poco, pero nadie es perfecto.

Al final, Patxi se acaba riendo, al darse cuenta de que está siendo víctima de una broma. Cuando entran en calor y las bebidas se terminan le preguntan al camarero por un sitio donde cenar. Dos calles más abajo hay un pequeño restaurante que está bastante lleno, por lo que se hace necesario esperar un poco hasta que logran sentarse a la mesa.

—¿Qué os ha traído a Italia? —pregunta Candela a Patxi, mientras rellena las copas con el vino que ha dejado el camarero sobre la mesa.

—Bueno, yo tenía que haber venido con mi hijo de vacaciones, pero hubo un pequeño contratiempo —se ahorra los detalles, no es momento—, y convencí a Raúl para que me acompañara. ¿Y vosotras?

—Un viaje pendiente —sonríe Penélope.

Mira a Candela y le guiña un ojo.

—Sí, llevábamos años aplazándolo y por fin estamos aquí.

—¿Mereció la pena la espera? —pregunta él.

—Pues creo que sí y vamos a celebrarlo. Si no te importa, esta noche nos vamos a imaginar que tú eres Alma, es ella la que debería estar sentada en tu sitio.

—Atención, a mis nueve, Penélope —dice Candela acompañando el gesto con sus ojos, aunque sin mover la cabeza. Penélope, que está sentada frente a ella, finge que se le cae la servilleta para disimular el gesto y gira su cabeza a lo que son las tres desde su posición.

—¡Joder! —dice, remarcando las sílabas.

—¿Cuánto?

—Yo creo que... nueve y medio.

—Pues yo estoy por ser generosa y ponerle un diez.

—¿A qué? —pregunta Patxi.

—Tú tienes que mirar a tus doce, tarugo. Si es que encima lo tienes enfrente —le dice Candela.

—¿¡Qué tengo enfrente!?

—¿No hemos quedado en que harías como si fueras Alma?

—Vale, si queréis me depilo las piernas o algo así, pero decidme de qué habláis o no me enteraré de nada.

El italiano guapísimo, que había captado la atención de las dos amigas se ha marchado al servicio entretanto, y Patxi, ajeno por completo al juego, no entiende nada.

—Tendremos que rendirnos y devolverte tu personalidad —dice Candela—. Te sale fatal hacerte pasar por ella.

—Sí —apostilla Penélope—, además no creo que valores los monumentos como nosotras.

—¿Qué monumentos? —pregunta él, algo más que desconcertado.

Sueltan una carcajada llamando la atención del camarero, que está junto a la mesa, haciendo equilibrios con las cartas. Le ofrece una a cada uno y se despide, prometiendo que volverá en breve para tomar nota de sus peticiones.

—¿Tú no te das cuenta de cuándo te toman el pelo? —pregunta Candela a Patxi, que sigue despistado.

—Me voy haciendo una idea —dice él, rendido a la evidencia de que la noche seguirá por ese camino.

—Hablábamos de un tío que ha pasado por ahí, uno de esos que parecen sacados de una revista —le aclara Penélope riendo—. Va a ser mejor que nos pongamos más serias, Candela, o saldrá corriendo.

—Tranquilas —dice él, acercando la copa de vino a sus labios—. Me voy acostumbrando a que las mujeres me tomen el pelo.

Piensa en Elisa y desde luego que prefiere el tono de estas dos.

Definitivamente.

Alma regresa temprano de su cita, antes de que lo hagan Candela y Penélope, así que se ahorra responder a las preguntas que está segura que tendrán para ella. Quiere meterse en la cama cuanto antes, pero la soledad es traicionera y la devuelve a la llamada de la tarde. Durante un momento, la idea que se le acaba de ocurrir le parece una locura.

No, no puede hacerlo.

No debe.

Se quita los zapatos, lanzándolos al otro lado del cuarto y se va desnudando despacio, intentando serenar los latidos.

No debe.

Sin embargo, sus manos traidoras extraen el teléfono móvil de su bolso, entra en la agenda y, muy despacio, desliza los dedos por los contactos hasta que llega a Sergio.

No debe.

Le tiemblan las manos cuando logra detenerse antes de pulsar el botón verde que iniciaría la llamada, antes de perder el control del todo, y se pregunta por qué ha buscado a Sergio esa noche. No sabe qué quiere oír de su boca. ¿Una disculpa?

La vida no es como nos gustaría, es como es. Es mentira toda esa psicología barata de internet que dice que, si quieres algo, lo consigues solo con desearlo muy fuerte. Ella ha deseado que vuelva más que nada en la vida. Ha ansiado que lo deje con esa mujer como no sabía que se puede ansiar algo.

Lanza el teléfono al otro lado de la cama, se acurruca encima y se arroja con la manta que las camareras de piso han dejado a los pies. Ni siquiera se toma la molestia de meterse dentro. No llora, las lágrimas de todas las noches no acuden y siente que, sin su limpieza, no podrá dormirse, pero se niega a tomarse más pastillas.

Piensa en lo que fueron algún día que no está tan lejos en los recuerdos.

Piensa en las noches en las que se acurrucó a su lado y, palabra tras palabra, fueron construyendo esa historia de dos que hizo que acariciara la felicidad. Ella fue feliz, está segura de eso. Le gustaba la complicidad que sentía, las sonrisas que dibujaban las palabras que Sergio le dedicaba a sus oídos de mujer crédula. Ahora, con la soledad por compañera, con la tristeza que se ha quedado trabada en su espíritu, cree que las mentiras, a veces, suenan a verdad si tú las quieres oír así.

No puede evitar un escalofrío cuando imagina que la conversación privada que acaba de abortar solo sería íntima para ella. Está segura de que Sergio la compartiría con su nueva pareja en cuanto colgase. Se alegra, al menos un poco, de la prudencia que le ha hecho dar marcha

atrás.

Una lágrima se convierte en lluvia y deshace las frágiles murallas de barro que empezaban a proteger su corazón. Se siente ridícula, sabe que nunca debería haber pensado en llamarle por teléfono. Lo sabe, igual que sabe que cuando el corazón ama sin medida, es muy fácil cometer errores.

Se da la vuelta y trata de concentrar sus pensamientos en cualquier otra cosa.

Su mente, buscando un refugio para no explotar, ansiando esconderse de las mentiras del presente, le ha recordado medias verdades del pasado. Estaba con Raúl y con Ulises, en el parque, antes de que se equivocara en todo.

* * *

Verano.

El calor sofocante invita a pasar la tarde en la piscina o a no salir de casa, pero son las seis y allí están los tres, sentados en un banco del parque, desafiando al sol, riéndose de nada, como corresponde a su edad. Ella, quince. Él, diecinueve. Ulises tiene solo dos.

—Tengo que contarte una cosa —confiesa Raúl, después de darle vueltas a una conversación absurda. Le ha llevado una hora tomar la decisión de empezar a hablar.

—Arranca.

Alma le mira sonriendo. Está sentada frente a él en ese banco sin respaldo que ahora es como un caballo para ellos, aunque no se hayan puesto de acuerdo sobre el lugar que ocupa la cabeza. Ulises juega con una mosca que ha decidido posarse en su nariz, ajeno, como no puede ser de otro modo, a lo que hablan.

—Es que..., no es fácil —titubea Raúl.

—¿De qué quieres hablar? ¡Ya sé! Te has cargado la moto de tu hermana.

—No —sonríe él, no sería la primera vez—, ni la he tocado. Es sobre las vacaciones.

—¿Te vas otra vez?

El rostro de Alma cambia. Cuando Raúl se va, ella se aburre mucho. A lo mejor piensa dejarle a Ulises. No estaría mal, ahora que los dos han aprendido a quererse. El principio de su relación fue bastante accidentado. Lo que no cree es que su madre se lo permita.

—No me voy, acabo de volver. Quiero contarte algo que pasó.

—Dispara.

—He... —No consigue encontrar el valor así que se inventa que lo tiene—. He estado con una chica.

—¿Y? —Alma no entiende el titubeo, tal vez porque nunca ha querido entender del todo a Raúl.

—Me acosté con ella.

Lo suelta. Si tuviera un amigo seguro que sería más fácil hablar de estas cosas, pero el caso es que Raúl no quiere un amigo. Es feliz así, con ella. Su amiga. Es con Alma con quien quiere hablar, aunque sea más complicado.

—¿Y vas a contarme tu primera vez? ¿Con detalles? ¿No lo habías hecho todavía? —Él no sabe si la cara que está poniendo revela sorpresa o ironía—. Mira que si me lo cuentas yo te voy a escuchar, pero no pretendas que te cuente yo la mía, cuando quiera que sea que llegue...

—Espero que no tengas que contarme nada...

—Pero ¿por qué me cuentas esto a mí?

—Eres mi amiga, ¿no?

—Sí, pero... ¿qué te pasa? Es como si te sintieras mal.

—Es que me siento mal. No estoy enamorado de ella, es más, no sé cómo acabé en su habitación de hotel.

—¿Era más mayor que tú?

—Veintiséis.

—Entonces seguro que fue ella la que te arrastró allí. No me creo que tú, el abstemio, estuvieras borracho. ¡Qué importa si no estás enamorado! ¡No la vas a volver a ver!

—Ya lo sé. Es que yo quería que mi primera vez fuera especial.

—Eres rarito, chaval.

—¿Tú no querrías que tu primera vez fuera con alguien importante en tu vida, no con alguien de paso?

—Sí, a lo mejor. Pero, ¡qué quieres que te diga! Quizá sea mejor con alguien que no te recuerde. ¿Cómo te sentiste?

—Como un imbécil casi todo el tiempo. Creo que fui muy torpe.

—¿Ves? Así no corres el riesgo de dejarle un mal recuerdo a alguien importante. Cuando estés con una persona a la que quieras y tendrás un mínimo de experiencia.

—¿Tú crees?

—Seguro. Por cierto, nunca me has contado de quién estás enamorado.

—De nadie —responde él, rápido—. ¿Y tú?

—Lo sabes, de Sergio, pero no me hace ni caso.

—Mejor, es un gilipollas. Ese tío no te conviene.

—¿Por qué? ¡Pareces mi madre diciendo frases así! —Ella se está mosqueando.

—Porque te acabará haciendo daño, ya verás.

Alma se levanta enfadada para irse, olvidando que tiene la pierna enganchada a la correa de Ulises. El perro lo interpreta como un juego y sale corriendo, arrastrándola por el césped del parque. Solo la intervención de Raúl la salva de acabar magullada contra el asfalto de la

carretera. Es un momento, un instante en el que los dos ruedan por el suelo y se rozan levemente.

Espero que no tengas que contarme nada...

* * *

Esas palabras de Raúl, colgadas de unos puntos suspensivos, tantos años después, suenan diferentes. Alma tropieza con la certeza de unos sentimientos a los que no prestó atención. Se lo dijo, aunque ella no entendiera nada. Es más, recuerda su falta de comprensión de entonces y se siente idiota.

Es raro.

A veces las cosas que evocamos tienen más fuerza que cuando pasaron. Piensa en sus ojos, en las manos que aquel día se enlazaron con las suyas para que se pusiera de pie y no puede evitar sumergirse en la tristeza que le provoca constatar que siempre ha estado ciega.

No ha sabido ver lo obvio.

Ni con Sergio ni tampoco con Raúl.

La mañana irrumpe por la ventana de la suite derramando su luz. Alma, rendida, acabó naufragando en un sueño intranquilo, contradictorio. Las imágenes de una vida plena se han mezclado con la conversación de la noche anterior con Raúl y el resultado ha sido una sucesión de sueños inconexos que le hablaban de dos vidas diferentes.

Ninguna, hoy, parece la suya.

Mientras su cuerpo empieza a salir del letargo nocturno, su cabeza hace el esfuerzo de ubicarla donde está. Esa es la habitación de un hotel en Roma, el anexo de la suite que comparte con sus amigas, Candela y Penélope. Está sola, cansada, abatida. Quiere sacarse la maldita tristeza de encima, pero se siente atrapada en sus propios sentimientos. Sergio, como cada día, ha vuelto a ser su primer pensamiento. De manera absurda planea una conversación con él, que sabe que nunca tendrá lugar. No le puede contar nada porque él ha dejado de formar parte de su vida.

Se levanta despacio y se frota el rostro con las manos. La noche anterior olvidó desmaquillarse y los restos de ese disfraz han quedado esparcidos por sus dedos. Los mira pensando que tiene que limpiarse y medita. Qué fácil resulta algunas veces desembarazarse de lo que nos sobra y qué complicado en otras ocasiones. Tendrían que inventar un líquido para desenamorarse, que aplicado con toquecitos de algodón lograra que, en cinco minutos, no quedara en nosotros ni rastro de lo que una vez sentimos.

Suspira.

Debe sacar a Sergio de su cabeza si quiere conservar la cordura, empeñarse en avanzar, desencadenarse de ese amor. Hay muchas maneras de morir, aunque en algunas sigas respirando, y ella sabe que esto que siente no es vida. Piensa en acciones tangibles, pero no encuentra nada. No puede borrar su teléfono, lo necesita para saber de sus hijos cuando están con él. Es su padre, siempre estarán unidos por ese lazo que es imposible de deshacer. Es algo que les hará coincidir el resto de su vida, aunque sea con largas pausas de por medio. Un día sus hijos se casarán, se encontrarán en algún entierro, habrá que resolver algún trámite...

No quiere.

O sí.

Lo más difícil de olvidar es su olor, ese que por más que lave las ropas de la cama se ha quedado entrelazado en ellas.

Raúl se dibuja en su mente y ella se sorprende al encontrarlo esa mañana, como un nuevo personaje en su discurso silencioso. Alma sabe que no está disfrutando este reencuentro, que debería darse permiso para hacerlo, pero no tiene ganas. Las ganas, la cordura, la felicidad, la alegría, el buen humor... es tanto lo que ha perdido, lo que ahora no siente, que le parece como si

jamás hubieran estado ahí. Pero existieron, si se esfuerza, las recuerda.

Si una vez fueron el guion de su vida, debería poder recuperarlas.

Alma ha decidido empezar esa mañana de otro modo. Si tiene que aplicarle cambios a su vida, será mejor que empiece por los externos, son los que requieren menos esfuerzo. Se ha dado una ducha, se ha peinado con cuidado y hoy no se pondrá lo primero que encuentre limpio en el equipaje. Sobre la cama tiene extendido el contenido de su maleta y lleva un rato decidiendo, frente al espejo, cuál de esas prendas se pondrá. Por eso, se asusta cuando Penélope abre de golpe la puerta de la salita con el rostro desencajado y pálido.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

—¡Ven, por favor! ¡Es Candela!

—¿Candela?

Alma suelta la blusa que tiene entre las manos y, a medio vestir, se dirige con Penélope hacia la cama donde está su amiga tumbada. Tiene el rostro relajado y respira con suavidad, pero, por más que la llaman y zarandean su cuerpo, no es capaz de despertar del todo. Intenta balbucear, pero ninguna de las dos la entiende.

—Tenemos que llamar a un médico... ¡hay que hacer algo! —grita Penélope; ni siquiera es consciente de que está llorando.

Agarra el teléfono de la habitación para llamar a recepción y pedir ayuda, pero está tan nerviosa que no acierta.

—Déjame a mí —dice Alma.

Ella lo consigue y, en cinco minutos, hay un médico en la habitación. Es un cliente del hotel al que han pedido ayuda mientras llegan los servicios de emergencia. El hombre no habla español, pero con ayuda de una persona de recepción consigue comunicarse con ellas.

—¿Qué ha pasado? —traduce el recepcionista.

—Estaba bien, pero de repente se ha sentado en la cama y me ha dicho que se estaba mareando. Ha empezado a sudar y después ha intentado hablar, pero no la entendemos —explica Penélope.

—¿Es diabética? —pregunta el médico mientras le toma las constantes vitales y Alma contesta en cuanto le llega la traducción.

—No, no lo sé, podemos mirar su medicación, por si nos da una pista.

Corre hasta un maletín donde Candela guarda las medicinas que ha llevado para esos días y lo vuelca sobre la cama. El médico mira estupefacto el arsenal de cajas. Las observa preocupado, pero, antes de que les diga nada, dos hombres y una mujer vestidos con uniformes de emergencias sanitarias entran en el cuarto. Habla con ellos y estos enseguida le cogen una vía, le hacen un test rápido de glucosa y le aplican oxígeno. En escasos minutos, los que tardan los

sanitarios en explicarles lo que ha pasado, los párpados de Candela se empiezan a mover.

—¿Qué hace aquí tanta gente? —pregunta cuando logra abrirlos.

—¡Candela! —le dice Penélope sentándose a su lado, apartando para ello las cajas de las medicinas.

Esta se mira el brazo, en el que tiene una vía por la que le están suministrando algún tipo de suero, y empieza a entender, que su malestar se ha acabado convirtiendo en un desvanecimiento, pues no recuerda cuándo le han puesto eso. Intenta sentarse en la cama.

—Tranquila, descansa... —le pide Alma con suavidad—. Por lo que nos dicen, has tenido una bajada de azúcar que te ha dejado semiinconsciente. Necesitan llevarte al hospital, para hacerte más pruebas.

—¿Hospital? —Trata de arrancarse la vía, pero Penélope se lo impide—. Hemos venido de vacaciones y eso no incluye visitar hospitales, son muy aburridos. Os lo digo yo que me conozco unos cuantos.

—Es por tu bien, Candela. Será solo para que nos quedemos tranquilas. Tampoco tenías muy bien la tensión.

—Penélope, ¿sabes qué pasará si me hacen unos simples análisis? Se van a llevar un susto de mil demonios y se van a empeñar en dejarme allí. ¡Nos quedan dos días nada más! Creo que tengo derecho a decidir qué hago con ellos. ¡Son míos!

Alma la mira y la admira de nuevo.

Su coraje es algo que debería venderse en farmacias, en frasquitos de medio litro y con las instrucciones de uso en un prospecto con letra pequeña. Con la dosificación exacta para cada afección que nos priva de él: el miedo, el abandono, la soledad o las situaciones imprevistas, de las que siempre acaba saliendo airoso con ese carácter suyo que rezuma fuerza por todos los poros de su piel.

El médico que ha llegado primero llama aparte a Alma y al recepcionista. Esas medicinas le hablan de un historial complejo que no se debe tomar a la ligera, deberían convencerla de que vaya al hospital. Alma no usa muchas palabras para corroborar la negativa de Candela. Le explica que, en cuanto vuelvan a casa, ella misma la acompañará al hospital, pero que es muy importante que hoy no lo pase en uno.

—*Lei è molto malata.*

Alma asiente sin necesidad de traducción. El médico cierra los ojos, cabecea y vuelve a hablar con sus colegas. Estos le ponen sueros a Candela, le ordenan reposo y le aconsejan que, si se siente mal de nuevo, acuda al centro hospitalario. Ella se porta como una buena paciente hasta que salen por la puerta.

—Bueno, hoy toca...

No termina la frase, se está levantando cuando Penélope la detiene.

—¿Estás loca? ¿No has escuchado? Reposo. Hoy no toca nada de nada.

—Penélope, cariño, nos queda poco tiempo y si lo perdemos en tonterías será todavía menos. Vamos a emplearlo con cabeza. El tiempo no se recupera nunca, se escurre rápido entre nuestros dedos, no se puede sujetar de ningún modo. Sentarte a reposar jamás me ha parecido sensato, te estás perdiendo la vida.

—O quizá estés prolongándola —dice Alma—. Vamos, Candela, no hace falta que salgamos del hotel, ya se nos ocurrirá algo para pasar el día.

—¿Qué? ¿Una partida de cartas? ¿Un parchís? ¡Chicas! ¡Vamos! La vida nos espera detrás de esa puerta, para descansar tendré tiempo en el cortijo de los callados.

—¿Dónde? —preguntan Alma y Penélope a la vez. Las dos amigas miran a Candela y ella les responde con una carcajada.

—Eres idiota, Candela —dice Penélope al entender que habla de un cementerio.

—¡Penélope! Cariño, tienes que aprender a reírte más de todo.

—Se me ocurre algo que podemos hacer aquí, sin movernos de la habitación —dice Alma—. ¿Recordáis cuál fue la razón por la que se nos metió en la cabeza que teníamos que venir a Roma cuando éramos unas crías?

—¡Pues claro! *Vacaciones en Roma*, la película. Desde que la vimos, empezamos a soñar con esta ciudad. Siempre me hizo gracia que nos enamorásemos de una peli rodada mucho antes de que nacióramos —dice Candela sonriente.

—A mí me sigue gustando, aunque el argumento se haya desactualizado —apunta Penélope—. No somos princesas, pero aún nos quedan un par de días para encontrar a nuestro particular guía de Roma.

—No existe ningún Joe Bradley, hoy no hay caballeros sueltos por el mundo, les cortarían la cabeza por machistas —dice Alma.

—Al principio no es un caballero. A Joe Bradley solo le salva el final de Hollywood. Es un capullo.

—Sí, eso es verdad. Al principio, las circunstancias le empujan y pretende sacar partido del regalo que ha sido encontrarse a una princesa, pero rectifica —dice Candela.

—Es lo bueno del cine y la literatura, se puede rectificar —añade Alma—. Escribir el final que más conviene en cada momento.

—¿Qué tal si buscamos la manera de verla por internet en lugar de destriparla? —dice Penélope.

—Estoy de acuerdo —se suma Candela—. Aunque solo si es la versión en italiano.

—¡Pero con subtítulos, por favor!

Las tres se ríen con el comentario de Penélope.

Patxi lleva un rato llamando al teléfono de Elisa. Su único interés es saber de su hijo Carlos, algo que a estas alturas ella debería tener muy claro. Hace mucho tiempo que él aceptó que su matrimonio había acabado, aunque siga sin tener muy claro qué fue lo que hizo mal. Ha llegado un momento en el que las conversaciones se han vuelto imposibles y acata muchas de sus imposiciones, como no llevarlo a ese viaje. Ha ido de renuncia en renuncia, pero hay algo con lo que no va a ceder y es a interrumpir el contacto con su hijo. Ella se puede empeñar en bloquearlo, pero no va a parar mientras encuentre un resquicio para seguir manteniéndolo.

Si un día tiene que acudir a un juez, lo hará, aunque espera no llegar a ese extremo nunca.

—Déjame tu móvil —le dice a su primo, tras lanzar el suyo encima de la cama.

—¿Para qué? —pregunta Raúl, que no está muy atento a Patxi.

—Elisa no lo conoce. Llevo un rato tratando de hablar con Carlos y no me descuelga el mío.

—Si llamas ahora mismo sospechará que eres tú desde otro teléfono. Espera.

Patxi resopla cuando cae en la cuenta de que lleva razón, que es mejor que deje pasar un rato si quiere tener éxito.

—¿Me harías un favor cuando la llame? —le pregunta a Raúl.

—Claro.

—Habla tú, que no sea mi voz lo primero que escuche. Así, a lo mejor logro que no cuelgue.

—¿Cómo acabasteis tan mal?

Raúl sabe poco de Elisa, apenas le dio tiempo a conocerla antes de marcharse a Australia. De lo único que se acuerda es de que nunca le parecieron una pareja equilibrada. Había algo extraño que no sabría explicar, que a sus ojos los convertía en una disonancia, pero qué iba a saber él si era un crío cuando se marchó.

Al parecer, su intuición no iba desencaminada.

Patxi suspira antes de contarle algo.

—Puede que la culpa de que todo se fuera al garete fuese mía.

—¿Hiciste algo que provocara el divorcio? —pregunta Raúl.

—Creo que ponerle en bandeja una excusa para quedar bien con todo el mundo. No hice nada. Nada de nada. Hablar por chat con una amiga, a la que hacía mucho tiempo que no veía y a la que no veré en siglos, porque vive en la otra punta del mundo y no tenemos más relación que unos meses que trabajamos juntos en la Universidad. Es una profesora argentina de intercambio.

—¿Y tanto se enfadó por eso?

—Qué va. Ese día fue el que empezó su teatrillo, que fue ganando en intensidad a medida que desarrollaba la trama frente a los demás. Cuando terminó la representación, yo era un villano

indeseable frente a todo el mundo, que le ponía los cuernos con media universidad: todas las profesoras y algunas alumnas. O al contrario, ya no me acuerdo.

—Pero, no lo entiendo... ¿Tú...?

—Yo nada, con trabajar tenía bastante. Tampoco entendí nada hasta que Carlos empezó a hablar de un tal Paco. Tardó poco en contarme la primera vez que lo había visto, mucho antes que mi conversación en el chat con esa profesora.

—¿Y no hubiera sido más sencillo que te lo hubiera dicho y hubierais seguido cada uno por vuestro lado?

—Sí, y más honesto, pero si hacía eso, ella no quedaba bien frente a los demás. Era mejor que hubiera sido yo el traidor para su imagen.

Raúl da gracias por no haberse encontrado nunca en esa situación. Si una ruptura es dolorosa de por sí, supone lo cruel que tiene que ser el que encima te carguen con una culpa que no es tuya.

—¿Y ahora por qué no coge el teléfono si ya tiene lo que quiere? ¿Cuál es el sentido?

—Ya no intento buscar sentido a nada de lo que hace Elisa. De todos modos, una de sus tonterías te ha traído a Roma, ¿no? Has vuelto a reencontrarte con Alma. Igual, por una vez, esté bien que sea un poco gilipollas.

Raúl sonríe antes de darle el teléfono a su primo.

Igual sí, igual debería darle las gracias.

Penélope está trasteando con su móvil, buscando la manera de ver la película en la televisión inteligente de la suite. Alma y Candela, que son incapaces de entenderse con la tecnología con la soltura con la que lo hace su amiga, se han dedicado a colocar almohadas en el sofá de tres plazas y en ello están, cuando unos toquecitos en la puerta las interrumpen.

—¡Ole! Ya lo tengo —dice Penélope, que en ese momento logra que las primeras imágenes de la película se empiecen a reproducir en la televisión—. ¡Justo a tiempo!

—¿Esperas a alguien? —pregunta Alma.

—A algo, no a alguien. ¡Abre!

Le da a la pausa a la película, no quiere que se pierdan un segundo ni las caras de sus amigas con la sorpresa. Cuando Alma abre, al otro lado de la puerta hay un empleado del hotel. Empuja un carrito de comidas decorado con un jarrón de diseño en el que reposan tres rosas rojas. Bajo una tapa semiesférica plateada, que parece diseñada para ocultar algo, trae lo que le ha encargado Penélope. El joven les desea un buen día en castellano con acento italiano y se marcha. Penélope se acerca al carrito y, de manera teatral se sitúa a su lado.

—¡Tachán! —dice y eleva la tapa.

Candela y Alma se empiezan a reír a la vez cuando se dan cuenta de que no son más que palomitas.

—¿Qué esperabais? Vamos a ver una película y una película, sin palomitas, pierde la mitad de su encanto.

—Verás cuando se te queden restos entre los dientes, me dirás tú si tienen mucho encanto.

—No seas aguafiestas, Alma —le dice Candela—. ¡Vamos, Penélope, ponla!

Se arrellanan las tres en el sofá, compartiendo una manta y el cuenco de palomitas. Candela se ha situado en el centro, rodeada por sus amigas. Alma apoya la cabeza en su hombro y ella le da un beso en la frente, a la vez que agarra la mano de Penélope. Están juntas, en Roma, con su película favorita reproduciéndose en el televisor de un hotel de cinco estrellas. La felicidad está hecha de momentos como ese que hay que aprovechar y guardar con mimo para cuando haga falta rescatarlos.

La película les suena lejana.

Hace tanto que la vieron por última vez, que algunas partes no son como las recuerdan. Son conscientes de que la han ido idealizando a lo largo de los años. El mundo ha cambiado tanto que algunas escenas han perdido un poco la magia con la que las conquistó en ese momento de su juventud que ahora está tan lejos. Puede que no la sientan igual, pero lo que no ha perdido es la capacidad de transportarlas a ese tiempo remoto en el que la vida eran planes y planes, cuando

todavía no se habían atrevido a empezar a escribir su biografía.

Candela recuerda.

La primera vez que Audrey Hepburn se paseó por las calles de Roma ante sus ojos ella aún no se había puesto enferma. Le resulta extraño, hace tanto tiempo que está sumida en esta guerra que casi había olvidado que hubo un tiempo de paz. La mente es curiosa. Almacena historias, las esconde y nos impide el acceso a ellas durante años y, de pronto, cualquier hecho intrascendente en apariencia, nos las devuelve. Como si el cerebro fuera nuestro desván particular y un día, al entrar a buscar otra cosa, abriéramos una caja y de ella rescatásemos una fotografía antigua.

Hoy se ha encontrado con Mari Carmen.

Ni siquiera se parecía a Audrey, era más bien la niña más rara con la que compartió pupitre en el colegio. Mari Carmen tenía algún tipo de discapacidad que causaba que se burlasen de ella, y a Candela le dio por ser su salvadora. No permitía que, en su presencia, nadie convirtiera a la niña en blanco de sus bromas.

Un día Mari Carmen no fue al colegio, cuando solo tenían diez años. Ni al día siguiente. Ni al otro.

No eran tiempos de internet, ni siquiera momentos en los que se pudiera descolgar el teléfono con diez años para llamar a una amiga sin tener que pedir permiso al cabeza de familia, pero tampoco se le ocurrió. Mari Carmen no tenía una salud de hierro, era más bien como un pajarito frágil, que escribía su nombre en el cuaderno con enormes letras que parecían caballos en una carrera frenética. La profesora siempre la regañaba por su pésima caligrafía, sin tener en cuenta que para ella era un auténtico logro juntar letras y construir palabras. Candela pensó que ese día se había constipado, que tendría gripe o, tal vez, un virus en el estómago.

Eso hubiera sido una buena noticia, pero el destino ese día venía marcado en rojo. Mari Carmen ya no volvería jamás al colegio. A la profesora le costó mucho explicarles la muerte a esos niños que apenas habían empezado a vivir. Hoy, muchos años después, volviendo a ver la película que pusieron aquella noche en la televisión, a Candela se le escapa una lágrima.

No ha sido Audrey.

No ha sido Roma.

Ha sido la nostalgia de una amiga que se marchó hace mucho tiempo.

Penélope ha visto de reojo la lágrima que ha rodado por el rostro de Candela, pero quiere creer que tiene que ver con las imágenes que pasean por la pantalla de cuarenta y dos pulgadas. Mira a sus amigas un instante y en los ojos de Alma e intuye que la película que está viendo no se corresponde con la que reproduce el televisor.

De las tres, parece que solo ella, Penélope, está de verdad atenta a él.

Alma acaba de descubrir que odia las novelas románticas. Plantean que la vida, cuando uno más lo necesita, te regala segundas oportunidades para ser feliz. Ella ahora es incapaz de sentir

eso.

No cree en nada.

Todos los valores que sustentaban su mundo se han ido cayendo, uno a uno, en los últimos meses. Cada elemento de su pequeño universo se ha descolocado y la fotografía que percibe ahora de la realidad es muy nítida, mientras que aquello en lo que creía ha ido desdibujándose, emborronándose de tal modo que no entiende cómo, alguna vez, fue capaz de ver algo bien. Es como si se hubiera puesto unas gafas que enfocan la realidad y esta no es la que su percepción le había estado mostrando hasta el momento.

Ni siquiera ve a Audrey con los mismos ojos. Lo único que la vincula a esa historia es que su vida ha perdido los colores y la siente, como esa película del 53, en blanco y negro. Hasta que acaba, desconecta del argumento.

—¿Nos cortamos el pelo? —pregunta Candela, cuando Penélope pulsa el mando a distancia y apaga la televisión después del *the end*.

—¿Como en la película? ¡Genial! —Penélope lo lleva demasiado largo y hace semanas que tiene previsto hacerlo, así que la idea le parece estupenda.

Alma no duda. Responde.

—Yo no.

—Vamos —dice Candela—, hagámoslo juntas. Como cuando éramos adolescentes y tomábamos decisiones tontas que compartíamos.

—Puede que vosotras no le tengáis apego a vuestro pelo, pero yo... Yo no puedo.

—Bueno, era solo una idea, no hace falta que hagamos todas las tonterías que se nos pasen por la cabeza —Penélope trata de ser conciliadora—. No te lo cortes si piensas que después te vas a arrepentir.

—No es por lo que estáis pensando —les dice—. Es algo mucho más absurdo.

—Pues si no nos lo explicas, me temo que no sabremos de qué hablas.

Alma se levanta y se acerca a la ventana de la habitación.

Observa ese pedazo de Roma encuadrado entre los cristales mientras sus brazos se cruzan, arropándola en un abrazo. Vuelve su rostro hacia sus amigas y estas descubren que los ojos están húmedos, aunque la voz no le tiembla cuando empieza a hablar.

—Siempre que la vida me ha dado un revés, que me ha pasado algo grande, algo que no he sido capaz de afrontar o que me ha superado por alguna razón, me he cortado el pelo.

Penélope y Candela repasan en silencio las veces que Alma ha cambiado de look en los últimos años y sus ojos reflejan que acaban de atar cabos.

—Cuando murieron tus padres... —dice Candela.

—Cuando nacieron mis hijos y me encontraba todo el día sola, porque Sergio tenía muchísimo trabajo. —El superlativo lo exagera, ironizando con su significado real—. Me corté

el pelo cuando Raúl se marchó.

Dos lágrimas se desafían en su rostro y se deslizan en una competición ficticia que queda en un empate. Llegan a la vez a la blusa de Alma y se disuelven en la tela.

—No quiero cortarme el pelo, he sido capaz, esta vez, de resistir la tentación de esta mínima agresión contra mí misma. Siempre que lo he hecho, no ha sido convencida de que era un cambio de imagen que me vendría bien, sino... —y ahí se atasca—, quería verme mal. Acorde a cómo me sentía. Esta vez no, le he ganado la batalla a mi propia estupidez y, aunque vosotras me deis otra razón, no me voy a cortar el pelo.

—No tienes que hacerlo, cariño.

Candela aparta la manta, se levanta y abraza suavemente a Alma, como si temiera que al apretar demasiado pudiera romperla.

Alma es frágil, necesita un poco de tiempo para que las heridas curen y la endurezcan.

Ella le devuelve el préstamo del abrazo con intereses, con un beso de amiga sincero. Se da cuenta de su suerte al tener a Penélope y a Candela. Empieza a pensar en todo el tiempo que ha pasado ignorando su compañía, dejándolas de lado porque Sergio era mucho más importante entonces.

Ahora no lo entiende.

No entiende los meses sin descolgar el teléfono, las ausencias infinitas, las excusas incluso para aceptar el tiempo mínimo que hubiera necesitado para tomarse un café con ellas. Sabe que a veces ha fallado mucho a Candela porque, el que estuviera enferma no era excusa. Ahora es consciente de que no hubiera molestado, como se empeñaba en decirse para justificarse.

Se rompe de nuevo.

Sus emociones se desbordan como cada día desde hace demasiado tiempo.

Penélope no sabe qué hacer, pero está segura de que no es momento de tristeza. Este viaje, este reencuentro, tiene que fijar en sus recuerdos la complicidad entre las tres.

—¿Palomitas? —dice ofreciéndoles las que todavía no se han comido—. Lo digo porque me parece que todavía no se ha acabado la película.

—Se me ocurre una cosa. —Candela, otra vez, tiene un plan.

—A ver... —Penélope se pone cómoda en el sofá, al que regresan las otras dos. La manta vuelve a arroparlas a las tres.

—Alma nos acaba de contar un secreto inconfesable.

—Bueno, tanto como eso... —dice ella mientras se aparta el pelo de la cara.

—¿Se lo habías dicho a alguien alguna vez? —pregunta Candela.

—No.

—Pues inconfesable, entonces.

—¿Y? —Penélope, despistada, no sabe dónde quiere llegar.

—Todas tenemos uno, algo absurdo que nunca le hemos contado a nadie por miedo, por vergüenza o porque es una estupidez.

—Yo no.

—¿Cómo que no, Penélope? ¿Seguro?

Se queda pensando si todavía algo en su vida es inconfesable, como dice Candela, y no acierta a encontrar nada. No cree que haya nadie que tenga una existencia menos digna de reseñar que ella.

—No, no sé... No creo.

—¿No hay nada que no le hayas contado a nadie?

—Pues me parece que no. Mi secreto más grande ya lo sabéis las dos.

—Yo estoy segura de que todos tenemos algo así, una idiotez que de puro tonta nos da mucho palo que los demás sepan —dice Candela.

—¿Morderse las uñas?

—La mitad de la gente se muerde las uñas, Alma —apunta Penélope—. No me parece que eso sea inconfesable. Un poco asqueroso sí es, pero nada más.

—Cortarse el pelo, como haces tú, es un inconfesable.

Candela sabe que lo que les ha contado Alma, detrás de la apariencia de algo estúpido, oculta mucho dolor, miedos de los que cuesta desembarazarse más allá de lo privado.

—¡Yo sí lo tengo! —grita demasiado fuerte Penélope al descubrir que sí que hay algo tonto que oculta a todo el mundo, aunque hasta ahora no lo haya pensado de ese modo.

—¡Cuenta! —dice Candela y se dispone a escucharla atentamente.

—Vale, pero no os riais.

Toma aire y empieza a hablar.

—El baño.

Hace una pausa teatral que sus amigas no interrumpen, a la espera de que la confidencia empiece.

—Limpiar el baño —añade sin terminar de contar más. Las dos la miran sorprendidas, sin entender a qué se refiere y ella, consciente de que ni se imaginan por dónde va a seguir, se ríe de sí misma—. Nunca se lo he contado a nadie porque de verdad pienso que estoy mal de la cabeza, pero me pasa algo que tampoco he sabido explicarme a mí misma y quizá por eso se lo oculto hasta a Rodrigo.

—¡Pero arranca! —apremia Candela.

—Es que..., si no limpio un día el baño no soy capaz de dormir.

Se ríen con ganas, esas cosas solo le pasan a Penélope.

—Es cierto, y es verdad que nunca he contado esto porque me parece absurdo, pero me pasa. Si un día, por lo que sea, no lo limpio, me empieza a entrar cargo de conciencia, empiezo a dar

vueltas en la cama y soy incapaz de conciliar el sueño. No hay manera.

—¿Y qué haces?

—Pues qué voy a hacer, Alma, me levanto de madrugada, cierro la puerta para que no vean la luz y todo lo sigilosa que puedo lo limpio.

—¿Nunca te han pillado?

—No. Lo peor es que durante el tiempo que dura la limpieza, el corazón me va a mil porque me siento ridícula y cuando acabo estoy agotada y no es del esfuerzo. A cambio, duermo como un bebé.

—Te imagino —dice Candela entre risas—, armada con la escobilla a las dos de la mañana.

—Con guantes de goma amarillos, bayeta en mano y frotando para que todo quede perfecto —apostilla Alma.

—Os he dicho que no os riais —dice Penélope, que empieza a hacerse cargo de que la situación, exagerada por sus amigas es más ridícula aún.

—Y todo esto, haciendo pausas para escuchar si Rodrigo sigue roncando —añade Candela.

—La veo abriendo la puerta despacito para asegurarse. —Alma está soltando una carcajada.

—Espera, espera —interrumpe su amiga—, y sudando como loca, acelerada, no sea que la pillen cometiendo el delito de ser limpia.

—¡Si lo sé no os lo cuento! —Penélope no se enfada, se une al coro de risas, sinfonía a tres voces que están protagonizando en la suite.

—¡Estamos fatal! —dice Candela—. Y yo que creía que éramos normales.

—¿Y tú? —pregunta Alma. Les falta la confianza de Candela y no está dispuesta a que se escape sin contarles cuál es su absurdo secreto inconfesable.

—Yo..., una idiotez. No me puedo dormir tampoco si no hago algo.

—¿Veis como no soy la única? —dice Penélope, sintiéndose un poco menos rara.

—Vale, ¿qué te quita el sueño? —pregunta Alma.

—No me duermo si no he hecho la cama antes. No soy capaz de dormir en una cama deshecha. Cuando estaba en el hospital, muchas veces me levantaba, aunque casi no tuviera fuerzas para hacerla, sorteando el suero o la sonda de turno.

—¿De verdad?

—La de veces que me ha regañado Iván por eso.

—Somos un cúmulo de manías absurdas —dice Alma.

—Somos únicas.

La risa de Candela resuena en la habitación y se funde con la de sus dos amigas a la vez que sus brazos.

Los primos salen del hotel a media mañana. Patxi quiere llevarle algo a Carlos, una fruslería recuerdo de Roma, aunque es probable que aquello se acabe convirtiendo en un recordatorio permanente de que no compartieron ese viaje que iba a ser de padre e hijo.

—¿Has pensado en algo? —pregunta Raúl.

—No, la verdad. Esperaba que eligiera él mismo.

—¿Por qué no le compras una guía para aprender italiano? ¿No quería venir para eso?

—¿Quién necesita una guía teniendo el traductor de Google? —se ríe Patxi.

—Hombre, teniendo en cuenta que no tiene móvil...

—Pues también es verdad.

Se adentran en una parte de la ciudad de callejuelas empedradas y fachadas naranjas, salpicadas por los cientos de tonos de verde de miles de macetas. Roma, eternamente bella, antiguo epicentro del mundo, se esmera en mostrarles todos sus encantos: una estatua de vez en cuando, músicos callejeros que llenan el aire de notas, el olor a café y pan recién hechos... El paseo sin rumbo fijo carga sus sentidos de luces, colores, aromas y sensaciones que se van a llevar de vuelta a casa.

En una tienda de regalos que aparece al doblar una esquina, encuentran un detalle para Carlos, que al final no resulta ser un diccionario. Raúl, al salir, siente una opresión conocida en el pecho. Cierra los ojos, inspira y detiene a su primo.

—¿Tomamos algo en esa terraza? —le pregunta.

Patxi está de acuerdo, le apetece una cerveza, aunque lo serio que se ha puesto Raúl no le gusta nada. Cuando el camarero les deja las consumiciones, este ya ha tenido tiempo de reponerse. Se arranca la pregunta que quiere hacerle a su primo de un tirón. Dolerá, pero sería peor hacerlo poco a poco.

—¿Mi padre te contó que tuve un hijo?

Las ocho palabras pesan y le caen encima a Patxi causándole el mismo impacto que ocho toneladas. Hace tiempo que sospecha que algo pasó con ese niño. En los días que llevan juntos, no lo ha mencionado ni una sola vez, ni siquiera cuando él le ha aburrido con las anécdotas de Carlos. Él sabe que existió. Su tío se lo contó, aunque ha respetado que Raúl no quisiera hablar. Pero hay algo más en esas palabras, un tiempo pasado que empieza a explicarle su silencio.

—Sí, me lo contó, y no sé por qué no hablas de él.

Raúl sabe que ha llegado el momento de dejar de ocultárselo hasta a sí mismo, tiene que hablarle a alguien de lo que pasó con John.

* * *

Hannah está sentada en la sala de espera del hospital. En sus ojos hinchados y en su mano, que aprieta con fuerza el pañuelo de papel que ahora recoge su sufrimiento, se adivina una mujer rota. Las noticias no son alentadoras en absoluto.

Raúl entra como una exhalación, empapado por la lluvia que arrecia fuera y la abraza sin preocuparse de que la está mojando. Entonces ella, rendida, se deja llevar por el llanto, y tarda unos minutos en controlarse.

—Sigue en coma —le dice, cuando puede hablar.

—Tranquila, lo superará. Ten fe.

Él no se cree sus propias palabras, aunque algo hay que decir en esa situación. Quiere llorar, sacarse de dentro de alguna manera la angustia, pero se ha pasado la vida fingiendo que es fuerte y ahora no sabe actuar de otro modo.

—No, no lo va a superar...

No puede acabar la frase.

Las posibilidades de supervivencia de John, se lo han dicho, merman cada minuto que pasa.

Ha sido un accidente, se repite como una cantinela. El niño ha perdido el equilibrio y se ha caído del tobogán de cabeza, y aunque sepa que de eso nadie tiene la culpa, se empeña en asumirla porque ella le llevó al parque. Podía haberse quedado en casa, podía haberle llevado a tomar un helado, podía...

—¿Cuánto hace que ha salido el médico? —pregunta Raúl, para romper ese silencio incómodo de las salas de espera del hospital, mientras sostiene su mano con delicadeza.

—Media hora, quizá algo más.

—¿Ha dicho cuándo volverá? ¿Cuándo podremos verle?

—La visita en la UCI es dentro de dos horas. Si no hay novedades, no saldrá a decir nada.

—Deberías comer algo —dice Raúl, preocupado por Hannah. Intuye por la hora que se ha saltado alguna comida.

—No puedo, no tengo hambre. No me puedo mover de aquí.

Los minutos se escurren lentos, marcando una pauta ralentizada, como si algún mago malvado hubiera hecho un maleficio y el reloj hubiera sido su víctima. De pronto, del interior, llegan sonidos que aceleran sus corazones.

—Rápido, se ha parado —grita una voz femenina.

—Prepáralo todo, hay que reanimar.

Raúl y Hannah se miran a la vez que un resorte invisible provoca que se levanten de la incómoda silla. Se acercan a la puerta y, por el ojo de buey que separa la UCI de la sala de espera, ven cómo los médicos y las enfermeras se arremolinan en torno al pequeño cuerpo de

John. Una vez, dos, tres... el pitido continuo de la máquina precipita en sus cerebros el final, antes incluso de que el doctor salga a confirmar la noticia. Cuando la máquina se apaga, algo más se rompe. Esa historia que vivían los dos es frágil, la mantenía en pie el niño, que hasta ese instante ha sido su vínculo más fuerte.

Hasta eso se ha llevado la muerte.

Sueltan sus manos.

Nunca más las volverán a entrelazar.

* * *

Nunca habla de John. Su padre supo de la muerte de ese nieto, al que no le dio tiempo a conocer, el mismo día que se produjo. Hablaron horas por teléfono, aunque después de eso jamás lo han vuelto a mencionar. Ni siquiera le ha enseñado la foto que siempre lleva con él, la última que le tomó antes de marcharse a ese viaje que le hizo perderse sus últimas horas, el accidente, la operación que el niño no superó. Solo llegó a tiempo de ser testigo de su partida.

No se ha atrevido a mencionarle a John a nadie, ni a Patxi, ni a Alma, en el momento en el que los de ella se colaron en la conversación. Incluso mintió a medias cuando ella le preguntó si tenía hijos. En presente, es cierto que es no los tiene, pero él existió.

Pero ya no puede seguir ocultándolo, las heridas que no se curan, se enquistan.

Penélope necesitaba hacer unas compras y ha salido sola, mientras sus amigas se han quedado en la suite. No es quizá el mejor día para que Candela se canse y el reposo, aunque se niegue a hacerlo, es necesario que lo prolongue unas horas más. Para recuperarse y recobrar la fuerza necesaria con la que continuar el viaje. Alma se ha quedado con la misión de asegurarse de que no se saltará la recomendación de los médicos. La habitación, a pesar del lujo, no ofrece demasiadas distracciones y, al poco, cada una está encerrada en sus propios pensamientos. Candela se ha arrellanado en la cama con un libro entre las manos. Alma, apoyado su rostro en el cristal de la ventana, finge mirar con atención la silueta de la ciudad, pero en realidad está pensando en otra cosa.

Habla, invitando a Candela a que la acompañe en sus reflexiones.

—¿Alguna vez has pensado en cuánto dura el amor? —pregunta.

Candela deja sobre la mesilla de la suite el libro y centra la atención en su amiga.

—Me refiero, a lo que dura esa pasión que nos hace sentirnos importantes, diferentes. Esa que te arrastra, sin que puedas oponerte, al lado de la persona que amas.

—El amor —dice Candela—, ese del que hablas, es solo el principio y se diluye con el tiempo.

—Lo sé, pero me pregunto entonces qué me pasa. ¿Por qué no logro desvincularme de Sergio? ¿Por qué siento esto con tanta intensidad? No entiendo por qué me ocurre ahora. Es ridículamente atemporal. Esto no sucede en este momento de la vida, pasa antes, cuando eres tan joven que no has vivido lo suficiente para entender. Entonces, la propia inexperiencia es la excusa perfecta para justificar los comportamientos erráticos del corazón. Me siento igual que entonces. Desprotegida contra mis propias emociones.

—Amar no tiene edad, Alma. Amar de verdad sucede en cualquier momento y te expone del todo.

—Ya debería sentirme de otro modo. Sergio me ha demostrado que no me quiere y ese sentimiento del principio, el que te encadena por encima de la razón, debería haberlo superado.

—Supongo que sí, el amor del principio, la pasión, no es más que un cúmulo de reacciones químicas que genera tu propio organismo y a los que te acostumbras. Una potente droga natural. Dura, como mucho, tres años. Y eso exagerando.

—¿Tres años? —le pregunta Alma, confundida por la seguridad con la que su amiga ha hecho el diagnóstico.

—Lo leí en alguna parte —sonríe.

—Pues precisamente por eso, Candela, no lo entiendo. Ha pasado mucho tiempo desde que

empezó mi relación con Sergio.

—Alma, después del principio vienen otras cosas. La complicidad, el proyecto que dos personas empiezan en común...

—¿Qué proyecto, Candela? Era solo mío, me lo ha demostrado con creces. Mientras yo vivía una vida llena de mentiras, él tenía otra paralela.

—Pero sucedía para ti. Tú creías en ello.

Sabe que es cierto. Nadie tiene que explicarle lo obvio para que lo entienda, aunque necesita escucharlo muchas veces en voz alta y reafirmar que no se está volviendo loca.

—Me siento atascada, en un callejón. Lo peor es que me parece que no merece la pena que me esfuerce para encontrar la salida. No creo que la haya.

Alma se guarda las emociones de nuevo, las empuja de ella, como no quiere la obsesión en la que se ha convertido Sergio. No puede ser amor si hace tanto daño.

—Recuerdo el primer tratamiento de quimio, me sentía como tú —dice Candela cambiando de tema, como siempre hace cuando quiere contarle una historia—. Los días eran todos igual de horribles, no paraba de vomitar, en cuanto me pasaba la mano por el pelo me quedaba con un mechón. Mis padres no estaban mejor que yo, enfermos de otro modo, de tristeza como tú, y cada instante deseaba dormirme y, si era posible, no volver a despertarme. Quería que todo se acabara cuanto antes, no merecía la pena tanto dolor porque, aunque había un porcentaje de curación, el que decía lo contrario tampoco era desdeñable. Al final me parecía que iba a ser un cara o cruz, y desde luego que al principio no veía nada más que la cruz.

—Dabas la sensación de ser muy fuerte —dice Alma, sorprendida porque sus recuerdos no coinciden con lo que le está contando Candela.

—No me viste, Alma. Quizá piensas que estuviste conmigo en el hospital, antes, cuando me operaron y, claro que tienes recuerdos de después, cuando Penélope, tú y yo nos pasábamos las tardes en mi habitación, viendo revistas, escuchando música y jugando con la Play.

—Es verdad, la consola, qué ratos... —sonríe—. Esas tardes las guardo en mi memoria con cariño.

—Y yo, pero antes de eso hubo unos días insoportables en los que no dejé que nadie me viera.

—No lo sabía.

—Me duró poco —sonríe Candela—. Enseguida encontré una razón para luchar.

—¿Cuál?

—Era pensar en un ataúd, en que me metieran ahí dentro. ¡Quita! ¡Qué horror!

Alma se queda mirándola sorprendida; esperaba una revelación mucho más importante, algo trascendental, y Candela ha salido con una de sus tonterías. No se da cuenta de que le está tomando el pelo hasta que ve cómo su cara se transforma y la expresión seria que había adoptado se curva en una sonrisa a la que sigue una carcajada.

—Perdón, perdón, es que... —se ríe—. Estás tan seria...

—¡Eres idiota! —dice Alma, de mucho mejor humor que hace un rato—. Pero entonces no me has contestado.

—Cierto. Mi razón fue que me quedaban muchas cosas por vivir, apenas había empezado la aventura y parecía que me la iba a perder entera. No sé, pensaba en el juego de la Play. Era como comenzar y que antes de llegar a la segunda pantalla alguien te quitase el mando. Yo quería ver qué había al final, en la última, no perderme ni una.

—Yo he vivido todo lo que hay que vivir.

—¡Alma! ¡Qué dices! ¡No has vivido nada!

—Lo importante está hecho...

—No, señora, te falta aún.

—¿Sí? ¿Qué?

—Falta que te enamores.

—¡Ya estoy enamorada! ¡Por eso estoy así! —Se está enfadando.

—No me has dejado terminar —dice Candela—. Falta que te enamores de alguien que te quiera a ti también del mismo modo, que experimentes lo que se siente cuando dos personas comparten el mismo sentimiento. Solo entonces sabrás qué significa de verdad el amor y creo que volverás a encontrar las ganas de seguir.

—Eso no está hecho para mí.

—¿No? ¿De verdad crees eso?

—No creo que nadie me quiera de ese modo.

—Raúl. Desde siempre y tú lo sabes, aunque hayas evitado pensar en ello —suelta de pronto Candela.

La mirada de Alma le formula una pregunta.

—¿Estás pensando en el tiempo? ¿En lo que te he dicho antes? —dice Candela y Alma asiente.

—Raúl debería haberlo superado. Si lo que dices es cierto, ese enamoramiento suyo que dura casi desde siempre, debería haberse calmado y esas reacciones químicas deberían haber desaparecido por completo. Hace mucho que nos conocemos.

—No es igual.

Alma no entiende la diferencia.

Candela se lo explica.

—Verás, para él esta historia nunca ha empezado en realidad. La mantiene como un deseo, como algo que jamás ha vivido. Por eso no ha muerto.

—Pero yo no puedo quererle como se merece. Debería olvidarse de mí.

Duele reconocerlo. Duele mucho tener la certeza de que hay alguien que te quiere, a quien tú

no puedes corresponder del mismo modo. Ahora, con la distancia de los años y el equipaje que da la experiencia, Alma sabe que Raúl siempre ha sentido por ella algo más que amistad. Quizá lo supo en su momento, en algún instante se coló en sus pensamientos la posibilidad de que su amigo la considerase algo más que la compañera de paseos y de juegos con Ulises. Sin embargo, consciente o inconscientemente, ella apartó siempre esa posibilidad. No era Raúl quien movía sus latidos, ni cree que lo logre ahora tampoco, pasado el tiempo.

Tiene miedo.

No quiere herirlo.

No quiere que se sienta como ella, perdido entre un amor que no juega al tenis. Podría intentar fingirlo, pero la atormenta que sea solo eso, una pantomima, una solución temporal. Darle la oportunidad de vivir un sueño que ella no comparte ahora. A cambio se convertiría en Sergio porque le estaría mintiendo.

—No te tortures adelantándote a lo que puede o no pasar.

Alma siente que Candela puede leer sus pensamientos y le asusta un poco. Siempre ha sido capaz de adivinar y se pregunta cómo lo hace. No se queda con la duda.

—¿Cómo puedes saber en qué estoy pensando?

—Observo. Cuando la vida te pone delante de retos tan complicados como los míos, te acostumbras a leer en las miradas. No sabes cuántos silencios de mi madre he tenido que ir entendiendo. A veces decimos más cuando callamos que cuando abrimos la boca.

Alma se sienta en la cama y se mira las manos.

Le sudan.

—He pensado que quizá...

—Dilo.

—Quizá pudiera intentarlo con él, algún día, pero me da mucho miedo.

—¿Qué te da miedo? ¿Qué crees que puede pasar?

—Me da mucho miedo perderlo como amigo. Que se acabe también nuestra amistad, como se ha acabado mi relación con Sergio. Ahora que Raúl ha vuelto, no quiero que se marche de nuevo.

—Es un riesgo, sí, pero piensa en lo que puedes ganar.

—No veo que pueda ganar nada si no siento lo mismo que él. Insisto, podría perderlo para siempre.

—Sí, pero sientes algo, aunque no sea más que confusión. Si no, no te debatirías en una duda. No tienes nada que se interponga en ese intento. Nadie te espera, Alma. Te puedes equivocar, claro, pero es mejor equivocarse cien veces que no vivir para no sentir el fracaso.

Alma mira de nuevo por la ventana.

—Me dan miedo los finales.

—No sé por qué —dice Candela—. Un final es siempre el principio de otra historia. —Le da

un beso—. No lo olvides nunca.

Esa tarde, Penélope pasea sola por Roma, buscando algo inconcreto. Sus niños quieren recuerdos y ella nunca ha sabido negarles un capricho, por más que se diga que así no se educa a nadie. Tal vez quiere compensarlos por todas las noches que llega a casa con la paciencia herida y grita por cualquier idiotez. Se deja guiar por el instinto y recorre las calles más turísticas de la ciudad, esperando que algún souvenir le silbe y le diga que se lo lleve a casa, porque en realidad no tiene ni la más remota idea de qué comprar. ¿Una camiseta? ¿Un llavero? Tampoco su economía le va a permitir mucho más.

Lleva casi una hora de paseo y no ha hecho el más mínimo gesto de acercarse a una tienda. Se siente cómoda, instalada en este tiempo que es solo suyo, ese que el viaje con sus amigas le está ofreciendo a manos llenas. Le estaba haciendo falta una cura urgente. Pasa demasiado tiempo pendiente de la enfermedad de sus padres, que se ha convertido un poco en suya. Es lo que sucede cuando te enfrentas al cuidado de alguien, vas asumiendo algo de su dolencia y se traslada a ti, como un virus que se mueve por tu organismo. Enfermas de otra cosa, de cansancio.

Sus padres.

Esos extraños.

No se reconocen ni siquiera entre ellos, no queda nada de la vida que compartieron porque se ha perdido en esa maraña en la que se han enredado sus memorias. Al principio fue él, recuerda el terror que sentía su madre cuando aparecieron los primeros síntomas de pérdida de recuerdos. Luego, como si fuera contagioso, ella también empezó a olvidar.

Primero, palabras.

Después, rutinas.

Ya no se acuerda de que la sopa se come con cuchara y no con tenedor, ni es capaz de hilar frases con sentido, salvo en momentos extraños de lucidez, en los que parece que ella ha vuelto de ese mundo en el que vive ahora. Está incluso peor que su padre, porque él lo único que tiene es una demencia de las que trae la edad, algo bastante más soportable que el Alzheimer. Al menos está tranquilo, no se pone agresivo jamás, aunque diga tonterías a cada rato y le pregunte muchas veces a su propia hija quién es. Su madre, además de eso, ha incorporado a su catálogo de emociones nuevas una rabia que le sale de pronto y rebota contra quien tenga más cerca.

Normalmente ella.

Penélope se siente huérfana.

Sus padres han muerto.

Están ahí, sus cuerpos respiran, sus corazones laten, comen, hablan, pero no son ellos. Son dos extraños incluso para su hija que se ocupa cada día de que no les falte de nada, dejando de

lado a la familia que comparte con Rodrigo y los niños.

Son malos tiempos, la crisis ha hecho que no haya dinero para ingresarlos a los dos en una residencia y la única opción que le quedó fue dejar el trabajo y dividirse. Se ocupa cada día de que lo que les quede lo vivan de una manera digna. Sin embargo, en ese empeño que ha puesto, se da cuenta de que está perdiendo algo importante. Rodrigo se encarga de los niños cuando el colegio no los mantiene entretenidos y, cuando llega, le cuenta cada una de las guerras tontas que inician por el mando de la tele o por no querer comerse la merienda. Ella escucha sin querer escuchar y, a veces, reventada, estalla como su madre.

También su matrimonio está enfermando a pasos agigantados.

Necesita algo más que la aplastante realidad.

En estos pensamientos está perdida cuando Patxi marca su número y provoca que suene su teléfono móvil. Penélope lo descuelga y tras una breve conversación ha quedado con él. No sabe por qué. Quizá para que la haga reír un poco.

Lo necesita.

Raúl pretende proponerle a Alma que vuelvan a cenar, una nueva salida en ese viaje que sin planearlo están haciendo juntos. La confesión que le ha hecho a Patxi, el poner en palabras su historia, le ha dejado tocado y quiere verla. Le viene bien un poco de aire, por eso decide caminar hasta el hotel de su amiga incluso sin llamar primero para saber si ella estará de acuerdo con su invitación. Necesita ese paseo, dejar que el aire inunde sus pulmones y le revitalice, y necesita que cuando sus pasos se detengan Alma esté frente a él.

No le gusta recordar lo que pasó.

Tampoco puede evitarlo.

John forma parte de lo que es él; aunque no esté y se resista a evocarlo, su recuerdo es una presencia absoluta en cada uno de sus días. Quizá por ello encontrar a Alma ha sido tan importante, porque el tiempo que pasa con ella es como un bálsamo. Un viaje hacia el pasado, donde todavía no había heridas de las que nunca cicatrizan.

Solo cuando llega a la puerta del hotel, saca del bolsillo su teléfono para hacer una llamada.

—¿Raúl? —Alma pregunta, pero sabe que es él, su número se ha hecho un hueco en la memoria del móvil.

—Hola. Sé que debería haberte avisado antes, me arriesgo a que me digas no, pero ¿cenarías conmigo esta noche?

El silencio que no se rellena con nada en los momentos siguientes se le hace eterno, parece que lleva sellada una negativa. Pregunta para asegurarse de que la comunicación sigue abierta.

—¿Estás ahí?

—Sí, perdona. Es que...

Alma no quiere salir otra vez. Le atrae la idea de charlar con él, pero Candela se quedaría sola. Penélope ha llamado para decirles que esa noche no cena con ellas.

—Si no te apetece me marchó, no importa —se apresura a decir él.

—¿Te marchas? ¿Dónde estás?

—En la puerta del hotel.

—¿En mi hotel?

—Sí. ¿Dónde estás tú? —Raúl piensa que ella puede haber salido, uno no suele encerrarse en la habitación del hotel cuando visita otro país.

—En la suite.

—Entonces, ¿te apetece que cenemos juntos?

Alma siente una encerrona, va a ser más complicado despacharle con una excusa ahora que sabe que se ha tomado la molestia de ir hasta allí. Sin embargo, recuerda el propósito inicial de

ese viaje, el tiempo que lo aplazaron y le parece injusto marcharse cada noche por su cuenta. Se apresura a ofrecer una coartada consistente para evadirse.

—Es que Penélope no está y Candela se quedaría sola. No creo que sea buena idea, no se encuentra bien.

—Trae. —Es Candela quien, al escuchar sus dudas, le ha cogido el teléfono de las manos—. ¿Raúl?

—¿Candela?

—Oye, esta mujer es tonta de remate. Mira, hoy no tengo el cuerpo para muchas fiestas, no creo que pueda ser la mejor compañía del mundo, así que llévate a esta idiota por ahí, que cene, que se divierta y eso sí, me la devuelves en perfectas condiciones, a ser posible un poco más alegre de lo que está.

—¡Eh! —protesta Alma.

—¡Tú calla!

—¿No te importa? —le pregunta él.

—No solo no me importa, sino que te lo agradezco; está muy pesada hoy.

Raúl se ríe por el tono despreocupado de Candela y porque está seguro de que, sin su intervención, se habría tenido que marchar de allí como vino. Entra en la recepción y se sienta en uno de los sofás, mientras entretiene el tiempo jugando con una aplicación del teléfono móvil.

Alma ha protestado, bastante, pero le ha dado lo mismo. Candela la obliga a darse una ducha, a ponerse guapa y a salir con su amigo otra vez.

—Toma.

Rodea su cuello con el pañuelo que compró en la tienda cuando Alma se está poniendo los zapatos todavía.

—¿Y esto?

—Es para que sientas que me llevas contigo. Para que no te pongas tonta pensando que me dejas tirada. Te llevas algo de mí —le guiña un ojo.

—Gracias.

Acaricia el pañuelo un instante y se rinde a la evidencia de que Candela no va a ceder un milímetro; aunque insista de nuevo, va a obligarla a salir de la habitación. Entiende que está preocupada por su apatía y, casi solo por ella, cede a esa nueva cita. Se mira un instante al espejo y se da cuenta de que, aunque ha intentado esconder su indolencia, esta se asoma en sus ojos castaños. No le pasará desapercibida a Raúl.

Seguro.

No les ha sido difícil encontrarse. Patxi ha visto a Penélope incluso antes de que ella haya sido consciente de su presencia y ha estado a punto de darse la vuelta. Lleva un par de días con una pregunta flotando en su cabeza a la que no quiere responder con sinceridad, porque contradice a todo lo que ha estado diciéndose a sí mismo desde que Elisa se marchó. Parado, retenido por la duda que le muerde dentro, lo encuentra Penélope, cuando le saluda con un gesto de la mano y una sonrisa.

Se acerca a ella y le da dos besos.

Constata que está nervioso y trata de disimular iniciando una conversación en la que le propone que tomen una cerveza en la terraza a sus espaldas. Penélope acepta sin pensarlo siquiera. Se sienta en una silla y usa la de al lado para depositar en ella las bolsas y el abrigo. El bolso se lo deja en el regazo. Mientras logra acomodarlo todo, el camarero les ha puesto las cervezas que Patxi le ha pedido en un italiano de supervivencia.

—Es que me han robado alguna vez —se excusa ella, después de los gestos que han parecido un ritual.

—Haces bien en tomar precauciones, yo siempre soy muy confiado con mi cartera, quizá porque jamás me han robado, pero siempre puede ser el primer día de algo.

—¿Y tu primo? —pregunta ella.

—Desaparecido. Quería quedar otra vez con Alma.

—Lo dices un poco... ¿molesto?

—No lo sé. No me ha hecho mucho caso en este viaje.

—El otro día me comentaste que lo ibas a hacer con tu hijo.

No sabe por qué le ha hecho ese comentario, no cree que entre los dos haya tanta confianza como para introducir a su hijo en la conversación, pero la cuestión es que las palabras han salido de su boca y no hay manera de borrarlas del aire.

—Sí, pero su madre decidió que no me dejaba salir estos días de España con Carlos. Iba a anularlo todo cuando apareció Raúl, y ya que estaba hecho..., bueno, aquí estamos. La verdad es que el viaje empezó torcido y para mí no se ha ido enderezando demasiado.

—Gracias por lo que me toca —dice Penélope, riendo.

—Perdona, creo que tú has sido lo único que se ha salvado del desastre.

—Vale, te perdono.

Penélope ríe con ganas mientras apura la cerveza y se pregunta en silencio cómo es posible que se la haya terminado. Antes incluso de que sea consciente tiene otra delante de ella.

—¿En qué trabajas? —pregunta ella, intentando rellenar el vacío que tiene sobre Patxi, que es

en realidad casi todo. Sabe su nombre, su estado civil y el parentesco con Raúl, pero, por lo demás, solo maneja la certeza de que le agrada su compañía.

—En la universidad, soy profesor de Geografía Humana.

—¿Humana? ¿Qué estudiáis, el atlas del cuerpo? ¿Montes, valles, cordilleras de piel? Ah, no, espera, ya sé, el sistema montañoso de la columna vertebral...

—Estaría bien algo así —se ríe él—. Incluso se podrían incorporar visitas guiadas muy interesantes, pero no. Es un poco más aburrido. Estudiamos la población, el medio físico donde se asienta, esa relación que existe entre el hombre y el medio, y el uso que hacemos de él, cómo nuestra presencia lo transforma... —Se escucha y se asusta—. Perdona, me parece que me acaba de salir el profesor que llevo dentro.

—No, no te preocupes. Siempre está bien aprender algo.

—Sí, pero no es cuestión de que me ponga aquí a darte una clase, hemos salido para otra cosa.

Penélope se queda mirándole sin saber para qué ha salido con él. Para hablar. Para cenar. Para reírse un poco. Para tomar un par de cervezas que están empezando a hacerle efecto. Para sentir la atención completa de alguien sin gritos de por medio.

—¿Quieres otra? —pregunta él, que sabe que lo que ha dicho ha sonado un poco extraño y trata de encauzar de nuevo la conversación a base de cerveza.

—Vale —dice ella.

Siguen hablando, bromeando, las cervezas desfilan por la terraza en filas de a dos y, cuando deciden irse de allí para buscar un lugar donde continuar su cita, ha anochecido. Penélope, al levantarse, observa que es incapaz de enfocar la vista y maldice haber escogido tacones para ese día.

—¡Vaya! —Se le escapa.

—¿Te pasa algo? —pregunta él, un poco asustado. Ha visto cómo se tambaleaba al ponerse en pie.

—Es que ya no bebo y... ¡Uf! Creo que...

Intenta resistirse al mareo, que está segura de que es más intenso por el nerviosismo que la invade que por la misma cerveza. Al lado, unos turistas alemanes la miran. Debe de ser porque son alemanes y para ellos la cerveza es como agua fría. Penélope no sabe dónde esconder la vergüenza que está sintiendo, no debería olvidarse tan a menudo de que ya no tolera determinados niveles de alcohol en sangre.

—¡Perdón!

—¿Por qué te disculpas?

—Me temo que tampoco voy a ser buena compañía —logra decirle, y de pronto es consciente de que sus palabras suenan extrañas. Se ha vuelto a emborrachar, como siempre con muy poco, solo que este poco de ahora es quizá el triple de lo que su cuerpo necesita para sentirse eufórico.

—¿Por qué no me has dicho que aguantas tan poquito?

Han dejado la terraza y caminan hacia ninguna parte. Patxi la lleva colgada de su brazo con la excusa de que no se caiga.

—Porque creía que era una cerveza, nada más.

—Sí que necesitas poco...

—¡Oye! En mis tiempos, cuando Alma, Candela y yo salíamos por las noches, era la campeona de los litros de cerveza. ¡Me los bebía yo solita! Y a un ritmo que te hubiera tumbado, seguro.

—¿Y dónde ha quedado la campeona?

—Muy gracioso. La campeona ha dejado de entrenar.

De pronto, su semblante se nubla, ya no es capaz de ganarle a nadie bebiendo cerveza. Se siente torpe, porque piensa que quizá ha estropeado una noche que prometía; de pronto se acuerda de su presente con Rodrigo y los niños y lo compara con su despreocupado pasado adolescente. Esta noche le gustaría trasladarse a ese tiempo de juventud, reírse de su borrachera y sentirse libre para lanzarse al cuello del hombre que tiene al lado, que la atrae poderosamente.

El agua de la ducha se desliza por el cuerpo de Alma, recorriendo su silueta como una caricia envolvente. Cierra los ojos y se concentra en disfrutar del placer que provoca su tibieza besándole el rostro y el cuerpo, y el tiempo parece detenerse para ella. En realidad, no es su cuerpo quien más necesita caricias. Minutos antes, cuando ha cerrado tras de sí la mampara, lo ha hecho con la decisión tomada de deshacerse de la tristeza de una vez, que el líquido la arrastre y se la lleve por el desagüe para siempre.

De momento, no va mal.

Sale y se seca el pelo despacio y, mientras lo hace, está planeando que se lo va a planchar, estrenará un vestido que compró con sus amigas y se maquillará el rostro para sentirse preciosa. Va a salir con Raúl otra vez y, esta noche, no le apetece nada que la melancolía se haga un sitio en la mesa del restaurante y se dedique a arruinarles la cena. Le da miedo estropearlo todo.

La amistad es más valiosa que el amor.

El amor se ha ido y sus amigos siguen con ella, no tiene que olvidarlo.

La toalla que lleva anudada en el pecho pierde sujeción, mientras los brazos de Alma se mueven planchando el cabello y se ve desnuda frente al espejo. Hace meses que apenas se ha mirado así, en la playa tampoco se fijó demasiado, porque el frío y la vergüenza la tenían ocupada. Se mira con unos ojos distintos a los que se ha estado viendo estos últimos meses. Observa que su cuerpo no está mal, que todavía puede presumir algo. Candela llevaba razón, no es el de Penélope, que es perfecto, pero puede que alguien la desee alguna vez.

El abandono es lo que tiene. No deja solo soledad o tristeza, se lleva algo más, la seguridad en sí misma de la persona que lo sufre. Al no entenderlo, al no saber qué se ha podido hacer tan mal como para que le suelten la mano, Alma empezó a buscar defectos hasta donde no los había, magnificando lo insignificante, convirtiendo lo inexistente en el detonante que hizo estallar su autoestima por los aires.

Hoy se pregunta si no habrá sido injusta consigo misma.

No se viste aún, deja que sus ojos se muevan por el espejo que la refleja y redescubran a la mujer que es, y no la que ha estado viendo este tiempo. Necesita verse con los ojos de alguien que la quiera, no a través de los de Sergio y su olvido.

Del neceser extrae un perfume que ha traído con ella al viaje. Es naranja: *Eau des Merveilles*. Así quiere sentirse, con la energía renovada que le transmite, alegre, feliz. Maravillosa, como el acertado nombre que le ha puesto quien sea a la colonia. Es generosa con la fragancia, deja que cubra su piel antes de que la vista de seda y azul.

Cuando sale del baño, Candela la está esperando viendo la televisión.

—¡Vaya! Has tardado un siglo, aunque veo que ha merecido la pena.

—¿Estoy bien?

—Estás divina.

Le da un beso en la mejilla y mira de reojo el reloj del móvil.

—¿Has visto la hora? —dice Candela, preocupada.

—No.

—Pues vamos, baja deprisa si no quieres tener que volverte a cenar conmigo. Raúl debe de llevar esperándote casi una hora.

—¿De verdad? ¿Una hora? —le gira la muñeca para asegurarse. Sabe que se ha entretenido, pero no esperaba que fuera tanto—. ¡Ay, odio llegar tarde! Y a Raúl tampoco le gustaba demasiado esperar cuando salíamos todos los días.

—Pues hoy no puedes hacer nada. No llegas tarde, llegas tardísimo. ¡Vete!

Alma agarra la gabardina de una silla, se la pone deprisa y se cuelga el bolso. Antes de salir por la puerta, se gira. Acaba de recordar cómo empezó el día y la ausencia de Penélope. Dejar a Candela sola le preocupa, no quiere que le pase algo y ninguna de las dos esté allí para socorrerla.

—Oye, ¿estás segura de que no quieres que me quede?

Candela señala con el brazo el camino hacia el pasillo y, sin mediar palabra le cierra la puerta en las narices, en cuanto la atraviesa. Está segura de dos cosas. La primera es que, si no hace eso, si Alma se entretiene de nuevo charlando va a retrasarse aún más y la segunda es aún más importante: no quiere mentirle. No se encuentra nada bien, pero no le apetece que nadie tenga la certeza.

Llamará a Iván y hablarán de cualquier cosa.

Quiere hacer algo para entretener el dolor que a ratos la dobla por la mitad.

El recorrido tranquilo despeja los sentidos de Penélope y diluye poco a poco los efectos de las cervezas. Todavía maldice los tacones, mientras su brazo se aferra al de Patxi. Roma, a sus pies, resuena esa noche con una melodía nueva y la inunda. Se ha dado permiso para dejar de lado las preocupaciones, ignorando los días eternos en los que sus padres protagonizan su rutina, y ha aparcado todo aquello que altera su ánimo a diario. Se siente bien.

Plena.

Feliz.

Está paseando por una ciudad desconocida, agarrada a un hombre del que apenas sabe nada, pero se nota mucho menos perdida que en su pequeña ciudad, en esa vorágine que se ha convertido cada minuto desde que dejó de disponer de su propio tiempo para dedicárselo a sí misma. Quizás lo que le pasa es que hace mucho que no deambula despreocupada, hace siglos que no se ha dado permiso para disfrutar de algo tan sencillo como un paseo y una conversación.

No tienen claro qué hacer, esta no ha sido una cita planeada y, como tal, dejan que sea el azar quien los conduzca a un restaurante donde cenar. Entran en uno cualquiera, una *trattoria* a cuyo nombre no prestan atención, como tampoco al menú. Solo es el escenario que enmarca una noche distinta para los dos. Cenan, conversan sobre nada y todo, y después del postre, retoman su rumbo errático. Es bastante tarde, pero ninguno de los dos ha mirado el reloj ni una sola vez.

Patxi también está cómodo.

Le agrada la compañía de Penélope, su risa, la franqueza que le transmiten sus gestos.

—¡Ay! —gruñe ella, cuando enreda su tacón en un hueco entre los adoquines de una calle desconocida.

—¡Cuidado! Si te devuelvo magullada, tus amigas no te dejarán volver a salir conmigo —se ríe él mientras la sujeta para que no acabe en el suelo.

—Espero que no.

En realidad, no sabe qué espera; al menos no caerse y que la noche se prolongue unas cuantas horas más. Se aferra con más fuerza a su brazo, mientras deja que su mirada se pierda entre los árboles que enmarcan la calle, que empiezan a llenarse de hojas, la vida que se anuncia en tonos verdes cada año.

Minutos después, pasan por delante de un bar abarrotado, donde un grupo que no conocen de nada está tocando. No suenan mal, así que deciden, tras un breve intercambio de miradas cómplices, quedarse un rato. Interpretan canciones en inglés que ambos conocen, no son novedades sino viejos éxitos que los dos almacenan en sus recuerdos. Cantan, bailan, como todo el mundo que está allí, vuelven a tomarse unas cervezas, aunque Penélope, esta vez, trata de

controlarse. No le apetece estropear la noche. Lo consigue, pero no se libra de ese punto de euforia que da el alcohol.

—¡Madre mía! Ha sido genial, pero estoy agotada —dice al salir del local, mientras se abrocha la cremallera de la cazadora.

—Claro, una señora mayor como tú no está para estos trotes.

—¡Oye! —gruñe ella—. ¡No soy tan mayor! Creo que tú eres unos cuantos años más viejo que yo.

—Ah, ¿sí?

—¿No te acuerdas del «interrogatorio»? Dijiste tu edad y Candela se chivó de cuántos años tengo.

—Ya me acuerdo, ¿veintiséis?

Ella ríe por el cumplido.

Ya le gustaría.

—Justo, veintiséis. Ni un minuto más. Así que cuídate de llamar vieja a una de mi edad. —Finge que se pone seria.

—Si lo hago, ¿qué me pasará?

—Puede que cobres, tengo una habilidad innata para soltar collejas de las que pican.

—Sabiéndolo, tomaré precauciones. —Se levanta el cuello del abrigo, resguardando su nuca de la ira imaginaria de su acompañante—. Me portaré como un niño bueno.

—Eso, no te metas conmigo y así no tendrás que protegerte.

—No sé si voy a ser capaz.

Caminan, como llevan haciéndolo toda la noche, sin seguir una guía o un plano, y de pronto una duda se instala en Penélope.

—¿Sabes dónde estamos?

—Espera. —Él está buscando algún cartel donde diga el nombre de la calle, pero no lo encuentra—. No, ni idea.

—¡Vaya! ¿Cómo vamos a volver?

—¿Con Google Maps?

—¿Andando? Yo no sé si voy a ser capaz de andar mucho más con estos tacones...

—¿Has oído alguna vez la palabra taxi? Son unos coches que se pueden alquilar, con conductor y todo, que te llevan donde quieras, aunque no sepas dónde estás. Pagando, claro.

—¿Eres tonto? ¡Claro que sé lo que es un taxi! ¡No hace falta que me lo expliques, profe!

—No te enfades —se ríe él—. Quería saber si te atreverías a darme una colleja.

—Sigue tentándome y verás.

Patxi rodea la cintura de Penélope con el brazo y la atrae hacia él, mientras mira hacia otro lado. Ella, desconcertada por el gesto nota como su corazón se acelera. Está a punto de decirle

que la suelte, que en su vida hay un cartel que dice ocupado, pero en cambio esconde las palabras y su brazo, desobediente, se desliza hasta la cintura de su acompañante. Él vuelve su mirada, sonríe y prosiguen el paseo.

—Hace un poco de frío —dice él.

—Sí, la primavera es lo que tiene, los días engañan, pero cada noche recuerda que el verano todavía no está aquí.

—¿Por qué has venido a Roma? —pregunta Patxi—. Yo os conté a Candela y a ti por qué estoy aquí.

—Tu viaje con tu hijo que al final no pudo ser.

—Sí, pero no sé tu razón, en realidad. Un viaje pendiente, es todo lo que contasteis.

Penélope suspira y empieza a desgranar los motivos.

Le apetece.

—Cuando éramos unas crías pensamos que venir a Roma las tres juntas sería genial y quisimos ahorrar para ello. No era fácil, recopilábamos propinas, regalos de cumpleaños y lo que conseguíamos con trabajos eventuales cuidando niños, montando cajas en una fábrica o prestándonos para promociones en los supermercados.

—Anda, has sido azafata de supermercado. ¿De qué productos?

—Queso.

—No me gusta el queso. —Arruga el gesto.

—El que tenía que vender, te aseguro que menos aún, no veas lo mal que olía.

—No te imagino haciendo eso.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

—No te pega.

—¿No me pega? ¿Por qué?

—Bueno, porque ahí ponen chicas altísimas, monísimas y simpatiquísimas para que el producto apenas lo veas.

Ella se para en seco, le suelta y le mira sorprendida.

—Según tú, siguiendo la lógica de lo que has dicho, soy bajita, fea y antipática.

—Y repartes collejas.

Esta vez, cobra. Un gesto que ha sido como una caricia inesperada, aunque haya parecido que tenía otra intención.

—¡Vale, vale! Lo retiro. —Se ríe con ganas—. En realidad, solo quería enfadarte, a ver si era verdad que eres la reina de las collejas, ya veo que sí.

—Pero retíralo en serio o te doy otra vez.

—Completamente en serio.

La mira a los ojos, mientras su voz se vuelve más ronca. Las palabras casi las ha susurrado y

Penélope se estremece. Le agarra de la mano y le arrastra para que continúen paseando y se rompa ese momento que acaba de turbarla. No quiere perderse en lo que está sintiendo y a la vez no quiere que se acabe.

—Venga. Sigue contándome. —La vuelve a agarrar de la cintura.

—Bueno, el viaje tuvo que ser aplazado. Candela se puso enferma.

—¿Hasta ahora no habéis encontrado el momento?

—Hasta ahora. Es que..., no ha dejado de estar enferma desde entonces.

Patxi no ha visto rastros de enfermedad en Candela por lo que pregunta.

—Pero ya está bien, ¿no?

—No..., bueno, está mejor.

Miente. No es momento de preocuparse y tampoco cree que le tenga que contar mucho más.

—¿Qué habéis hecho estos días?

—Tropezar con vosotros.

—Además.

—Bueno, nada especial. Compras, paseos, conversaciones...

—¿Eso no lo podíais haber hecho en España?

—Creo que sí, pero necesitábamos venir juntas y allí no es tan sencillo coincidir.

—¡Cómo que no! ¡Vivís en la misma ciudad!

—Lo sé, pero cada una tiene sus problemas y no siempre es fácil dejarlos de lado para dedicarte tiempo a ti misma.

Sus padres regresan a su mente y, en ese momento, desearía ser ellos un instante, olvidarse de todo. Los espanta, no quiere que la interrumpan ahora que está tan cómoda.

—Es bueno salir —dice él—. Lo malo es la vuelta. Lo que dejaste, cuando regresas, sigue ahí.

—No quiero pensar en volver.

Se miran. El paseo se ha detenido, congelado al igual que sus ojos que no pestañean mientras escrutan al otro. Penélope sabe que no tiene que moverse, se obliga a quedarse quieta, a que sus músculos obedezcan las órdenes de un cerebro que está trabajando al límite de su capacidad para que su propietaria no se deje llevar.

Pasan unos segundos.

No demasiados.

El beso que sigue algo que desea con todas sus fuerzas, las mismas que por otro lado le gritan que se frene. No lo hace.

Sabe que esta vez ha sido ella, que nunca se podrá escudar en que él la sedujo, porque no es verdad.

El retraso de Alma cambia la agenda de Raúl. Quizá no tengan tiempo para el paseo tranquilo que tenía previsto. Durante la espera se entretiene localizando un restaurante en su *smartphone*, pero, como no sabe nada de ninguno, decide pedirle ayuda a la recepcionista del hotel de Alma. Esta no duda un instante, en cuanto le pregunta por un sitio íntimo y tranquilo sale, instantáneo, un nombre de su boca.

Divinpeccato.

Decide confiar en ella por la vehemencia con la que la mujer alaba sus virtudes culinarias, aunque en algún momento de la conversación ha llegado a pensar que tanto halago tendría que tener una razón. Se ha imaginado que es, por lo menos, prima del dueño. O, como poco, vecina del cocinero.

Ella misma ha sido quien le ha pedido un taxi para que les deje en la puerta. También ha pensado que puede ser de la familia del taxista por la prisa en buscarlo y la naturalidad con la que le ha saludado, cuando ha entrado al hotel en busca de sus clientes. Del resto de la conversación apenas se entera porque, justo cuando el hombre se acerca al mostrador, Alma sale del ascensor.

Está muy guapa.

Le da un beso de bienvenida y enseguida nota el perfume que se le ha quedado enredado en el cuello.

—Hueles muy bien —le dice.

—Gracias, lo elegiste tú.

Al principio Raúl se sorprende. No se acuerda del aroma, pero solo hacen falta tres palabras para que en su mente se haga sitio el recuerdo de su reencuentro. Ahora, con la distancia del tiempo, le sería imposible acertar con el nombre del perfume, más cuando podría jurar que cogió el primero que alcanzó su mano. Estaba tan aturdido por su presencia, por habérsela encontrado después de tanto tiempo, que apenas pensó en lo que hacía. Ahora sabe que acertó porque le sienta muy bien. Quizá sea eso, o que se ha peinado diferente. O que está preciosa con ese maquillaje suave. O que sonrío hasta con la mirada, algo que es nuevo desde que se reencontraron.

—¿Dónde cenamos entonces? —pregunta Alma, intrigada.

—Yo tampoco conozco el sitio, me lo ha recomendado la recepcionista. —Abre la puerta del coche para que ella sea la primera en entrar.

El taxi, después de unos minutos, se detiene en *Piazza della Rovere*. El cartel que anuncia el nombre de la plaza está esculpido en una placa de mármol sobre la puerta del *Divinpeccato*. Un

camarero uniformado se acerca a recibirlos nada más atravesar el arco de medio punto de la entrada. Raúl le dice, en inglés, que tiene una reserva a su nombre. El hombre conduce a la pareja a una pequeña sala en la primera planta y Alma se agarra al brazo de Raúl, susurrándole cerca de la oreja.

—Suenas muy interesante cuando hablas en inglés.

—Y tú muy tonta cuando te burlas de mí.

Es consciente de que tiene un marcado acento australiano, que suele sorprender a quien lo oye, pero su respuesta tiene que ver más con sus recuerdos, de los cuales emerge la costumbre que tenía Alma de hablarle al oído, provocándole un cosquilleo que despertaba sus sentidos, aunque tratase de controlarse. Odiaba que lo hiciera en la misma medida que deseaba que no dejase de hacerlo nunca. Hasta este instante no se ha dado cuenta de lo mucho que ha extrañado el gesto.

—¿Lo digo en serio! No te había escuchado nunca hablar en inglés.

—Pues te aseguro que durante años no he usado otro idioma, llegué a pensar que el nuestro se me acabaría olvidando.

—¿No había españoles en tu empresa? —pregunta ella—. ¡Siempre hay españoles en todas partes!

—No, en mi departamento.

El camarero señala una mesa para dos. Está junto a una ventana de madera que deja ver el *Castel Sant'Angelo* iluminado. Alma abre los ojos, asombrada por la belleza de la estampa. Cualquier rincón de Roma esconde una historia que contar, presente o pasada, pero además los italianos se han esforzado en darle ese toque extra de iluminación que muy pocas ciudades logran que las haga especiales.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que tenía estas vistas? —pregunta.

—No, me he fiado de la chica de recepción, parecía muy convencida de que el sitio me iba a gustar —sonríe él.

—Tiene buen gusto, la verdad. Si la cena es como el ambiente, este lugar será para recordarlo siempre.

Eso espera, que Alma nunca se olvide de estos días en Roma, que sean tan importantes como lo están siendo para él. Se sientan uno frente al otro, dejando a un lado la ventana para que la ciudad sea testigo de su conversación.

—¿Cómo está Candela?

—¿Candela? —dice ella, un tanto sobresaltada por la pregunta.

—Antes, cuando te he llamado, me has dicho que no se encontraba bien.

—Bueno —no es de las que comparten, así como así, lo que no les pertenece—, se ha mareado un poco esta mañana, pero ya pasó —dice, restando importancia al desvanecimiento de

su amiga.

—Vale, por tu tono pensé que era algo más serio.

—En realidad, estaba buscando una excusa para no venir.

Raúl la mira sorprendido. De momento, le gusta la sinceridad, porque demuestra que es ella, que es Alma, la misma que conoció y que nunca tuvo reparos en decirle lo que pensaba en cada momento. Aunque supiera que no le iba a gustar. Sin embargo, eso fue siempre lo que más le atrajo, que no se ocultara en una apariencia para tratar de agradar.

—Vale, gracias —le dice sin perder la sonrisa—. Podías haber dicho que no.

—Últimamente no me apetece hacer nada, lo sabes. No tiene que ver contigo.

—Ya.

El beso los ha desconcertado por igual. Patxi ha intentado ignorar las señales que, intermitentes, han ido marcando el sendero de esa noche, convenciéndose a sí mismo de que no pasaba nada, que solo eran dos amigos disfrutando de un paseo y un momento relajado. Sin embargo, no ha contado con un pequeño detalle: no son amigos, son conocidos. Si fueran amigos, el vínculo entre los dos habría actuado como freno y está seguro de que Penélope no hubiera buscado sus labios.

Esto no estaría pasando.

Ahora, en medio del deseo que se ha despertado en él, resulta mucho más complicado pensar en lo correcto, distinguir entre dejarse llevar o interrumpir lo que no sabe si está siendo el principio de un error. Elisa, la imagen de su mujer, ha acudido un instante a recordarle que siempre se está quejando de algo así, que otro hombre en circunstancias parecidas ignoró el pequeño detalle de que ella estaba casada y la sedujo.

O eso es lo que quiso pensar.

El beso sigue y él lanza de una patada mental la intromisión de su ex, recordándose que esta noche él ha sido el seducido. Que no ha hecho nada especial. Que, además, está libre, porque fue Elisa quien lo decidió, quien se cargó los años de amor y confianza y se lanzó a los brazos de ese tipo al que ahora presenta como el hombre de su vida.

Borra la culpa de su catálogo de emociones y permite que se cuelen otras.

El deseo intensifica el beso, que empieza a expandir sus efectos. Le desborda y, cuando la atrae hacia su cuerpo, mientras le acaricia el pelo de la nuca, se siente en medio de fuegos artificiales. Hace una pausa y, sin separar su frente de la de Penélope, la mira a los ojos.

Ella, sonríe.

Patxi retoma el beso, buscando de nuevo eso tan extraordinario que ha sentido en medio de una calle de Roma y lo encuentra, porque ella responde sin palabras. No hacen falta para que se entiendan, pero quiere darle la oportunidad de arrepentirse.

—¿Quieres seguir? —le pregunta, y le cuesta hacerlo, porque para ello tiene que abandonar sus labios.

Ella asiente y susurra un sí seguro, un murmullo solo, pero suficiente.

Ninguna de sus habitaciones es buena idea, así que buscan un hotel, cualquiera, uno cerca; una habitación para un rato, de la que nunca sabrán decir el color de las cortinas o el número escrito en la puerta. Solo han guardado memoria de él el tiempo que los ha llevado encontrarla.

A partir de ese momento, lejos de cualquier mirada, se dejan llevar: con prisa, con pasión, con ganas.

Las ropas de ambos van cayendo una a una, mientras trazan un sendero hacia la cama, un camino que recorren siendo muy conscientes de las caricias, pero no de sus pasos. Antes de darse cuenta, están completamente desnudos. Se miran un instante, mientras sus pechos suben y bajan al ritmo de una respiración agitada. Después, como si lo hubieran ensayado mil veces, retoman las caricias y los besos con los que saborean esa noche inesperada.

Penélope se siente despierta, hambrienta y valiente. Por una vez, desanuda los miedos dejando que sus sentidos tomen el control. Desaparece la mujer prudente y emerge otra que casi había olvidado que existía, ahogada en la rutina de una vida que no le gusta ni un poquito. La hoguera está encendida y no piensa en nada más que no sea aquello que están compartiendo. Nadie espera que vuelva a una hora, puede jugar ignorando que el mundo sigue dando vueltas fuera de esa habitación. Es ella la que toma el mando, es ella la que incrementa el ritmo y los empuja a estallar al unísono.

Cuando todo termina, no sabe qué decirle. La culpa, a la que ha esquivado con habilidad toda la noche, no tarda en alcanzarla y empieza a romperse. ¿Qué ha hecho? Mira a Patxi y este atisba en sus ojos una humedad que no estaba hace un rato. Cuando ella pestañea, resbala por sus mejillas y él la atrapa con el dedo y la esparce con una sutil caricia. Sabe, sin que se lo diga, que ese momento entre los dos no se volverá a repetir jamás. Lástima. Le gusta, le ha resultado mucho más sencillo estar con ella que con ninguna de las mujeres que han hecho un poco más llevadera la soledad de los últimos tiempos. Después de darle un beso suave en los labios, se acerca a su oído y le susurra.

—Eres perfecta, no dejes que nadie te haga olvidarlo.

Ella, aunque después de oír eso se quedaría toda la noche, se levanta de la cama, recoge su ropa y se encierra en el baño. Sabe por qué ha pasado y que se tiene que marchar, por mucho que su cuerpo le esté gritando que no lo haga. Esa frase ha acabado de rematar su cordura. No se puede olvidar algo que jamás te ha dicho nadie.

Cuando regresa a su hotel es muy tarde, pero necesita que Candela la escuche. Su alma acusa el peso de lo que acaba de vivir. Ha vuelto pensando qué ha pasado para que se dejara llevar hasta ese punto. Le preocupa lo que está gritándole su mente que significa y que, ahora que se había deshecho de un secreto guardado durante dos décadas, tenga otro.

El camarero interrumpe la conversación de Alma y Raúl entregándoles las cartas del menú. Se entretienen unos minutos leyendo los platos que ofrece el *Divinpeccato* y, al final, es ella la que decide primero.

—Me apetecen los tallarines caseros con langosta; como siga a este ritmo de cenas acabaré engordando.

Levanta la vista de la carta y la clava en Raúl, que no es capaz de entender por qué tiene ese brillo en la mirada y sonrío ampliamente.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

—Es que... tengo hambre.

Ha dejado la carta encima de la mesa, pero la recoge de nuevo y se dispone a seguir seleccionando platos.

—Es normal que estés hambrienta, te has retrasado un montón.

—No lo entiendes. ¡Tengo hambre!

Raúl se encoge de hombros, no sabe de qué le está hablando, pero eso tampoco es nuevo. A veces, a Alma se le olvidaba completar las frases, hablaba siempre como si él manejase toda la información de su cerebro y pudiera entenderla sin preguntar. Con el tiempo casi fue capaz de rellenar los vacíos de su discurso, pero todos los años alejados parece que han mermado ese don.

—Hace meses que no tengo hambre —le dice ella.

—¿Por qué?

—Pues supongo que cuando no estoy bien, cuando siento que el mundo se me viene encima, mi cuerpo reacciona. He sentido un nudo en la garganta que apenas me permitía tragar.

—Pero algo comerías, ¿no? Te habrías muerto si no.

—He comido muy poco. He perdido algo de peso, pero no me ha sentado mal, ¿no?

—No, Alma. Estás perfecta.

—Voy a pedir un helado de melocotón y gorgonzola con trocitos de almendrado de postre —decide, alegre.

Después de que el camarero se lleve sus peticiones, Raúl rellena las copas con vino. Le gusta verla así, sonriente, feliz como la recuerda. Ella espera a que termine mirando la silueta del castillo iluminado, que se cuele por la ventana. El ángel que remata el antiguo mausoleo del emperador Adriano, a orillas del Tíber, envaina su espada. Quizá es momento de eso, de una tregua, de dejar de pelear contra los fantasmas que se han apoderado de sus días.

—Por... que te apetezca comer todos los días —dice él, levantado su copa e invitándola a que haga lo mismo con la suya.

—A ver si ahora me pongo como una bola... —bromea Alma.

—¡Ojalá!

—¡Eh! ¡No te pases!

—Eso significaría que ese nudo se ha ido para siempre y que te encuentras bien.

—No creo que eso sea posible nunca más.

Su rostro cambia levemente. El ángel, ahora, parece que va a sacar la espada, poniéndose a la defensiva.

—Ah, ¿no? ¿Se puede saber por qué? —pregunta Raúl.

—Pues porque en todo este tiempo que hace desde que..., desde que no me apetece nada, he perdido muchas cosas irrecuperables.

—Hay muy pocas cosas que no se puedan recuperar.

Raúl piensa en John como la única que se le ocurre.

—La confianza no se puede recuperar —sentencia Alma.

—No es cierto. Encontrarás a alguien que te vuelva a enseñar el camino. ¿No confías en mí?

—Sí, claro que confío en ti, pero no hablaba de eso, sino de la confianza en mí misma.

—La encontrarás, solo hay que dejarle al tiempo que actúe.

—No creo que pueda, he escuchado cosas sobre mí que no me han gustado nada y, aunque no haya sido consciente de ellas, si he hecho sentir a alguien así, será por algo que hago mal.

Despacio, desgranando una conversación que se ha repetido mil veces, la que jamás le hubiera gustado tener, le cuenta los reproches de Sergio ese día en el que pusieron las cartas sobre la mesa y Raúl no termina de entender.

—¿Parte de lo malo que te dijo que hiciste fue ser buena madre? ¿Trabajar para sacar adelante a tu familia?

—Y descuidarlo, dejar de prestarle atención, anteponer otras cosas a él —añade Alma.

—¿Te estás oyendo? Alma, no digo que lo hicieras todo bien, nadie hace todo bien, pero no me puedo creer que lo que te dijo no fuera más que una excusa, un escudo para protegerse. Él fue el desleal, no lo olvides.

—Pero yo no le di lo que necesitaba.

Raúl no lo entiende. Alma se ha rendido, cree lo que le reprochó su marido y lo asume como una verdad absoluta, sin plantearse siquiera que es posible que en medio de una discusión se digan cosas que no se piensan, reproches que se sacan para hacer daño o como una simple defensa contra los que la otra persona lanza.

—Porque no tienes quince años ni estamos en el parque con Ulises —le dice Raúl—, si no te daría una paliza, te lo juro.

Ella sonríe y cabecea, porque sabe que la amenaza no es real. Tampoco lo hubiera sido con quince años, solo es parte de su manera de hablarle cuando está muy enfadado.

—No te rías. Alma, por favor, tu marido es gilipollas desde que nació. Nunca entendí lo que veías en él, lo que veían todas las tías en él.

—Siempre te cayó mal, lo sé.

Claro que lo sabe, Raúl disimulaba muy mal.

—Es algo más que el simple hecho de que me cayera mal. ¿No eras capaz de ver cómo era? Alma, cediste a su juego, te amoldaste a él. ¡Siempre estabas pendiente de sus pasos! Se lo pusiste muy fácil. Y esa no eras tú, no eras así conmigo ni con tus amigas. Ni siquiera con tus padres. Peleabas para ganar hasta la apuesta más tonta, defendías tu verdad, aunque supieras que no llevabas razón, pero cuando se trataba de él... se te olvidaba todo. Creo que te está haciendo falta pasar página, entender que ya está bien, que no puedes seguir machacándote pensando en que esta historia tiene vuelta atrás. ¿No te ha parecido suficiente el tiempo que has estado cegada por él?

Alma se calla y aprovecha que el camarero acaba de colocar delante de ellos los platos para concentrarse en los tallarines y enfriar la conversación. Sabe que lo que le está diciendo Raúl es cierto y, aunque siente que podría haber actuado de otro modo, el pasado no se puede cambiar. El pasado está escrito a fuego, como un tatuaje que cada uno llevamos en la piel. El nudo de meses se aproxima a su garganta y trata de controlarlo.

Bebe un poco de vino para diluirlo.

Después, algo más.

Raúl sabe que ella sigue enamorada; no está preparada todavía para ver la realidad y será mejor que no siga por ese camino. El rostro de Alma, radiante hace un rato, es otro. Está allí, pero no está con él, sino que ha empezado otra de sus noches de insomnio, solo que esta vez ha sido antes de llegar a su habitación. Él busca una conversación trivial para que la cena no les deje un regusto amargo, pero no es capaz de morderse la lengua.

—¿Cuándo te vas a dar otra oportunidad? —le pregunta.

—No sé a qué te refieres —contesta ella, evasiva.

—Sí lo sabes, sabes de lo que te estoy hablando, Alma, tienes que pasar página. Empezar cualquier otra cosa para volver a sentirte bien.

—¿Y para qué? ¿Para encontrar algo que me haga feliz y volver a perderlo el día que menos lo espere?

—¿Te estás oyendo? Renuncias a algo antes incluso de que suceda por miedo a perderlo algún día, por una simple hipótesis que no tiene por qué suceder.

—Si ha sucedido una vez...

—Alma, escucha, el miedo es el sentimiento que más errores hace cometer. Genera cada vez más miedo —le dice, intentando que no suene a reproche, pero Alma no quiere entender esta noche. No quiere escucharlo.

—Hay que tener un poco de miedo para seguir vivos —contesta.

—El miedo te mata —dice Raúl, mientras acerca la copa de vino a sus labios, sin separar sus ojos de los de Alma, que rehúyen su mirada cuando se siente acosada por unas palabras cargadas de razón a las que no está dispuesta a prestar oídos—. El miedo te hace ver como geniales decisiones que son una mierda. Como esta tuya de no querer avanzar. Vives sin ilusión y eso no es vivir, es sobrevivir. Y ni siquiera estoy seguro de que estés sobreviviendo. Te estás muriendo.

—Empezamos a morir el día que nacemos —dice ella, poniéndose a la defensiva.

—Mentira, ese día empezamos a vivir. Eso lo sabías, no entiendo por qué se te ha olvidado.

—Vivir es una cuenta atrás —sigue diciendo ella, que hace rato que está dejando que hablen sus heridas.

—Puedes contar hacia adelante viviendo o atrás muriendo, eso solo está en tus manos. Es relativo, es un punto de vista y elegir cambiar el tuyo, el de ahora, te puede hacer mucho bien.

—Déjalo, Raúl, es inútil porque no me entiendes.

—¿Eso crees? Me parece que te entiendo mejor que tú misma.

Alma ya no contesta y continúan cenando en un silencio incómodo para ambos.

—¿Quieres seguir hablando? —le pregunta él, cuando están terminando el postre.

—No, no quiero hablar más, gracias —dice ella—, prefiero marcharme.

—Está bien. Pagamos esto y te acompaño.

Minutos después, en la calle, un viento helado los recibe. Ha bajado mucho la temperatura desde que entraron al restaurante y Alma tiembla. En estos meses ha constatado que le cuesta mucho adaptarse a los cambios de temperatura. Raúl, con miedo porque está herida, y nunca se sabe cómo reaccionará alguien herido, la abraza por la espalda. Ella, que no lo espera, se pone rígida.

—Estás tiritando.

Le habla al oído, suave, dejando una caricia sonora que invade el interior de Alma. Ella empieza a notar que sus músculos abandonan la posición de alerta y siente el calor que el cuerpo de Raúl transmite al suyo. Suspira. Es la primera vez, desde hace meses, que el peso que carga en su interior se aligera un poco. Cierra los ojos y al instante los abre de nuevo para cerciorarse de que no está soñando.

Es real.

Raúl la sigue arrojando con sus brazos, espantando frío y miedos. Tal vez debería... El pensamiento no termina de formularse, porque nota un delicado beso en la curva entre el cuello y el hombro. Dos. Antes de que llegue el tercero y se rinda, Alma se las arregla para abandonar los brazos de su amigo. Se da la vuelta y él descubre en sus ojos que no quiere lo que le está ofreciendo sin palabras.

—No compliquemos más las cosas —le dice.

Raúl acepta sus palabras, aunque le gustaría complicarlo y ser quien ayude después a desenredarlo. Pero es lo que ella quiere y así debe ser, debe dejar que se cure sola.

—Me voy, Raúl. No te preocupes por mí, cogeré un taxi.

Empieza a caminar, más rota que antes, porque acaba de sumar uno más a los pensamientos que la torturan cada noche. Ahora ya no solo es Sergio, ahora también está Raúl y lo que ha sentido. Lo que quizá debería permitirse sentir. Si la conversación en el restaurante podría haber empezado a deshacer la madeja de su mente, en ese instante es como si un gato travieso se hubiera puesto a jugar con ella.

—Alma, espera. Tengo algo importante que contarte. —Raúl hace un último intento por retenerla.

—Ya hablaremos.

Ella se aleja hacia un coche que ha respondido al gesto de su brazo. No ha dado un portazo, pero sabe que lo que ha hecho ha sido como si le cerrase la puerta en las narices. El encuentro con Raúl, su viaje mental a eso que es ahora su pasado, le ha hecho plantearse si hubo un tiempo en el que las decisiones que tomó estaban todas equivocadas.

Quizá no sabe hacer otra cosa más que equivocarse continuamente.

Penélope no encuentra la manera de empezar a contarle a Candela lo que acaba de hacer, pero al final arranca. Entre susurros, como si pensara que hablar bajito lo minimiza, le desmenuza este día distinto en el que ella se ha dejado llevar por un impulso. Ha dejado la fidelidad que siempre demostró a Rodrigo de lado y está asustada.

—¿Qué he hecho? —se pregunta en voz queda, cuando termina su relato, y se lo pregunta a la vez a Candela.

—Vamos a ver, creo que has hecho lo que estamos haciendo las tres desde que salimos de casa. Te has concedido un respiro.

—Yo diría que esto es más que un respiro... Candela, no entiendo qué me ha pasado.

—Supongo que te has dejado llevar.

—Eso desde luego; te aseguro que, si me hubiera parado a pensar, habría salido corriendo.

Se calla y de pronto se encuentra con la certeza de que hace mucho que actúa así. Ante la más mínima inconveniencia, ante momentos de incertidumbre sobre decantarse por lo que uno desea o por lo que tiene que hacer, lo que no se sale del guion, Penélope se inclina por el deber. El placer, disfrutar de lo que a uno le viene en gana con la excusa de que vivimos solo un tiempo y hay que aprovecharlo no lo contempla. La bandera del *carpe diem* dejó de enarbolarla hace mucho, porque empezó a parecerle una máxima muy egoísta, la excusa de quienes no piensan jamás en los suyos. Penélope prioriza siempre, pero esa noche se ha colocado en primer lugar.

Recuerda con amargura la última vez que lo hizo, esa en la que le falló a Alma.

—Me preocupa el porqué de esto.

Se le escapa un quiebro en la voz, una debilidad, aunque esté tratando de mantenerse serena.

—¿Te cuento algo? —dice Candela.

Penélope asiente y se tumban juntas en la cama que comparten esos días. Extiende la manta sobre sus cuerpos, espantando un frío inexistente más allá de su conciencia y así, frente a frente, Candela empieza a hablarle.

También en voz bajita.

También buscando la complicidad de las palabras que se susurran.

—Hubo un momento de mi vida en el que tuve que elegir entre cuatro coches.

La cara de asombro de Penélope la oculta la oscuridad en la que están sumidas. No han querido que la lámpara de la mesita de noche ilumine sus confidencias, prefiere la intimidad de esa penumbra.

—¿Coches?

—Escucha... Uno de ellos era... un Renault. Barato, cómodo..., pero con un diseño

francamente vulgar. Me llevaba a cualquier parte, pero no creas que era para tirar cohetes. El día que no tenía la calefacción estropeada, no funcionaban los elevavinas o si no, se quedaba pillado el limpiaparabrisas. Con lo molesto que es eso para ver bien la carretera... Así que el Renault, por mucho que anduviera, no me convencía porque los detalles no eran lo suyo.

—Ni el diseño, eso has dicho.

—Sí, tampoco me gustaba nada. Ni el color. Gris plata, muy aburrido. Me deshice del Renault para siempre.

—No sé de qué me estás hablando, la verdad —dice Penélope.

—¡Calla y espera! No seas impaciente. El segundo coche era un Mercedes. Vaya salto, ¿verdad? Este tenía el mejor diseño del mundo, era cómodo, nunca fallaban los limpiaparabrisas. Tapicería de cuero, remates en madera, lujo en cualquiera de sus detalles. Cuando te dabas una vuelta en él era espectacular, suavidad absoluta, conducción perfecta y una sensación de placer inigualable al apagar el contacto. Pero era negro.

—¿Qué le pasa a un coche negro?

—Nada, pero a este el negro le sentaba fatal. Se cargaba todo el conjunto. De pronto, el diseño se te olvidaba, y los remates de madera y la suavidad en la conducción, porque emanaba tristeza. No me gustan las cosas tristes.

—Tampoco te quedaste con el Mercedes...

—No. Además, era muy caro de mantener.

—¿Con cuál te quedaste?

—Con un Volkswagen. Blanco, para ser exactos.

Penélope se acuerda de que Candela no tiene coche, nunca lo ha tenido. Le extraña aún más la historia que le está contando, porque sigue sin entender nada.

—No tienes un Volkswagen —apunta.

—Sí, sí lo tengo. Es absolutamente fiable, hecho para durar cientos de miles de kilómetros; consume poco y nunca le falla nada. El mantenimiento es asequible y, cuando me monto en él, siento que es mi casa.

—¡No tienes coche, mentirosa!

—No sabes de lo que te hablo, ¿verdad?

—No.

—Piensa.

Candela le regala unos minutos mientras se va al baño y, en ellos, Penélope se pierde entre las marcas de los coches imaginarios de su amiga. No encuentra explicación a sus palabras, no sabe a qué vienen justo ahora, ni qué tienen que ver con la estupidez que acaba de hacer ella. Por un instante se traslada a los momentos vividos con Patxi. Aunque trate de espantar el recuerdo, sabe que no será posible. Lo que se vive, lo que se siente, se queda con nosotros. El tiempo lo esconde

en lugares remotos de la memoria, pero, para que esto se oculte, va a hacer falta mucho, que le pasen más cosas porque si no, lo teme, se convertirá en algo recurrente.

Es lo que pasa cuando nunca te pasa nada.

Cuando ocurre lo contrario, te invade.

—Me has dicho cuatro coches —le recuerda a Candela, cuando esta se sumerge de nuevo en la manta que comparten.

—Veo que, aunque no sepas de qué hablo, estás atenta.

—El sentido común lo he perdido, pero todavía me acuerdo de contar.

—Vale, el cuarto era un Ferrari, deportivo, rojo...

—¿Cuándo has tenido tú un Ferrari? Candela, me estás preocupando.

—No te preocupes —se ríe—. Si eres tan cortita que después de que termine no lo pillas, te lo explico, pero deja que te hable de mi Ferrari.

—Está bien, habla.

—Mi Ferrari..., el caso es que ni siquiera llegué a darme una vuelta con él. Me gustaba tanto, estaba tan fascinada con él, que todo lo que fui capaz de hacer fue sentarme en el asiento del conductor y acariciar el volante. Ni siquiera le di a la llave de contacto. No me atreví a arrancarlo, porque tenía tanto miedo de estropearlo, de hacerle un miserable arañazo, que se quedó ahí, entre los imposibles, entre las cosas que deseamos con todas nuestras fuerzas y que desestimamos, porque algo nos dice que no podríamos soportar el desencanto.

—¿Tenías miedo de arañarlo?

—Tenía miedo de todo. Incluso de que al arrancar el motor sonase mal, o que no fuera lo que esperaba. Me conformé con acariciar el volante.

—Tú nunca te conformas.

—Ahora no, ahora vivo. Pero esto que te estoy contando sucedió antes de que me pusiera enferma, cuando yo era un poco como tú y siempre hacía lo conveniente.

¿Un Ferrari? ¿Rojo? Candela lleva tanto tiempo enferma que es imposible que le esté hablando de coches. Cuando su cuerpo empezó a dar síntomas de funcionar mal, ella apenas era una niña con edad para conducir y jamás se ha sacado el carné. Penélope sabe que le está hablando de cualquier otra cosa, pero su propio estado de ánimo le impide ser consciente de qué se trata.

—¿Sabes qué pasó con el Ferrari? —dice Candela, después de una leve pausa.

—Dime.

—Lo perdí hasta de los sueños, todo por no atreverme ni siquiera a hacerle un arañazo. Con esto aprendí una cosa cuando me puse enferma: no puedes quedarte con la duda. Si algo te llama poderosamente, ve. Equivócate, vale, pero inténtalo. No dejes nada pendiente, porque te persigue. Este viaje también era un pendiente. He pasado años pensando en él, y en el Ferrari,

sobre todo cuando las cosas se torcían mucho. Cuando algún tratamiento no iba, me preguntaba si merece la pena vivir sin atreverse a hacerlo. Sé que no, que no vas a ir por ahí haciendo el tonto y cambiando de coche cada diez minutos (ni cada tres años), pero que hay veces que es necesario concederse el beneficio de poder equivocarte. Por si te lo preguntas, el Volkswagen es posterior al Ferrari. En cuanto el blanco entró en mi vida, no tuve necesidad de pensar en más coches. Había encontrado el perfecto.

Penélope abre los ojos y de pronto comprende. Y entonces, sabe que el Ferrari rojo tiene nombre y apellidos y que le está relatando, a su manera, su pasado sentimental.

—Te has dado una vuelta en un coche. Nada más. Tú sabrás si ha sido de lujo o si es un coche de alquiler, pero no le concedas más importancia de la que tiene. Tu Volkswagen te lo agradecerá.

Candela se da la vuelta y deja que Penélope procese sus palabras mientras espera a que el sueño la venza esa noche. Penélope, entre la resaca de su encuentro con Patxi y lo que le ha dicho su amiga, empieza a pensar en cómo afrontará esto al día siguiente. Cómo, por ejemplo, se lo contará a Alma, sin que ella la juzgue también por lo que le confesó. O a Rodrigo, a quien ha traicionado. Mientras cierra los ojos, y rememora besos y caricias, empieza a ser consciente de que, con toda seguridad, acaba de añadir a su cuenta un secreto que apunta a que será un inconfesable.

Alma entra en la habitación con los zapatos de tacón colgados de los dedos. Intenta que sus pies descalzos no hagan ruido para no correr el riesgo de desvelar a sus amigas. La atraviesa con sigilo y, con suavidad, acciona el picaporte que da acceso a la parte privada de la *suite*. La respiración tranquila de ambas le dice que están dormidas y no se han percatado de su llegada. Cierra con el mismo cuidado; deposita los zapatos en el suelo y el bolso sobre la cama.

En su pequeño apartado, se desnuda y se quita el maquillaje, aunque no puede deshacerse de las palabras de Raúl, que flotan en su mente. Están cargadas de sentido común, de razón, pero ella no quiere escuchar más verdades de sus labios y por eso ha vuelto antes de lo previsto. No debería haberse ido de ese modo, pero está cansada de que nadie entienda que tiene tanto derecho a sufrir como a dejar de hacerlo. Puede que no sea racional, que no sea sensato enquistarse en el dolor, pero es lo que siente ahora; quizá algún día sea capaz de verlo todo de otra manera.

Mientras se mete en la cama, reflexiona. Si algo lastima tanto que es capaz de borrar lo que sucede a nuestro alrededor, puede que alguna vez te acostumbres al malestar y dejes de sentirlo como una molestia. Alma se inventa una terapia absurda, contradictoria e inútil, porque es consciente de que no funciona, que no ha hecho nada más que sumergirla en un bucle. Podría apoyarse, tomar en consideración las manos que se le tienden porque las está viendo.

No quiere.

Piensa que, si cede, si deja que alguien la ayude a salir del laberinto de confusión en el que están sus sentimientos, dependerá de esa persona como una vez dependió de Sergio. Si más adelante tropieza con otra historia como la del mensaje que desencadenó el desastre, acabará en el mismo punto donde está ahora. Torturándose, reviviendo cada noche la conversación que más daño le ha hecho en toda su vida.

La fortaleza que había ido acumulando, se desvanece.

Se levanta, sale a la pequeña terraza de la suite y se sienta en el suelo. Hace frío. Se agarra las piernas con los brazos mientras hunde el rostro entre sus rodillas. Podría quedarse así para siempre, escuchando el ruido del tráfico de Roma y sintiendo la brisa en su piel.

Así, sin hacer nada.

Si no te mueves, si no respiras, tu mundo no cambia.

Pasa algo más de media hora en la que los únicos movimientos que no se detienen en el cuerpo de Alma son los latidos del corazón y su propia respiración. Se dedica, únicamente, a sobrevivir. El ruido de un claxon perturba la madrugada y es la señal que la ayuda a entender que tiene que entrar de nuevo en la habitación y acostarse.

Está helada.

Por la mañana, Candela es la primera en abrir los ojos. Es sábado, su último día en Roma. En veinticuatro horas deberán poner rumbo al aeropuerto para volver a casa y todavía le queda algo en la recámara, una visita de las que considera indispensables en esta ciudad y que no han hecho todavía; aunque planees todo con meticulosidad, la vida siempre se empeña en ir torciendo el rumbo. Candela, capitana esta vez del barco, endereza el timón de sus deseos y las despierta, dispuesta a seguir cumpliendo el programa de sueños que las trajo hasta la Ciudad Eterna.

Está mucho mejor que los días anteriores.

Necesitaba descansar un poco, nada más, y ahora se siente con energía suficiente para afrontar el último de sus retos.

—¡Vamos, dormilonas! —grita, asustando a Penélope, que está profundamente dormida, mientras golpea con fuerza la puerta de la habitación de Alma.

—¿Qué hora es? —pregunta Penélope mientras se incorpora.

—Las ocho y media, tardísimo —contesta Candela.

Alma sale de su cuarto en pijama, despeinada y con aspecto somnoliento, y tropieza con ella, que aún sigue parada al otro lado de la puerta. Le costó bastante dormirse, y las ocho y media de un sábado, a su cuerpo, le parece tempranísimo. Si en lugar de ser la voz de Candela hubieran sido Darío o Sofía los que gritasen se habrían llevado una buena bronca. ¿Tardísimo las ocho y media?

—¿Has dormido bien? —le pregunta Candela, mientras le regala un beso de buenos días.

—Sí, sí, gracias.

—Bueno, ya nos contarás en el desayuno qué tal tu cita con Raúl.

No se acordaba de que le preguntarían por ello y no ha pensado en ninguna historia que contarles. Tendrá que ponerse a hacerlo rápido, quizá si se cuela la primera en la ducha le pueda dar tiempo a inventarse algo para saciar su curiosidad.

—Se va esta misma mañana, su viaje era un día más corto que el nuestro y salen para España hoy —dice—. ¡Me pido la ducha!

Entra en el baño antes de que las otras reaccionen, sin llevar en sus manos la ropa que necesitará para vestirse, pero ahora no hay tiempo y tampoco importa mucho que se pasee envuelta tan solo en una toalla por la habitación. Cualquier cosa es mejor que un interrogatorio mañanero.

—¡Hija, qué prisas!

—Lo siento —grita desde dentro—, me estaba haciendo pis. Me ducho rápido, enseguida os dejo el baño libre.

Penélope se ha quedado blanca al escuchar las palabras de Alma. El día anterior estaba disfrutando tanto de cada instante de esa noche inesperada, que no preguntó por la vuelta de Patxi. Sabe que tiene memorizado su teléfono, igual que sabe que no tendrá valor para marcarlo nunca. Hay días que son excepciones en nuestras vidas, personas que nos cambian, pero que sabemos que, a pesar de lo que sintamos, no nos pertenecen ni nos pertenecerán nunca. Patxi llegó por sorpresa y a pesar de que está segura de que lo que pasó entre los dos nunca dejará de acompañarla, también cree que no se va a repetir, que se ha acabado para siempre.

Le hubiera gustado, al menos, despedirse.

Hunde la cara en la almohada que tiene entre las manos y, cuando se recompone, busca la mirada de Candela.

—No se lo cuentes a Alma. Deja que se lo diga yo, si es que puedo —le pide.

—No te preocupes.

Candela, lectora voraz de ojos ajenos, sabe que Penélope no solo se dio un paseo en coche. Sabe que ha descubierto que existe otro modo de vivir, que no todo es preocuparse por los demás y hacer lo correcto. Ha visto que la vida, como la luna, tiene otra cara. Patxi, en unas horas le ha mostrado un mundo que ella pensaba que está hecho para otros. Un mundo de luz donde el sol no se esconde entre los nubarrones de la rutina y de las obligaciones. Y también intuye en su mirada que Penélope, por mucho que viva en el lado oculto de la luna, no está dispuesta a abandonarlo.

Suben a la terraza que está en la azotea del hotel. El *jacuzzi* burbujea, pero la verdad es que el día ha amanecido fresco y no apetece demasiado, por lo que espera solitario a cualquier valiente que se aloje en el hotel. Ocupan una mesa en el centro de la terraza y enseguida un camarero empieza a disponerlo todo para que disfruten el desayuno.

—¿Por qué no hemos venido aquí antes? —pregunta Penélope, fascinada por el ambiente. Una música suave se mezcla con la brisa que les revuelve el pelo.

—Hasta ayer —dice Candela—, no sabía que se podía desayunar aquí. Me lo contó la camarera de pisos y no quería que nos marchásemos sin usarlo.

—Podríamos habernos bañado en el *jacuzzi*. —Sueña Penélope. Se levanta y mete la mano en el agua. Las burbujas estimulan un cosquilleo y comprueba que está caliente.

—Hoy el día tiene que ver con el agua, pero no esta. —Candela se queda mirándolas y cuando tiene toda su atención, continúa—. A ver, ¿qué nos queda?

—¡El corte de pelo!

—Penélope, ¿eso que tiene que ver con agua?

—Pues... en la peluquería te lavan el pelo, ¿no?

—No es el corte de pelo, aunque yo me lo corto contigo, Penélope.

—Y yo.

La respuesta de Alma las pilló por sorpresa porque pensaban que no quería. Fue bastante

tajante cuando se negó.

—Me he dado cuenta de que la razón ahora es otra, no la mía absurda, y me parece que puede ser un buen momento para hacerlo. Les vendrá bien a mis puntas que están hechas una pena. Me lo corto un poquito, solamente.

—Bueno, pues hecho, buscamos dónde, pero antes...

—¿No era eso?

—No, Penélope. ¿Qué nos falta por hacer en Roma?

Las dos se quedan pensando mientras se miran interrogantes. Les parece que han tachado sus pendientes y, salvo porque se han saltado las típicas visitas turísticas, no imaginan en qué puede haber pensado Candela esta vez.

—La *Fontana de Trevi*, el deseo que tenemos que pedir al lanzar una moneda a sus aguas.

Claro que les falta, era una de las rutas imprescindibles y, con tanto cambio de planes, se les ha pasado. ¿Qué es un viaje a Roma sin lanzar una moneda a las aguas de la fuente más famosa del mundo?

—Mirad.

Candela saca de su bolsillo una moneda de veinticinco pesetas envejecida por el tiempo. La gira entre sus dedos y les guiña un ojo cómplice mientras la hace danzar con habilidad.

—¡Todavía tienes pesetas!

—Todavía tengo esta moneda, Penélope. Es la que tenía en la mano el día que decidimos venir aquí hace siglos. La guardé para cuando pudiéramos hacer este viaje y decidí que sería la que lanzaría al agua de la fuente. Siempre ha estado conmigo.

—¿No te va a dar pena deshacerte de ella después de tantos años?

—No, Alma. A veces, aunque las cosas te acompañen mucho tiempo, llega el momento en el que hay que dejarlas ir. —La empuja con el pulgar con decisión y la moneda gira en el aire mientras sube y baja hasta que queda atrapada en su mano.

—Yo no tengo una moneda como la tuya. —Se entristece Penélope.

—No hace falta, una nueva surte el mismo efecto.

El desayuno es un despliegue de platos: fruta fresca, café con tostadas, bollos, zumos y, para rematarlo, una copa de cava con la que brindan por esa amistad de años.

—Bueno, Alma, no nos has dicho qué tal ayer con Raúl.

—Bien, os he dicho que bien —dice ella, sin demasiada convicción.

—¡Qué mal ha sonado ese bien! ¿Qué te estás ahorrando? —pregunta Candela.

—Creo que... fui un poco borde con él.

—¿Discutisteis?

—No, simplemente llegó un momento en el que no quería escuchar lo que me decía. Venga, no hablemos de eso, vamos a ver la fuente y a cortarnos el pelo. Antes de que cambie de idea.

Las sillas de la sala de embarque del aeropuerto se van llenando de viajeros. Patxi y Raúl han llegado con tiempo de sobra para facturar el equipaje y dar una vuelta, antes de someterse a la tortura de ver pasar los minutos hasta que accedan al avión, pero ninguno tiene ganas de deambular por Fiumicino.

Cada uno está sumergido en su mundo.

Raúl mira la pantalla del móvil, fingiendo que consulta la hora, pero lo que en realidad busca es el valor para hacer una llamada a Alma. La abrupta decisión de ella de marcharse la noche anterior le ha dejado tocado; no estaba preparada para escuchar lo que de verdad piensa de Sergio, pero no pudo evitar enfadarse cuando la oyó hablar como si ella fuera la culpable de todo. Piensa que, aunque sea su amigo, no debería haber sido tan tajante. Alma no está preparada aún para desprenderse del todo de la venda que lleva en los ojos. Inventa las disculpas que cree deberle, elabora excusas para hablarle, pero al final se rinde.

No la llama.

Guarda el móvil en el bolsillo.

Patxi, con el recuerdo de la noche pasada con Penélope zumbándole en el cerebro, bambolea en un tic nervioso su pierna derecha. Las sillas, una ristra de asientos enlazados los unos con los otros por una barra metálica, se mecen al ritmo incómodo de su inquietud, hasta que la mirada asesina de una pasajera desconocida le hace frenar el baile en seco.

—¡Perdón! —Se disculpa—. ¡Sorry! —añade, por si así se hace entender mejor.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta Raúl, que también ha estado a punto de pedirle que pare el baile—. No has dicho una palabra en toda la mañana.

—Eh... —Busca valor para arrancar y dejar salir los pensamientos que están generándole toda esta inquietud—. Es que... Sabes lo nervioso que me pone volar.

Se ha rajado.

Iba a contarle lo sucedido la noche anterior, pero, por alguna razón que aún no entiende, se lo guarda. Penélope no ha sido como las mujeres que hasta ahora han ido cubriendo el vacío que dejó Elisa. Con ella la intimidad era real, no una pose para convencerse de que sigue vivo. No fue un rollo de los que se buscan en las redes para espantar el frío que provoca sentirse solo. Surgió sin más y él se dejó arrastrar aun sabiendo que no era la mejor idea del mundo.

No sabe si se arrepiente.

No sabe si hubiera sido mejor no llamarla.

A veces, las cosas más simples nos cambian para siempre, lo que en principio puede parecer un inofensivo paseo, una charla insustancial, se queda con nosotros y nos transforma.

«¿Has dormido bien?» «Bueno, a medias, me he pasado media noche mirando al techo». «Y qué, ¿necesita pintura?»». «Tonto».

Unas risas, bromas casuales que no parecían estar escribiendo una historia importante.

«Me gusta mucho tu camisa». «¡Vaya, me alegras la tarde!». «¿Cómo has podido pintarme en un minuto en la servilleta? ¡Eres un genio! Hasta parezco yo». «Ahora me alegras el día entero, ¿te gusta? Para ti».

Ninguna de esas frases hacía presagiar que acabarían compartiendo sus cuerpos en un hotel de Roma, nada sugirió que ella iba a instalarse en sus pensamientos. No hubo un «te quiero», un halago a su risa o a su pelo. No se dijeron las cosas que parece que conducen a la aproximación íntima entre dos seres humanos y, sin embargo, él la sintió de una manera poderosa.

Cierra los ojos, porque sabe que no le pertenece. Solo la tomó prestada un instante, pero ahora está seguro de que hay cosas que nunca se deben tocar si no son tuyas. El fuego, si se toca, quema, y la marca se queda siempre contigo.

Hay personas que llegan a tu vida y pasan sin dejarte ninguna huella. Otras se instalan cómodas y construyes con ellas algo a lo que aferrarte para fingir que todo va bien. Hay otras, pocas, extrañas como diamantes puros, que encuentran acomodo en tu alma, aunque su presencia haya sido efímera.

—Esa era la llamada para embarcar —dice, saliendo de sus pensamientos.

—De vuelta a casa —añade Raúl.

Regresan cargados con equipaje extra. El souvenir que trae cada uno es intangible, pero pesa demasiado.

No es muy tarde aún, pero *La Fontana de Trevi* ya está abarrotada de turistas. Candela gira la moneda entre sus dedos, despidiéndose de ella, mientras se acercan a la fuente barroca presidida por la estatua del dios Neptuno. Hace muchos años que la guarda para este momento y se sorprende un tanto nerviosa por estar rozándolo. Sabe que les ha dicho a sus amigas que nada permanece eternamente con nosotros, que la vida es un constante cambio al que no merece la pena resistirse, pero, apretar en su mano ese trozo de metal por última vez, le causa un cosquilleo que se parece a la inquietud. La certeza de que se van a separar después de tantos años compartidos la obliga a respirar.

Es su amuleto.

Ha sido un recordatorio permanente de que aún quedaba mucho por lo que luchar y se pregunta si, con arrojarla, no estará confirmándose que se ha dado por vencida. Espanta la idea, con la agilidad que dan los años de experiencia en alejar malos pensamientos, y decide que es momento de pedir un último deseo y, que la magia que se esconde en el agua, se lo conceda. Durante estos años ha pensado en muchos, desde el típico de volver a Roma, hasta aquellos que tenían que ver con su salud. Misteriosamente, aun a pesar de que la moneda nunca ha rozado la fuente, puede que se los haya ido concediendo todos, a veces completos, otras imperfectos, pero siempre efectivos. Se pregunta si al lanzarla acabará con su suerte.

Da lo mismo.

Candela cree en luchar por lo que quieres hasta desfallecer y eso ha sido lo que ha hecho siempre, así que tirar la moneda no va a cambiar las cosas. Da igual si al final cae en cara o cruz, el destino no lo marca un solo gesto. El destino está hecho de pequeñas decisiones, diminutos fragmentos que como piedrecitas nos van dirigiendo de un lado a otro hasta trazar lo que acabará siendo nuestra biografía. Contestar una llamada puede cambiarte la vida de igual modo que no hacerlo. Olvidarte algo puede ser tan esencial como estar pendiente siempre, porque ambas acciones redirigen unos pasos que jamás están escritos.

—¿No deberíamos habernos cortado primero el pelo? —pregunta Penélope, interrumpiendo el pensamiento de Candela.

—Mira cuánta gente hay —señala ella—, si hubiéramos buscado una peluquería primero, no podríamos ni acercarnos a la fuente.

—Es que me hacía ilusión que saliéramos en la foto con nuestro nuevo look.

Extrae el móvil del bolso para inmortalizar el momento. Sus amigas se sorprenden, porque se dan cuenta de un detalle que hasta ahora había pasado desapercibido.

—¿No nos hemos hecho fotos en todo el viaje? —pregunta Alma.

—No, ni una.

Se sorprenden, porque ninguna las ha echado de menos. Han estado tan entretenidas viviendo, que se han olvidado del reportaje que acompaña a todos los viajes para confirmarnos que existieron. Es el testigo que aguarda silencioso en los cajones para contarnos, de vez en cuando, historias de otro tiempo, dando pistas a la memoria para que no recree a su antojo. Este momento, tan esperado desde hace tanto, lanzar sus monedas, merece el premio de una fotografía de las que no se hacen por hacer ni para subir a una red social.

—Tendremos que buscar a alguien para salir las tres —dice Candela—. ¡Oye! —Llama la atención de un muchacho que lleva a su cuello una Nikon con un objetivo 18-200. Puede que sea un buen candidato para no sacar una instantánea desenfocada—. ¿Te importa?

Ha empleado el castellano, pero el chico, aunque no lo habla, la entiende por los gestos y porque le tiende el móvil de Penélope. Las tres se sitúan delante del dios romano y sus caballos, y fingen que están lanzando las monedas como manda la tradición: con la mano derecha por encima del hombro izquierdo. Sin embargo, aunque sea ese el momento que podrán visualizar siempre, no se han deshecho todavía del metal, porque queda el ritual de decidir sus deseos. Le dan las gracias al joven y recuperan el teléfono.

—Supongo que ahora toca tirarlas —dice Alma, haciendo girar su moneda entre los dedos.

—Sí. A ver, me he documentado. La tradición dice que si lanzas una moneda, el deseo que te concederá es que volverás a Roma.

—Perfecto, Candela —continúa Penélope—. Me encantará volver. Ha sido un viaje muy... especial. —Se guarda hablar de la noche anterior porque aún no sabe si va a contárselo a Alma.

—Espera, queda algo más.

—¿Qué? —pregunta Alma.

—Supongo que, puestos a pedir, podría ser cualquier cosa, pero dicen que si lanzas dos, encontrarás el amor.

—Ya, ¿y con tres? —Alma sabe que ese deseo no entra en sus planes.

—Con tres dicen que te casarás con esa persona.

—Entonces será mejor que yo solo tire una.

La conversación la interrumpen unas mujeres que tratan a toda costa de venderles una rosa. Están por todas partes, ahora que se fijan, aunque hasta ese momento no hayan sido conscientes. Penélope intenta zafarse, pero Candela retiene a una de ellas y le compra tres flores. Una para cada una.

—Me parece que podemos hacer algo diferente, si queréis.

—¿Tirar la rosa? No me parece sensato, teniendo en cuenta la burrada que le has pagado por una flor medio mustia. Aunque a lo mejor a la flor le hace ilusión un poco de agua.

—No, Penélope, podemos cambiar nuestros deseos. Creo que a Neptuno no le importará

escuchar algo nuevo después de tantos siglos pidiéndole lo mismo.

—¿Qué propones?

Candela se mira la mano en la que sigue su moneda. Espera que no le falle y que la magia que le ha presupuesto en estos años continúe dentro de ella.

—Olvidémonos de tradiciones. Deseemos eso que no nos atrevemos a decir en alto. Estoy convencida de una cosa, cuando se anhela algo mucho, acabas consiguiéndolo, porque enfocas todos tus pensamientos ahí. Eso hace más magia que cualquier fuente del mundo, pero a veces necesitamos un pequeño empujón para ver las cosas.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Igual que creo que, si fuera tú, Alma, sabría qué hacer ahora mismo. ¿Listas?

Las tres se colocan en posición de lanzamiento, se conceden unos segundos, se miran y, cuando sus sonrisas delatan que los tienen, sincronizadas, arrojan su deseo en forma de moneda a la fuente. No se lo cuentan, han convenido que pedirían algo muy íntimo, algo que no se atreverían a decir en alto.

Penélope, en el momento de desprenderse del metal, ha pensado en que, por encima de todo, no quiere perder a Rodrigo.

Alma ansía olvidarse de Sergio y que alguna vez pueda saber lo que significa amar a alguien que te corresponde del mismo modo.

El deseo de Candela no es suyo. Sabe que lo que ha pensado en un principio es tan poco probable que se cumpla, que lo cambia un instante antes de deshacerse de su vieja moneda de veinticinco pesetas. No quiere desperdiciar la oportunidad. Su deseo es que las dos, elijan lo que elijan, lo consigan.

Neptuno no les puede fallar si las peticiones le llegan por duplicado.

—¿Buscamos una peluquería? —pregunta, con una sonrisa, mientras se empiezan a alejar del barullo de turistas.

—Esperad un momento.

Alma se vuelve hacia la fuente decidida, mientras sus amigas se preguntan si llevará otra moneda en su mano para atreverse con un nuevo deseo. Cuando alcanza la piedra se coloca de espaldas, respira y desprende de su dedo anular la alianza. Nunca, desde que se casó, se ha separado de ella; por eso su piel conservará un tiempo la huella de su presencia. Cambiará, está segura. El tono se igualará con el resto del dedo y la hendidura se irá matizando hasta que no quede nada.

Siempre es así.

Por grande que sea la cicatriz el tiempo la va difuminando y hasta algunas acaban casi por desaparecer.

Cierra los ojos mientras Penélope y Candela la observan y no vuelve a abrirlos hasta que el

anillo bucea perdido entre las monedas que abarrotan el fondo del agua.

—Ahora sí nos podemos cortar el pelo.

El sábado se diluye entre la visita a una peluquería, una comida tranquila en una terraza y el último paseo por esa ciudad con la que soñaron tantas veces. Admiran la belleza del Vaticano desde la *Piazza di San Pedro*. Meten la mano en la Boca de la Verdad sabiendo de antemano que sus secretos no correrán peligro. Ven el Coliseo desde un taxi y las inmediaciones del Foro. Después, ya a pie, compran el helado más grande que encuentran y se olvidan, por esta vez, de valorarlo en calorías, porque los grandes placeres de la vida no admiten medidas tan banales. Alargan ese último día perdiendo cada minuto, ganando a la vez con ellos material con el que modelar los recuerdos, cuando vuelvan a retomar la vida donde la dejaron.

Alma casi no se acuerda de Sergio.

Penélope incluso se da permiso para no pensar; en dos días volverá a sentirse enferma de esa desidia a la que le induce el cuidado constante de sus padres y el no poder concederse ni un capricho.

Candela está rendida, pero recuerda que este día ha sido siempre la fuerza que necesitaba para seguir adelante y no está dispuesta a que algo tan nimio como el cansancio se lo estropee. Cuando al final alcance a cubrirse con la sábana, será cuando se permita dejarse llevar por su debilidad. Ahora no. Ahora está inmersa en ese sueño.

Ahora está viviendo.

El domingo amanece con los preparativos del final. La maleta de Penélope, que a la ida llegó ordenada y ligera, no es capaz de albergar las consecuencias del viaje. Lucha con ella sobre la cama, tratando en vano de aplastarla sentándose encima, pero ni aun así es capaz de lograr que cierre. Sudorosa, y un poco enfadada, porque siempre le pasa igual, se rinde a la evidencia de que va a tener que pedirles que le lleven algo si no quiere tener que sumarle otro bulto al equipaje. Vuelve a abrirla por si acaso puede prescindir de algo. En la parte de arriba ha puesto su cazadora, si la lleva en la mano a lo mejor cierra. La saca, vuelve a trepar sobre ella y comprueba que, aunque con esfuerzo, ahora la cremallera completa el recorrido.

Orgullosa de su minúsculo triunfo, deja la maleta en el suelo con la cazadora sobre ella.

Casi de refilón ve el sendero que traza en el aire un papel que se le escapa del bolsillo.

En una servilleta, apenas esbozada con un bolígrafo de tinta azul, una mujer que se le parece mucho la está mirando sonriente desde el suelo de la habitación. Recoge el retrato y se sienta en la cama, mientras lo sostiene entre sus dedos. Observa sus rasgos y decide que, aunque se parecen, no es ella. Seguro que esta mujer no tiene unos padres a los que el olvido ha convertido casi en otros hijos. Seguro que ella es feliz cuando gira la llave de la cerradura cada noche y

vuelve a su casa. Sonríe demasiado y no tiene aspecto de estar agotada.

Definitivamente, no es ella.

—¿Ya estás? —pregunta Candela, que sale del baño con su neceser en las manos.

—Creo que sí, me parece que no me dejo nada —responde, mientras arruga la servilleta y se la guarda en el bolsillo del pantalón, intentando borrar el rastro de su secreto.

—¿Y Alma?

—Aquí, estoy lista. —Aparece arrastrando una maleta tras de sí desde el anexo de la suite.

—¿A qué hora viene el taxi? —Penélope se mira el reloj.

—Todavía podemos perder un poco el tiempo. —Candela deja la bolsa de aseo encima de su maleta y se tira de golpe en la cama—. Voy a echar de menos esta habitación.

—¿Vas a extrañar mi compañía nocturna? —pregunta Penélope, mientras se tumba en el lecho desde el otro lado. Su cabeza queda a la altura de las rodillas de Candela y así, atravesadas, apuran los minutos que les quedan en la suite.

—No, preciosa. ¡Das unas patadas que no creo que te eche nada de menos!

—Tenías que haber dormido en la otra habitación. Hubieras estado más cómoda —dice Alma, y se tumba al otro lado de Candela.

—No —contesta ella, mientras se eleva, dejando su cuerpo apoyado en los codos—, me hubiera perdido algunas conversaciones interesantes.

Se vuelve y guiña un ojo a Penélope. Ha abierto la puerta para que le cuente a Alma su aventura, pero por su gesto de pánico, adivina que sigue sin estar preparada y se apresura a cambiar de tema.

—¿Qué tal todo? ¿Qué os parece ahora haber hecho el viaje?

—No ha estado nada mal. Y tú, Alma, ¿cuál es tu balance? —pregunta Penélope.

—Creo que me siento algo mejor que cuando llegamos —dice con sinceridad—, aunque también pienso que me queda mucho todavía para volver a ser la misma que era.

—Nunca serás la misma, el tiempo nos va cambiando y eso no es malo —señala Candela.

—A mí me gustaba como era.

—Y te gustará descubrir quién puedes llegar a ser si dejas de tener tanto miedo. La vida son etapas, unas más cortas, otras más largas, pero, al fin y al cabo, eso. Y las etapas mutan. Lo que te parecía genial en un momento, en otro te puede resultar odioso, ¿o no?

—De pequeña yo odiaba las lentejas —reflexiona Penélope—. Con todas mis fuerzas.

—¿Y te gustan ahora?

—Pues sí, bastante. Tanto, que no entiendo cómo fui capaz de pasarme tres días enteros sin comer, porque me negaba a abordar el plato que mi madre ponía delante de mí en todas y cada una de las comidas. Cuidado que pueden ser pesadas las madres a veces. Podemos, que yo soy igual que es ella. Que era.

Candela toma el relevo de las palabras, antes de que los pensamientos conduzcan a Penélope a sus padres. Estos días fuera de casa ha logrado mantenerlos casi al margen y sería bueno que pudiera exprimir la tranquilidad del tiempo que les queda hasta que regresen a sus vidas.

—Lo mismo que te pasa ahora con las lentejas, nos pasa con la ropa, los peinados, los lugares e incluso las personas. Cambia nuestra percepción de ellos y eso no tiene por qué ser malo.

—Pero me está costando mucho —dice Alma.

—Mejor. Te hará crecer. Has vivido en una burbuja, va siendo hora de que te atrevas a explotarla.

—¿Os acordáis de Lasa? —pregunta de pronto Penélope.

A la mente de las tres acude el recuerdo de un chico rubio con el que compartieron instituto. Adrián Lasa fue con ellas desde primero hasta que se marchó a mitad de tercero, obligado por un traslado del trabajo de su padre. Tenía la cara cubierta de acné adolescente descontrolado y cierta tendencia a llamar su atención de las maneras más peregrinas. No era de los que sacaban buenas notas, septiembre le salvó varias veces de repetir curso.

—¡Como para no acordarse! —dice Alma—. Creo que todavía debo tener la señal en el tobillo de la patada que me metió un día en el recreo.

—¡Se me había olvidado! —Se ríe Candela—. El pobre no sabía cómo lograr que le hicieras un poco de caso.

—¿Quizá con una nota? ¿O un «buenos días»? —Ironiza Alma—. ¡Vaya niño! Cuando no me daba una patada, me atizaba una colleja o me tiraba del pelo. ¡No lo soportaba!

—Tu recuerdo de Adrián es pésimo, ¿verdad?

—Pues, claro, Penélope. Si fuera hoy creo que le denunciaría por *bullying*. Bueno, no era acoso, era un cansino, nada más.

—¿Cómo imaginas que es ahora?

—A ver —Alma se incorpora en la cama y empieza una enumeración cargada de mala idea—. Fofó, bajito, canoso, con una barba descuidada, poco pelo, quizá soltero y con un trabajo de mierda.

—Espera.

Penélope saca el móvil de su bolso y bucea entre las aplicaciones. Llega al archivo de fotos e inicia una danza frenética con el dedo hasta que da con la que está buscando.

—¿Tienes una foto de Lasa? —pregunta Alma, sorprendida.

—De hace un par de meses. Me lo encontré en el hospital, en una consulta de trauma a la que tuve que llevar a mi madre cuando se cayó, y no pude resistir la tentación de hacerle una foto sin que se diera cuenta. Iba a enseñároslo, pero no sé por qué se me había olvidado hasta ahora.

Le pasa el teléfono a Alma, que se queda con la boca abierta. Ese hombre que aparece en la pantalla no puede ser Adrián Lasa. De gordo no tiene nada, conserva el pelo y, a juzgar por la

señora que ha salido de rebote en la foto, tiene pinta de ser más alto de lo que ella recordaba. Candela le quita el móvil para cotillear el retrato.

—¡Vaya con Adrián! ¡Si está hasta bueno!

—Le hice la foto antes de estar completamente segura de que era él, para que me confirmaseis vosotras si estaba en lo cierto. Como no dejaba de mirarle, acabó siendo él quien me habló. Estaba allí con su padre, había venido de Madrid para acompañarlo a una consulta. Lasa tiene un gimnasio propio y es entrenador personal. La verdad es que me quedé atónita al verlo, porque yo también creía que acabaría siendo un fracasado. Y mira, ahí lo tienes... ¡tan mono!

—¿Está casado? —pregunta Candela.

—Sí, felizmente. Tiene tres hijos, me dijo.

—¿Se lo preguntaste? ¡Serás cotilla! —dice Alma.

—Oye, él preguntó primero.

—¡Quién lo iba a decir!

—A eso me refiero, a que Candela lleva razón. La vida nos va cambiando y no siempre para mal.

—Considera tu matrimonio una etapa y deja que se abra otra. Igual te acabas llevando una sorpresa. Alma, hay que vivir, lo mejor que se pueda y que se sepa, que esto dura muy poquito.

Un atisbo de inquietud hace una danza por el aire, amenaza con instalarse en la cama con ellas y Candela, ágil, lo espanta.

—¡Hora de marcharse! ¡Adiós, Roma! Me ha encantado conocerte.

Salen de la habitación cargadas con sus maletas y, a la llegada a recepción, un taxi espera, listo para depositarlas en el aeropuerto.

Un avión.

Un recorrido en el aire y en un par de horas otra vez en casa.

VERANO

Verde, amarillo, naranja... La planta transforma el agua en flores y frutos de brillantes colores. La naturaleza se torna en explosión de vida y luz, antes de que la tarde del otoño regrese y dé paso a un nuevo ciclo.

«Julio caliente, quema al más valiente.»

El uno de julio es el día pactado para que arranque el mes de vacaciones que le corresponde a Sergio con los niños. Alma lleva varios días haciendo maletas, poniendo lavadoras y planchando ropa. Ha tenido que pensar en pantalones cortos, camisetas, cazadoras, vaqueros, piratas, toallas de piscina, bañadores, crema solar, antimosquitos y las medicinas que necesita Darío para el asma. No se ha olvidado del móvil que, a regañadientes, decidió comprarle a Sofía para estar en contacto sin tener que pasar obligatoriamente por el de su padre.

Se ha esforzado en que todo esté en su lugar, en no dejar un resquicio por donde se pueda colar un solo reproche.

A la hora fijada, las ocho de la mañana, Sergio estaciona el coche delante del adosado. Su tiempo de ausencia debe haberle hecho olvidar que en la casa tienen un timbre, que solo se oye en el interior, y ha preferido hacer sonar el claxon para avisar a toda la urbanización de que ya está ahí. Una vecina se asoma en camisón tras las cortinas, curiosa o indiscreta, para saber si alguien está corriendo un peligro mortal. No entiende que, de no ser así, alguien arme tanto escándalo un día de verano tan temprano. Al verse descubierta por Sergio, abandona el puesto de vigilancia y continúa con la rutina que ese día, a golpe de pitido, ha empezado más pronto de lo que ella esperaba.

Darío, ansioso por volver a ver a su padre, ha salido corriendo a su encuentro, arrastrando la maleta. Él, impaciente por irse, la ha guardado en el coche veloz, casi tan rápido como ha cerrado las puertas y ha arrancado el motor.

No se ha girado ni para desearle a Alma buenos días.

—Mamá —dice Sofía, mientras se despide de ella—. Te prometo que te voy a llamar todos los días.

—Gracias, cariño.

—¿Estarás bien?

La niña mira su rostro y a Alma le entran ganas de negarse a dejarlos ir, pero se contiene.

Es su padre.

Es su tiempo.

—Claro, no te preocupes, princesa. Van a ser cuatro semanas y estaremos en contacto.

Acaricia su pelo, recolocándole un mechón detrás de la oreja.

—Si quieres vendré a verte, le puedo decir a la tía que me traiga algún día.

—Escucha, Sofía. Ya sé que no te gusta irte de casa tanto tiempo, a mí tampoco, pero este

mes tienes que pasarlo con papá. Cuida de tu hermano y procura portarte bien. No os peleéis mucho.

—¡Pues vaya mierda de plan!

Sofía estrecha su cuerpo contra el de su madre intentando prolongar la despedida. Cuesta un poco que se suelte y suba al coche. Se hace necesaria otra presión del claxon por parte de Sergio, que parece cada vez más apresurado.

Alma cierra despacio.

Ahora, apoyada en la puerta, mira su casa con otros ojos. No hay nadie más que la ocupe, durante todo un mes estará sola dentro de esas paredes que no hace tanto cobijaban a una familia. Su familia. Empieza un recorrido pausado, habitación por habitación. Quizá sea el momento de empezar a hacer algún cambio y tomar decisiones que no se pueden seguir aplazando.

Mira la mesa de la cocina, las cuatro sillas que la rodean. Sobra una desde hace tiempo, tendrá que quitarla. Anota en su cabeza el primero de los cambios. En el salón, uno de los sofás está deformado. Es el que Sergio ocupaba frente a la televisión. También debería deshacerse de él, no le apetece seguir viéndolo cada día, apreciar el rastro que han dejado los años cuando se siente. En el lavabo de la planta baja no queda nada de él: el cepillo de dientes y sus toallas las tiró nada más volver de Roma. Bien, una habitación que está libre de recuerdos.

Sube las escaleras acariciando la barandilla con la punta de los dedos.

Entra en su dormitorio.

En la mesilla de noche de Sergio hay un vacío tan grande como en el espíritu de Alma. El hueco en los cajones parece que espera a ser rellenado. Con la cama le pasa lo mismo, demasiados años compartida, tantos que una mitad tiene dueño y le cuesta ocuparlo hasta dormida. Mira a su alrededor y decide que esa habitación será la primera que redecore de arriba abajo.

La cama, el colchón, las mesillas, la cómoda.

Cambiará la lámpara.

Se deshará de los adornos.

Abre el armario que recorre toda la pared. La zona que ocupaba él sigue vacía, ya es hora de que su ropa la invada y deje de amontonarse en su lado. Mira hacia arriba y en el altillo descubre unas cajas. No se acuerda muy bien de qué es lo que contienen; fruslerías, restos de la anterior mudanza, cuando se marcharon a vivir juntos a esta casa. Esos trastos que las madres empaquetan para librarse de ellos en cuanto les anuncias que te vas y que significan más sitio en su casa para guardar trastos igual de inútiles.

Acerca una silla y baja las cajas.

Se sienta en el suelo y las abre con cuidado. Como sospechaba, son cosas de Sergio. Apuntes de la universidad, fotos, algún póster, viejos discos y CDs de cuya música casi se ha olvidado.

Algún llavero. Tarjetas de visita con teléfonos fijos que seguro que hoy ni existen. Piensa en bajarlas a la puerta y llamarle para que las recoja, para que se las lleve y sea su nueva mujer la que no sepa qué hacer con ellas, pero al descender por la escalera cambia de idea.

El contenedor de la esquina se llena mucho antes de las diez de la noche.

Se suman más trastos.

La taza que usaba para desayunar. Un cuadro. Varios libros. Un jarrón, unos pendientes que le regaló, un montón de revistas, herramientas que compró, a las que apenas hizo caso nunca. El contenedor de basura se convierte en un festín para un cazatesoros. Está segura de que algo de lo que acaba de poner ahí acabará en casa de alguien que se sorprenderá al ir a tirar esa noche la basura.

Al cerrar de nuevo la puerta de su casa sabe que, aunque trate de tirarlo todo, hay algo inmaterial de lo que jamás podrá deshacerse. Esa casa está llena de recuerdos compartidos. En cada rincón, sin esforzarse apenas, puede evocar una historia. Si hubiera muerto, si Sergio se hubiera marchado por esa razón, le resultaría mucho más sencillo permanecer ahí, porque necesitaría de esos recuerdos para seguir. El caso es que está vivo y es tan diferente a como ella le veía, que no puede soportar que las esquinas, los rincones y las paredes le cuenten historias felices, que puede que hasta sean mentira.

Toma una decisión.

Enciende el ordenador y empieza a buscar un piso. En unas horas tiene tres que le gustan y citas para ir a verlos. Ahora que ha sido capaz de dar este paso sola, ahora que no ha necesitado manos a las que aferrarse para dar un paso, coge el móvil y marca un número que no ha usado apenas desde que volvió a España. Quiere contarle a Raúl su decisión y no se le ocurre una excusa mejor para volver a verse.

Va a dejar de evitarle.

Penélope lleva semanas debatiéndose en la incertidumbre. Sabe que su relación con Rodrigo tiene grietas por donde se cuelan muchas dudas y teme que, si abre la boca, si se desembaraza de su secreto, acabe metiendo en ellas un cartucho de dinamita. Por eso, casi no duerme. Acude cada mañana a casa de sus padres con la carga extra de lo que oculta; otro peso más a una espalda que a veces parece a punto de resquebrajarse. Ha repasado mil veces lo que le condujo a Patxi y, aunque lo entiende, también sabe que para ella no fue más que un desahogo.

No ha querido saber qué supuso para él.

Por si en algún momento le asaltase una duda, borró su número de la memoria del móvil, aunque en la suya permanecen intactos las caricias y el deseo, cada uno de los instantes de la noche en la que se permitió no pensar. No se arrepiente, pero quiere convencerse de que no lo volverá a repetir. Ama a Rodrigo, en eso no hay ni un titubeo. Sin embargo, una idea danza por su mente trastornando la poca paz que logra reunir. Siempre que ha pensado en Sergio, se ha dicho que fue una traidora y una cobarde por ocultarle a Alma su desliz. Si aquello, que no fue nada en realidad, un simple rollo cuando todo estaba aún por decidir en la vida de los tres, le ha costado media vida contárselo a su amiga, esta vez va a ser mucho más difícil. No encuentra el valor necesario para abrir la boca.

Piensa en lo que perdería.

Repasa todos los años de convivencia, esa familia que ha ido modelando con mimo y se hunde con la sola idea de que se deshaga. Aunque ahora apenas la disfrute, sueña con que llegará un momento en el que sus padres no estén y ella pueda recuperarse y recuperar a los suyos. Se dice que hace falta solo un poco de tiempo, justo el que tarden ellos en marcharse para siempre. Cuando se sorprende deseando su muerte se angustia más y llega a uno de sus callejones sin salida. ¿Cómo puede pensar que eso es una solución?

A veces piensa en lo que ganaría si habla con su marido.

Descargaría un peso, pero a cambio es más que probable que Rodrigo no lo entendiera. ¿Por qué iba a entender que se ha metido en la cama de otro? ¿De qué serviría que lo entendiese? Siempre habría una sombra entre ambos, la de aquel momento en el que ella no supo mantener la promesa de fidelidad que le hizo. ¿Para qué provocar que él sufra también? Recala en otro callejón oscuro, sin una vía de escape de nuevo.

Cada noche se acuesta con el pensamiento de que a la mañana siguiente se sentará con Rodrigo y hablarán, recrea la conversación imaginaria, intuye sus palabras y elabora las respuestas, pero cuando el sol emerge de nuevo, flaquea. Regresa, cobarde, al encierro donde habita su secreto.

Si se lo guarda será solo suyo.

Esta mañana, frente al desayuno, lo intenta de nuevo.

—Rodrigo.

—Dime —contesta él, mirando distraído el móvil, enfermo de ese virus tecnológico moderno.

—¿Tú todavía me quieres?

—Pues claro. —Levanta la cabeza un instante y cruza la mirada con la de su mujer. Vuelve a su teléfono antes de que ella le formule la siguiente pregunta.

—¿Por qué ya no nos reímos?

La frase ha descendido de su boca dolorida, sin apenas entonación, palabras que arrastran una verdad que se ha hecho silencio entre ambos, porque muchas veces ha pensado en que callar es la mejor manera de no tener problemas.

—No lo sé —dice él—. Supongo que será una etapa. Nada más.

Le resta importancia a la conversación y sigue sumergido en el laberinto de la memoria virtual de una red que lo tiene prisionero.

—¿Una etapa? —Penélope se enfada y le quita el teléfono intentando que escuche—. Llevamos años sin divertirnos juntos, sin salir a ninguna parte solos, sin... —Frena antes de que sus palabras se cuelen entre las sábanas donde también encuentra algún reproche.

—¿Y qué quieres que haga? No tenemos dinero para ello. Desde que dejaste el trabajo para cuidar de tus padres es lo que hay. Te lo llevo diciendo mucho tiempo, Cristina es tu hermana y es también su hija, deberíais haberos repartido esta carga.

—Ella no vive aquí.

—Tiene los fines de semana libres, podría ocuparse de ellos entonces, ¿no crees?

—Ya, pero...

—Penélope, estás agotada, tanto como los niños y yo, y por eso te haces tantas preguntas tontas. ¿Le has pedido que te ayude alguna vez? Ni siquiera cuando te fuiste de viaje. ¡Buscaste una residencia para una semana! Joder, ella tiene que tener vacaciones como todo el mundo, que las hubiera pedido. ¡Son sus padres! Tiene la misma responsabilidad que tú en esto, pero no sé cuándo decidiste hacer de hermana mayor y protegerla de lo que suponen. Estás enfermando, Penélope, y tu familia contigo.

—Vale, sé todo eso, me lo has dicho muchas veces.

—Nosotros te necesitamos igual que tus padres. Tú has elegido. Elegiste dejar de trabajar, dejar de tener tiempo para nosotros. Yo no estoy feliz así, te veo muy poco y cuando llegas estás cansada y de muy mal humor. Solo hablas de ellos, todo el tiempo. ¿Cómo quieres reír así? Deberías ir pensando en una residencia; de forma definitiva, Penélope.

—Pero eso sería como abandonarlos...

—Pues busca otro tipo de ayuda, un apoyo para no tener que pasar el día entero en su casa y

reserva un tiempo para nosotros —dice Rodrigo.

—No puedo desentenderme de ellos.

—¿Y sí de nosotros? Esto no puede seguir así, tú no puedes seguir así. Te estamos perdiendo.

Penélope respira tratando de espantar con aire el miedo a que lleve razón. La conversación se le ha ido de las manos, ha arribado en otro callejón, donde no encuentra tampoco una salida. Duda un poco más, lo suficiente para perder el valor tejido esa noche. Las palabras pendientes con Rodrigo se desdibujan en su mente.

—Me voy, se me hace tarde —dice él.

Coge su maletín, le regala un beso pausado en la frente. A ella se le escapan dos lágrimas. Una le da la razón a Rodrigo, necesita descolgarse un poco de esa carga que ella sola se ha echado a la espalda. La otra es el precio por esa noche con Patxi. Tiene que obligarse a pensar en ello como en el paseo en coche que le dibujó Candela.

—Habla con tu amiga Candela y que te ayude a buscar ayuda a domicilio para ellos. No los estás abandonando, te estás cuidando tú —le dice Rodrigo con cariño, mientras la abraza.

El secreto que pretendía contarle se recoge y se vuelve a guardar en la memoria de Penélope. Tiene que encontrar la manera de olvidarse de lo que pasó.

Ya sabe que no se lo contará nunca.

Mientras espera sentada en la silla de la consulta, Candela observa los carteles que cubren las paredes. Está segura de que algunos llevan allí desde siempre, pero se da cuenta de que nunca se había fijado con atención en ellos. Cuando se sienta frente a su médico, son otros los papeles que cobran protagonismo, esos que hablan de resultados: marcadores tumorales, tomografías, resonancias, endoscopias y los cientos de análisis que le han hecho a lo largo de su vida. Esta pausa a solas en la consulta le ha dejado tiempo para que los pósteres capten su atención.

Tampoco es que sean muy bonitos.

El sistema digestivo no ofrece una visión demasiado bucólica, no es fácil que la imaginación dispare los pensamientos hacia lugares placenteros observando el hígado, pero también es cierto que sería maravilloso entrar en la consulta del doctor y que te recibiera *El beso* de Klimt, o una tahitiana de Gauguin. Le tiene que decir a su médico en algún momento que no estaría mal el cambio. Posiblemente sería más extraño que el cubículo aséptico que ocupa recordase a una pinacoteca, pero seguro que también resultaría mucho más tranquilizador para el paciente que una explicación detallada del recorrido del colon transversal y la exacta posición de la vesícula. Se fija en una etiqueta que rotula la vena mesentérica y se pregunta a quién demonios se le ocurriría ese nombre tan feo para una vena. El póster le causa cierto desamparo, porque sabe que cuando alguien se adentra en una consulta no es por capricho, sino porque algo va mal. Son tantas las inquietudes que planean por su cabeza que las explicaciones teóricas sobre el cuerpo humano no resultan muy tranquilizadoras. Ayudaría más que el ambiente invitase a sentirse como en casa.

No iría mal que también pusieran música suave.

Está tan absorta en sus pensamientos, intentando hacer una selección musical acorde, que apenas piensa en lo que hace el médico, sentado frente a ella, mirando con atención la pantalla del ordenador.

Sus últimas pruebas.

—Candela... —Deja el nombre en suspenso, como si le costase encontrar la palabra con la que arrancar.

—Doctor... —dice ella imitando su tono, sin dejar de sonreír.

—Tengo malas noticias.

—Yo también. Tienes muy fea la consulta, creo que deberías deshacerte ahora mismo de estos pósteres. Llevan mucho tiempo ahí y no me gustan.

—Candela, esto es serio —dice el médico, tratando de llevarse las palabras hacia lo

importante.

—Y lo que te digo yo también. ¿Cuántos años hace que vengo a verte? No me lo digas, me aburre la cifra, y no has cambiado de...

—¡Candela! ¡Escucha!

El tono del médico indica preocupación y busca que ella deje su conversación para que aborden lo que ha propiciado esta reunión. Tiene frente a sus ojos el resultado del TAC y las últimas analíticas, y necesita que le preste atención.

—¡Vale! Habla. —Vuelve a sonreír, sin dejar que se asome a su rostro ni la más mínima brizna de abatimiento.

—Todo está mal, los análisis, el TAC... el tumor se ha extendido y...

—¿Metástasis? —pregunta ella, sin dejarle que termine.

—Me temo que sí.

—¡Ah! Eso lo sé.

Él no puede creer que esté tan tranquila. Si alguien sabe lo que significa esa palabra es Candela.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta el médico, cuando el desconcierto deja sitio a la interrogación.

—¡Conozco mi cuerpo! Sé cómo funciona cuando va bien y cómo cuando algo se tuerce. No deberías extrañarte tanto. Los síntomas que siento indican que algo va muy mal. Recuerda que además trabajo todos los días con gente que está enferma y lo he visto demasiadas veces como para no darme por aludida.

—Pero, ¡actúas como si no te importase!

—Digamos que asumo que va llegando el momento.

La sonrisa no abandona el rostro de Candela, desborda sus ojos y el doctor se pierde en ellos. Él lo da todo de sí mismo en cada caso, sus pacientes no son en absoluto expedientes sin nombre, pero esta mujer que le está mirando desde el otro lado de la mesa traspasó la última de sus barreras, una diminuta que conserva para protegerse él mismo cuando todo empieza a fallar y pierden la partida con la vida. No podría vivir con tanto dolor acumulado. Sin embargo, ella derribó esa defensa hace muchos años y él no está dispuesto a rendirse.

—Te dije que no deberías haberte marchado a ese viaje, deberíamos haber empezado con el tratamiento en cuanto constatamos que algo iba mal. Hay todavía algo que no hemos probado, sabes que los avances en los tratamientos son casi diarios. Puede que...

—No era lo que yo quería.

—Pero Candela, has sobrevivido a muchas situaciones extremas. Te digo que he estado leyendo y quizá...

—Vamos a ver. Aquí el médico eres tú, no yo. Creo que nos hemos equivocado de silla. Sabes que estoy en lo cierto, que eso que te dicen los resultados no tiene remedio y, sin embargo, tratas

de convencerme de que lo intentemos. Debería ser yo la que hiciera eso, presionarte para que busques una alternativa.

—No necesitas presionarme, quiero que lo intentes, Candela. Tú no eres una paciente más, eres mi amiga.

—Precisamente porque soy tu amiga deberías respetar mi decisión. Estoy cansada de sobrevivir.

Cansancio. Se lo tenía que haber imaginado. Nadie puede pasar media vida luchando sin sentirlo.

—Mira —dice a su médico mientras le agarra las manos—. Ya está, no te preocupes. Tú y yo sabemos que todo el mundo se muere algún día.

—¿Has hablado de esto con tu marido?

—¿Iván? Claro, sabe que he tenido que volver a verte a menudo, pero no es celoso.

—¿Le has explicado la gravedad de lo que te pasa ahora?

—No, no quiero que se preocupe antes de tiempo.

—Es que ese es el problema, si no hacemos nada, el tiempo se acortará aún más.

—Ya se lo diré cuando no haya más remedio. ¿Para qué hacerle sufrir más de lo necesario? Además, ¿te has parado a pensar cuánto tiempo más ganaríamos si intentamos algo? Poco, muy poco. Uno o dos meses como mucho. ¿A cambio de qué? ¿De pasarlo en la cama? No, prefiero tirar como sea hasta que mi cuerpo diga basta. No estoy loca, te dejo que me des algo que calme los dolores que siento, nada más.

—¿No te lo quieres pensar?

—Sé sincero, ¿cuántas opciones tengo de que funcione lo que propones?

—Por debajo de un dos por ciento —confiesa él.

—Pues ya lo has dicho todo.

El médico se rinde a la evidencia de que ella ha tomado su decisión y no va a cambiarla. Siente admiración por Candela, por la actitud que ha tenido siempre y, aunque ahora haya cambiado de idea, hay algo en sus palabras y en la manera de mirarle que agranda ese respeto que siente por ella. Quizá, cuando llega el momento hay que prepararse para la despedida. Mirar tan de frente a la muerte como ha encarado la vida.

—Habla con Iván. Es lo único que te voy a pedir.

—Está bien —se rinde—, hablo con él. Pero deja que se lo cuente a mi manera.

Los pinos piñoneros, los robles y las moreras, que ahora llevan enredada en su savia la experiencia de dos décadas, hace veinte años eran solo un proyecto de vida. Ha sido el paso del tiempo lo que ha convertido el parque en un lugar magnífico y le ha otorgado una belleza salvaje. Por sus terrenos, serpentea un pequeño arroyo que desemboca en un lago diminuto, donde media docena de patos parecen ajenos al calor. A esta hora, a las ocho de la tarde de un día de verano, no hay casi gente. Será así todavía hasta que termine la jornada laboral y el calor dé un respiro. Solo entonces, el trino salvaje de las aves será sustituido por los gritos de los niños que juegan y montan en bicicleta, y por las conversaciones animadas de los adultos.

Raúl y Alma han quedado allí.

Ella es la primera que acude a la cita. Llega demasiado pronto y se sienta a leer bajo el enorme castaño que arropa con su sombra el banco de su adolescencia. Podría haberse quedado en casa más tiempo, a salvo del sofocante calor veraniego, pero le ha podido la impaciencia. Mientras espera, las palabras del libro la mantienen presa del relato y la música que le llega directa a sus oídos desde unos auriculares inalámbricos la está relajando. La sombra, la ligerísima brisa, la historia que escucha y esa otra que lee, todo son distracciones, que trata de que le sirvan de freno a su agitado interior y diluyan el nerviosismo. Quiere pedirle algo a Raúl y está tan inquieta que despliega un arsenal de remedios caseros.

Las pastillas se obligó a dejarlas al volver de Roma y, aunque no ha sido nada fácil, lo ha conseguido. Ahora son otras las estrategias que usa para calmarse, y funcionan, pero lo que quiere hacer hoy sabe que le va a costar. Va a enfrentar una conversación pendiente, a disolver un silencio innecesario entre los dos que ya dura mucho.

Raúl también llega antes de la hora a la que han quedado. Desde unos metros, la observa. Está absorta en el libro y la música. Le ha costado un poco reconocerla con el pelo tan corto; le queda bien. Va a moverse hacia ella, pero, en ese instante, los labios de Alma se curvan hacia arriba y él responde con el mismo gesto. Está seguro de que algún personaje de la novela ha tenido algo que ver con su sonrisa. Un remolino de aire agita las hojas del castaño y provoca que la página del libro tome la decisión de pasar sola y la ve arrugar el ceño.

Cuando Alma levanta la vista de las páginas y ve a Raúl, sus labios amplían la sonrisa y se deshace de los auriculares que la mantenían anclada en su soledad elegida. Cierra el libro sin molestarse en marcar la página.

—Hola —le saluda.

—¿Puedo sentarme?

Raúl le pide un sitio en el banco y ella se aparta un poco para que se instale a su lado.

—¿Me perdonas? —pregunta ella.

No ha esperado un segundo para exponerle el principal motivo de su llamada.

—No hay nada que perdonar —dice Raúl sin saber muy bien a qué se refiere, pero consciente de que no siente una cuenta pendiente con Alma.

—Me fui, hay algo que perdonar.

—Vale, sí hay algo —reflexiona—, pero no es eso. Has tardado mucho en volver a quedar conmigo.

Lleva razón y lo sabe, pero aun así se defiende, aunque no suena mucho a reproche.

—Tú tampoco me has propuesto que quedásemos.

—A veces necesitamos tiempo. Solo te lo estaba dando.

—Raúl, me gustaría que siguiéramos viéndonos como antes de que te marchases.

—A mí también.

Se quedan un momento en silencio, sin saber muy bien cómo continuar. Están repasando la página de ese libro que son ellos dos, intentando buscar la palabra exacta donde interrumpieron su historia. Como acaba de hacer Alma, tampoco lo dejaron señalado con un marcapáginas. Raúl es el primero que encuentra algo con lo que espantar el silencio.

—Espera, antes de que me digas nada quiero que conozcas a alguien, no he venido solo.

Se levanta y se dirige a la salida del parque, que no está demasiado lejos, mientras Alma nota que su corazón ha empezado a descompasar los latidos. Estos se empeñan en trastornar la paz que sentía instantes antes y se convierten en un nudo en su garganta. Al corazón, se le suma el cerebro, que ha decidido ponerse a cavilar por su cuenta, y no le gusta lo que le está contando. Ahora, sola en el banco, con el libro entre las manos, nota el sudor que se apodera de ellas como si de pronto fueran conscientes de la temperatura del día. Imagina que Raúl ha encontrado alguien con quien compartir su vida y quiere que se conozcan.

Es algo con lo que no contaba.

Si es sincera, no le apetece que le presente a nadie. Es algo que le señala en fosforito que él ha sido capaz de seguir adelante, mientras que a ella le ha costado un mundo avanzar un solo paso. Solo hace unas horas que ha empezado a recolocarse, que siente que Sergio se ha marchado con el camión de la basura que se ha llevado todos sus trastos viejos. Respira, cierra los ojos y los abre. Tiene que aprender a adaptarse al guion de una vida con contratiempos, porque la vida es así, imprevista, frágil, traicionera, pero también feliz, inesperada, suave. Podría pensar adjetivos hasta el infinito, hacer una lista con dos columnas y al final siempre encontraría el equilibrio entre lo bueno y lo malo.

Perdida en sus pensamientos, no se da cuenta de que un cachorro de labrador, que no sabe de dónde ha salido, llega trotando hasta su lado y le olfatea los pies. Lo acaricia, sin valorar si será amistoso o no, y el pequeño se apoya en su palma, observándola con la cabeza ladeada. ¡Qué

bonito es! ¡Cuánto le recuerda a Ulises!

—Se llama Remo —dice Raúl, que ha llegado detrás del perro.

—¿Dónde lo tenías?

—La compañera de trabajo que me lo dio cuando volvimos de Roma está allí —señala a una familia que tiene otro perro muy parecido a Remo—. Esa perra es su madre, se lo he dejado un ratito, mientras venía a saludarte.

El cachorro danza alrededor de Alma, reclamando su atención.

—Se parece mucho a Ulises.

—Te aseguro que no; este no se ha cargado ningún mueble y eso que es pequeño. Ulises era mucho más inquieto.

Alma se agacha al lado de Remo y le rasca detrás de las orejas, mientras este la mira con la lengua fuera, ladeando la cabeza. Los recuerdos de otro tiempo y otro perro se amontonan, y una lágrima se desplaza hacia el suelo, una que Raúl alcanza a ver.

—Eh, ¿qué te pasa? —pregunta, preocupado.

—Nada —dice ella—. No pasa nada. Solo estaba recordando. No te preocupes, es que soy idiota, pero eso lo sabes.

Deciden quedarse en el banco y, poco a poco, desgranar los casi tres meses que hace que no se ven. Él le cuenta que se ha instalado en una casa más grande, que ahora comparte con Remo, y ella le dice que estará sola hasta que concluya el mes que los niños deben pasar con su padre.

—Ha sido muy difícil dejar que se fueran. A Darío le ha parecido toda una aventura, pero Sofía no quería.

—La primera vez es muy complicada. Se acostumbrará.

Sabe lo que dice, recuerda la época en la que peleaba cada cierto tiempo por no tener que dejar a su padre y tener que marcharse a casa de su madre. Alma también recuerda ese tiempo y se da cuenta de que no le ha preguntado por ella. Tiene que ser ya bastante mayor. Se acostumbró tanto a que él no la mencionase, que ahora no sabe si está viva o muerta. Le pregunta.

—La he visto un par de veces desde que volví. Vive sola, en el pueblo de mis abuelos. Ahora le ha dado por las lechugas.

Habla de ella como si fuera una extraña, con un tono que deja entrever reproches silenciados mucho tiempo.

—¿Sólo un par de veces? —le pregunta Alma.

—En estos años fuera, nunca vino a verme a Australia, aunque se lo propuse, incluso una vez le mandé los billetes de avión. Y si hemos hablado, es porque yo lo he buscado; ella siempre ha tenido una excusa para no llamar.

—¿Estás enfadado con ella?

—No. Simplemente, no la entiendo.

—Yo tampoco la entiendo, lo que siento por mis hijos es lo más grande de toda mi vida. No quiero ni pensarlo, pero si en lugar de haber perdido a Sergio, hubieran sido Sofía o Darío, creo que no lo hubiera superado.

Raúl la agarra de la mano. La mira y ella entiende que hay algo más que le quiere contar, algo que está ahí, emborronando el azul de sus ojos y provocándole un ligero temblor que, piel con piel, se desplaza hasta su cuerpo.

—Alma —le dice él—, cuando te marchaste del restaurante trataba de contarte algo. Tuve un hijo.

Ella ni siquiera se da cuenta de que contiene el aliento cuando escucha sus palabras.

—Murió hace unos meses.

Sigue sin respirar, hasta que su cuerpo, ansioso por el oxígeno que le está escatimando, se lo ordena.

—Pero... ¿por qué no me has dicho nada? Ni siquiera tu padre... En estos años le he visto algunas veces, podría haberme contado algo. Yo...

Él posa su dedo con suavidad en los labios de Alma para que se calle un momento.

—No quise que lo compartiera él, quería contárselo yo en primera persona a la gente que me importa. Habíamos planeado un viaje para ahora, para este verano, pero no dio tiempo a hacerlo. No me imaginaba que para mí ser padre fuera a convertirse en algo tan efímero.

Las últimas palabras provocan un escalofrío, a pesar del calor, que eriza la piel de Alma.

—¿Qué pasó?

Raúl empieza a recordar para ella, pero sobre todo para sí mismo. Para hacérselo más sencillo, le propone que paseen. Habla, liberando los recuerdos con sus palabras.

* * *

Hanna trabaja en su empresa en Sidney. Lleva el departamento de Recursos Humanos desde hace unos meses y, aunque Raúl ha notado su interés por él, tampoco le hace mucho caso. Las mujeres entran y salen de su vida como trenes de cercanías, de esos que te bajas cuando llega la siguiente parada, en los que no te sientas porque sabes que tampoco estarás mucho tiempo y no importa. No busca comodidad en ninguna relación, en realidad, no busca nada. Si le apetece, toma lo que la vida le ofrece y el compromiso lo esquivo.

Pero Hanna se ha encaprichado de él.

Insiste.

El coqueteo constante acaba por dar frutos y un día quedan. Y otro. Y el siguiente... Así hasta que se ven envueltos en una historia en la que Raúl no hipoteca sus sentimientos. Se siente

incapaz de hacerlo, por más que se dé cuenta de que Hanna es preciosa, divertida, sexi... todo lo que cualquier hombre puede desear a su lado.

Pero no la quiere.

Sí, quizá eso sí, pero de lo que está seguro es de que no la ama.

Hay mucha diferencia entre ambos sentimientos.

Está cerca de los cuarenta y su sentido común le grita que es tiempo de avanzar, de dejar de lado el pasado y darle una oportunidad al futuro. Un por qué no que se convierte en un tal vez y al final Hanna se instala en su vida.

Lo demás, lo que viene después, sigue el guion de cualquier historia entre dos adultos. Aunque no quiere formalizar el compromiso y se niega en redondo a añadir más pasajeros a ese viaje, John aparece como un imprevisto.

Reconoce que, al principio, se enfadó bastante.

Nunca entró en sus planes, no quiere condenar a ninguna criatura a ser testigo del desamor de dos personas y sospecha que, aunque ahora esté con ella, no pasarán la vida juntos. Sin embargo, la primera ecografía, el latido de esa mancha en la pantalla que le dicen que es su hijo, descoloca sus convicciones por completo.

Sabe que le ama.

Sabe que necesita a John.

Descubre que se ha protegido contra un sentimiento que estaba en él, un deseo que desestimó para no sufrir, pero que a la vez es, quizá, lo mejor que le ha pasado en toda su vida.

Y se rinde.

Se desembaraza hasta de la coraza que lleva puesta siempre.

Los meses de espera los disfruta como un niño, casi más que ella, porque él no tiene que sufrir los pequeños trastornos estomacales, ni las incomodidades del sueño, ni la pesadez de piernas. Se acostumbra a poner la cabeza sobre el abdomen de Hanna, buscando ese contacto íntimo con el niño que ya, aunque no haya nacido, es su hijo.

Un día, John se hace real.

Trastoca su mundo y lo llena de ese olor dulzón de los bebés, lo inunda de pequeños gestos que colman su rutina hasta convertirle en otro. John le arranca las espinas pasadas con cada sonrisa y hasta es capaz de creerse que Hanna y él están hechos el uno para el otro. Obvia las discusiones que a veces tienen por cosas tontas. Se olvida, cuando mira su rostro, de que no está enamorado de su madre. Vuelve del trabajo mucho antes de terminarlo, dejando de lado lo que antes consideraba importante porque han mutado todas sus prioridades.

El niño crece al mismo ritmo que su historia con Hanna va decayendo, pero apenas se da cuenta. Se ha ido acomodando a esa vida que no esperaba y le importa mucho menos su relación con ella que con él. John aprende a llamarle papá, pronuncia su primera palabra en el español

que le habla siempre para que aprenda su lengua. No es que esté empeñado en que sea bilingüe, es que quiere que, cuando llegue el día de presentárselo a su padre, John pueda hablar con su abuelo, conocer de verdad a ese hombre que para él es tan importante. El viaje está pospuesto para cuando cruzar el océano no sea demasiado pesado para un niño. Pospuesto, no descartado.

Un día, un tobogán, un despiste y el sueño se quiebra.

Raúl se encierra de nuevo en su coraza.

* * *

—¿Por qué la vida te pone a tu alcance algo así y después te lo quita? —pregunta Alma, a nadie, a sí misma quizá, cuando las palabras de él se agotan.

No imagina que nada de lo que te pase pueda ser peor que lo que le acaba de contar. De pronto, todo lo que le han parecido montañas insalvables, cordilleras de problemas, se vuelven montones de arena que un soplo de aire se puede llevar sin esfuerzo. ¿Qué es un divorcio si aún te quedan ellos? Nada.

—No lo sé —dice Raúl tras una pausa—. No estaba enamorado de su madre, nunca lo estuve. Era una historia cómoda, una mujer estupenda con la que compartir la vida, pero no era alguien por quien sintiera lo que sientes cuando te enamoras.

—¿Nunca te has enamorado? —pregunta ella mientras le mira a los ojos.

No contesta.

—Era todo fácil, agradable, cálido. Un acuerdo de cariño; ella se amoldó a mí, a mis gustos, todo lo hacía para que me sintiera bien. Y yo a ella, a mi manera. Nunca estuvo en mis planes hacerle daño. En ese contexto, sin buscarlo, apareció John. No sabía lo que se puede llegar a amar a un hijo hasta que lo tuve conmigo.

Ni lo que duele perderlo.

Eso se lo calla, porque no hace falta que lo añada. Alma tiene hijos y debe saberlo con solo instalarse en ese pensamiento. Siguen en el parque durante un tiempo más, sin apenas cruzar palabra. El calor ha decaído y cada vez ha acudido más gente, familias con sus niños que provocan que los dos, por distintas razones, se empiecen a sentir incómodos.

No son los balones que pasan rozando sus cabezas.

No son los gritos de niños y las peleas.

Es la ausencia de todo, ese silencio espeso que queda cuando los niños no están.

—¿Me invitas a cenar? —propone ella.

—Bueno, acepto ir contigo solo si pagamos a medias. ¡Y si no te largas!

—Prometo no marcharme. Solemnemente. Además, tengo algo que pedirte.

—Tú dirás.

—Quiero que uno de estos días me acompañes a ver pisos. Voy a mudarme. Ya es hora de cambiar algunas cosas.

—Hecho. Me alegro —dice él.

—¿De qué?

—De que hayas decidido empezar de nuevo.

—Los dos vamos a empezar de nuevo.

Le toma de las manos y las aprieta con fuerza. La sonrisa que le brinda lleva sellado el acuerdo de no mencionar más, por ese día, lo que le acaba de contar. Se preparan para marcharse y Alma le pide la correa de Remo. Le apetece volver a pasear con un perro por el parque. Un gorrión decide posarse en el suelo a pocos metros de donde están y el cachorro, alertado por la novedad, emprende una loca carrera arrastrando a la mujer que, desprevenida, acaba por los suelos.

—¡Menos mal que no se parece a Ulises! —dice, mientras valora el agujero que acaba de destrozarse su pantalón.

Raúl no puede contener una carcajada.

El sonido del WhastApp de Alma interrumpe su descanso. Lleva un rato tumbada en el sofá, con el mando de la televisión en la mano y un café con hielo sobre la mesa, decidiendo que nada de lo que le ofrece el aparato le apetece, pero hace tanto calor que, aunque lo ha pensado varias veces, su cerebro se niega a mandar órdenes a las piernas para que se levanten y agarren un libro de la estantería. Está segura de que, si el mando a distancia funcionara para acercarle el libro, habría sido capaz de llegar a la página cien.

Coge el móvil, desbloquea la pantalla de inicio con un movimiento en zigzag y, desde el menú, accede a la aplicación. Es Raúl.

¿Qué haces?

Nada, ¿y tú?

Aburrirme.

Ya somos dos

Una carita sonriente remata el mensaje, intentando con ella mostrar su estado de ánimo. Y se siente así, encontrarle detrás de la señal de alerta del móvil ha conseguido que se sienta contenta.

¿Tienes algún plan para hoy?

Veamos, sacaré mi agenda. Pues no, ya trabajé esta mañana, es lo único bueno de este verano, el cambio de horario, he planchado, he recogido la casa, he visitado todos los pisos que alquilan en los alrededores sin encontrar nada que me guste... tengo toda la tarde libre.

Escribir el texto le ha llevado tiempo. Siempre se equivoca, intenta pulsar la letra eme y le da a la de borrar, pero es cabezota y se niega a saltarse caracteres.

¿Te apetece salir a tomar algo?

Mmmm, deja que piense.

A propósito, se retrasa un par de minutos, en los que sabe la respuesta. Mientras espera, se está riendo, porque sabe de la impaciencia de su amigo. Va a contestar, pero, antes de que sus dedos se pongan en acción, entra otro mensaje de él:

¿Estás reflexionando sobre el origen del universo o algo?

Jajaja, no

No, ¿qué? ¿No te apetece? ¿No reflexionas? ¡Explícate!

No se puede reflexionar con el calor. Ni sobre el universo ni sobre nada.

Ahora la pausa viene de él y Alma se empieza a impacientar:

¿Sigues ahí, Raúl?

Sí, ¿a que jode que te dejen esperando?

Vale, no lo vuelvo a hacer.

No me has contestado, no sé si te has dado cuenta.

Sí.

Alma se lo está pasando muy bien:

¿Sí, salimos? ¿Sí, te has dado cuenta?

Jajaja

¿Quieres dejar de reírte y contestar?

No.

Raúl, a estas alturas, se ha perdido. Las conversaciones escritas no son su fuerte, no es demasiado rápido tecleando en el diminuto espacio de la pantalla y esto hace que pierda el hilo. Es Alma la que continúa:

No quiero dejar de reír nunca más y sí, me apunto a salir esta tarde.

Perfecto. En media hora paso a buscarte.

Alma recobra la energía en décimas de segundo. Lleva puesta una vieja camiseta de propaganda y unos pantalones cortos de hace una década, y su pelo, poco acostumbrado a la longitud actual, ha adquirido una forma curiosa. Fruto de estar tumbada, algunos mechones se han dispersado hacia arriba y necesitará lavarlo para volver a hacerse con él. No ha sentido la necesidad de estar presentable, la ausencia de niños y el plan de quedarse esa tarde en casa sin hacer nada no incluían salidas sorpresa.

Se levanta como si tuviera un resorte interno y, al volver la vista, ve que los cojines están tirados por el suelo, una manta arrugada cubre el sofá y el orden se ha tomado esa tarde las mismas vacaciones que ella. La soledad no invita a perder el tiempo en algo que nadie va a valorar, así que tiene que empezar a establecer prioridades, si no quiere que Raúl se entere del caos en el que vive sumida en este julio extraño.

Decide que lo más urgente es una ducha y sube las escaleras deprisa. Suda, pero no importa, enseguida se deshará del calor bajo el chorro de agua. Elige un sencillo vestido y ropa interior, y se mete en el baño. Asearse no le lleva más de diez minutos y peinarse lo deja para el final. Solo se coloca el pelo y deja que se vaya secando a su aire. Vuela a la planta baja y, con una eficiencia que le recuerda que antes siempre había sido así de rápida, coloca todo en su lugar. Incluso le da tiempo a volver a subir, peinarse y perfumarse.

Para cuando Raúl llegue hasta tendrá preparado un té helado.

El móvil cobra vida de nuevo encima de la mesa, aunque esta vez es una llamada. Antes de cogerlo, su cara dibuja un gesto de contratiempo, pensando en que se trata de Raúl que, por lo que sea, necesita anular la cita. No le apetece en absoluto resignarse a no salir, ahora que se ha sacudido la pereza y ha encontrado las ganas, perdidas en el catálogo de emociones a las que había ido renunciando poco a poco. Pronto descubre que se ha equivocado.

No es él.

—Hola, Candela —se alegra de que la llame, hace días que no se ven—, ¿cómo estás?

—Hola. Bien, ¿y tú? ¿Qué tal llevas este tiempo sin los niños?

—Aburrida. Echo de menos todo lo que hacíamos siempre en julio; ya sabes, la piscina, salir con ellos a dar un paseo cuando cae la tarde. Nada importante cuando lo tenía y tan difícil de soportar ahora que no puedo disfrutarlo.

—¿Te apetece que quedemos?

—¿Hoy?

—Sí, yo tampoco estoy haciendo gran cosa. Vegetar en el sofá.

Alma se inquieta. Lleva días sola y, en menos de una hora, se ha encontrado con dos planes alternativos. Le apetece mucho salir con Raúl; en ese tiempo, sus mensajes, que ahora llegan a cualquier hora, son un calmante que alivia la soledad, a pesar de que al principio fue reacia a comunicarse de ese modo. Un mensaje la condujo a la parte más oscura de su biografía y le ha costado casi tanto empezar a ver la luz como entender que no siempre las cosas suceden de la misma manera. La misma acción no tiene por qué tener consecuencias similares. El método científico aplicado a los sentimientos es un completo fracaso.

—Acabo de quedar con Raúl, de hecho, pensaba que tu llamada era de él.

—Entonces no hay nada más que hablar. Nos vemos en otro momento —le dice con alegría Candela.

Una ola de culpabilidad se apodera de Alma. Le apetece quedar con ella y debería llamar a Penélope, aunque solo fuera para saber qué tal están sus padres. Después del viaje se juró que no dejaría pasar dos días sin hacerlo, pero ha vuelto a fracasar en sus intenciones. Adaptarse a los cambios cuesta tiempo y ha requerido toda su energía. Las conversaciones telefónicas se han limitado a dos por semana.

—Si quieres le llamo...

—No, ¡ni se te ocurra! ¡Estás tonta! Podemos quedar otro día.

—Oye, ¿cómo estás? La semana pasada me dijiste que tenías que volver al médico y se me olvidó llamarte. Lo siento, soy un desastre...

Se da cuenta de que hace días que tiene una llamada pendiente que aplaza. Tal vez es olvido. Tal vez le da miedo preguntar porque hay sensaciones que no quiere confirmar.

—Bueno, algunos contratiempos he tenido, pero todo en esta vida tiene solución.

—¿A qué te refieres? ¿Han ido mal las pruebas?

—Regular. —No quiere mentirle, pero tampoco estropear esa tarde que para Alma puede marcar otro principio—. Ya te lo cuento otro día. Ahora ponte muy guapa y acuérdate de esto que te voy a decir, porque no lo pienso repetir muchas más veces: vive.

—¿Qué...?

El sonido del timbre suena en la casa y, a través de la línea telefónica llega hasta Candela.

—Que no dejes pasar las oportunidades que llaman a tu puerta. ¡Te quiero mucho!

—Y yo.

—¡Vamos! Espabila, Raúl te espera.

Cuando Alma abre la puerta, una bofetada de rubor se arremolina en su rostro y no sabe muy bien si es por la conversación con Candela, por la insinuación que acaba de hacerle o porque el calor es todavía el rey de la tarde. Invita a Raúl a pasar y, entretenidos con té helado, dejan que el ambiente refresque un poco antes de salir a dar un paseo.

En cada paso que construye con él, Alma se da cuenta de que cada vez siente a Raúl más cerca, pero las heridas que aún porta dentro de ella le impiden abrir de par en par una puerta que esa tarde, está segura, ha perdido los cerrojos. Continúa aparentemente cerrada, pero hace falta que accionen el picaporte para que se abra.

Ella sola no puede.

Cuando te equivocas tanto una vez, es imposible no sentir miedo la siguiente.

Candela ha pasado media tarde encerrada en su habitación. Sale de ella con una carta en las manos, un abultado sobre cerrado en el que incluso ha escrito el nombre de Iván completo, como si fuera a enviarla. Él lleva un rato sentado en la terraza, tomando un aperitivo antes de la cena. Al volver de trabajar, el silencio de la casa le ha hecho pensar en que Candela ha salido, por eso se sorprende cuando la ve entrar en la cocina vestida con un ligero pijama de raso, descalza y con el pelo recogido en un moño informal.

—Hola. —Iván se levanta y le da un beso apasionado—. Pensaba que aún no habías vuelto.

Cuando la tiene rendida en sus labios, tira del palo de madera que le sujeta el moño y el pelo le cae libre hasta los hombros. Ella intenta recuperar el sujetapelos, entrando en un juego que se repite desde hace años.

—Mira que eres tonto, ¿eh? Anda, devuélvemelo.

—Gánatelo —le contesta Iván, levantándolo por encima de su cabeza.

—A ver, chantajista, ¿qué quieres hoy?

—Pues... —Simula una duda que en realidad no siente—. Cena rápida, tengo muchísimas ganas de pillar la cama.

—Puedes subir en cuanto quieras, tengo la cena preparada. Ahora, dámelo.

—Solo si me prometes que subirás conmigo.

Sonríe ella. Se besan de nuevo.

—No me lo perdería por nada del mundo, pero antes hay algo que quiero darte.

Candela se sienta en la silla vacía frente a la que hace un momento estaba Iván y él ocupa la suya de nuevo. Ella sonríe y le tiende la carta.

—¿Y esto? —pregunta él, mientras la recoge.

—Algo que tengo que decirte.

Iván se mira las manos que sujetan el sobre y busca los ojos de Candela, para comprender qué significan esas hojas ahí guardadas.

—¿No vas a abrirla?

La confusión inicial se da de lleno en su cerebro con los temores que le rondan desde hace tiempo. Acaba de leer más allá de la sonrisa de su mujer; en los ojos de Candela puede ver que esa carta no trae buenas noticias. No necesita abrirla para entender que, si ella ha decidido que lo que mantengan no sea una conversación, es porque teme quebrarse. Y Candela, al miedo, casi no lo conoce.

Iván sí, y se asusta por lo que intuye.

—No, no quiero leerla —le dice, devolviéndole los papeles que parecen quemarle los dedos.

Ella le anima a que los guarde, que aplaze su lectura para cuando quiera. No tiene por qué ser ahora. Lo principal sabe que lo ha entendido sin necesidad de rasgar el sobre. El abrazo que se regalan funde sus almas. A Iván le gustaría que tuviera el poder también de fundir sus cuerpos, que repartiera el peso de lo que le está pasando a Candela y se convirtiera en el destino de los dos. Es su compañera, la mitad de sí mismo, la persona que le completa y con quien quiere estar siempre. Se entienden con miradas, sin necesidad de palabras escritas o habladas. Sabe interpretar sus gestos y estos meses ha visto, demasiadas veces, cómo trataba de disimular el dolor.

Iván estaba esperando.

No hace falta que se lo cuente con una carta.

Los colores empiezan a sustituir al negro en la paleta de colores de Alma. Es por Raúl y los recuerdos de otro tiempo que la siguen como una estela, contagiándola de vida. Otro tiempo en el que todavía creía en las personas. Decide tomar lápiz y papel y poner sobre una hoja en blanco el pensamiento con el que se acostó y que al levantarse danza aún con más fuerza en ella.

* * *

Sergio:

No sé tú, te has convertido en un extraño, pero yo sí sé lo que es amar sin medida. Es triste que lo haya sentido sola, pero lo hice, es mío y nadie me lo va a robar jamás. Ni siquiera esa mujer puede hacer nada contra esto. Te habrá sacado de mi vida, pero solo en mí está el poder de sacarte de mi corazón.

Hoy he tomado una decisión. Te dejo. Te suelto. Ya está. No te quiero ahí más. Te he amado con una intensidad que no imaginaba que pudiera existir, pero tu ausencia me ha provocado tanto dolor que es necesario que deshaga, desde ya y para siempre, este lazo que me empeño en que nos mantenga unidos. Ese que solo existe dentro de mí.

Has sido mi inspiración, la razón por la que me levantaba cada día, pero desde que decidiste que no me necesitas, desde que pusiste en tu vida a otra persona que no soy yo, los días se volvieron grises y la tristeza se hizo dueña de mi rutina. No es justo. No es justo para mí. No me parece justo seguir sintiendo por ti algo que no conduce nada más que a un rincón frío y oscuro, donde no hay besos, ni abrazos, ni palabras cómplices, ni apoyo mutuo.

Estoy aprendiendo a vivir sin ti. Aprender desde cero, de nuevo. Me estoy dando la oportunidad de volver a enamorarme y, si no lo consigo —me parece que cuando se ha sentido algo como lo que yo siento por ti no es nada sencillo que se repita—, espero ser capaz de mirar hacia el futuro sin depender de nadie más.

He echado de menos el tiempo en el que creía tus mentiras, porque para mí eran verdades que me hacían sentir única, especial. Sabías cómo mantenerme a tu lado, porque quizá, aunque ahora estoy segura de que no me querías, necesitabas que yo te quisiera a ti.

No sabes lo que he llorado, la rabia que he sentido, lo tristes que han sido cada una de mis noches de insomnio, donde tú eras el protagonista, desde el día que me encontré con aquel maldito mensaje, pero ya está. Se acabó.

Solo quería que supieras que a partir de hoy me doy permiso para volver a ser la mujer que era.

Sin ti.

Hoy creo que lo voy a conseguir.

Alma

* * *

Sentada en el escritorio de Sofía, Alma relee sus palabras y dobla la carta, poniéndola sobre las otras que le ha ido escribiendo a su marido en este último año, cartas que, aunque lleven el nombre de Sergio, no tienen otro destinatario que ella misma. Siente que desprenderse de las palabras no le duele como otras veces. Candela llevaba razón, necesita concederse una oportunidad, dejar de pelear consigo misma. Permitirse vivir, porque no hay otro modo de encontrarse con la vida, y para ello el primer paso, desvincularse de Sergio, ya lo ha dado.

Se queda un rato quieta, mirando por la ventana. Dentro de poco tiempo se irá al piso, y eso supondrá otro avance en ese lento camino que es recuperarse de esta extraña enfermedad que es el desamor. Hoy no quiere ir despacio, hoy tiene prisa por volver a levantarse por las mañanas con una sonrisa, así que necesita acelerar la recuperación. Antes de dejar la silla, recoge las cartas y las desdobla. Va pasando los folios y lee frases sueltas, palabras que le dan pistas de su estado emocional en los momentos en los que las fue escribiendo. Despacio, sin rabia, pero con decisión, las rompe todas. Al rato, un montón de pequeños papeles cubren la mesa de su hija. Los recoge con ambas manos y cuando los tiene frente a sus ojos, sopla. La habitación se llena de una lluvia de blanco y tinta, donde lo escrito, desordenado, deja de tener sentido.

Como pronto, espera, dejará de tener sentido cualquier pensamiento que le dedique a Sergio.

Luego se dirige al armario del pasillo, será más rápido deshacerse de todo aquello a golpe de aspiradora.

Le cuesta escuchar el teléfono con el ruido del electrodoméstico. Cuando al fin lo descuelga, descubre que es Penélope.

—Alma. —La voz que llega a través de la línea telefónica suena quebrada.

—¿Qué ocurre, Penélope?

—Candela.

No le hacen falta más palabras para entenderla.

Candela los ha citado en su habitación del hospital. No tiene compañía, los médicos han considerado que su veteranía en el centro se merece la intimidad de una sala no compartida, donde poder llevar a cabo el último de sus planes. Candela, siempre ideando.

Hasta hoy.

Desde su cama, rodeada de tubos que la ayudan a seguir adelante, sonríe. Ni siquiera el frío escenario es capaz de borrar ni un ápice de esa alegría que se le escapa por cada poro de su piel cuando sus labios se curvan y sus ojos hablan.

Iván llega el primero y se coloca a su lado, tomándola de la mano. Ella le aprieta con suavidad, en un gesto cómplice que solo los dos entienden, algo que inventaron hace tanto que parece como si viniera de serie en las instrucciones de su amor.

—No te has peinado —le dice Candela bajito.

Iván sonríe y cabecea. Solo ella es capaz de preocuparse por algo nimio en un momento tan importante. Al poco, entran los padres de Candela, que le regalan dos besos, uno cada uno, conquistando sus mejillas, y ella les corresponde con suavidad. Alma, Penélope, Rodrigo y Raúl entran juntos cinco minutos después, repitiendo el ritual de los besos. Los de ellos son breves. Los de ellas, intensos.

Cuando los tiene a todos rodeándola, y antes de que nadie diga nada, señala un sobre que está encima de la mesilla. Se miran intrigados y es ella la que les da instrucciones, con una voz que se arrastra, que es la única que ahora consigue sacar de su garganta.

—Tienes que leerlo tú, Penélope.

Su amiga toma el sobre y lo abre con cuidado. Dentro hay un folio escrito a mano, con una letra irregular, tan cansada como la voz de Candela. Penélope la mira interrogante y, tras un leve movimiento de cabeza de la enferma, empieza a leer:

«Supongo que os preguntaréis qué estáis haciendo aquí, todos juntos. Supongo también que sois capaces de imaginarlo. Sois todos muy listos. Nos vamos a despedir».

Penélope separa sus ojos de la carta y la mira, pero ella le insta a que siga, a que no pare a pesar de que sabe que a partir de ese momento le va a costar mucho:

«No queda tiempo. Llevo años peleando contra mi propio cuerpo, ganándole batallas a la muerte, pero ya está. Ya no hay más. No llores, Alma, mientras escribo, te conozco, te imagino rompiéndote, sé que siempre has sido la más frágil...»

Con la pausa todos miran a Alma que, tal como previó Candela, no ha podido reprimir una lágrima. De hecho, no quiere dejarlas dentro, necesita liberarlas para no ahogarse.

Penélope continúa:

«Todos lo sabemos, chicos, la muerte es parte de la vida y casi nadie sabe cuánto tiempo va a tardar en llamar a tu puerta. En el fondo soy una privilegiada: yo sí lo sé. Va a ser muy pronto. Hoy mismo, dentro de un par de días, de unas horas, de un rato... eso no me lo han podido asegurar con precisión milimétrica. Lo que a mi cuerpo le dé por aguantar. Pero la partida empezará cuando yo lo decida. Soy una suertuda porque tengo la oportunidad de irme cuando quiera y de despedirme de las personas más importantes, de quienes siempre habéis estado conmigo».

Penélope no puede seguir leyendo, necesita llorar, dejar que sus sollozos se expresen liberados de la tarea que no esperaba cuando entró en la habitación. Deja caer los brazos, con la carta en las manos, rendidos. Candela mira a Raúl, que es el que parece más sereno, y con los ojos le pide que sea él ahora su voz. Él toma la carta y continúa la lectura:

«Mamá, te quiero. No he podido ser más afortunada contigo, siempre pendiente de mí, a pesar de todo lo que te he hecho pasar desde que me puse enferma. Te pido que me disculpes el montón de noches que has mal dormido en una silla y las horas de espera en la puerta de un quirófano. Sé que hubiera sido mucho más interesante que te hubiera hecho esperar porque ibas a ser abuela, pero, ya ves, hay cosas que, aunque las desees con todas tus fuerzas, nunca suceden.

»Perdóname también que me vaya antes que tú, sé que esto no se le hace a una madre, pero quiero que sepas que me voy tranquila y feliz, porque papá y tú habéis sido los mejores.

»Papá, cuida de ella, no dejes que la pena la encierre en casa. Id a ver el mar en cuanto podáis, salid de paseo y recordadme siempre con una sonrisa y no con lágrimas. Siempre he sido muy feliz con vosotros, eso es lo que os dejo. Y cuidadme las plantas, sé que Iván se olvida de regarlas y no quiero que se mueran las pobres».

Iván va a decir algo, pero ella le presiona el brazo y guarda silencio para que Raúl continúe la lectura de su testamento vital.

«Alma, cariño, perdóname tú también. Penélope y yo queremos pedirte de nuevo disculpas por nuestro silencio, sé que no fuimos las mejores amigas del mundo callando lo que sabíamos...»

Alma va contestar, pero Candela le hace un gesto para que escuche, queda aún algo que decir.

«... Ahora no me callo, ahora quiero que recuerdes que todavía tienes mucha vida y que le sonrías, que te des una oportunidad. A veces, de los errores se aprende y todos los finales suelen ser el principio de otra historia, te lo he repetido muchas veces. Quizá la mejor de tu vida. Tienes a Raúl a tu lado, él te quiere...».

Raúl se interrumpe. Ha tenido que escribirlo Candela para que pronuncie esas palabras en voz alta. Mira a Alma, buscando en sus ojos apoyo para no desmoronarse él también. Ella le regala la mejor sonrisa que le sale en estas circunstancias y él continúa leyendo:

«Nunca vas a encontrar a nadie que te quiera ni te cuide más. Prueba. Te mereces ser amada por alguien de verdad. Concédetelo porque estoy segura de que todavía no has empezado a vivir. Te queda todo, te queda lo importante».

Alma se mueve hasta la cama y abraza a Candela, con suavidad, tratando de no hacerle daño, aunque no sabe que un abrazo como ese no puede doler nunca. Aunque le cuesta la vida, se desprende de ella con el dolor que da la consciencia de que seguro ese será el último.

—Prométeme que, cuando me vaya, seguirás recordando nuestras conversaciones y que, cuando seas feliz, encontrarás la manera de contármelo, aunque no esté —consigue decirle en un susurro.

«Rodri, esto es para ti. Penélope necesita salir de esa rutina en la que lo único que hace es cuidaros. A ti, a los niños, a sus padres... Busca la manera de que disfrute un poco, lo tiene más que merecido. Lleva años atascada, dando vueltas en círculo y eso no es bueno. Necesita aire, vivir, disfrutar, y estoy segura de que necesita hacerlo a tu lado. No la dejes sola porque si no, cualquier día aparecerá un chico guapo, le recordará que es única y acabarás perdiéndola».

Penélope se ruboriza y se esconde detrás de su pañuelo naranja, que hoy ha abandonado su cuello para servirle de escudo. Sabe ahora que por esa parte su secreto estará a salvo, que su aventura se irá con Candela a la tumba, porque ella no piensa contarle aún. Tal vez, solo tal vez, llegue el día en el que reúna el valor para ser sincera con su marido.

O no.

A veces hay historias que es mejor silenciar para siempre.

«Y tú, Iván, mi amor. No llores. Ya sé que esto es una putada, que los dos hemos sabido amarnos de verdad y ser muy felices, pero todo, lo bueno y lo malo, se acaba, y hoy es el día en el que nuestra historia se termina. Te dejo, pero no porque quiera, ¿eh? Me quedaría a tu lado siempre y ahí estaré, o eso espero. Deseo que encuentres a alguien que te siga haciendo sonreír, una sonrisa como la tuya no merece morir tan pronto. No pienses nunca que yo no lo entendería, porque no es así. Te quiero, pero te quiero feliz. Todo lo que puedas.

»Solo me queda decir algo más...»

La carta se interrumpe, Raúl levanta la mirada borrosa del papel y las últimas palabras las añade Candela en un susurro apenas audible.

—Ha sido un placer.

El médico, que observa la escena desde la puerta, entra en la habitación con una enfermera. Les explican que Candela les ha pedido que le pongan un tranquilizante, una inyección que sumar a los calmantes, para que permanezca serena hasta que llegue el último momento.

Hubiera sido menos cruel que, cuando no hay nada más que hacer, cuando todos los caminos han llegado a la señal de no hay retorno, se le concediera decidir su final. Es absurdo aferrarse al dolor. Sería mucho más sencillo así, para todos, para Candela y para las personas que la quieren, para todos los que ya no tienen esperanza. Una salida digna del escenario tras la reverencia final.

Pero las leyes no comprenden de verdad el dolor humano, no todavía. Solo deciden en función de intereses que hacen que choquen la ética con el rédito electoral. Con la religión. Con la cobardía. Hay que ser valiente para decidir que ya está bien^[1].

Iván, desconcertado, trata de impedir que aquello siga adelante. La quiere con él, quiere que le mire mientras pueda, pero la firmeza de Candela y su gesto cómplice le dicen que no, que ni lo intente, que el juego ha llegado a la última pantalla, al *game over*, y que es momento de partir. Tras recuperarse del desconcierto, no se atreve a contradecirla; sabe que se merece el privilegio de marcharse sin apenas darse cuenta. Ha sido valiente y los valientes se merecen un premio; este quiere que sea el suyo.

—Quédate sujetándome la mano —le susurra a Iván.

—No la soltaría por nada del mundo.

Los ojos de Candela se empiezan a cerrar mientras su familia, esa que construimos cuando crecemos, esa a la que a veces no nos unen lazos de sangre, pero si otros mucho más indestructibles, observa cómo, ni siquiera entonces, pierde su sonrisa.

Uno a uno, abandonan la habitación. La muerte debe ser un acto íntimo y Candela ha elegido compartirlo solo con Iván, susurrarle la última palabra de amor sin testigos.

Cuando no hay posibilidad de conversación, Iván saca de uno de sus bolsillos un sobre que lleva tiempo guardando.

* * *

Iván,

Tengo una foto en mis manos. Es de hace unos cuantos años, estamos los dos sonriendo, con el mar a nuestra espalda y tu pelo alborotado por la fuerte brisa de ese día. Tenía puesto mi pañuelo naranja y sonreía, aún puedo recordar que minutos antes te habías dado una buena carrera por la playa, con lo difícil que es correr por la arena, para arrebatárselo al viento que lo había hecho volar de mi cabeza. Recuerdo que, cada vez que parecía que lo tenías, volvía a surcar el cielo empujado por un dios caprichoso que te estaba tomando el pelo. A ti, porque yo no tenía ni uno entonces. Nos hartamos de reír en ese momento y, después, siempre que lo recordábamos. Acabaste embadurnado de arena y exhausto. Creo que ese día, el que ahora sostengo de algún modo entre las manos, es uno de los que catalogué en mi personal archivo como uno de los más felices de mi vida.

Cómo me alegro de haberle pedido a esa pareja que paseaba que nos hicieran una foto.

Las imágenes que guardamos en la memoria se fortalecen con estas otras que nos brinda la tecnología. Esta foto me encanta, porque cada vez que la he mirado me ha devuelto a ese momento contigo. Tú que has sido siempre quien me ha protegido hasta del viento. Daría igual que no tuviéramos otra juntos, con esa me bastaría. Siento aún, si cierro los ojos, tu mano posada en mi brazo y la mía que te acaricia la espalda por debajo de la camiseta.

Pero no es eso lo que te quería contar...

Llevo escritos, y después despedazados, folios y folios en los que las palabras no encuentran la manera de expresar lo que persigo, del mismo modo que no he podido mantener la conversación que tenemos pendiente. Nunca me había costado tanto comunicarme y creo que, después de tanto papel arrugado, sé por qué. Siempre tuve la necesidad imperiosa de contártelo todo, de compartir mis pensamientos contigo, que eres casi yo, y eso mismo es lo que me frena ahora. ¿Cómo decirte lo que tengo que contar? Si no estás entrenado para romperle el corazón a la gente, esto no sale, así como así.

He pensado en lo sencillo que resultaría si yo disfrutara transmitiendo malas noticias. ¿Te imaginas que existiera un trabajo así? A lo mejor alguno existe, ahora que lo pienso... Pero no, Candela, no te disperses ahora que parece que has encontrado el camino. Si ese fuera mi trabajo, entonces me sentaría con decisión delante de la hoja en blanco y con la mayor frialdad del mundo escribiría. Una detrás de otra, las palabras fluirían hasta machacar el corazón del destinatario, y me daría lo mismo esa persona, porque, al fin y al cabo, no sería más que trabajo. Un trabajo horrible, para mi gusto, pero trabajo.

Uno con el que dudo que me hubiera podido ganar la vida, porque lo habría abandonado antes de empezar.

Soy incapaz de hacerlo, porque he convivido siempre con las malas noticias danzando a mi alrededor y un día, no sé cuándo, decidí que en lo posible no les haría de mensajera. Sin embargo, esta vez no me puedo escapar de esta responsabilidad más tiempo.

Iván, los análisis no pintan bien y el TAC ha sido desastroso. ¿Qué TAC? Te imagino haciéndote esa pregunta, porque no me he atrevido ni siquiera a contarte que me lo tenían que hacer. Hace unos meses que mi cuerpo no funciona bien y, aunque me ha costado mucho, he tratado de que no te dieras cuenta. ¿Por qué? Pues porque estoy muy cansada de esta vida que no ha sido vida, irónicamente, casi hasta ahora. Ya no hay posibilidades de victoria, por eso no quiero una lucha inútil. He elegido otro camino. Después de volver de Italia, el fin de semana que pasamos en Gijón me dejó exhausta, pero feliz, porque llevaba soñándolo tiempo. Un fin de semana los dos solos, alejados de preocupaciones. Y después estuvo esa visita a Madrid y el viaje en AVE hasta Sevilla. Tú no te lo podías creer, achacaste mis ganas a la energía que me había insuflado el viaje con mis amigas.

No era eso, era que quería exprimir el tiempo, vivir con plenitud hasta que las fuerzas me abandonasen. Hoy tiemblo al sujetar el bolígrafo para escribir esta carta. Hoy no puedo callar más y, como no podré ocultártelo por más tiempo, tengo que decirte la verdad. No la escribo, doy vueltas porque no puedo ser clara, aunque sé que tú entiendes lo que digo y lo que silencio, como siempre has entendido cada uno de mis gestos.

Me quedo con un te quiero. Uno no, miles esparcidos por cada rincón de nuestro mundo que te dejo para que te acompañen siempre, cuando ya no esté contigo. Te quiero. Gracias por tu compañía, por permanecer a mi lado a pesar de las dificultades, a pesar de los tropezones, a pesar de que te dijeran muchas veces que yo no te convenía. No te he podido dar la mitad de lo que tú me has entregado y, sin embargo, ahí estabas: con tu sonrisa, tus besos, tus palabras oportunas cuando me desmoronaba, ayudándome a ser la persona que he acabado siendo.

Candela

** * **

Iván sostiene la fotografía que acompaña a la carta; la sonrisa de Candela, inmortalizada para siempre. La mira mientras su mano no se suelta de la de su mujer. Está así mucho tiempo, quizá horas en las que los recuerdos se aproximan a él y le inundan. En un momento dado, nota que Candela se acaba de marchar. Mira su cuerpo inerte y suelta el retrato, que cae planeando hasta posarse en el suelo.

Se toma un tiempo para comunicarles a los demás la noticia. Solo quiere estar un poco más a solas con ella. Cuando está listo se dispone a recoger la fotografía.

Entonces es cuando, en la parte de detrás, ve una frase escrita por Candela.

El final de septiembre regala a manos llenas sol y una temperatura suave. Es un día ideal, uno de esos en los que apetece salir y pasear, sentarse en una terraza y conversar despreocupado. Un reducido grupo de gente se reúne en una cala apartada del Cantábrico, desde la que se divisa el faro que vigila la bahía, pendiente de que los barcos no equivoquen el camino y acaben chocando contra las afiladas rocas que se esconden bajo la superficie del mar. Hoy no hay nada que temer, no hay temporal, solo corre una leve brisa que alborota los cabellos de esas personas. Sería el día idóneo para un paseo o una cerveza pendiente, o tal vez un baño aprovechando los últimos días benignos del verano.

Pero no han venido a disfrutar de un día de sol.

Alma y Penélope ocultan sus rostros detrás de unas gafas de sol, que intentan esconder que han pasado llorando las últimas horas. Incapaces de mantener la sonrisa, se sienten un poco culpables por no concederle a Candela el deseo de que en ese momento no estuvieran tristes.

Raúl permanece cerca de ellas, y Rodrigo, y los padres de Candela. Iván, por su parte, aprieta el brazo de la madre de su esposa buscando alivio, la complicidad de un sentimiento que ambos comparten. Tampoco ha encontrado la fuerza suficiente para retener las lágrimas estos últimos días, pero ahora está mucho más tranquilo. Sabe que vendrán tiempos difíciles, momentos en los que perderá todo el valor que le hace falta para seguir solo, pero le hizo una promesa y las promesas a Candela él siempre las ha cumplido. Entre sus brazos, apretándola con fuerza, lleva una urna con las cenizas de la mujer que siempre ha sido la mitad de sí mismo. Están aquí para decirle adiós, para cumplir el último de sus deseos.

Y están juntos.

El silencio solo lo quiebran las olas, las gaviotas y el viento que revuelve su pelo, mientras cada uno está a solas consigo mismo, pensando en sus recuerdos con Candela. La van a extrañar mucho, van a tener que aferrarse a ellos. Cuando pasa un rato, Iván los mira y, ante un gesto de asentimiento de sus padres, comienza a caminar hasta el mar. Los demás, le imitan. Están todos descalzos e introducen sus pies hasta que el agua les roza los tobillos. Cuando se siente preparado, Iván abre la urna y deja que las cenizas caigan en el agua y se mezclen con las olas, que esa mañana rompen tranquilas en la orilla. Al compás de ellas, las lágrimas resbalan del rostro de cada uno de los allí presentes, quizá una parte de ellos se funda con Candela en el mar.

Hay un instante en el que su madre se rompe y el sollozo que se le escapa encuentra manos para arroparla. Nadie debería perder a un hijo jamás. Raúl, que sabe lo que es eso, la agarra y esta se amarra a él. Conoce su historia, su hija se la contó apenas hace unos días, y ese gesto la sostiene en este momento, aunque no cree que esté preparada para aceptar que nunca más la verá

sonreír.

Tendrá que preguntarle a Raúl cómo se hace.

Si se puede...

Pasan unos minutos en los que nadie se mueve.

Una ráfaga de viento repentina recorre la playa y Alma se lleva las manos al cuello, temerosa de que el pañuelo naranja que Candela les regaló se le escape. Penélope, sin mirarla, ha hecho lo mismo. Las dos recuerdan sus palabras, que a veces se consigue seguir adelante y que, si no, como decía quitándole hierro, todos nos tenemos que morir de algo, pero mientras tanto hay que celebrar la vida con alegría, vivirla, exprimirla, equivocarnos y rectificar y no olvidarnos nunca de que, hasta en los peores momentos, siempre hay algo que merece la pena. Solo hay que buscar los colores, aunque la vida se empeñe en enseñarnos una película en blanco y negro.

Están aquí porque Candela ha sido muy importante para ellas, aunque no fueran su familia. Por eso llevan su pañuelo naranja, a pesar de que no lo necesitan. Porque quizá sí sirva para recordarles que la vida es una lucha constante y que no están solas. Que, en los malos momentos, siempre se tendrán la una a la otra y que hay otros, los buenos, que tampoco deberían aplazar, como hicieron con ese viaje que significó tanto para las tres.

Alma busca la mano de Penélope y ambas se sonríen. A Candela, donde esté, le encantará ver que siguen juntas, que cualquier reproche por historias pasadas solo es eso ya para ellas. Pasado.

—Mientras la recordemos, ella no se habrá marchado del todo —le susurra Alma a Penélope al oído.

Un rato después, el mar se ha llevado a Candela y deciden salir del agua y regresar a los coches. Iván se lleva de la mano a su suegra, Rodrigo pasa un brazo sobre el hombro de Penélope y esta apoya el rostro sobre su pecho, mientras le agarra por la cintura.

Raúl espera a Alma, que se ha quedado ahí, sin ser capaz de marcharse. La agarra de la mano y la arroja con un abrazo mientras acaricia suavemente su pelo. Están así unos minutos, sin soltarse, disfrutando de la sensación de calma que siempre les inunda cuando están juntos. Cuando no quedan más testigos que el faro, el viento y las olas, se miran a los ojos y es ella la que acerca sus labios a los de Raúl.

Un beso que ha esperado media vida.

Candela se lo dijo, cuando una historia se termina es el principio de otra, no hay que tener miedo a vivirla porque si no lo haces, ya estás muerto.

Cuando se separan, Raúl se fija en lo que lleva Alma entre las manos. Es una foto, tres amigas tirando una moneda en la Fontana de Trevi. La ha tenido todo el tiempo, pero hasta ahora no la había visto. Ella se la da y se queda mirando los rostros, tres sonrisas inmortalizadas en un papel de diez por quince.

Alma le da la vuelta, para que pueda leer lo que Candela escribió:

«Elige vivir...».

EPÍLOGO

Dos años después...

Alma regresa a casa con una sonrisa en los labios. En estos dos últimos años ha aprendido a sonreír de nuevo, a sentirse otra vez con la ilusión adolescente que llevaba prendida a la piel cuando conoció a Raúl. Sabe que la vida puede darte sorpresas desagradables, que todo lo que te has empeñado en construir con mimo, cuando las bases no son sólidas, se acaba cayendo. Pero ha averiguado algo más, que se puede volver a empezar. Que solo hay que darse un poco de tiempo, porque cuando las sombras te arropan es imposible encontrar la luz.

Pero la vida despeja.

Un día, cuando menos lo esperas, un pequeño fulgor se abre paso y solo tienes que concentrarte en él, seguirlo y, al final, algo bueno espera. Aunque algunas cosas que han sido importantes se queden por el camino, quizá como parte del peaje y del aprendizaje que es necesario.

Al otro lado de la luz estaba Raúl, con su sonrisa, con sus ojos increíblemente azules. Su amigo de siempre, el compañero que eligió cuando era solo una niña y al que no supo prestar atención, cegada por otro que brillaba más. Ahora sabe que fue necesario, que ese camino que en muchas ocasiones ha pensado que podría haberse ahorrado tenía que vivirlo, y lo sabe porque acaba de pasar corriendo por su lado Darío, que llega tarde al entrenamiento de fútbol. Lo sabe porque ha recibido un mensaje de Sofía, donde le dice que le encanta la clase que le ha tocado este año. Ellos dos, sus razones, esas que en algún momento hasta perdió de vista, no estarían sin esa decisión del pasado que tuvo que ver con enamorarse de su padre.

Solo por ellos, valió la pena.

Vuelve a notar un aleteo en el abdomen y sonrío. A esas dos razones que llenan su corazón se ha unido otra, un pequeño ser que crece en su interior y aún no tiene sexo y nombre, aunque ella sienta que es una niña y que Raúl estará de acuerdo con ella en que se llame Candela.

Deja su bolso en el perchero y se desembaraza de la chaqueta antes de atrapar a Darío y darle un beso eterno, del que el niño, como buen preadolescente, se deshace en cuanto puede. Pero no importa, forma parte del juego madre e hijo que viene en las instrucciones de esta edad. El siguiente beso es para Raúl, que aparece con las llaves del coche en la mano, dispuesto a llevar al niño a su entrenamiento.

—¿Ya has vuelto de la playa? —le pregunta, pero no espera su respuesta, sino que le da un beso que se entretiene en demostrarle lo que la quiere. Un beso real, no uno de esos fugaz y mentiroso a los que se había terminado acostumbrando y que creía que eran ya los únicos que

merecía.

—Ya he vuelto. Del todo.

AGRADECIMIENTOS

Dicen que el corazón tiene estaciones.

Dicen que la vida es un ciclo que siempre se repite.

Dicen que deberíamos vivir como si nunca hubiera un mañana.

Dicen...

Quería contar esta historia hace mucho tiempo, pero cuando puse las primeras palabras en el manuscrito todavía no sabía escribir. Por eso, *Aunque te cueste la vida* es la suma de varios borradores y de muchos años de aprendizaje. De borrar y reescribir, de síes y noes que me han traído hasta este punto.

Mentiría si te dijera que no conozco «en persona» a Alma, Candela y Penélope. Las tres existen, aunque ninguna sea una alguien concreto, sino una suma de emociones recopiladas con mimo en estos años.

Alma son aquellas mujeres a quienes el amor les rompe el corazón en tantos pedazos que les cuesta un mundo reconstruirse. Candela, esas otras que se dejan la piel hasta el último momento y que encima lo hacen con tan buena actitud que solo puedes sentir que, en alguna parte, deberían venderlas como si fueran medicina. Penélope es de las que se postergan tanto dándose a los demás, que un día se dan cuenta de que no han vivido.

Lo bueno de escribir novela es que tienes el poder de devolverles la paz a todas. De darle a Alma la oportunidad que necesita, a Candela el final más dulce y a Penélope, ay, Penélope, ese momento mágico que todos deberíamos poder vivir alguna vez, aunque se convirtiera en un inconfesable.

Pero no se quedan atrás ellos. Sergio es un manipulador, una de esas personas a las que solo somos capaces de ver de verdad cuando nos alejamos de ellas. Patxi está perdido, aunque tengo fe en que encuentre a la persona que se merece algún día, Iván se merece una novela y Raúl... mentiría si dijera que me lo he inventado del todo, no es verdad, me recuerda mucho a alguien, pero reconozco que he puesto en él algo de la magia que llevo en los dedos porque para eso la tengo.

Quiero dar las gracias a mis lectoras de borradores, las mujeres que forman parte de Leyendo con Mayte y que conocen a estos personajes casi tanto como yo. Se han enfadado mil veces con Alma, han discutido sobre la actitud de Penélope y han caído rendidas a los pies de Candela.

Para todas ellas es esta novela. Sé que las dedicatorias van al principio, pero también sé que van a llegar hasta el final y todas sabrán que están aquí, formando parte de esta historia y de mi corazón. Cada una tiene un borrador en el que aparecen como uno de los personajes de ambiente

de la historia, pero tengo que confesar que he tomado una decisión salomónica sobre eso. No podía elegir a una sí a las otras no, así que ese personaje tiene el nombre de la protagonista de mi próxima novela.

Y, para el final, me he dejado a Gema. Hace un año que se marchó, y alguno más que se convirtió en la dueña de ese pañuelo naranja de la novela. A veces pensamos que cuando la enfermedad vence al cuerpo, ha ganado, pero yo sé que eso no es cierto del todo. Gema no se ha ido, su sonrisa, como la de Candela, se ha quedado en quienes la conocimos.

Para siempre.

Si te ha gustado la novela, si has llegado hasta aquí y has sentido que el viaje ha merecido la pena, te agradecería que dejases un comentario.

[1] Cuando escribí esta novela, no estaba aprobada la ley de eutanasia. La Ley Orgánica de regulación de la eutanasia es del 24 de marzo de 2021. El supuesto de Candela estaría incluido en el artículo 3.c de esta Ley: «Enfermedad grave e incurable»: la que por su naturaleza origina sufrimientos físicos o psíquicos constantes e insoportables sin posibilidad de alivio que la persona considere tolerable, con un pronóstico de vida limitado, en un contexto de fragilidad progresiva. No he querido cambiar el texto de la novela.